cool&lam
HAY QUE CERRAR LAS VENTANAS
A. A. FAIR

Empezó como un misterio habitual, ocultando a un escurridizo ratero que había estado cortejando a una matrona adinerada. Pero el encargo pronto llevó a Donald Lam hasta la habitación de un sórdido hotel con una parroquiana *sexy*.

Y ahora ella le ha dejado tirado con un par de cadáveres entre manos. De repente él es el principal sospechoso de la pasma. Y será necesario un buen juego de pies para esquivar a la ley… y al verdadero asesino, que tiene la intención de dejar a Bertha Cool sin su socio.

A. A. Fair

Hay que cerrar las ventanas

Cool & Lam-12

ePub r1.0
fenikz 14.12.14

Título original: *Bedrooms Have Windows*
A. A. Fair, 1949
Traducción: S. Pauli
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
Digitalizadora: maperusa
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BABE: Amiga íntima de Sam Lowry.

BESSIE: Muchacha que tiene la exclusiva como fotógrafo de algunos clubs y *cabarets* nocturnos.

BRAND (Elsie): Secretaria y mecanógrafa de Donald Lam.

BUSHNELL (Claire): Amiga íntima de Minerva Carlton.

CARLTON (Minerva): Secretaria que fue de Dover Fulton.

CARLTON (Stanwick): Ingeniero de minas, esposo de Minerva.

COOL (Berta): Propietaria de la Agencia de Detectives: «Cool y Lam».

DURHAM (Thomas): Chantajista profesional.

ELGIN (Roben): Gerente del Club Cabanita.

ELSIE: Joven socia de Bessie.

FULTON (Dover): Corredor comercial.

FULTON (Irene): Esposa del anterior.

HART (Lucille): Bella muchacha asistente a *cabarets*.

HART (Rosalind): Hermana de la anterior.

IRWIN (Susie): Doncella de Amelia Jasper.

JASPER (Amelia): Tía de Claire Bushnell.

LAM (Donald): Experto y dinámico detective, socio de Berta Cool.

LOWRY (Sam): Ex boxeador, matón del Club Cabanita.

SELLERS (Frank): Sargento de la Brigada de Homicidios.

capítulo primero

ERA un diminuto y bien formado cartucho de dinamita. Una Venus de bolsillo, busto elevado, cintura de avispa, caderas de ánfora, con enormes ojos castaños y pelo rubio como la miel. No podía pesar más de unos cuarenta y cinco kilos, pero era perfecta y ahora estaba irritada, como una avispa enfurecida.

El individuo, de suaves maneras: que cuidaba del bar del hotel trataba de explicarle algo.

Una muchacha tan perfecta como ella, y tan pequeñita, no debía tener obstáculo alguno en ser admitida. Los fabricantes de automóviles, de los llamados de «precio medio», la habrían venerado, como modelo para las fotos de propaganda de sus vehículos. Hubiera podido ser una azafata en cualquier línea de aviación, y sus inmensos ojos castaños habrían traspasado el mareo desde el estómago al corazón de los pasajeros.

En aquel momento aquellos ojos despedían llamas.

—¡Oiga! ¿Qué se ha creído usted que soy? ¿Una callejera? —decía, con indignación.

—No se trata de eso —le aseguraba el encargado del bar—. Se trata de nuestra política, nuestra ley, nuestro reglamento. Sencillamente, aquí no se permite la entrada a las señoras que no vayan acompañadas de un caballero.

—¡Me da usted asco! —exclamó ella—. ¡He oído tantas veces ese cuento de la dama acompañada, que me da náuseas!

Mientras le hablaba, el encargado no había dejado de andar, con la mano puesta con galante deferencia sobre el brazo de la joven, la cual ahora se vio en el vestíbulo del hotel, alejada de los límites del bar. El encargado no tenía necesidad de escucharla por más tiempo, y no lo hizo. Se limitó a hacerle una inclinación, sonrió, dio media vuelta y se alejó con presteza.

Por unos momentos, la joven permaneció en el vestíbulo del hotel, indecisa y enojada.

Al escuchar el sonido de las voces, yo había alzado la mirada del periódico que estaba leyendo. Sus inquietos y furiosos ojos se volvieron en mi dirección.

Me dispuse a volver a posar mi mirada en el periódico, pero no tuve tiempo. Sus ojos se clavaron en los míos, reteniéndolos un buen rato. Luego se volvió.

En su rostro se notaba la alarma así como una intensa concentración.

Doblé mi periódico.

Se sentó en una de las sillas que había ante mí y, adivinando que se disponía a examinarme con detalle, empecé a estudiar con la máxima atención el contenido de la parte doblada de mi periódico, hasta que noté que los grandes ojos castaños ya habían visto todo lo que se podía ver. Bajé el periódico. La joven desvió apresuradamente su mirada, y cruzó las piernas.

Hice el más cuidadoso examen que permitieron las circunstancias.

De pronto, fijó en los míos sus bellos ojos, alzó un poco la barbilla y me sonrió. Fue una hermosa sonrisa, que puso al descubierto unos bellísimos y blancos dientes.

—Hola, acompañante —dijo.

—¡Hola! —le contesté, sonriendo.

—Sinceramente, estaba pensando en dejar caer mi pañuelo; levantarme y olvidar mi bolso en la silla, o preguntarle la hora. Rechacé todas estas ideas. No me gusta ir con rodeos —me explicó.

—¿De modo que quiere usted entrar en el bar?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tal vez desee tomar algo.

—Puede ser —asentí.

—O puede que me guste su aspecto.

—¡Qué bonito!

—Naturalmente, espero que se me permita correr con los gastos de la expedición —dijo, sacando de su bolso un billete de veinte dólares.

—¿Tan caro será?

—Lo ignoro.

—Hablaremos de esto más tarde —le dije, poniéndome en pie y ofreciéndole mi brazo.

—¿Será difícil? —me preguntó.

—No lo creo.

Volvimos al bar. El encargado estaba esperando junto a la puerta de entrada.

—¿Qué es eso de decirle a mi hermana que no puede entrar aquí? —le pregunté.

—Perdóneme —me contestó—. Es la costumbre, el reglamento, la ley. No se permite entrar a las damas que no vayan acompañadas.

—Lo siento —dije—. Lo ignoraba. Le rogué que me esperara aquí.

El encargado nos hizo una fría inclinación y nos condujo a una mesa. Luego se fue y le dijo algo al camarero.

Vino uno para preguntar qué queríamos tomar.

—Martini seco —dijo ella.

—Lo mismo para mí —pedí.

El camarero se inclinó y se fue.

La muchacha me miró, a través de la mesa, y me dijo:

—Es usted simpático.

—Puede que las mujeres sean mi presa favorita —le dije—. A lo mejor su cuerpo es encontrado hecho pedazos, mañana por la mañana, en algún solar. No debería usted ir buscando la compañía de desconocidos.

—Lo sé. Me lo advirtió mi madre —me contestó.

Por unos momentos, estuvo callada. Luego me explicó:

—Traté de pasar la noche en un albergue para automovilistas, y me dijeron que no admitían a mujeres solas.

No contesté nada.

—Creo que es totalmente imposible —continuó— que una mujer atente a la moral yendo *sola*.

—No comprendo que tenga tantas dificultades en encontrar acompañante —le dije.

—No las hubiera tenido —repuso, y en seguida añadió—: pero no la quise conseguir de esa forma. Usted es simpático. ¿Cómo se llama?

—Lam —le dije—. Donald Lam.

—Yo soy Lucille Hart. Ya que somos hermanos, será mejor dejar a un lado los cumplidos.

Regresó el camarero, dejando dos bebidas sobre la mesa, junto con una nota, y se quedó esperando.

Por debajo de la mesa, la joven me alargó el billete de veinte dólares. No le hice caso, y saqué mi cartera del bolsillo de mi americana, depositando dos billetes de dólar sobre la mesa. El camarero buscó rápidamente en su bolsillo, sacando dos monedas de veinticinco centavos. Una la cogí yo. La otra el camarero.

Lucille levantó el vaso, me miró y dijo:

—¡Brindo por el crimen!

Adelanté el vaso hacia ella, y probé un sorbo. La bebida consistía en un sesenta por ciento de agua helada con una cucharadita de ginebra, a lo sumo, unas escasas gotitas de vermut seco y una aceituna.

Lucille puso el vaso encima de la mesa, me guiñó, haciendo una mueca, y dijo:

—Creo que no nos quieren en este bar.

—Según las apariencias, no —le contesté.

—Al menos, no quieren que nos emborrachemos.

—Es cierto.

Me recliné en mi silla y fui sorbiendo el combinado, paseando mi mirada, como quien no lo hace adrede, por el interior del bar, intentando descubrir el motivo que impulsara a la muchacha a penetrar en el establecimiento, con tanta insistencia, pero en realidad, sin que me importara mucho.

Era sábado por la noche. Yo había seguido hasta aquel hotel al hombre a quien tenía que vigilar y me encontraba esperando al que hacía el turno de noche, para ver si podía recoger más informes, pero aquello podía esperar. Disponía de toda la noche.

El local, al parecer, realizaba un buen negocio. Se veía a un corpulento y macizo hombretón, de más de cincuenta años, que parecía divertirse de lo lindo, luciendo su personalidad al lado de una rubia platino, de unos dudosos veinticinco años, dura como un diamante. Se veía que todavía no había decidido qué hacer con él y, mientras se reía de sus ocurrencias, sus ojos le examinaban con gran atención.

Un grupo de cuatro amigos se disponía a penetrar en el prólogo

de una borrachera de sábado por la noche. Un jovencito, con el cabello muy largo y ojos repletos de expresión, iba vertiendo sus puntos de vista políticos, con una elocuencia sin apasionamiento, a una muchachita bien parecida que, evidentemente, ya se sabía el discurso de memoria por haberlo oído otras veces, pero le admiraba lo bastante para seguir escuchándole. Un hombre de mediana edad, con su esposa, hacían un esfuerzo para aliviar en algo la monotonía del matrimonio, saliendo a «cenar fuera de casa», los sábados por la noche. Sus intentos de mostrar interés el uno por el otro eran verdaderos esfuerzos, constantes, que de vez en cuando se convertían en una fastidiosa rutina, de la cual solamente se libraban al sumergirse en un súbito estallido de bulliciosa animación.

Entonces vi a la pareja en la cual centraba su atención mi acompañante.

El hombre tendría unos treinta y dos o treinta y tres años, con un aire de grave responsabilidad. Su boca denotaba que estaba acostumbrado a tomar rápidas decisiones. Sus maneras poseían aquella especie de insistencia diferente que caracteriza al vendedor y parecía estar preocupado. Tal vez su aspecto indicara que pensaba más en la sedición que en la seducción, a juzgar por el aire gravemente aprensivo de que se rodeaba.

La muchacha que estaba con él sería unos cinco o seis años más joven, pelirroja, de ojos grises, y parecía estar pensativa. No era muy bonita, pero sus facciones delataban un carácter sus maneras eran las de quien ha pensado tomar una decisión crítica. Al mirar al hombre, en sus ojos se leía el afecto, pero más bien era el tranquilo afecto que inspira el respeto. En su expresión no se reflejaba la menor pasión.

Tomé dos sorbos más de la pálida agua helada del vaso. Era tan flojo el contenido de licor, que sobresalía el sabor de la aceituna, por encima del de la ginebra. Decidí que era la mujer, la que interesaba a Lucille.

Empujé hacia el centro de la mesa mi vaso de combinado.

—Y yo no puedo con el mío —dijo Lucille—. Me repugna.

El camarero se acercó a nosotros, con una tos muy significativa.

—Dos «martinis» más —le dije—. Nos hemos enfrascado en nuestra conversación, y se nos han calentado un poco estos combinados. No puedo soportar un «martini» caliente.

—Bien, señor —repuso el camarero, retirando los vasos.

—¿Por qué haces eso, Donald? —me preguntó la joven.

—¿El qué?

—Darles una oportunidad de que repitan la pesada bromita.

—No lo sé —repuse—. Será que soy de ese modo.

—¿Habrías tratado de acercarte a mí, y llevarme contigo, de no haberte facilitado yo el camino? —me preguntó de improviso.

—Lo ignoro. Probablemente, no.

—Te estarás preguntando por qué quería entrar aquí, ¿verdad?

—No.

—¿Qué? —exclamó, sorprendida—. Claro que sí, hombre; claro que sí.

—Es la pelirroja, ¿verdad? ¿La de los ojos grises? —le dije.

Me miró con intención de fruncir el ceño. Sus ojos se agrandaron de un modo maravilloso.

—Oye, ¿*quién* eres? —me preguntó, con aire de sospecha.

—¡Bah, olvídalo! —le contesté—. Siento haber dicho nada.

—Escucha, ¿qué es lo que intentas? —me preguntó.

—No me hagas caso —le dije.

El camarero trajo dos «martinis» más, junto con la notita. Saqué dos billetes de dólar de mi bolsillo. Él los cogió, dejando dos monedas de veinticinco centavos sobre la mesa. De mi bolsillo saqué dos monedas de cinco centavos y una de dos, que deposité sobre el mantel, quedándome con las dos monedas de veinticinco centavos.

Mientras el camarero me dirigía una mala mirada, por los doce centavos, dije:

—Cómete la aceituna, antes de que el agua llegue a ella, Lucille.

El camarero cogió el dinero, se alejó y fue a decirle algo al encargado.

Éste se acercó a nuestra mesa.

—¿Todo marcha bien? —preguntó.

—De primera —dije—. ¿Has venido en tu coche, Lucille?

—Sí —respondió ésta.

—En tal caso, no creo prudente que bebas más de diez o quince de esos combinados.

Ella se sonrió y bebimos.

El encargado esperó a que yo dijera algo, después de haber

probado el combinado. Chasqueé los labios y exclamé:

—¡Delicioso!

Se alejó de mala gana.

—Vamos —dijo Lucille—. Dime qué eres, de una vez; de qué trabajas.

—No me creerías si te lo dijera —le contesté.

—No seas reservado. ¿Qué me respondes?

De mi bolsillo saqué la cartera, busqué una de mis tarjetas comerciales y se la di.

Ella leyó: *Cool & Lam, Detectives Privados, Donald Lam, Co-director*.

Hizo ademán de ponerse en pie.

—¡Tómalo con calma! —le dije—. Es una mera coincidencia.

—¿El qué?

—Estamos a sábado por la noche. Acabé mi último trabajo del día y me senté a leer los resultados de las carreras de caballos, antes de irme a cenar. Soy soltero, sin compromiso y mi trabajo no tiene nada de romántico. Es un negocio. Jamás te he visto antes de ahora, y, que yo sepa, no creo que ninguno de nuestros clientes te conozca. Nadie me paga por esto, y no tengo que informarle a nadie de tus actos. Deseabas tener alguien que te acompañara, y fuiste tú la que pescaste a un detective. Ni tan sólo te dirigí la mirada.

—Me miraste… las piernas.

—¿Quién no lo haría?

—¿Quién es ese Cool? —preguntó.

—Berta Cool —le respondí.

—¿Tu socio? —inquirió.

—Eso mismo.

—¡Oh! Conque sí, ¿eh? —dijo, arqueando sus cejas.

—¡No, *así* no! —le expliqué—. Berta Cool es de mediana edad, pesa sus buenos noventa kilos, tiene una silueta enorme, una mandíbula de bulldog, ojillos brillantes y codiciosos y es tan difícil de manejar como un rollo de alambre de púas. Llevaba el negocio hace ya varios años, cuando yo entré a su servicio, para cuidar de lo que se presentara. He seguido unos cursos profesionales legales y Berta me dio empleo, haciéndome trabajar como un poseído. Más tarde, me convertí en su socio con todas las de la ley en absoluto.

—¿Qué clase de trabajo haces?

—Berta Cool solía cuidar de los divorcios, los accidentes de automóvil y, además de todo esto, una serie de asuntos insignificantes en los cuales no se querían ocupar la mayor parte de agencias. Ahora no podría describirte, exactamente, lo que hacemos. Soy un oportunista y hemos jugado con mucha suerte.

—¿Quieres decir que habéis ganado dinero? —preguntó la muchacha.

—Sí. Eso sólo es una parte de ello. Nos salieron bien algunos casos.

—¿Qué tipo de casos?

—De todas clases.

—Eres un miserable detective —dijo.

—Deberías conocer a Berta —le dije—. Tenéis mucho en común.

—¡Vaya! ¡Me gusta eso! —exclamó, indignada—. ¡Silueta enorme… mandíbula de bulldog…!

—Mentalmente —la interrumpí—. En lo concerniente a juzgar mis dotes de detective.

—¿Crees que me interesa la pelirroja de los ojos grises? —me preguntó.

—Sí.

Se rió, con sorna.

—Vayámonos de este cubil. Lo único que me hizo desear entrar fue porque me dijeron que no podía hacerlo. Si quieres saberlo, he tenido una gran pena, y decidí emborracharme. El hombre por quien yo me perecía ha resultado ser un mal sujeto y el único hombre restante, a quien conozco lo bastante para irme a beber con él, se habría creído que le trataba como un plato de segunda mesa. Y no lo quiero. Prefiero esperar unas semanas, y luego empezará a venir a mi encuentro, por su propia voluntad y entonces puede que le dé una oportunidad. He sido algo estúpida, y el sabor de mi locura se siente tan amargo, en mi boca, como el hígado de un pollo, cuando la vejiga biliar ha sido rota por un cocinero inexperto. Lo malo con vosotros, los detectives, es que en todas partes, detrás de cada farol, tenéis que ver asomar la oreja del asesino. Cuando vi que necesitaba proporcionarme un acompañante, creí que tenías buen aspecto. Ahora me fastidias.

—¿Por eso vas a ir a emborracharte sola? —le pregunté.

—Estás en lo cierto… Y en lo que a ti se refiere… no, espera un

minuto. Me parece que tendré que atraerte, como una vampiresa, para vengarme de tu salida. Al parecer, no puedo emborracharme sin escolta… Vamos, marchémonos de aquí.

Nos pusimos en pie y emprendimos el camino hacia la puerta que daba a la calle.

—¿Todo ha ido bien? —preguntó el encargado, con mucha suavidad.

—¡Espléndido! —le aseguré—. Dos de las mejores aceitunas que jamás he probado.

—Vuelvan cada vez que deseen más de lo mismo.

—Puede que le dé esta sorpresa —le dije.

Pasamos junto a la mesa en la cual el vendedor le estaba hablando a la muchacha de los ojos grises. Nos dirigió una mirada indiferente, de desinteresada apreciación, y me miró de repente… con fijeza. El hombre siguió hablando con mucha gravedad.

Lucille no mostró el menor interés mientras pasaba rozando por su lado.

Ya en la calle, le dije:

—Bien, Lucille. Espero que te diviertas.

—Vamos a algún lugar donde podamos beber de verdad —me dijo, de un modo algo impulsivo—. Mi boca parece tener el sabor de una coctelera, a la mañana siguiente de vaciada.

Vacilé por unos momentos.

Me puso la mano en el brazo, diciéndome:

—Soy yo quien invita, ya lo sabes.

—¿Me contarás todo lo relativo a tu pobre historia de amor desdichado?

—Absolutamente todo —me dijo—. Nada te ocultaré. Seré como la muchacha de *Las mil y una noches*, que relataba leyendas para mantener divertido a su dueño y señor. Lo que ocurre es que me dejé llevar de mi genio y te dije lo que pensaba de los puercos detectives, y ahora tu orgullo profesional está resentido. Pero necesito alguien que me acompañe, y si te dejo escapar a ti, el siguiente puede resultar espantoso. Eres simpático como individuo. Sólo es tu especialidad como detective lo que me huele un poco mal. De modo que te contaré todo lo referente a mi romance desgraciado y mi destrozado corazón. ¿Prefieres la versión íntima de mi asunto romántico, con especias, o te inclinas por la reacción

psicológica tan sólo a secas?

—La reacción psicológica —respondí.

—¡Cielo santo!, sí que eres diferente —exclamó.

—Yo no. Tú lo eres. Recuerda que se trata de pasar un ratito distraído. Pensaba irme al cine, pero esto puede ser más divertido.

—Más romántico —prometió la muchacha—. Verás, yo no tendré que someter mi guión a la censura. La película tendría que hacerlo.

Anduvimos como una manzana y media, hasta llegar a otro bar. Aquí los combinados contenían alcohol. Lucille fue creando en su imaginación una historia de atractivo novelesco. Los detalles no encajaban muy bien, de vez en cuando, pero se tomó mucha molestia en demostrarme que, cuando se lanzaba, lo hacía en toda regla.

Era una chica bonita, con una hermosa figura, unos ojos espléndidos y, después del segundo combinado, pude descubrir que seguía un plan trazado de antemano.

Nos fuimos a cenar. Lucille quiso más combinados. Esta vez pidió *whisky* y soda.

Se fue al tocador y vi cómo lograba decir unas palabras al camarero, mientras le largaba un billete.

Llamé al camarero, quien vino en seguida a nuestra mesa.

—¿Qué deseaba la señorita? —le pregunté.

Asumió un aire de inocencia.

—Nada —dijo.

—Le dio cinco dólares —le dije—. ¿Para qué?

Tosió como disculpándose.

Saqué mi cartera y le mostré un billete de diez dólares.

Se sonrió y dijo:

—Cada vez que me pida *whisky* y soda, debo llevarle cerveza de jengibre, señor.

Le alargué el billete, diciéndole:

—Para mí lo mismo.

—¿Quiere decir que también desea usted cerveza de jengibre, señor?

—Sí.

—Pero… el precio deberá ser el del *whisky* con soda… —me advirtió.

—Desde luego —le tranquilicé.

Acabamos la cena y consumimos buena cantidad de cerveza de jengibre. Ella bebió la suya, fingiendo sentirse un poco aturdida, observándome atentamente, cuando creía que yo no lo advertía.

Yo seguía bebiendo mi cerveza de jengibre, y fingí sentirme un poco mareado, observándola cuando veía claramente que no me miraba.

Era sábado por la noche, y si bien aquello resultaba más caro que el cine, por otro lado era más emocionante, encerraba más intriga, y —como ella muy acertadamente había observado— el guión no había sido censurado.

Al empezar las atracciones en la pista, Lucille se dirigió al saloncito de descanso, dio un rodeo, se deslizó por la puerta de salida y estuvo ausente veinte minutos.

Cuando regresó dijo:

—¿Me has echado de menos? Me he sentido indispuesta; siempre me pongo así cuando trato de beber demasiado.

—Claro que te eché de menos —le dije—. Pero ha habido una bailarina que me ha gustado mucho. Era muy bonita. Apenas iba vestida.

—¡Ah! De modo que te gustan esos numeritos, ¿eh?

—Sí.

—¿El baile o la bailarina?

—Creo que la bailarina, pero no me desagrada el baile, aunque prefiero que sea bailado por una bailarina.

—De todos modos, supongo que *podrías* soportar a la bailarina aunque no bailase.

Reflexioné un poco.

—Con franqueza, no había pensado en eso con tanta profundidad.

—Lo habrías hecho, de ser una mujer —me dijo—. Que nos sirvan un poco más de líquido aturdidor. Me siento mucho más sobria, ahora. Esta vez no beberé con tanta rapidez.

capítulo dos

LUCILLE Hart me sonreía, con la mejor imitación que pudo hacer de una amistad franca y sincera.

—Me gustas —dijo.

—Me gustas —le contesté.

Puso su mano sobre la mía.

—¿En serio? —preguntó.

—Sí, señorita Hart —le dije.

—¿Sabes una cosa? —dijo, lanzando una risita.

—¿Qué?

—Debo irme a casa.

—Te llevaré.

—Tengo el coche de mi hermana. Tenía que devolverlo a las ocho. Creo que es más tarde, ¿verdad?

—Las nueve y cinco minutos.

—¡Caramba! Ignoraba que fuese tan tarde. Cómo vuela el tiempo, ¿no es cierto?

—Exacto.

—Mira —me dijo—; estás más sobrio que yo, ¿no es así?

La miré de reojo y dije:

—A medias.

—¡Oye! —dijo, riéndose de nuevo—. Tú conducirás el coche. Haremos lo siguiente: iremos a casa de mi hermana y luego mi cuñado recogerá el coche y nos volverá a traer aquí.

—¿Voy a serle simpático a tu cuñado?

Ella puso los labios como una fresa en un delicioso mohín.

—¿Cómo se llama?

—Dover Fulton.

—¿Quieres decir que no le gustaré?

—Probablemente, no. Se gusta él. ¿Lo harás, verdad?

—¿El qué? —pregunté.

—Conducir e coche.

—Está bien —asentí—. ¿Dónde viven?

—En San Robles.

—Eso está muy lejos —observé.

—No tanto. Oye, Donald, debes dejarme pagar la cuenta.

—No. Invito yo.

—Yo.

—No: yo —le dije.

Llamé al camarero y pagué la cuenta. Anduvimos cosa de una manzana, hasta llegar a un sitio reservado para aparcar coches y ella me dio el billete. Me fui con el vigilante cuando se fue a buscar el coche y miré la patente atada en el árbol del volante. Vi que el coche estaba registrado a nombre de Dover Fulton, y la dirección era, Orange Avenue, 6285, San Robles.

Hasta allí, todo estaba de acuerdo. Eso me preocupó. Para hacer juego con el conjunto del cuadro, aquel automóvil debía ser robado. Lo sacamos del aparcadero y abrí la portezuela para que entrara Lucille.

No me gustaba aquello. Deseaba tener un testigo. Me detuve en una estación de servicio y le dije al empleado que necesitaba aire en los neumáticos traseros. Di la vuelta al coche, yendo hacia la parte posterior con él, le puse dos dólares en la mano y dije gritando:

—Sigue, Lucille. Ya que dices que es el coche de tu hermana, prefiero que seas tú la que conduce.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza, con la barbilla inclinada sobre el pecho.

—Tú estás mejor que yo. No estás tan bebido. Tú puedes conducir.

—¡Claro que estoy mejor! Pero no quiero conducir.

No pedí gasolina. El empleado se acordaría de mí y de nuestra discusión.

Le guiñé un ojo y dije:

—Está bien. Si insistes, conduciré, pero que conste que lo hago bajo protesta.

—De acuerdo.

—¿Éste es el coche de tu cuñado?

—Es de mi hermana —me contestó Lucille—. Dover dijo que

debía ser registrado a su nombre. Es de esos que siempre quieren ser el primero, el amo. De otro modo, Dover no accedería. Lo pagó mi hermana con su dinero… ¡Dover Fulton! —dijo, y en su voz sonó una inflexión de repugnancia.

El empleado lavó el parabrisas, repasó los faros. Yo puse el pie en el acelerador, le dirigí una sonrisa, hice un gesto con la cabeza y nos alejamos de allí.

Vi que Lucille me miraba, estudiándome con mucho cuidado.

—No estás borracho, ¿verdad?

—Siempre que pongo las manos sobre el volante de un automóvil, me desaparece la borrachera —tuve que explicarle.

—Pero puedes sentir el líquido cómo se mueve en tu interior, ¿verdad?

—Claro.

—Eso está mejor —dijo, y se puso cómoda, con su cabeza apoyada en mi hombro.

Corrimos por la despejada carretera, enfocando el Valley Boulevard.

—Afloja la marcha —me dijo Lucille de pronto.

—¿Por qué?

—Me siento sola.

Aminoré la velocidad.

Se apretujó contra mí cogiéndome el brazo con sus manos.

—Entra en la cuneta y bésame —dijo.

Entré en la cuneta y la besé. Fue todo un beso.

Algo más adelante, a la derecha, vi un letrero luminoso que decía *Albergue del Valle* y un poco más abajo un cartel en el que se leía *Apartamentos disponibles*.

—Sigue conduciendo despacio —dijo Lucille.

Lo hice como me indicó.

—Para el coche —me ordenó—, aquí mismo.

—¿Qué ocurre?

—No me siento bien. Estoy… Oh, Donald, me siento tan sola, y mucho me temo que tendré una terrible jaqueca mañana. Sal de la carretera —me dijo—. Aquí, entra por aquí.

—Eso es un albergue para automovilistas.

—¿Y qué? —repuso ella.

—Me extraña —le dije.

—Tengo que salir de la carretera. Supongo que tendrán un tocador para señoras aquí —me contestó Lucille.

Dirigí el coche hacia el albergue.

—Ve a ver dónde está el lavabo de las señoras… —me dijo.

Entré en la oficina. La mujer que cuidaba del albergue me obsequió con una fría mirada de sus ojos de pescado y me dijo que no tenían lavabos para nadie. Que en las cabinas había cuarto de baño. Tenía una disponible. ¿La quería alquilar?

—Iré a preguntarlo —le contesté.

Sus ojos me miraban indignados.

Regresé al coche y le dije a Lucille:

—No hay tocador, encanto. Todos los cuartos de baño están en los apartamentos. Les queda uno por alquilar.

—De acuerdo —respondió, saliendo del coche con gran esfuerzo —. Acompáñame allí.

Volví a la oficina y me inscribí como señor y señora Dover Fulton. Di la dirección del número 6285, de la Orange Avenue, San Robles, y anoté el número de matrícula del coche: 45 S 531.

La mujer me enseñó dónde estaba la cabina. Lucille se había vuelto a dejar caer sobre el asiento del coche.

Obtuve la llave del apartamento número 11. La mujer, desde la oficina, me dio un seco «¡Buenas noches!» y me volvió la espalda. Ayudé a Lucille a entrar en el apartamento. Inmediatamente se dirigió al cuarto de baño del que llegaron sonidos que indicaron que no se encontraba bien. Salió al cabo de un rato y se tendió en la cama.

Me senté al borde del lecho, mirándola.

—Apaga las luces: me dañan la vista —me rogó.

Las apagué. Lucille encendió un cigarrillo.

—Me parece que necesito aire —dijo pasados unos momentos.

—Abriré la puerta.

—No; prefiero salir un poco.

—Iré contigo.

—No, quédate aquí —díjome rápidamente—. No me siento muy bien. Perderé todo mi encanto. Dime, Donald, ¿cómo estamos inscritos?

—¿Cómo te imaginas?

—Deseo saberlo.

—Como esposo y esposa —le dije—. No te irás a imaginar que nos hubieran cedido el apartamento de otra forma, ¿verdad?

—¿Creerás que soy terrible?

—No. Opino que eres bonita.

—Espérame aquí, Donald. Tengo un frasco de «Kleenex» en el coche, para limpiar la bañera. ¿Dónde está la llave? —me dijo.

Se la di.

—Las portezuelas están cerradas con llave, encanto.

—Me alegra haberme sentido indispuesta. De este modo me sentiré mejor por la mañana. ¿Cómo te encuentras tú? —me preguntó.

—Espléndido.

—No deberíamos hacer esto —dijo, pensativa.

—¿Hacer qué?

—Quedarnos aquí.

—En realidad, no es que *nos quedemos* aquí. ¿No recuerdas que vamos a devolver el automóvil a tu hermana? Tu cuñado tiene que acompañarme de vuelta. Te detuviste aquí porque necesitabas hacer uso del cuarto de baño —repuse.

—¡Oh! —exclamó, y en sus ojos vagó un leve guiño.

Salió del apartamento.

Me encaminé a la ventana, levanté el visillo y me senté donde pudiera ver el coche.

No ocurrió nada. Lucille no se acercó al automóvil. Dio una vuelta alrededor de los diversos apartamentos, respirando el aire fresco.

Al cabo de diez minutos aún no había regresado.

Pasados veinte minutos, salí en su busca. El albergue estaba situado en las afueras. Alrededor existía mucho terreno sin edificar. El camino, empedrado con guijarros, relucía como un rojo sendero iluminado por la radiación del letrero luminoso que había en la fachada delantera. Por la carretera pasaban numerosos automóviles a gran velocidad.

Di la vuelta a las cabinas. En su mayor parte, estaban a oscuras y silenciosas. En una de ellas, en la parte delantera, se notaba que estaba ocupada por un grupo, que se divertían mucho, con grandes carcajadas de cuando en cuando. Una voz de hombre contó un chiste que fue seguido por unas estruendosas risas.

Un matrimonio, con el coche con matrícula del Estado de Iowa, estaban disputando en una de las que ocupaban la parte central. No pude oír todas las palabras. Disputaban sobre el modo como el hombre trataba a su hijastra. La mujer hablaba en un tono de voz chillón, rápido y monótono, temiendo, al parecer, que ocurriera algo antes de que ella tuviera oportunidad de decir todo cuanto deseaba. En el breve espacio de tiempo que empleé para pasar por delante de su puerta, oí lo bastante para saber que el hombre jamás había apreciado a Rose, que se mostró duro con ella, desde el principio, y le hacía sentir que su presencia no era grata; que Rose era sensible y tímida; y que era muy natural que cualquier muchacha se mostrara resentida de recibir aquel trato; que le debía una disculpa a Rose y que bien podía hacerlo, ya que, entre paréntesis, no es que él fuese gran cosa, ya que sólo se preocupaba de su persona, siempre se mostraba dispuesto a regañar por todo y en nada se parecía a su primer esposo; Rose siempre había amado respetado tanto a su padre, porque aquél la trataba con cortesía y consideración, como un caballero que era; mientras que ahora, bajo las actuales circunstancias, nadie le podía reprochar a la muchacha que se mostrara desilusionada y…

Me alejé para no oír más.

No se veía rastro de Lucille Hart por parte alguna, alrededor del albergue. En uno de los apartamentos, una radio portátil estaba puesta a toda potencia.

Probé en el coche. Las portezuelas estaban cerradas.

Anduve por la parte trasera de las casitas, pero no pude distinguir ni sombra de Lucille. Tal vez estuviera tendida en el suelo, en alguna parte, representando el segundo acto de su comedia de fingir estar bebida. Recorrí un amplio círculo alrededor de los terrenos sin edificar.

No apareció Lucille.

Cuando me disponía a regresar a nuestro apartamento, oí algo que pudo ser el escape del motor de un automóvil.

Esperé y presté atención, escuchando con interés. Se oyeron dos ruidos más que *pudieron* haber sido causados por las detonaciones del escape de un camión: pero en aquellos momentos no vi camión alguno.

Volví al apartamento que había alquilado y busqué por todos

lados. Lucille había dejado abandonados un paquete de cigarrillos y una cajita de fósforos. Ésta llevaba impreso el nombre del club nocturno *Cabanita*. Me la puse en el bolsillo. Recogí el paquete de cigarrillos. Estaba casi lleno. El papel de celofán había sido arrancado de la parte superior y entre aquél y el papel del paquete había doblado un trozo de papel blanco, muy recio.

Desdoblé aquel trozo de papel.

Había sido arrancado de un «menú». En su dorso estaba escrito con lápiz *Albergue del Valle, Valley Boulevard*.

No había nada más.

Puse los cigarrillos, el trozo de papel y los fósforos en mi bolsillo. Recorrí el apartamento con la mirada, y no pude ver nada más de interés.

Con sumo cuidado, froté con un pañuelo los pomos de las puertas, y todo cuanto había tocado con mis manos, para borrar las impresiones digitales. No me preocupé por el cuarto de baño: en él sólo había las huellas de Lucille. Tal vez pudiera interesarme tenerlas.

Borré, finalmente, las señales de la llave, la puse por el lado interior de la puerta, cubrí el pomo con mi pañuelo y la cerré de un tirón. No pude borrar mis huellas dactilares del volante del coche porque las portezuelas estaban cerradas con llave.

La radio del apartamento contiguo todavía sonaba a toda potencia.

Di un rodeo por detrás de la oficina y me dirigí hacia la carretera. No traté de hacer parar a ningún coche; mientras pude, me mantuve todo lo cerca posible del lado de la carretera, de modo que los faros de los coches que se acercaran no me dieran de lleno. Llegué hasta un pequeño parador, que todavía estaba abierto, en medio de la carretera.

Había cabina telefónica. Puse una moneda de níquel y marqué el número del piso de Berta Cool.

Pasaron un par de minutos, antes de que ésta contestara. Pude adivinar que no le gustaba demasiado la idea de verse molestada.

—Si —dijo—. ¿Quién es?

—Soy Donald, Berta. Deseo que vengas a recogerme —le dije.

—¡Vaya! ¡Por cien mil diablos! —prorrumpió Berta—. ¡Se necesita cara dura! De modo que quieres que te vaya a recoger,

¿verdad? Pues…

Le corté, diciéndole:

—Puede que sea algo importante. Estoy en el Valley Boulevard, en un pequeño parador de la carretera. No quiero que me vean aquí. Saldré y te esperaré delante. Ven tan pronto como puedas.

—¡Al diablo con ese hueso! —exclamó—. ¡Coge un taxi!

—Si cojo un taxi para venir a verte, el chófer me recordará y verás mi nombre en los periódicos —le grité.

—Procura que tu nombre salga en la primera página y veremos a quién le importa un comino —chilló Berta por teléfono.

—Ello tendría malos resultados para la reputación de nuestra agencia —le repliqué.

—¡Al cuerno la reputación! ¿Qué es, al fin y al cabo, la reputación? Sólo es lo que una serie de bobos dice de ti. Es…

—Y nos hará perder dinero —concluí.

Berta dejó de chillar con tanta rapidez como si yo le hubiera puesto la mano encima de la boca. Esperé dos o tres segundos, sin decir nada, y adiviné que estaba todavía al otro extremo del hilo, porque pude distinguir su fatigosa respiración a través del auricular. Su indignación había agotado las reservas de oxígeno de su organismo y parecía como si hubiera subido una escalera corriendo.

—Bueno, ¿qué me dices? —pregunté.

—Está bien, amorcito —me respondió—. ¿Cuál es la dirección?

De nuevo empezaron los chillidos cuando se la di y por este motivo colgué el aparato sin pérdida de tiempo.

capítulo tres

PASÓ una buena media hora antes de que llegara Berta Cool y estaba lo bastante enfurecida para poder romper a mordiscos los barrotes de una reja de hierro.

Detuvo el coche con un brusco frenazo y yo me acerqué por la parte posterior, llegué hasta la portezuela de la derecha, la abrí y me senté a su lado.

Berta tenía la barbilla inclinada hacia delante, como la proa de un acorazado. Sus diminutos ojillos saltones brillaban de enojo.

—¿En qué diablos te has metido ahora? —me preguntó.

—No lo sé.

—¡Vaya! ¡Pues me parece buena hora para empezar a descubrirlo!

—¿No es verdad?

Pisó el acelerador con furia y condujo de un modo salvaje hasta el primer cruce; esperó su oportunidad y se precipitó por una curva en forma de «U» que hizo saltar trozos de goma de los fatigados neumáticos.

—Hace un tiempo muy hermoso, por ser esta época del año —observé.

—¡Vete al infierno! —me dijo.

Seguimos el camino en silencio.

Al cabo de cierto tiempo su curiosidad pudo más que ella.

—¡Vamos! —me dijo—. Cuéntamelo todo. ¿De qué se trata?

—Empecemos por el principio —objeté yo—. Veamos… ¿Te acuerdas de esta tarde, cuando me hallaba trabajando, tratando de obtener información sobre un individuo?

—Sí —dijo ella—. Alguien deseaba que descubriéramos el nombre y la identidad de un hombre que vendía ciertas acciones. ¿Has tenido algún contratiempo?

—En absoluto —contesté—. Fue muy fácil. Pude atrapar al hombre en cuestión, exactamente donde se suponía que le podía encontrar, y le seguí sin la menor dificultad. Se dirigió directamente al Hotel de las Armas de Westchester; se encaminó al pupitre del conserje y pidió su llave. Efectué discretas averiguaciones y supe que era un tal Thomas Durham y que hacía dos días que se había inscrito en el hotel. Nadie pareció saber con exactitud a qué se dedicaba. A las seis tenía que cambiar mi turno con el de la noche y pensé que me esperaría hasta que aquél llegara y tratar de obtener más información. Sólo tenía que esperar poco más de media hora.

—¡Maldita sea! —exclamó Berta—. No me vayas contando todos los detalles y minucias. ¡Dios mío! He sacado lustre al asiento de mis faldas sentándome en los vestíbulos de los hoteles esperando al que hacía el turno de noche. Si te ves metido en un apuro, ello indica que hay una chica de por medio mezclada en algún sitio. ¿Quién es?

—Pues, no lo sé, exactamente —le dije.

—Otra maldita pelirroja supongo. Parece como si no las pudieras dejar tranquilas.

—Ésa es rubia y dulce como la melaza, suave como la seda.

—¡Dios mío! —exclamó Berta—. Si alguna vez vuelvo a asociarme con un hombre, buscaré uno que pase de los sesenta años y…

—Con eso no conseguirás nada, Berta —le dije—. Los muchachos de sesenta años son especialmente susceptibles. Una chica de buen aspecto hace de ellos lo que quiere y…

—Que pase de los setenta —corrigió Berta.

—Tampoco eso te serviría de mucho. Una niña lista le recordaría las novias que tuvo en su infancia. Tendrás que buscarlo que pase de los ochenta y entonces su vista no será muy aguda.

—Eso es lo peor del caso —dijo Berta, enojada—. Siempre hay alguna maldita mujer que vuelca el carretón de las manzanas. Bueno, cuéntame acerca de esa pájara. ¿Qué hizo?

—Sigo hablándote del caso de ese Tom Durham, ya que no estoy del todo seguro de si mi espera en aquel hotel fue puramente resultado de un accidente.

—¿Qué quiere decir un accidente? —preguntó Berta; luego añadió, como entre paréntesis—: ¡Vaya con el tipo ése; a ver si baja

sus faros de una vez! ¡Vamos, estúpido, toma eso, y eso y eso!

Con gran enojo, Berta pisó el conmutador de pie, que envió los potentes faros de nuestro coche de lleno sobre el automóvil que se acercaba.

Éste no apagó sus faros y Berta Cool bajó el cristal de la ventanilla de la izquierda. Mientras el otro vehículo pasaba por su lado, ella le soltó unos cuantos epítetos con toda la potencia de su voz y luego volvió a subir el cristal.

—¿Por qué no me lo cuentas todo directamente, sin rodeos? —me preguntó.

—Me hallaba sentado en aquel hotel cuando una muchacha que dijo llamarse Lucille Hart hizo su aparición. Pretendió haber conducido un automóvil, que dijo pertenecía a su hermana, pero que estaba registrado a nombre de su cuñado, al parecer un tipo que deseaba ser el más importante de la familia.

—Los maridos siempre quieren ser importantes —intercaló Berta —. ¿Qué ocurrió?

—Al salir del último bar donde tomamos combinados y cenamos, el coche, muy casualmente, se hallaba aparcado a escasa distancia. Y poco antes, se había esfumado de la escena por espacio de veinte minutos.

Vi que Berta estaba a punto de estallar y me apresuré a decir:

—Una cosa llevó a la otra y…

—¡Caramba! —me dijo Berta—. Conozco los hechos de la vida. No se empieza haciendo amistad con mujeres en los vestíbulos de los hoteles y restaurantes. Pero, ¡maldita sea!, sí; así es como empiezas tú. Pero el principio siempre es el mismo. Y lo mismo puede decirse del final, en lo que a eso se refiere. Cuéntame qué diablos ocurrió en el intermedio.

—Seguimos por esa carretera. Iba a casa de su hermana, con ella, y luego su cuñado debía llevarnos a casa y volverse con el coche.

—¡Hummmm! —resopló Berta.

—La muchacha había bebido mucha cerveza de jengibre. Alegó que se encontraba mal y deseaba encontrar un lavabo. Me dijo que parara el coche, porque no podía ir más adelante. Fue muy cerca de un albergue para automovilistas.

Berta aminoró la marcha del coche lo bastante para dirigirme

una mirada de lástima.

—¡Por el amor de Dios! —volvió a exclamar—. ¿Qué es lo que tiene que ver contigo esa muchacha? ¿Te dio un golpe en la cabeza con algo?

—Pude lograr un apartamento y ya la muchacha sentía necesidad de tomar el aire. Se fue y no la he vuelto a ver —le dije.

—¡Tú eras el que necesitaba tomar el aire! —dijo Berta—. ¡Por eso ella te lo dio! Te he dicho una docena de veces, Donald, que las mujeres se vuelven locas por ti, pero no puedes seguir alejándolas de ti como lo estás haciendo. Consigues atontar a una chica hasta el máximo y, de pronto, empiezas a portarte como todo un caballero. ¡Vaya hombre! Apuesto lo que quieras a que la chica ésa estaba enojada contigo. Me extraña que no sacara una llave inglesa del coche y con ella te diera en la cabeza. ¿Por qué no cogiste el coche… o lo cogió ella?

—Estaba cerrado con llave. La última vez que la vi tenía las llaves. Empiezo a sospechar que pudo haber llamado a la Policía, diciendo que el coche era robado y añadiendo que estuviera alerta por si lo veían. No estoy muy seguro, pero tengo la impresión de que se me ha hecho servir de muñeco, y no me gusta la idea.

—Bien —dijo Berta—. Nosotros tratamos de llevar los asuntos propios de una agencia de detectives. Bien sabe Dios que ya es bastante que tenga que verme obligada a salir de noche y hacer de taxista por ti. No puedo perder mis horas de sueño escuchando los fracasos de tus pretendidas conquistas. Tampoco puedo venir contigo en tus correrías para irte apuntando lo que debes hacer y decir. La próxima vez alquila un taxi para que cuando ella te envíe a casita, haya quien te lleve por o menos.

—No pensé que iba a necesitar un taxi. Tampoco creí prudente que me vieran allí. Cuando estaba a punto de salir del albergue, oí un ruido que bien pudo ser el escape de un camión.

—¿Cómo dices? —preguntó Berta, de pronto, quedando pendiente de mis palabras.

—Igual que el ruido del escape de un camión —le dije—; sólo que no había camión alguno.

Berta disminuyó la velocidad del coche y me dirigió una mirada.

—Creo que el punto de partida es, de nuevo, ese Tom Durham y su caso. La persona que alquiló nuestros servicios para este caso

habló contigo. Dime algo de ella —le dije a Berta.

—Era una muchacha llamada Bushnell de agradable aspecto. Recuerdo que en aquellos momentos, pensé que era algo así como una enviada de Dios, por lo bien que nos vino su dinero, y por haberla atendido yo. Si la hubieses recibido tú, te habría seducido hasta hacerte aceptar el caso sin paga alguna, y habrías revuelto toda la oficina. Tal como fueron las cosas, cobré doscientos machacantes por adelantado —explicó Berta.

—¿Qué quería?

—Contó que su tía —el único familiar que tenía y en la actualidad algo indispuesta debido a un accidente de automóvil— desde hacía algún tiempo veía con mucha frecuencia a un hombre, relativamente joven. La muchacha se imaginaba que el tal individuo debía ser un bribón, que trataba de sacarle dinero a la tiíta con sus bellas palabras. Esa muchacha, Bushnell, había interrogado a la doncella de su tía, intentando descubrir quién era el joven. La tía se indignó, diciendo que estaba plenamente capacitada para cuidar de sus propios asuntos y no necesitaba la intervención de su sobrina. Pero ésta está muy preocupada por todo ello. Deseaba que nuestra agencia tratara de descubrir todo lo posible acerca del hombre en cuestión. Quería algún resultado que pudiera vencer la astucia del citado individuo.

—¿Crees que temía que el hombre abrigara intenciones poco honorables?

—¡Pagó doscientos dólares! —dijo Berta, dando un resoplido—. ¿Te imaginas que ninguna damita se separaría de doscientos magníficos dólares para evitar que un tipo emprendiera una conquista? Teme que la cosa pueda ser grave. Supón, por un momento, que el hombre piensa conseguir el matrimonio. La tía es rica y la sobrina es su única heredera. He ahí la justificación de los doscientos dólares, encanto.

—Hay una probabilidad de que, todo en conjunto, no fuese más que una comedia —repuse—. ¿Expresó ella su deseo de que cuidara yo personalmente del trabajo?

—Tal vez lo dijera —me contestó Berta—. Pero no te des tantos humos. No todo el mundo está pensando siempre en ti.

No respondí nada, y al cabo de medio minuto, Berta continuó:

—Me dijo lo importante que era que todo el asunto fuese tratado

del modo más hábil, para que el hombre no tuviera la más remota sospecha de que era observado, o de que alguien le seguía, indagando todo lo posible sobre su persona. En caso de que se diera cuenta, lo más probable era que se lo contase a la tía, y entonces empezaría lo bueno. Si la tía sospechaba que su sobrina había contratado los servicios de algún detective privado, entonces se produciría una ruptura grave entre ellas dos.

—¿Quieres decir que la sobrina no heredaría el dinero de su tía mediante el testamento?

—Cuando te digo que habría ruptura, ¿qué te imaginas que quiero decir, pues? —exclamó Berta, indignada—. Claro que ello significaría la pérdida de una herencia. Le dije que todo iría sobre ruedas, que se deslizaría todo con la misma suavidad que una pastilla de jabón mojada sobre el suelo del cuarto de baño. Le garanticé que nadie se daría cuenta de lo que ocurría.

—Pero tú no me dijiste que había que obrar con tanto cuidado —le reproché.

—¿Para qué? Se supone que ya sabes cómo debes comportarte. Sea como fuese, pagó por adelantado.

—Sólo deseaba saberlo en todos sus detalles —aclaré.

—Pues ya estás servido.

—¿Y tú le dijiste que yo cuidaría del caso?

—Eso mismo. Le dije que tú cuidarías personalmente del asunto; que de esa forma resultaría algo más caro, pero que tú eras el mejor detective de la ciudad.

Berta se calló por unos momentos, sin duda reflexionando sobre sus últimas palabras, luego frunció el ceño y dijo:

—Si lo reflexionas bien, no es que sea mucha verdad lo que dije. Esa chica, Bushnell, era bastante bonita.

—¿Qué edad?

—Alrededor de los veintitrés.

—¿Cómo se llama?

—Claire.

—¿Dónde vive?

—¡Eh, que no soy su ficha! —exclamó Berta, enojada—. Me sacas de casa en mitad de la noche para venir a rescatarte de tus amagos de conquista y, además, pretendes que te dé los datos de todos los clientes que han pasado por nuestra oficina.

No respondí nada, y Berta se dejó llevar por su indignación, durante unos momentos, y luego continuó hablando como si no hubiera habido interrupción alguna por su parte.

—Con una chica como ésa, que sabía que tengo un socio joven e inteligente para cuidar del caso, la reacción normal debería haber sido el dirigirse a ti para arreglar el contrato; pero esa jovencita no hizo nada de eso. Dijo que tenía confianza ilimitada en mi capacidad, que sabía la buena reputación de que disfrutábamos y sacó el talonario de cheques de su bolso. Parecía estar interesada a medias… Ahora, al examinarlo fría y detenidamente, todo en conjunto, no deja de parecerme algo raro…

—Lo es, aunque no lo examines fríamente —asentí—. Concretamente, ¿qué te dijo la muchacha en resumen de su familia?

—Mira, Donald; ahí es donde tú y yo diferimos. Te gusta siempre entrar en los más insignificantes detalles, que nada afectan al caso en cuestión… —empezó Berta.

—En otras palabras, la verdad es que no te dijo nada acerca de su tía —la interrumpí.

—Obtuve la dirección de su tía —dijo Berta—. Me contó que el tenorio en cuestión tenía una cita con la dama a las cuatro de la tarde.

—Pero no te contó muchas cosas de los asuntos de su tía, su historia, sus preferencias… ¿No le preguntaste los detalles de sus amoríos?

—¡Maldita sea! —estalló Berta—. Estampó su nombre al pie de un cheque valedero por doscientos dólares. No me vengas ahora a decirme lo que debía haber hecho.

—Lo haré —repuse—. Sólo quería pensar un poco.

—¡Ya comprendo! —exclamó Berta, con sarcasmo—. Supongo que ahora te meterás en la cama y soñarás con cierta damita que tenía que acompañarte en el fin de semana. ¡Dios mío! ¡La llevabas a su casa… hacia los suburbios! ¡Luego, su cuñado tenía que volverte a llevar en el coche! ¡Qué bonito! ¡Qué finura! Tú seguiste conduciendo el coche, con las dos manos sobre el volante. Supongo que hablarías de libros, de astronomía o de algunas de las buenas películas que has visto últimamente, y por fin la pobrecilla no tuvo otro remedio que detenerse en el albergue y…

—Efectivamente, así lo hizo —la interrumpí.

—Bien, ¡que te sirva de lección!

—Cuando entres en la ciudad, pasa por la calle Séptima. Quiero detenerme en el Hotel de las Armas de Westchester. Creo que empezaré a dispensar al señor Thomas Durham mi más altamente especializada atención.

—Ándate con mucho cuidado no vayas a dejar que el gato se te escape del saco —dijo Berta—. Todo esto me da la impresión de que has dejado escapar muchas cosas. Si Durham sabía que le seguías…

—Si es que sabía que le seguía, ello quiere decir que ese individuo es un veterano bribón. Cuidé de llevar a cabo un trabajo suave y disimulado.

—Y te apabulló con su contraofensiva a los diez minutos de haberle seguido hasta el hotel —dijo Berta, lanzando un bufido.

—Diez no… veinte.

—Está bien, veinte minutos. El tiempo justo para que él cogiera el teléfono y llamara a alguna belleza (que él sabía que tenía mucho de esto y aquello, y de lo otro y lo de más allá, perfectamente distribuido por toda su personita) lanzándola contra tus defensas. Te digo que al tipo ése le bastó una mirada para convencerse de que no le resultarías muy difícil, y luego ella tenía que parar el coche delante de un albergue nocturno y decirte que se sentía indispuesta. ¡Dios mío!

Nada dije, cuando nada podía decir.

Berta condujo por la calle Séptima y paró ante el Hotel de las Armas de Westchester.

—No te quedes parada ahí —le dije—. Sigue cosa de media manzana calle abajo y párate allí. Cuando esté listo vendré a buscarte.

—¡Un cuerno vendrás! —estalló Berta—. Me voy a casa a ver si puedo pegar los ojos. Ése es un trabajo tuyo. Vine a recogerte, cuando no podías coger un taxi, pero todo lo que tienes que hacer aquí es salir a la calle, cuando estés listo, y llamar un taxi para que te lleve donde sea. Y no olvides de detallarlo claramente en tu nota de gastos para que yo lo pueda cargar al cliente como gastos de viajes necesarios.

Cerré la portezuela. Berta puso el coche en marcha y arrancó bruscamente, dejando tras sí una azulada nubecilla del humo del tubo de escape.

Entré en el Hotel de las Armas de Westchester.

Alrededor del vestíbulo había poca gente. Recorrí el lugar con la mirada y me aseguré de que Durham no estaba allí. También miré en el bar y allí no estaba tampoco. Me dirigí a la centralita telefónica de la casa y dije:

—Busco a un caballero llamado Jerome K. Durham, de Massachusetts. ¿Está registrado aquí?

La señorita recorrió brevemente un fichero, y luego me dijo:

—No. Aquí no está.

—¡Qué raro! ¿Está segura?

—Sí.

—¿No hay ningún Durham? —insistí.

—En estos momentos, no —me respondió—. Estuvo un tal Thomas B. Durham, durante un par de días, pero hará cosa de una hora que se marchó, liquidando por completo su cuenta.

—Gracias —le dije—. Es todo cuanto deseaba saber.

Emprendí una discreta investigación cerca del «botones» y el portero. Durham había salido. Llevaba una maleta, un maletín y una cartera de mano que tenía dos cierres de latón.

El «botones» había llevado el equipaje hasta el portero. Éste recordaba haberlo visto allí. Se había ocupado en conseguir taxis para varios clientes, y cuando dio la vuelta para preguntar si el caballero deseaba también un taxi, ya había desaparecido el equipaje.

El hombre estaba seguro de que Durham no había cogido ningún taxi. Pregunté si podía haber subido a un coche particular. Tampoco lo creía probable. Pregunté hacia dónde pudo haberse dirigido Durham, pero el portero se limitó a rascarse la cabeza y sonreírme.

A pocos pasos de distancia había la entrada al bar, pero no vacilé en creer que su encargado no experimentaría ningún grato placer al verse interrogado por mí.

Tampoco creí que hubiera dispensado una muy cordial bienvenida a Durham si es que éste había entrado allí con todo su equipaje.

Dicho en otras palabras: Tom Durham había desaparecido sin dejar rastro.

O él fue más listo de lo que yo creía, o yo había sido más estúpido aún de lo que se imaginaba Berta. Habría jurado que aquel

individuo no se dio cuenta de que le seguía hasta el hotel.

Miré mi reloj. Era tarde, pero quedaba una posibilidad más por explorar.

Entré en la cabina telefónica, encontré un listín de los suburbios, busqué en San Robles y pasé páginas hasta encontrar un Dover Fulton, habitante en el 6285 de Orange Avenue. Según todas las apariencias, pues, por lo menos aquello había sido verdad.

Desde un teléfono público, en la calle, llamé al número de Fulton. Momentos después, la telefonista me dijo que depositara veinte centavos para una conferencia de tres minutos. Después de haber oído cómo las monedas caían en la cajita metálica, al otro extremo del hilo escuché una soñolienta voz femenina.

—Siento mucho molestarla a estas horas —dije—, pero es muy importante que me ponga al habla con el señor Dover Fulton. ¿Está ahí, por favor?

—No —dijo la mujer—. Ahora no está. Se ha quedado en la ciudad por más tiempo de lo corriente. Le espero de un momento a otro.

—¿Podría usted tomar un recado para él? —pregunté.

—Sí.

—¿Es usted la señora Fulton?

—La misma.

—En tal caso, perdóneme usted la pregunta, señora, pero… ¿tiene usted una hermana?

—¿Una hermana? —me repitió, como un eco raro.

—Sí.

—No tengo ninguna.

—¿Una tal Lucille Hart? —insistí—. ¿No es su hermana?

—Jamás he oído hablar de ella. No es mi hermana, con certeza. No tengo ninguna hermana.

—Lo siento, pues. Debe de haber algún error —dije, y colgué el aparato antes de que pudiera pedirme ninguna explicación.

capítulo cuatro

LOS periódicos de la mañana llevaban el relato.

Tuvieron que intercalarlo en el último momento. Era un doble suicidio entre dos amantes, según los periódicos lo expresaban, pero habían aparecido ciertos «ángulos» en el caso que, de confirmarse, podían acabar en un bonito escándalo pasional. Los periódicos expresaban su deseo de poderlo contar todo o dejarlo correr, según hacia qué lado saltara el gato.

Los titulares decían:

CORREDOR DE
SAN
ROBLES,
EN UN PACTO MORTAL…
MATA
A SU ANTIGUA SECRETARIA, DESPUÉS VUELVE EL ARMA CONTRA ÉL MISMO…
CITA DE AMOR, EN UN ALBERGUE PARA AUTOMOVILISTAS, QUE TERMINA EN TRAGEDIA.

Seguía el relato, en tonos más o menos corrientes, pero hacía observar la existencia de «circunstancias particulares» que estaban siendo investigadas por la policía.

La mujer muerta era la señora de Stanwick Carlton, que había sido secretaria de Dover Fulton durante largo tiempo. Hacía unos tres años que dejó su empleo para casarse con Stanwick Carlton, ingeniero de minas, y vivía en Colorado.

Dos semanas atrás le dijo a su esposo que «deseaba visitar a unos parientes en California». Había conducido su coche todo el viaje, y llegó diez días antes. Durante esos diez días, al parecer, estuvo en

compañía de Dover Fulton en varias ocasiones; La propietaria del *Albergue del Valle* recordaba que la misma pareja le había alquilado un apartamento la semana anterior, bajo el nombre de señor señora Stanwick Carlton.

Lo que extrañaba más a la policía era el hecho de que, mientras la del *Albergue* insistía en afirmar que los protagonistas de la tragedia habían llegado en el coche con matrícula de Colorado, el propio coche de Dover Fulton fue hallado, aparcado en el camino de entrada del albergue. El coche estaba cerrado con llave, por fuera y por dentro, pero las llaves no se encontraron sobre el cadáver de Fulton. En el suelo del coche había un bolso de señora, para moneda fraccionaria. Contenía unos diez dólares, en monedas pequeñas, y una «tarjeta comercial».

Para complicar más aún las cosas, la policía —minutos antes de la hora en que fueron hechos los disparos— recibió una llamada, avisando que el coche de Dover Fulton acababa de ser robado.

La hora en que sonaron los disparos fue calculada entre las diez y las diez y media de la noche. Varios de los ocupantes de los apartamentos contiguos habían oído las detonaciones, pero creyeron eran debidos al escape de algún camión. Los cadáveres fueron descubiertos, cuando los ocupantes de una casita contigua se quejaron del ruido que producía la radio, puesta a toda potencia, en la casita de al lado. Según parecía, Fulton había matado a su amante de un tiro en la parte posterior de la cabeza. Luego volvió el arma contra él mismo, pero dos testigos insistían en afirmar que fueron tres los disparos que se oyeron, y tras considerable búsqueda, la policía logró encontrar dónde había penetrado la tercera bala, atravesando un maletín identificado como perteneciente a la señora Carlton.

Stanwick Carlton, su esposo, según se desprendía, llegó a la ciudad en avión, sólo una o dos horas antes de que se hicieran los disparos. Según explicó, presentía «que algo no iba como era debido». Se quedó «atónito» cuando se le llamó desde un hotel de los suburbios y le comunicaron la muerte de su esposa. Dover Fulton, destacado corredor de San Robles, dejaba viuda —Irene Fulton— y dos criaturas, una niña de cuatro, años y un niño de seis. Según parecía, estaba casado y era feliz y la señora Fulton «no podía justificar la actitud de su esposo», negándose, en un principio,

a creer que fuese él la persona que cometió el suicidio. No dio crédito a lo ocurrido, hasta que se la requirió para identificar el cadáver.

Sin embargo, tal vez lo más extraño de todo lo ocurrido fuese el hecho de que mientras Dover Fulton y la señora Carlton se habían inscrito como señor señora Stanwick Carlton, asignándoles la casita número tres, resultaba que otra pareja había alquilado la casita número once, bajo el nombre de Dover Fulton y señora, y éstos habían dado el número de matrícula del «Buick» tipo sedán, de Dover Fulton, el cual fue encontrado detenido y con las portezuelas cerradas con llave frente a la casita que les fue asignada.

La mujer que estaba al cargo del albergue describió a la muchacha como una bellísima rubia, que, de todos modos, parecía estar intensamente nerviosa; el hombre que iba con ella, según lo que podía recordar, era de estatura y peso medios, con el cabello oscuro y ondulado y, según lo describió la mujer, tenía «ojos expresivos». Dijo que tuvo la certeza de que «algo se escondía allí», a juzgar por el aspecto de esta segunda pareja.

La noticia del periódico decía:

> *«Mientras que, aparentemente, no puede haber duda de que la tragedia fue una versión rutinaria de un pacto mortal, entre seres que se habían enamorado, pero que se veían separados por las trabas del matrimonio, existen ciertos aspectos del caso, que están siendo investigados por la Policía».*

Luego el periódico se extendía, declarando que la Policía había sometido a Stanwick Carlton a un severo interrogatorio y no estaba del todo satisfecha con sus respuestas. Estaban tratando de seguir sus movimientos, desde que bajó del avión, y llegó al hotel, en los suburbios, donde residía.

El revólver con el cual se hicieron los disparos era del calibre 32, propiedad de Dover Fulton. La señora Fulton declaró que su esposo había trabajado, casi todas las noches, durante los últimos diez días y que unos diez días atrás él abrió el cajón de su mesa, sacó el revólver de calibre pequeño y lo llevó encima, por todas partes, desde entonces. Se sentía postrada por la impresión.

Los periódicos traían fotografías de Dover Fulton y de Minerva

Carlton, fotos de los cadáveres, del interior de la casita del albergue. Esta última foto mostraba los cadáveres tendidos en el suelo, la puerta del cuarto de baño, abierta, un doble toallero, con dos toallas para las manos colgadas en su parte superior y una toalla de baño en la inferior.

Doblé de nuevo el periódico y anduve un rato arriba y abajo de la habitación. Era inútil: lo mirara desde el punto de vista que lo mirara, todo aquel asunto aparecía muy embrollado y poco lógico.

Llamé a Berta por teléfono.

—¿Has leído él periódico? —le pregunté.

—¡No seas idiota! —me gritó, en respuesta—. ¡No he visto nada, todavía! Trato de dormir un poco… es decir, ¡lo *intentaba*!

—Echa un vistazo al periódico de la mañana —le dije—. Última hora. Página delantera. Al extremo inferior, a la derecha, y sigue en la página tres.

—¿Qué es lo que pone? —preguntó Berta.

—Algo que deberías saber —le respondí—. Cuando hayas concluido de leerlo, vuélveme a llamar. Ten cuidado con lo que dices por teléfono. ¡Adiós!

Pude oír los indignados estallidos de Berta Cool, a través del teléfono, mientras lo colgaba en su soporte, al lado de mi cama.

Pasaron unos buenos quince minutos antes de que me llamara.

Aparentemente, había decidido darme un chasco y no llamarme, pero cuando hubo leído la noticia la encontró tan interesante que se olvidó de su rabieta.

—Donald —me dijo—, ¿qué ocurre?

—Lo ignoro.

—Tú eres el que condujo ese segundo, automóvil…

—¡Ten cuidado! —la interrumpí.

—Y el nombre en el libro de inscripción… está… bueno, ¿lo escribiste con tu letra?

—Eso mismo.

—¿Por qué diablos firmaste en «su» nombre?

—Porque no quise firmar con el mío.

—¿Anotaste el verdadero número de la matrícula del coche?

—Sí.

—Pero… ¿por qué?

—Por varios motivos.

—¿Pensaste que más tarde te harían alguna pregunta?

—Tuve en cuenta tal probabilidad.

—Bien, te has metido en un buen lío —dijo.

—Aún no sabes ni la mitad de lo que ocurrió —le repuse—. Existe la posibilidad de que esa «tarjeta comercial» que se encontró en el monedero sea la mía.

—¡Un cuerno lo era!

—No lo sé. Podría serlo. Ahora hazme el favor de mantenerte completamente al margen de todo esto, y decirme la dirección de esa Claire Bushnell. Deseo hablar con ella cuanto antes.

—Escribí su dirección en una hoja de papel, y la puse en una máquina del vade de mi mesa —me dijo Berta.

—¿Algún número de teléfono?

—No lo sé, querido. No lo creo. Vino demasiado tarde para tener tiempo de abrirle una ficha. Por lo tanto me limité a tomarle los datos imprescindibles y lo dejé todo debajo de mi vade. Era el sábado por la mañana y…

—¿Depositaste el cheque en el Banco? —le interrumpí.

—No seas bobo. Claro que lo ingresé.

—¿Era válido?

—Te hice empezar el trabajo, ¿eh? De no haber sido válido el cheque habría mandado a paseo a la cliente ésa. ¿Te parece que estaría indicado ir a la Policía a contarles lo que ocurre ahora?

—Todavía no —le dije—. Más tarde, tal vez. Cuando se lo digamos a la Policía, quiero tener algo sobre lo que ellos puedan trabajar.

—No creo que les faltase material, si se lo decíamos todo ahora, ¿no crees, encanto?

—¡Claro! —le dije—. ¡Me tendrían a mí!

Colgué el receptor y subí a nuestra oficina. Firmé en el registro que el portero llevaba en el ascensor, y me subió hasta nuestro piso. Me dirigí hacia los despachos, en cuyos cristales biselados se leía

COOL

&

LAM,

y luego, algo más abajo, a la izquierda *Investigaciones. Entrar por aquí.*

Entré en el piso, pasé por la puerta de mi despacho y entré en el

de Berta. Cada pieza del mobiliario llevaba marcado el sello de la individualidad de Berta Cool, desde la crujiente silla giratoria, detrás de su pupitre, hasta la pequeña cajita de caudales, cerrada con llave, desde luego, a la derecha, que funcionaba con una llave distinta a las demás de los diversos cajones de su mesa. Podía siempre asegurarse, sin temor a equivocarse, que Berta siempre lo tenía todo cerrado con llave. No se fiaba de la secretaria ni del portero ni, en aquel aspecto, de su socio.

Me senté en la silla giratoria de Berta Cool.

Parecía como si el chirrido ya fuese algo nacido con la misma silla, un crujido algo peculiar, que se producía siempre en el mismo sitio, cada vez que me movía.

Levanté el secante del vade.

Allí estaba el memorándum.

Lo estudié. La dirección que yo buscaba era el número 1624 de Verónica Way.

Debajo de ella, con la masculina letra de Berta Cool, aparecían las palabras: «Desea que se siga a su tía».

Luego Berta había tachado la palabra «tía» y escribió «vendedor de acciones» en su lugar.

Más abajo de esto, Berta empezó a garrapatear trazos sin sentido alguno, evidentemente mientras hablaba con Claire Bushnell.

Empezó a escribir «*cien dólares*» con todas sus letras. Luego escribió «*100,00 dólares*» en cifras. Después escribió, por dos o tres veces, «*cien dólares*». Más abajo había tachado todos los «*cien dólares*» y escrito «*ciento cincuenta dólares*». Después escribió «*cree que el vendedor de acciones podría ser el amigo íntimo —y supone que aquí hay motivo para alarmarse— algo que no nos dice, desea que trabaje Donald en el caso*».

De nuevo más rasgos y luego las palabras: «*Dirección de la tía: calle Korreander, 226*».

Berta volvió a trazar garabatos y esta vez la cifra que seguía era la de: «*175,00 dólares*», tras la cual aparecían las palabras: «*Quiere que se ocupe Donald personalmente*».

Más líneas de trazos sin ilación, y luego, con la letra de Berta: «*Nombre de la tía: Amelia Jasper; el hombre que trata de estafarla: edad, 36; bien vestido; amplio tórax; trajes cruzados; grises casi siempre; facciones morenas, alargadas, angulosas; risa nerviosa; fuma cigarrillos*

con una larga boquilla de marfil trabajado; fumador en cadena, un cigarrillo tras otro; buen perfil hasta que ríe, entonces la boca parece cruel; risa dura; perfil hermoso».

Más garabatos, luego Berta —como si se volviera atrás— había anotado lo que hacía tres años trataba yo de inculcarle: una exacta descripción de la persona a quien se debía seguir: «*estatura: 5 pies, 11 pulgadas; peso 195 libras; pelo oscuro; ojos grises*».

De nuevo Berta escribió «*ciento setenta y cinco dólares*», luego lo tachó y anotó «*doscientos*», seguido todo ello de más garabatos, y después: «*El individuo tiene una cita a las cuatro de la tarde. Que Donald le vigile, empezando a seguir al sujeto en el número 226 de la calle Korreander*».

Y al pie, en trazos firmes y angulares, aparecía lo que, según Berta, daba la entrevista por terminada: «*Recibido cheque por 200,00 dólares*».

Estaba escrito en tres hojas de papel de folio, que Berta había cosido con la maquinilla de coser papeles, y colocado debajo del secante de su vade, con la intención, más tarde, de dictar un memorandum, para adjuntar a la historia del caso, en el archivo; pero como sea que la cliente había llegado a última hora del sábado por la mañana, Berta no tuvo tiempo de abrir la correspondiente ficha.

Ahí es donde yo había entrado en escena. Berta me llamó y yo salí en dirección al número 226 de la calle Korreander, que era una casa bien diseñada, pero muy pequeña, estucada en toda su fachada.

Esperé allí el sujeto apareció con bastante puntualidad, según los detalles especificados, fumando un cigarrillo en una boquilla, labrada, con un traje cruzado gris con listas azules, de buen corte. Estuvo en la casa aproximadamente por espacio de una hora y diez minutos.

Cuando partió, me puse a seguirle, en mi coche, manteniéndome en el sitio, desde el cual no me podía ver con su espejo retrovisor, tomando nota del número de matrícula que el automóvil llevaba, vigilando bien el tráfico, quedándome todo lo atrás posible cuando sabía que no le podía perder de vista, empezándome luego a aproximar a él todo lo que me pareció prudente. No había dado señal alguna de interesarse por nada de lo que ocurría a su espalda.

De todos modos, aquel hombre había salido de su hotel la noche anterior, después de que yo le seguí hasta allí. Debió ser más listo de lo que yo me creía y *debió* saber que le seguía. De momento no pude pensar en ninguna otra respuesta y eso me preocupaba, no sentaba bien a mi propio sentido de responsabilidad; lo que Berta habría calificado de mi maldito orgullo. Siempre me había alabado de poder adivinar cuando un individuo sabía si se le seguía o no.

Decidí que, en el futuro, andaría con más cuidado con el señor Thomas Durham, si es que iba a haber algún futuro.

Era típico del modo de hacer de Berta el hecho de haber elevado el precio en cien dólares, doblándolo, mientras iba hablando con la cliente, y en aquellas tres hojas, garrapateadas, podía verse una muestra de un proceso mental clínico de Berta, pero ni tan sólo se había ocupado en saber si la cliente tenía teléfono, o lo más mínimo acerca de su historia. Había recibido doscientos dólares y eso era todo.

Miré en el listín telefónico, buscando el nombre de Bushnell, pero no hallé nada. Llamé a «Informaciones», pero tampoco pudieron, o no quisieron, ayudarme, de modo que bajé hasta nuestro garaje y saqué el «coche número dos» de la agencia.

El coche «número uno» era nuevo, y Berta solía emplearlo para sus asuntos. El «número dos» de la agencia era un cochecito pequeño, pero con muchos arrestos, que se había envejecido prestando un leal servicio a la agencia. Por más de cien mil millas había seguido a otros coches, vigilado a hombres casados que solían explicarles a sus amiguitas —muy lindas— que sus esposas no les comprendían; gastó muchos neumáticos persiguiendo a testigos y andando en busca de pistas, en un variado surtido de casos de asesinato.

Calenté el motor y esperé, hasta que todo el ajetreo y los resoplidos no fueron tan notorios antes de ponerlo en marcha y dirigirme al piso de Claire Bushnell.

El número 1624 de Verónica Way resultó ser una casa de pisos. Miré las tarjetas en el vestíbulo y vi el nombre de Claire Bushnell, recortado de una tarjeta de visita e insertado en un pequeño cuadrito metálico, encima del timbre.

Oprimí el botón. No ocurrió nada.

Era domingo, a lo mejor estaba echada en la cama descansando,

o tal vez hubiese salido a dar un paseo. A juzgar por el nombre de la tarjeta, no parecía tener esposo, por lo cual decidí bromear un poco. Toqué una pequeña sinfonía con el timbre: una llamada larga, dos cortas, una larga, una corta, una larga, una corta, luego una larga seguida por tres cortas, muy rápidas.

Eso bastó. El zumbido del llamador indicó que la puerta de entrada se abría.

Miré el número del piso, vi que era el apartamento 319, y entré por la puerta de la escalera.

Fuera hacía un día espléndido, con una radiante claridad solar y el aire encerraba un fresco estimulante, que me hizo desear coger el coche de la agencia y dirigirme hacia alguna carretera lejana, aparcar bajo los pajaritos. Dentro de la casa el aire se notaba sofocante y enrarecido. Después del radiante sol de la calle, se hizo difícil divisar las cosas en el vestíbulo.

Los propietarios de aquella casa debían haber decidido economizar fluido eléctrico, para que las grandes industrias no anduvieran escasas de él y consumieran cuanto gustasen.

Por fin encontré el ascensor, que me llevó, traqueteando, hasta el tercer piso. No me costó mucho localizar el apartamento número 319.

La puerta no estaba abierta.

Llamé con los nudillos.

Nadie respondió.

Probé el pomo, y pude entrar.

Era un apartamento amueblado, corriente, de los que solían ser de un precio medio. Era un viejo edificio, con algo de incoherencia en su diseño, y las habitaciones habían sido calculadas no sobre la base de la mayor eficiencia, sino sobre una especie de tacañería de espacio. Pensé que tal vez en otro tiempo el edificio consistía en pisos grandes, o apartamentos más espaciosos, y, posteriormente, fueron reducidos a su mínima expresión.

En el cuarto de baño se oía el ruido del agua que caía del grifo y, mientras cerraba la puerta tras de mí, una voz de mujer dijo:

—Es raro que no hayas venido más temprano, con el coche; hace un día espléndido y…

Me dirigí a una silla que había al lado de la ventana y me senté.

Al ver que yo no decía nada, la voz procedente del cuarto de

baño calló, se oyó que cerraban el grifo y se abrió una puerta.

Claire Bushnell, vistiendo un albornoz y zapatillas, mostrando unos ojos desorbitados por la sorpresa, entró en la habitación arrastrando los pies.

—¡Vaya! ¡Me gusta eso! —exclamó.

Sobre la mesa se veía el periódico del domingo. Yo ya había visto todo cuanto me interesaba, en especial en lo referente al embrollado asunto del *Albergue del Valle*, pero pensé que sería buena ocasión para aparentar ser un tranquilo indiferente. Cogí el periódico y dije:

—¡No interrumpa su baño por mí! ¡Continúe, y vístase…!

—¡Váyase! —exclamó la joven.

Bajé un poco el periódico y miré por encima de él, con una ligera sorpresa reflejada en mi rostro.

—¿Qué dice?

—Ya me lo oyó usted. ¡Váyase!

—Pero… yo deseo verla a usted.

—Váyase de una vez… Pensé que era…

—¿Quién? —pregunté, al ver que vacilaba.

—¿Quién es usted?

—¿No quería usted que una agencia de detectives siguiera a…? —empecé.

—¡No! —me gritó.

—Creí que fue usted.

—Pues se equivoca del todo jamás alquilé a ninguna agencia de detectives.

Dejé el periódico sobre la mesa, busqué mi cartera y saqué una tarjeta comercial, me levanté de la silla, anduve hasta su lado y se la entregué.

—¿Es usted Donald Lam?

—El mismo.

Pareció reflexionar por unos momentos; luego dijo:

—¿Lleva algo para identificarle?

Le mostré mi permiso de conducción así como mi título de Detective Privado.

—Sólo estaba tomando un baño —me explicó la muchacha.

—Así lo supuse.

—Bien —dijo Claire—, no es necesario que le diga que se

considere como en su casa. ¿Con todos los clientes tiene usted ese aire de seguridad?

—Llamé a la puerta, con los nudillos, pero usted no contestó.

—La dejé sin cerrar con llave. Pensé que era usted… una amiga mía.

—Bueno —le dije—. No lo pude evitar. No deseaba quedarme en pie en el zaguán exhibiendo mi personalidad, a beneficio de sus vecinos.

—No —asintió ella—. Supongo que no. Está bien, voy a vestirme.

Evidentemente, la puerta que había al otro lado daba al dormitorio. La joven se fue al cuarto de baño, cerró la puerta y oí cómo ponía el pestillo. Se fiaba de mí tanto como un canario se fía de un gato.

Esperé cosa de quince minutos, transcurridos los cuales hizo su aparición de nuevo.

Berta Cool tenía razón. Era una pollita de agradable ver, que causaba placer a los ojos.

Su cara era hermosa, con negros ojos, muy vivos, que probablemente sabían guiñar, llenos de buen humor, cuando se terciaba; pelo tan negro, que casi parecía azulado, según la luz, y una figura muy linda, en verdad.

Tenía un aspecto limpio fresco y descansado cuando se sentó y me dijo:

—Supongo que me dirá de qué se trata. ¿Qué es lo que ha descubierto?

—Me gustaría que me completara usted ciertos detalles —le dije.

—Di todos los informes necesarios a la señora Cool —contestó.

—Probablemente lo hizo usted, pero ella no los anotó —insistí.

—Sí que lo hizo. Iba escribiendo, con un lápiz y un bloc, tomando nota de todo.

—Lo que le interesaba principalmente a Berta Cool eran los honorarios que le iba a pedir. Anotó repetidas veces la suma que pensó cobrarle, pero…

Claire Bushnell echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Primero, sepamos algo acerca de su tía. Según Berta Cool, se llama Amelia Jasper y vive en la calle Korreander, número 226. ¿Es usted el único familiar vivo que tiene?

—Exacto.

—¿Qué más?

—¿Qué desea usted saber?

—Todo.

Pareció vacilar aún unos momentos, mirándome fijamente, como si tratara de decidir hasta dónde debía decirme la verdad. Luego dijo:

—Mi tío murió hace unos años y, al parecer, le dejó cierta suma de dinero a mi tía. Nadie sabe cuánto.

No dije nada, esperando que ella continuara contándome cosas.

Empezó a buscar las palabras y adiviné que ponía gran cuidado, tratando de decir exactamente lo que quería expresar.

—Mi tía tiene cincuenta y dos años, ahora. Durante estos últimos tiempos me temo que se ha convertido en una persona desordenadamente vanidosa. Es una mujer que aparenta ser muy joven, por la edad que tiene, pero lo lleva hasta extremos demasiado peligrosos, que la hacen parecer totalmente estúpida. Siente gran pasión por preguntar a las personas que le digan la edad que creen que tiene, que la adivinen… bueno, ya me comprende usted. No hay nada que le parezca demasiado absurdo. Cuando le dicen cincuenta y dos años, tía Amelia se queda un poco fría. Si dicen cuarenta, sonríe. Pero si le hacen unos treinta y siete años, por ejemplo, tía Amelia se extasía, y se muestra afectuosa y animada y desafía a su interlocutor: «*Querido, jamás lo adivinará usted, pero, en realidad, tengo cuarenta y un años*».

—¿Su cabello?

—Rojizo, teñido con henné.

—¿Carácter?

—Reservado.

—En otras palabras: teme usted que ese hombre que la visita pueda no tener intenciones honradas —le dije.

Sus ojos encontraron los míos, sosteniendo la mirada un buen rato, y luego me dijo:

—Exactamente.

—¿Cómo se lleva con su tía? ¿Amigas?

—No nos entendemos, equivocadamente, señor Lam. Suponga que tuviera usted cincuenta y dos años, y deseara que la gente creyera que tiene usted treinta y cinco, y a su alrededor hubiera una

sobrinita que tuviera… bueno, ¿qué edad cree usted que tengo?

La miré con mucho cuidado, con una larga y profunda mirada de apreciación.

—Treinta y ocho —dije.

Sus ojos llamearon de enojo; luego echó atrás su cabecita y se rió.

—Tengo veinticuatro.

—Verá… —le dije—, después de la conferencia que me ha dado…

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿En verdad parezco tener más de treinta años?

—No —le contesté—. Me imaginé que tendría usted diecisiete, pero desde que me ha explicado la psicología de la cosa, pensé…

—¡Tonterías! —me interrumpió.

No contesté, esperando su próximo comentario.

—Bueno, de todos modos, ya se puede usted imaginar lo que ocurre con tía Amelia. Somos bastante amigas, y le gusta tenerme a su lado… cuando no hay varones alrededor. Especialmente, desde que empezaron las visitas de ese hombre, tía Amelia ha dado a comprender que prefiere que la llame por teléfono, antes de ir a verla. En resumen: puede estar seguro de que no entro cuando aquel caballero del pelo negro y el hermoso perfil está con ella.

—¿Ha coincidido usted alguna vez con él, en casa de su tía?

—Una vez —respondió Claire—, y tía se libró de mí con tanta presteza que ni siquiera resultó divertido.

—¿Le presentó su tía a aquel caballero?

—¡No me haga reír!

—Así, ¿jamás se han conocido?

—No.

—¿Cree usted que él la reconocería si la volviese a ver?

—Sí.

—¿La vio solamente unos minutos?

—Unos segundos.

—¿Tan poco tiempo?

—Sí.

—Pero ¿notó si la miraba?

—Sus ojos parecieron taladrar agujeros en mis ropas.

—¡Ah! ¿Es de ésos?

—Supongo que sí. Por lo menos sus ojos.

—¿Tiene alguna idea de lo que persigue yendo tras de su tía?

—Creo que le vende algo.

—Le dijo usted a Berta Cool que temía le vendiera acciones.

—Me parece que ahí está la respuesta exacta.

—¿No le importaría si se apropiara de una pequeña suma de su tía, mediante alguna operación de Bolsa o algo parecido?

—Señor Lam: si ese hombre pudiera tener una oportunidad de estafar a tía Amelia unos veinte o treinta mil dólares… pues… bien, casi que yo misma le contaría todo lo que sé de la psicología de tía Amelia, para facilitarle el camino. Pero lo que me temo es que eso es lo que empezó por hacer y ahora trata de venderle cierto género que le va a salir mucho más caro, y le servirá de mucho menos, a mi tía.

—¿Quiere usted decir que trata de venderse él mismo?

—Exactamente.

—¿Volvería a casarse su tía?

—Creo que sí, bajo circunstancias favorables. Ha… es decir, ha llevado eso de dejarse adular hasta un extremo tal que se está convirtiendo en una especie de… bien… me sabe mal decirlo, pero…

—No es necesario que lo diga —interrumpí.

—¿Qué ha descubierto usted? —preguntó—. ¿Qué sucedió ayer?

—Di con ese hombre y le seguí, sin que me viese.

—¿Quién es? ¿Dónde vive?

—Se llama Thomas Durham y posaba en el Hotel de las Armas de Westchester. Ayer por la noche salió de allí, liquidando su cuenta.

—¿Se marchó?

—Sí.

—¿Dónde fue?

—Lo ignoro.

—¡Vaya detective que es usted! —exclamó airada.

—Un momento —le dije—. Las instrucciones que yo tenía eran de seguirle y descubrir quién era; eso era todo. No encargó usted un trabajo de vigilancia de veinticuatro horas, ni pagó por ello…

—Pero yo quería descubrir algo acerca de él.

—Ya lo descubrirá —le dije—. Estoy trabajando en el caso.

—¿Por qué se marchó del hotel?

—No lo sé. Trato de descubrirlo. Para poder hacerlo, me precisa disponer de un poco más de información.

—Pues vaya a buscarla.

—Deseo obtener alguna aquí.

—¿Sobre qué?

—Empecemos por usted. Estuvo usted casada.

—Sí.

—¿Qué le ocurrió a su matrimonio?

—Se hundió en los arrecifes.

—¿Quién era su esposo?

—Un señor llamado Bushnell —me respondió—. James Bushnell. El hijo pequeño de la señora Bushnell, Jimmie, ¿sabe usted?

—¡Ah, sí! —dije—. ¡Jimmie… el bueno de Jimmie! ¡Bien, bien, bien! ¿Y qué había de malo en Jimmie?

—Un poco de todo.

—¿Cuánto tiempo hace que vive usted por su propia cuenta?

—Un año.

—¿Alguna pensión de su ex marido?

—¡Pregúnteselo usted a un pajarito!

—Sólo preguntaba…

—Y yo le he contestado.

—¿Depende usted de su tía pecuniariamente?

—No.

—¿Algún otro familiar?

—Ninguno.

—En otras palabras: ¿es usted la heredera única?

—Si muriera, supongo que lo sería, pero, desde luego, ella tiene derecho a hacer lo que le plazca con su dinero.

—No me ayuda usted mucho —le dije.

—Contesto a sus preguntas.

—Pero no facilita usted nada, en absoluto, por su propia voluntad.

—Le contraté a usted para que me facilitara informes a mí.

—Su actitud hacia su tía parece algo desapegada.

—Me gustaría convivir más estrechamente con ella. Es mi única pariente. Algunas veces me echa de menos. Es entonces cuando le

dan esas ideas de relacionarse con muchachos —dijo con cierta pasión—. Pero, hasta ahora, siempre se ha opuesto al matrimonio. Teme que alguien anduviera tras su dinero. Es avara por demás. Cuando se siente sola, me adora y quiere que vaya a vivir con ella. Hace unas semanas tuvo un accidente de automóvil. Desde entonces tiene ataques de ciática. Cree que son causados por las heridas que recibió en el accidente. Arma gran revuelo acerca de ello. Descansa en una almohadilla neumática, en una silla de ruedas, y todo por este estilo.

—¿Y la Compañía de Seguros?

—Opina que el accidente fue culpa de mi tía.

—¿Y ella está loquita por los hombres?

—¡Eso es expresarlo con bellas palabras!

—Malo —dije—. Tal vez se curase de su mal si la sometieran a una poda económica.

—Puede que sí… No comprendo lo que se propone. Sencillamente, no logro comprenderla… o, sí, tal vez la comprendo demasiado. La comprendo y simpatizo con ella, pero no puedo…

—¿Dar su asentimiento? —le pregunté.

—¿Quién soy yo para dar mi consentimiento? —me dijo.

—Bien; ahora supongamos por unos momentos que deja usted de intentar justificarse a sí misma, y empieza a contarme los hechos.

—Mis padres murieron cuando yo contaba tres años. Perecieron juntos en un naufragio. Tía Amelia cuidó de mi educación. Ni siquiera me acuerdo de mis padres. Pero sí recuerdo a tía Amelia, sus virtudes, que son muchas, y todos sus defectos.

—Continúe —le dije.

—Tía Amelia era una mujer muy hermosa, bellísima —siguió diciendo—. Se casó con tío Dave por lástima y sufrió una decepción. No creía en el divorcio. Supo, al cabo de pocos años, que el hombre con quien se había casado sufría una enfermedad incurable. Desesperada, y apasionadamente, trató por todos los medios de conservarse joven, para que cuando muriese tío Dave le quedara lo más posible de su juventud y belleza. Deseaba empezar de nuevo.

—Eso es comprensible —intercalé.

—Luego murió tío Dave, y tía Amelia conoció al tío Freddy. Por aquel tiempo, me parece que tía Amelia se había vuelto fríamente

calculadora. Sólo sé que mis primeros recuerdos me presentan a tía Amelia de pie, ante los espejos, estudiándose con sumo cuidado, desde todos los ángulos, dejándome al cuidado de una *nurse*; después de una señorita de compañía y, finalmente, enviándome a un colegio particular.

»Ya puede ver lo que ocurrió, señor Lam —siguió diciendo Claire—. Durante aquellos años en que tía Amelia esperaba que muriese el hombre con quien se había casado, tratando de mantenerse joven, se habituó a pensar única y exclusivamente en ella misma, soñando en su aspecto juvenil. Eso era lo primero en su vida. Sólo con que tía Amelia pudiese ser curada de eso, sería una mujer maravillosa. Es astuta, inteligente y… y egoísta.

—¿Ha resultado herida?

—Sí; en ese accidente de automóvil. Sólo heridas de menor grado, pero ella trata de conservarlas latentes. De vez en cuando, sufre una recaída y vuelve a utilizar su silla de ruedas.

—¿Quién la conduce en ella?

—Susie Irwin, doncella, ama de llaves, dama de compañía, cocinera y chófer.

—¿Algún sirviente más en la casa?

—Ninguno.

—Su tía, ¿es tacaña?

—Sí, tacaña y reservada.

—¿Muy rica?

—Le diré. Nadie lo sabe. Heredó algún dinero. Ha hecho inversiones. Parece tener siempre dinero, pero le repugna gastarlo, y si la quiere uno enfurecer de *verdad*, basta con hacerle una pregunta, una sola pregunta, acerca de sus asuntos económicos.

—Dígame algo del accidente.

—¡Oh! Fue uno de estos accidentes que ocurren en los cruces de los caminos, o las calles, con cada uno de los bandos pretendiendo que la culpa fue del otro.

—¿Quedó zanjado?

—Tía estuvo echando chispas unos días, pero la Compañía de Seguros decidió que no tenía razón y llegó a un arreglo con el propietario del coche. Tenía tres testigos a su favor. Tía iba sola en el coche. Estaba furiosa. Debido a ello anuló su seguro con la Compañía.

—¿Ha vuelto a hacerse alguno desde entonces?

—No; jura y perjura que cuidará ella misma de sus seguros. Ella opina que los otros debieron ser juzgados y que debían obligarles a los desperfectos y sus heridas. Puede que tenga razón. Tía es muy cuidadosa y observadora de todas las reglas y disposiciones y sus reacciones son rápidas; pero, como le he dicho, los otros tenían tres testigos. Parecían haberse aprendido un disco de memoria, por lo exacto de sus declaraciones…

—Seamos francos, entre nosotros, señora Bushnell… —le dije.

—Me hago llamar señorita Bushnell.

—Está bien, pues; seamos francos entre nosotros, Claire.

—Trabaja usted muy de prisa, ¿verdad, *señor* Lam? —dijo la muchacha.

—No tanto como usted se imagina —le repliqué—. Sencillamente, no creo que nos sobre demasiado tiempo para una presentación formal. Vayamos, pues al grano, sin rodeos. Este piso amueblado es de los de precio medio, usted…

—¡Debería pagar el alquiler, si cree que es de precio medio!

—Ya lo sé, pero entra en esta clasificación general —continué—. No tiene usted automóvil. Probablemente cuenta con algún ingreso, procedente de su ex marido, tal vez. Viste usted buenas telas, un apartamento tan económico que le permite vivir con comodidad y todavía ahorrar algo. No tiene teléfono. No es usted rica. No cuenta con ningún ingreso considerable.

En sus ojos brilló el enojo.

—No obstante, le dio doscientos dólares a Berta Cool —seguí diciendo— para descubrir algo del hombre que está rondando a su tía. Esos doscientos dólares no creo que le sobraran.

—Pero se *fueron* fácilmente —replicó, indignada.

—No comprende lo que le quiero decir —repuse, moviendo la cabeza negativamente—. Debió de haber un motivo muy serio, por su parte, para desprenderse de doscientos dólares. No lo hizo usted, sencillamente, por sospechar de un hombre que danzaba en torno de su tía Amelia.

—Dije que él trataba de venderle algo.

—Berta Cool estuvo hablando con usted un buen rato. Luego fijó el precio de doscientos dólares y usted no discutió, ni regateó, con ella. Ni siquiera lo intentó…

—¿Se suponía que debía haberlo hecho?

—Algunos lo hacen.

—¿Qué ocurre en tal caso?

—Salen perdiendo. Pero no estoy hablando de Berta. Hablo de usted.

—Ya me lo parecía.

—En resumen —concluí—, tenía usted algún motivo que no nos dijo.

Se puso en pie de un salto, echando chispas por los ojos.

—¿*Quiere* usted empezar a trabajar, y hacer aquello por lo cual se le paga, en lugar de quedarse aquí, insultándome?

—Estoy tratando de conseguir información, para poderle ayudar a usted.

—Créame, señor Lam —me dijo con gran ironía—, si yo hubiese sabido las respuestas, con seguridad que no le habría pagado doscientos dólares a su apreciable, avariciosa y oportunista Berta Cool, para que me buscara estas mismas respuestas. Cuando le entregué ese dinero a su asociada fui lo bastante estúpida para creer que con él podría adquirir los servicios de alguien que saldría inmediatamente a buscar información para mí, y no meterse en mi piso, en domingo por la mañana, queriendo flirtear…

—Yo no he flirteado en absoluto —le dije.

—Ya lo sé —me respondió—, pero lo hará.

—¿Quiere apostar algo? —le pregunté.

Me miró con desprecio, y finalmente dijo:

—¡Sí!

—¿Cuánto?

—Doscientos dólares —dijo, pero inmediatamente repuso, con gran rapidez—: No, espere un momento; me… Me refiero al modo como entró, cuando me estaba bañando, y como… quiero decir que por doscientos dólares no lo haría usted.

—Digamos cien —tercié.

—No.

—Cincuenta.

—No.

—¡Diez!

—¡Hecho! —exclamó—. Es una apuesta. Sería usted un caballero por veinte dólares, pero estaría dispuesto a perder los diez dólares,

si así creía poder llegar a la primera base.

—¡Está bien! ¡Ha hecho usted una apuesta! —dije—. Ahora volvamos al caso.

—¿Qué desea usted saber?

—¿Ha estado usted alguna vez viviendo en Colorado? —pregunté, sin darle demasiada importancia.

—No.

—¿No conoce, por casualidad, a un tal Dover Fulton?

—No.

—¿Y a su esposa?

—No, jamás les he oído mencionar.

—¿No conoce a un tal Stanwick Carlton?

—Pero… ¿qué tiene que ver *todo esto* con nuestro caso? —preguntó, abriendo los ojos desmesuradamente.

—Tal vez nada. Quería saberlo.

—Pero… pues… sí, yo conozco a Minerva Carlton. Hace muchos años que la conozco. Es una íntima amiga mía. No conozco a su esposo, ni jamás le he visto.

—¿Dónde vive Minerva?

—En Colorado.

—¿Ha sabido de ella, últimamente?

—No.

—¿Ha leído el periódico? —le pregunté.

—La página cómica y el capítulo de la novela —dijo—. Pero, ¿qué tiene que ver Minerva en todo este asunto?

—Lo ignoro —contesté—. ¿Es usted íntima amiga suya?

—Sí, muy íntima.

—¿Cuándo tuvo noticias de ella, por última vez?

—Oh… no lo sé… tal vez hará un mes o cosa así. Nos escribíamos constantemente.

—¿No tendrá usted una fotografía suya, por casualidad?

—Sí tengo; una que me envió y algunas instantáneas tomadas este verano, cuando fuimos a la playa.

—Déjeme echar un vistazo a las instantáneas.

—¿Por qué?

—Deseo verlas.

—Pero, ¿tiene esto algo que ver con el hombre que ha venido visitando con frecuencia a tía Amelia?

—No lo sé. Deseo mirar las fotos.

—Es usted el hombre más arbitrario que jamás conocí, exceptuando a… —se detuvo, vacilando.

—¿Se refiere usted al niño de la señora Bushnell, a Jimmie? —le pregunté.

—Exactamente —respondió.

—Bueno, tráigame las fotos y todo quedará arreglado —le dije.

Se dirigió a un armario, empotrado en la pared. Removió en un cajón y salió llevando un sobre de los que emplean los laboratorios fotográficos especializados en revelar fotografías. En un lado interior del sobre había una bolsa para los negativos, y en el otro lado para las copias.

Sacó las copias, y empezó a repasarlas. En las comisuras de sus labios vagaba una media sonrisa, mientras apresuradamente separaba seis fotos, dejándolas de nuevo en el sobre. Luego me alargó dos.

Las miré. Eran fotos, muy buenas y claras, de la propia Claire Bushnell y otra muchacha, en trajes de baño muy sintéticos. Las fotos revelaban que Claire Bushnell tenía una figurilla preciosa. La muchacha que estaba con ella era la misma a quien yo vi en el bar, la noche anterior, la pelirroja de los ojos contemplativos.

—¿Ésa es Minerva Carlton? —pregunté.

—Sí, la que está conmigo.

—Bonita figura —comenté.

—Puede pasar.

—Yo estaba mirando la de usted.

—¿Esto va incluido en lo que debo recibir a cambio de los doscientos dólares, o lo añade usted de propina?

—Esto es gratis.

—Por lo que a mí se refiere, podía habérselo ahorrado.

—¿Qué hay en las otras fotos?

—Cuando dos muchachas tienen una cámara fotográfica y andan jugando por la playa, nadie puede decir lo que ocurrirá —me dijo, negando con la cabeza.

—¿Tiene usted el clisé de esas fotos? —indagué.

—Sí.

—¿Me quiere dar los de estas dos copias? —le pedí.

—¿Por qué?

—Los necesito.

Vaciló unos momentos, luego cogió clisés del sobre. Se dirigió hacia la ventana, para sostenerlos contra la luz, a fin de poder identificar los dos que deseaba. Estaba de espaldas a mí. Observé cómo se movían sus hombros, viendo los trocitos de película, casi opacos, cómo iban apareciendo a la luz.

Escogió los que yo le había pedido y me los entregó.

A guisa de respuesta, sacó el contenido del sobre y me lo dio vacío.

Miré las películas. Eran buenos negativos, muy claros. Tamaño 4½ × 6½. Se podrían ampliar muy bien.

—Bonita exposición —comenté.

—¡Por favor no sea tan galante!

—Me refería al tiempo de abertura del objetivo —le repliqué.

—¡Oh!

Seguí estudiando las películas con mucha atención.

—Y bien revelada.

—Esa tienda de la esquina hace tres años que me ejecuta todos los trabajos de fotografía, y sirve muy bien.

—Esta vez no me refería a la película —dije—. Hablaba de su figura.

Hizo ademán de arrojarme un libro, pero no pudo evitar un parpadeo de sus ojillos.

—De modo que no sabe nada de Stanwick Carlton, ¿eh? —le pregunté, de nuevo.

Se sonrió, moviendo la cabecita, y dijo:

—Sospecho que a Stanwick no le soy simpática. Al fin y al cabo, estoy unida al tempestuoso pasado de Minerva.

—¿Es que tuvo pasado?

—No sea tonto. Stanwick es celoso, dominador y muy suspicaz.

—Debería leer el resto del periódico —le dije.

—¿Por qué?

—Minerva fue encontrada muerta en el *Albergue del Valle*, para automovilistas, a unas ocho o diez millas fuera de la ciudad. Estaba…

Claire Bushnell se precipitó a la pequeña mesita fumador, abrió el periódico, echando por el suelo las páginas cómicas y el suplemento de la novela, y yo le señalé los titulares de la tragedia

del pacto de muerte y amor.

Mientras estaba allí de pie, realmente atónita por la impresión y la sorpresa, o la mejor imitación que de ambas cosas pudo realizar, yo cogí el resto de los negativos, los deslicé en mi bolsillo, y salí, cerrando silenciosamente la puerta detrás de mí.

Ni siquiera se dio cuenta de que me iba. Lo último que vi de ella, al cerrar la puerta, fueron sus ojos, desmesuradamente abiertos por el horror, leyendo el relato de la muerte de Minerva Carlton.

El ascensor no estaba en el tercer piso y no lo esperé. Bajé las escaleras de dos en dos, me encaramé al coche de la agencia y me fui de allí.

Cuatro calles más abajo paré el coche, para mirar los negativos, que tenía en el bolsillo.

Dos de ellos eran desnudos. En los cuatro restantes las muchachas llevaban traje de baño, pero había un hombre con ellas… La cabeza de Minerva se apoyaba en el desnudo torso del hombre. Ambos parecían sentirse muy felices.

Junté los negativos en el sobre. En la parte delantera estaba escrito el pedido, para las copias:

«Tres copias de cada negativo, en papel brillante».

capítulo cinco

DETUVE el coche de la agencia en la dirección de la calle Korreander y subí de prisa los peldaños del *bungalow* de estuco blanco.

Una alta y delgada mujer, de unos cincuenta años, con un raro andar, vino por el corredor. Pude verla a través de la puerta con tela de alambre, cerrada con llave. La puerta interior estaba abierta.

Se irguió, alta y grave, inspeccionándome a través de la tela metálica.

—¿Qué vende?

—Nada.

—¿Qué quiere?

—Ver a la señora Jasper.

—¿Para qué?

—Relacionado con un accidente de automóvil.

—¿Y qué sobre el accidente?

—Deseo averiguar cómo ocurrió. Su Compañía de Seguros no pagó la indemnización.

—¿Y qué quiere usted saber, que no sepa yo?

—Se lo diré a ella, cuando la vea.

No dijo «Espere un momento» o «Veré si está» o «Discúlpeme un momento», ni nada. Se limitó a girar sobre sus talones y vi cómo su alta y angulosa figura se alejaba, sin la menor prisa, por el corredor.

Oí rumor de voces. Luego vi que regresaba la mujer moviendo con rara ligereza sus delgadas y largas piernas, que parecían colgarle sueltas de sus huesudas caderas. De nuevo se quedó en la puerta.

—¿Cómo se llama?

—Lam.

—¿Su nombre de pila?

—Donald.

—¿Pertenece a alguna Compañía de Seguros?

—No.

—¿Qué interés tiene usted en el accidente?

—Se lo diré a la señora Jasper, cuando la vea.

—¿Ha hablado usted con los del otro bando?

—No, ni les conozco.

—¿Se ha puesto en contacto con la Compañía de Seguros?

—Prefiero dar mis informes a la señora Jasper.

—Pero ella prefiere que usted me los dé a mí.

—Dígale que si desea que se mantenga ese arreglo tan ofensivo y molesto para ella, todo cuanto tiene que hacer es negarse a recibirme. Pero si quiere ser vengada, lo mejor que puede hacer es hablar conmigo.

—¿Qué sabe usted de ello?

—Mucho.

Desde unas profundas cuencas me miraban unos ojos tan negros como si hubiesen sido empapados en laca japonesa. Luego se volvió de nuevo, alejándose por el corredor; esta vez tardó casi un minuto y medio en regresar, pero cuando lo hizo abrió la puerta de tela metálica.

Entré. Cerró la puerta detrás de mí.

—¿Por dónde? —le pregunté.

—Al final del corredor —me dijo—, primera puerta a la izquierda.

Recorrí el largo corredor, cubierto con una alfombra, me volví hacia la izquierda y entré en un salón.

La mujer que estaba sentada en la silla de ruedas ofrecía un buen aspecto. Su pelo tenía el rico tono rojizo del henné. La cara, relativamente, carecía de arrugas. Los ojos eran rápidos, despiertos e inteligentes. De no haber sido por algunas ligeras bolsas debajo de su barbilla, habría podido parecer mucho más joven de lo que era.

—¿Cómo está usted, señor Lam? —me saludó—. Soy Amelia Jasper.

—Señora Jasper —le dije, haciendo una inclinación—. Es un verdadero placer. Lamento tener que estorbarle a esta hora, y, además, en domingo; pero, ¿sabe usted?, es el único día en que dispongo del tiempo necesario para recoger el material para el

trabajo que estoy haciendo.

—¿Y puedo preguntarle cuál es su trabajo, señor Lam?

—Soy un escritor independiente —le dije.

Sus labios mantuvieron aquella sonrisa estereotipada, pero los ojos perdieron su cordialidad.

—¿Un escritor? —preguntó con frialdad.

—Escribo algunos artículos relacionados con seguros y el modo cómo funcionan las Compañías de Seguros sobre automóviles. En lo que insisto más es sobre la manera que tienen de premiar el perjurio. Cuando ocurre un accidente en el que interviene un coche conducido por una persona sola…, por buena que sea la reputación de que ésta pueda gozar…, y queda como único testigo por un lado, y varias personas, en el otro bando, están mintiendo claramente sobre los hechos ocurridos, la Compañía de Seguros raras veces se toma la molestia de esclarecerlo bien, en estricta justicia, o combatir el resultado… —dije, hasta que me interrumpió.

—¿Me lo viene usted a contar a mí? —exclamó Amelia Jasper, despidiendo llamas de indignación por los ojos—. Jamás me vi tan humillada en mi vida. Veo que sabe usted lo de mi accidente.

—Tan sólo las circunstancias generales —dije—. Tengo entendido que iba usted sola.

—Sí —dijo, después de unos momentos de titubeo.

—¿Y había tres o cuatro personas en el otro coche?

—Cuatro —contestó—. Gente ignorante, precisamente de aquel tipo de personas que uno no se sorprende de que desvirtúen los hechos, para conseguir una escasa indemnización de unos pocos dólares.

—¿Ocurrió en un cruce?

—Sí; yo me dirigía hacia el cruce, a punto de entrar en él, y miré a mi derecha sin ver venir a nadie. Eché una mirada presurosa a la izquierda, suponiendo que tendría el derecho de paso sobre cualquier vehículo que viniese por la izquierda y que no necesitaba preocuparme, exceptuando algún vehículo que llegara por la derecha.

—¿Qué ocurrió?

—Aquella gente insufrible se precipitaron contra mí. Venían por la izquierda. Llegaron con tanta velocidad, que penetraron en el cruce mucho después de haber entrado yo, pero tuvieron el cinismo

de decirle al representante de la Compañía de Seguros que ya estaban en el cruce cuando me vieron llegar, que yo conducía a una velocidad tan espantosa que no pude frenar y que fui yo la que me eché sobre ellos.

—¿Lo hizo?

—Mi coche chocó con el suyo, si es eso lo que quiere decir.

—Así, no fueron ellos los que se echaron sobre usted, sino usted sobre ellos.

—Colocaron su coche *directamente* delante del mío —me dijo.

—Puedo comprender cómo lo consideraría la Compañía de Seguros —me atreví a decir.

—Bien, pues yo no —exclamó ella— y no espere la menor cooperación por mi parte si es que va usted a empezar a simpatizar con esa Compañía de Seguros.

—No es que simpatice —le dije—. Sólo trataba de saber lo que había ocurrido en realidad.

Había sacado un bloc y un lápiz de mi bolsillo. Sin haber abierto el bloc, lo volví al colocar, junto con el lápiz, en mi bolsillo y le hice una reverencia, diciéndole:

—Me considero muy honrado —en haberla conocido, señora Jasper y le doy las gracias por haberse dignado recibirme.

—Pero… todavía no le he contado todo lo que ocurrió en el accidente.

Me moví un poco con aire de inquietud y le dije:

—Bueno… ya basta… creo que me hago cargo de las circunstancias.

—Sólo porque hay cuatro personas en el bando de mis adversarios —me dijo, con gran enojo— asume usted que yo debo estar equivocada.

—No es eso —le expliqué—. Sencillamente, he visto que no era un caso interesante para el lector de la revista para la cual estoy haciendo mis reportajes.

—¿Por qué?

—Lo que yo quiero demostrar es el peligro inherente en los casos en que hay que llegar a un compromiso, en los cuales la parte asegurada, por lo general, tiene razón, pero la Compañía de Seguros cree que lanzarse a defender el caso implicaría un tremendo esfuerzo, en tiempo y dinero. Por lo tanto, dejan que una mayoría

de testigos, del otro bando, cometan perjurio y… —al llegar aquí me interrumpió.

—¿Cómo? ¿Y por qué no es eso exactamente lo que ocurrió en mi caso?

Vacilé unos momentos.

—¿Resultó usted gravemente herida?

—Me herí en la cadera izquierda.

—¿Está ya casi curada ahora?

—Sí. Puedo andar, pero desde el accidente he tenido algunos ataques de ciática. Ahora sufro uno muy malo… almohadones neumáticos, aspirinas y dolor.

—Lo siento —dije con simpatía.

—Y además, y lo que es más grave, me temo que este accidente me va a dejar una pierna más corta que la otra, permanentemente.

—Tan pronto como los músculos se ajusten debidamente. Eso no será nada… con un poco de tiempo y también con paciencia…

—¡Con un poco de *tiempo*! —exclamó, con sorna.

Me callé.

Me estudió por unos momentos, y luego dijo:

—Mis piernas siempre han parecido… bueno… bastante bonitas.

Vaciló el tiempo preciso para dar la impresión de que el deseo de convencerme pudo más que su pudor, y levantó su falda, mostrándome la pierna izquierda.

Yo lancé un silbido.

Se tiró la falda hacia abajo con indignación.

—¡No le mostré la pierna para que silbara! —me reconvino.

—¿No? —le pregunté.

—Me limitaba a demostrarle un punto —dijo.

—Yo diría demostrar una curva.

—Es usted simpático; pero piense en la otra pierna, mucho más corta, quedará desfigurada. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No le ocurrirá nada.

—Ahora es más corta. Mi cadera ha sido movida hacia arriba. Y se está volviendo más delgada que la otra, debido a que no hago servir los músculos. Y no soy… bueno… no soy lo joven que solía ser.

Sonreí con aire de tolerancia.

—Le digo que no. ¿Qué edad cree usted que tengo?

Fruncí los labios, hice ademán de examinarla desinteresadamente y la miré unos momentos.

—Verá —dije pensativo—; probablemente pasará usted de los treinta y cinco, pero no creo que sea justo hacerme esta pregunta ahora, ya que una mujer siempre parece mayor sentada en una silla de ruedas. Si anduviera usted por delante de mí yo diría… bueno, creo que debe usted estar *alrededor* de los treinta y cinco.

—¿Lo cree usted así? —me preguntó con expresión radiante.

—Sí; no puede usted tener más.

—Tengo cuarenta y un años —me dijo.

—¿Qué? —exclamé, con aire de incredulidad.

—¡Cuarenta y uno! —me dijo, dirigiéndome una de sus amables sonrisas.

—¡Vaya! ¡En verdad que no lo aparenta usted!

—No me siento de esta edad.

—Bien —dije con aire decidido—. Creo que voy a hablar con los de la Compañía de Seguros obtener todos los hechos relacionados con su caso. Puede que tal vez, al fin y al cabo, sea algo que pueda encajar bien en un artículo.

—Estoy segura de que puede hacerlo. Y quisiera que escribiera usted el artículo en ese sentido. Creo que hace falta que se publique. Las Compañías de Seguros están teniendo demasiadas pretensiones; se creen demasiado seguras de sí mismas.

—Son corporaciones —le dije—. Tienen propensión a envolverse en una espesa capa de legajos, atados con cinta roja, que les aísla del mundo exterior.

—Ya lo creo que sí.

Señalé hacia el periódico de la mañana que estaba encima de una mesita para leer, cerca de la silla de ruedas.

—¿Ha leído lo del asesinato? —le pregunté.

—¿Qué asesinato?

—El que se cometió en el *Albergue del Valle*.

—¡Ah! —dijo con indiferencia—. Es uno de esos asesinatos por amor, mezclados con suicidio. Recuerdo haber visto los titulares.

—¿No leyó usted el artículo?

—No.

—Era de Colorado —dije—. Creo que el hombre se llamaba Stanwick Carlton… no, espere un momento, el que fue muerto era

Dover Fulton. Es de San Robles. Stanwick Carlton es el esposo de la mujer que resultó muerta en la tragedia… Minerva, creo que se llamaba así.

La señora Jasper asintió con la cabeza, con aire distraído, y dijo:

—Me gustaría mucho que se pusiera usted en contacto con la Compañía aseguradora. Pregunte por el señor Smith y que él le dé su versión de lo ocurrido… Luego me gustaría saber lo que le dice. ¿Cree usted que podrá volver a verme, para ponerme al corriente de lo que hayan hablado?

—Lo intentaré.

—Se lo agradecería mucho. De modo que es usted escritor. ¿Qué escribe?

—Oh, un poco de todo.

—¿Firmado con su propio nombre?

—No; la mayor parte de las veces, bajo seudónimo y en ocasiones, anónimamente.

—¿Por qué lo hace?

—Escribo muchas cosas que son confesiones verídicas, verá… —le dije, sonriendo.

—¿Quiere decir que lo que escribe no es cierto?

—Lo que escribo yo no.

—Creí que lo era.

—Verá, saco mis hechos de la vida real y luego los visto un poco y los cuento en primera persona. Estoy siempre interesado en divorcios y asesinatos, y cosas por este estilo.

—¿Por eso me preguntó si había leído lo del asesinato?

—Supongo que sería por eso, sí.

—Siempre he deseado escribir un poco. ¿Es muy difícil? —me preguntó.

—No; en absoluto. Basta con que se exprese usted sobre el papel. Le sorprenderá ver con cuánta facilidad acuden las palabras.

—Pero… si tan fácil resulta, ¿por qué no hay más personas que escriben?

—Pero es que las hay —le dije sonriendo.

—Bueno —aclaró—; ya me comprende usted; quiero decir vendiendo sus escritos a las revistas.

—¡Oh, *vendiendo*! —exclamé moviendo la cabeza en sentido negativo—. ¡Eso es lo malo! El escribir no cuesta nada; basta con

seguir adelante e ir escribiendo lo que salga. Pero lo que cuesta es tratar de venderlo: ¡ahí es donde empiezan las dificultades!

Se echó a reír y dijo:

—Veo que es usted muy bromista, señor Lam. ¿No quiere sentarse y hablar conmigo un poco más?

—Me sabe mal molestarla…

—Bueno, al fin y al cabo, hoy es domingo, y estoy sola… pero, desde luego, no le quiero robar su tiempo.

—En modo alguno —le dije—. Es un placer. Apuesto algo a que veríamos algunos rostros muy encarnados, entre los tasadores de la Compañía, si lograba presentar algún nuevo testigo que pudiera demostrar que el accidente fue absolutamente culpa de los del otro bando. Me parece que la Compañía de Seguros sabe lo que estoy haciendo, y no le causa mucha satisfacción, y son capaces de tratar de acusarme de algo para que no pueda continuar investigando la verdad.

—¡Vaya! ¡Eso sí que estaría bien! ¡No se lo permita!

—Vine a verla ayer —le dije con aire de confidencia— hubo algo que me asustó y me obligó a marcharme. —Sonreí y luego dejé que mi sonrisa se convirtiera en una franca carcajada, de desprecio hacia mi propia timidez.

—¿Que se asustó y se fue?

—Sí —admití.

—¿Qué fue lo que le asustó?

—Un joven bien vestido, que pensé pudiera ser un detective.

—¡Cómo! ¿Qué es lo que ocurrió, señor Lam?

—Era alto y llevaba un traje gris cruzado y fumaba un cigarrillo. Salió de su coche casi al mismo tiempo que lo hacía yo del mío y me miró de pies a cabeza —le dije—. Luego, pasó por delante de mí, subió los peldaños y llamó al timbre de esta casa. Yo di la vuelta a la manzana con mi coche y lo dejé donde pudiera vigilar el suyo. Esperé que saliera. Pensé… bueno, me sentí seguro de que era un detective que trabajaba por cuenta de la Compañía de Seguros y que me vigilaba a mí. Casi dejé correr su caso definitivamente, señora Jasper. Pero era un ejemplo típico de los casos que yo deseo investigar y por eso decidí probar de nuevo, hoy.

—No era un detective —me respondió—; con toda certeza, no lo era. Es… bueno… es un simpático joven, como lo es usted.

Me reí con expresión de gran alivio y le dije:

—¡Vaya! ¡Eso es mejor! ¡Me quita usted un gran peso de encima! Así pues, es un amigo, ¿verdad? ¿Hace tiempo que le conoce?

—No mucho.

Esperé unos momentos.

—Es un joven simpático. Muy simpático —dijo la señora Jasper.

—Pues a mí me pareció un detective —repetí.

Frunció el ceño.

—¿Cómo le conoció? —le pregunté.

—Podría decirse que accidentalmente —me respondió—. Es un hombre rico, está interesado en cierta empresa de minería, de la cual posee muchas acciones, y no le es necesario trabajar. Es lo que se llamaría un hombre de mundo, diría yo; una especie de agradable compañero, aun cuando ignoro lo que un hombre así puede ver en una mujer como yo.

Se sonrió encantadoramente.

—Puede ver lo mismo que yo veo, ¿no lo cree usted?

—¡Señor Lam! ¡Se olvida usted de mi edad! Ese hombre no puede tener más de… en fin, es mucho más joven que yo.

—Apuesto a que es mayor.

—¡Vaya, señor Lam! ¡Qué cosas dice!

—Usted sabe que tengo razón.

Trató de parecer sorprendida.

—¡Jamás se me había ocurrido tal idea! El señor Durham se limitaba a tratar de ser amable y simpático conmigo…

Le sonreí con aire de experiencia.

Parecía estar tan satisfecha como un pajarito arreglándose las plumas.

—Bien, espero que me perdonará… —le dije.

—¿Por qué?

—Por haberme mostrado tan personal.

—A las mujeres les gustan los hombres que se muestran personales —me dijo con coquetería.

—¿De veras?

—¿No lo sabía usted?

—Le diré… creo que jamás me detuve a pensar en tal cosa.

—Pues esto es lo que ellas quieren —me dijo—. No lo olvide.

—Lo recordaré.

Me miró con cierto aire de súplica.

—¿Volverá usted?

—Sí. Tendré que volver varias veces. Haré una investigación y luego tendré que volver para hacerle unas cuantas preguntas más.

—Deseo que vuelva. Me gustaría poder hacer algo acerca de esta Compañía de Seguros.

Me puse en pie. Ella alzó la voz y llamó:

—¡Susie!

La doncella apareció entrando en la habitación con sospechosa prontitud.

—El señor Lam se va —dijo la señora Jasper—. Volverá de cuando en cuando. Le recibiré siempre que venga, Susie, a cualquier hora.

La mujer se limitó a asentir con la cabeza.

Se hizo a un lado, en el pasillo, y yo anduve delante de ella.

Yo mismo abrí la puerta de tela metálica, alzando el pestillo. Ella se quedó en el umbral.

—Adiós, Susie —le solté, sonriendo.

Me dirigió una penetrante mirada, llena de enojo, diciéndome:

—La ha engañado usted a ella. Eso no quiere decir que me haya engañado a mí —y cerró la puerta delantera dando un gran portazo.

Pensé en ello recordándolo, mientras cruzaba la calle, yendo donde había dejado el coche aparcado. Lo dejé al otro lado de la calzada, junto a la carretera y cuando observé las huellas de unos zapatos femeninos, de tacón bajo, alrededor de la placa de la matrícula y de la patente, me alegré de haber tomado la precaución de mantener el coche inscrito bajo un nombre supuesto.

capítulo seis

LLEVÉ el coche de la agencia hasta el espacio que teníamos alquilado mensualmente para aparcarlo, salí de él, lo cerré y emprendí el camino hacia el edificio donde teníamos nuestra oficina.

Vi algo de movimiento desde el otro lado de la calle, después salió un coche grande de la Policía del sitio donde estaba aparcado, a bastante velocidad. El sargento Frank Sellers, de la Brigada de Homicidios, me sonrió desde el volante y me dijo:

—¡Eh! ¡Inteligencia Suprema!

—¡Hola! —le dije—. ¿Qué andas buscando?

—Precisamente deseaba hablarte —me contestó—. Es muy difícil dar contigo. Berta me dijo que habías salido, trabajando en un caso.

—Es cierto.

—¿Qué caso?

—No seas tonto. Ya sabes que no te lo puedo decir.

—Tendrías que hacerlo, si te lo preguntara del modo debido.

—Bien. Pero éste no es el modo debido.

—He tratado de pescarte desde hace dos o tres horas, Lam. Debes haber empezado a trabajar muy temprano esta mañana.

—Temprano es una palabra muy relativa —le dije—. Depende de si trabajas para Berta Cool o para los contribuyentes.

No pareció apreciar el humor de mi observación. Abrió la portezuela, y me dijo:

—Vamos, entra.

—¿Dónde nos dirigimos?

—A muchos sitios.

—¿Para qué?

—No importa eso ahora. ¡Entra!

Entré. Cerró la portezuela de un golpe y apretó el acelerador.

—¿No me puedes decir a dónde vamos? —le pregunté.

—Ahora no. No quiero interrogarte, ni tampoco deseo que me digas nada hasta que esté seguro del terreno que piso. Cuando lo esté, te voy a dar una oportunidad de que me seas bien franco.

Me retrepé en el asiento y bostecé.

El sargento Sellers puso la sirena en marcha y, en verdad, empezamos a hacer progresos en medio del tráfico.

—Debe ser algo urgente —comenté.

—Es que no me gusta tener que ir detrás de una procesión de conductores de domingo. Les sienta bien oír una sirena de cuando en cuando. Les despierta un poco. Se creen… ¡maldito sea el tipo ése!

Sellers desvió el coche con un patinazo, evitando por la mínima distancia chocar contra otro coche que salió al centro del camino, tratando de pasar al automóvil que tenía delante.

Habiendo evitado la colisión, Sellers apretó los frenos y se disponía a hacerse a un lado para parar, cuando una patrulla del tráfico, en un coche, se puso a su lado y el que iba al volante le gritó a Sellers:

—¡Yo le daré alcance!

—¡Tírale algo a la cabeza! —le gritó Sellers—. ¡Ponle una buena multa, para que se acuerde!

El oficial del otro coche asintió con la cabeza.

De nuevo Sellers apretó el gas, diciendo:

—Los tipos como ése deberían estar encerrados y guardados allí bien quietecitos.

—Tienes razón —le dije—. Aquí estás tú, metido en un asunto de vida o muerte, y…

Me disparó una mirada de reojo, cargada de coraje.

—Mejor será que te ahorres tu ironía. Puede que te haga falta más tarde.

—Está bien —dije—; la reservaré. Puede que la necesite.

Al cabo de tres minutos ya sabía dónde me llevaba. Me preparé para lo que iba a suceder y me senté muy quietecito.

A la luz del día, el *Albergue del Valle* parecía algo deteriorado y maltrecho. Por la noche, los luminosos de neón, en su fachada, estaban dispuestos en forma que le prestaban cierto atractivo

colorido a su parte delantera. Los automovilistas podían ver la curva del sendero empedrado de guijarros, las luces rojas y verdes, las casitas dispuestas en pulcras y ordenadas hileras, con luces que solamente iluminaban las fachadas de estuco blanco y mostrando la impecable limpieza del empedrado de guijarros. Pero de día la parte posterior de las casitas quedaba al descubierto y el estuco blanco mostraba sin duda alguna lo necesitado que estaba de otra mano, con profundas grietas aquí y allí, desconchado en algunos puntos y rezumando suciedad.

El sargento Sellers viró el coche entrando en el caminito y paró bruscamente.

—Vamos, Lam —me invitó.

Le seguí sin chistar.

La mujer que estaba al cuidado del albergue nos miró.

—¿Le ha visto antes de ahora? —le preguntó Sellers.

—Ése es el tipo —dijo.

—¿Cuál?

—El que le dije antes, que llegó aquí en el coche de Fulton. Es el que escribió «Dover Fulton, Orange Avenue, 6285, San Robles». Ésa es su letra.

—¿Y la muchacha que iba con él?

La mujer dio un resoplido y dijo:

—¡Vaya! Una desaprensiva más. Y, si me lo pregunta a mí, le diré que ese hombre es un novato. Entró aquí con el cuento de que la damita no se encontraba bien y necesitaba un lavabo. Le dije que no teníamos, que tenía apartamentos, y que en ellos había cuarto de baño y lavabo, y le pregunté si deseaba alquilar uno. ¿Y qué supone usted que me contestó?

El sargento Sellers me miraba con especulación.

—¿Qué diablos fue lo que dijo? —preguntó.

—¡Pues dijo que iría a preguntárselo a ella!

Sellers se rió.

—Por poco no se lo alquilo —siguió la mujer—. Son la gente como ésa los que dan mal nombre a un lugar. Ahora desearía haber seguido mi primer impulso y echarles de un puntapié a la carretera. Un par de principiantes, eso es lo que son. Al fin y al cabo, no dirijo un establecimiento para chiquillos.

—No es un chiquillo —le dijo Sellers.

—Pues se porta como si lo fuera.

—¿Qué hay de la chica que iba con él?

—No la miré con mucha atención —dijo la mujer, y añadió con aire de cansancio—: Jamás miro a las de ese tipo. Algunas se quedan firmes, aguantándolo lo mejor que pueden, pero en su mayoría, las principiantes se mantienen apartadas a un lado, sentadas en el coche, fingiendo no estar interesadas. ¡Me dan asco!

—Vamos —dijo Sellers—; poco o mucho debió usted mirarla. Era una pelirroja con…

—No; era pequeña y rubia. Eso sí que lo vi. Ya se lo he dicho todo a la Policía.

—Luego, ¿qué ocurrió?

La mujer continuó diciendo:

—Ese hombre anotó los datos en el libro de registro. Los acompañé y les mostré el lugar, cobré el dinero del alquiler y me volví. Tenía tres casitas más disponibles. Las alquilé en una hora y media. En la última fue donde se quejaron de la radio que sonaba a toda potencia en la casita de al lado, de modo que yo…

—¿Oyó usted los disparos?

—Creí que era el escape de un camión. No me imaginé…

—¿Fueron tres?

—Sí; tres.

—¿Después de haber alquilado la casita esos dos?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo después?

—No sé… quince minutos, tal vez… puede que no tanto tiempo. Quizá diez minutos solamente…

—¿Más de quince minutos?

—Le digo que pudo haber sido; pero no anoto la hora. De haber sabido que eran disparos, sin duda alguna habría mirado la hora. Y de haber sabido que ese hombre me iba a causar todos estos apuros y molestias, en primer lugar, no le habría alquilado nada. Pero… no soy desde luego adivina.

—No, supongo que no lo es —asintió Sellers—. ¿Qué ocurrió después de esto?

—No alquilé la última casita hasta después de las once. Era la casita a la derecha, al lado de la del crimen. Es una cabina doble, y, del modo como está dispuesta, es una verdadera ganga. Se presentó

un grupo de cuatro que deseaban alquilarla. Los acompañé para dejarlos y cuando lo hice, observé que en aquella otra casita las luces estaban encendidas y la radio tocaba.

—Con anterioridad, ¿no recibió ninguna queja?

—No; no creo que en ninguna de las casitas restantes lo hubiesen notado mucho. Pero esta doble casita estaba al lado mismo y se podía oír muy bien. Los cuatro alegaron que estaban cansados y deseaban dormir, y les dije que les diría a los de la casita de al lado que bajaran la radio.

—Continúe —le dijo Sellers.

—Todo esto ya lo he dicho antes.

—Repítalo ahora.

—Me dirigí a la puerta y llamé. Nada ocurrió. Llamé con más fuerza. Estaba cerrada por dentro. Me enfurecí y conseguí hacer caer la llave del otro lado. Luego usé mi llave maestra para entrar. Allí estaban, tendidos en el suelo. ¡Sangre encima de mi alfombra, y yo empeñada en dirigir un sitio decente! Hacía solamente tres meses que había colocado una alfombra nueva procurando que el sitio resultara atractivo. Así es como van las cosas…

—¿Y llamó usted a la Policía?

—Eso mismo, y ya que está usted aquí desearía que me dijera algo; había cobrado el alquiler de los cuatro que estaban en la casita doble. Se enfadaron cuando oyeron llegar los coches de la Policía y todo el revuelo, e insistieron en que les debía devolver el dinero. Les dije que ellos habían alquilado la casita y que si eran personas decentes, con la conciencia limpia, podían volverse a sus camas, y que un poco de ruido de automóviles yendo y viniendo no perjudicaría a nadie. Me dijeron que iban a hacerme detener si no les devolvía el dinero. ¿Pueden hacerlo?

—No —le contestó Sellers.

—Bueno… Eso mismo pensé yo. Me gusta que me lo confirme usted.

—¿Qué más ocurrió?

—Se marcharon a cosa de la una de la madrugada, diciendo que no podían dormir en un lugar donde había habido un asesinato y un suicidio, y en la pared contigua. Se dirigieron carretera abajo en busca de otro albergue. Espero que no lo hayan hallado en parte alguna.

Miré a Sellers.

—Deme los datos de ese grupo. Déjeme ver cómo se inscribieron. Su número de matrícula y… —dijo el sargento.

La mujer empezó a buscar en un fichero de tarjetas de registro.

—Ahora no —le dijo Sellers con cierta prisa—. Volveré dentro de unos minutos. Téngalo preparado. Escríbalo todo y pasaré a recogerlo.

Sellers me cogió por el brazo llevándome en seguida al exterior.

—¿Qué te parece si empezaras a hablar, Donald? —me dijo.

Negué con la cabeza.

—Vamos —me dijo Sellers—; será mejor que seas sincero y no me ocultes nada.

—No puedo. Es un caso sobre el que estoy trabajando —le dije.

—¡Qué caso ni qué niño muerto! —exclamó Sellers—. Ya he hablado con Berta sobre esto.

—Sigo diciéndote que es un trabajo que nos han encargado. Una mujer me pagó doscientos dólares. Quería que siguiéramos a su…

—Vamos, continúa —me dijo Sellers, cuando me detuve.

Moví la cabeza y le dije:

—No lo puedo hacer sin traicionar la confianza de un cliente. Tengo que obtener su permiso antes de poderte decir nada.

—Puedes darnos una pista sobre ese asunto, Donald. Lo quiero aclarar todo, y lo mantendré fuera de los datos oficiales.

—No puedo, de verdad, Frank. Te digo que es un caso particular.

—¡Tonterías! Saliste con una chica, por tu propia cuenta. La misma Berta lo dice. Sigue tratando de mantenerte en tus trece y vas a perder tu permiso. Trataré de procurar que eso no perjudique a tu sociedad o tu agencia porque Berta se ha portado muy bien, pero en lo que a ti se refiere, siempre andas por los atajos.

—Te digo que fue mientras trabajaba en un caso —le repetí—. Tenía algo que ver con Dover Fulton, pero no con lo ocurrido en el *Albergue*.

—Se supone que tu deber es el de cooperar con la policía. Recuérdalo bien.

—Oye, Frank —le dije—. Se trata de un suicidio; amor frustrado. Ambos estaban locos. Escogieron ese camino de salida. Es cosa suya. En lo que se refiere a la policía, el caso está concluido. Lo

sabes tan bien como yo.

—Pero hay sus aspectos extraños. El departamento desea aclararlos en lo posible.

—No hay nada que investigar —continué—. Ambos han muerto. Es el caso del pacto de muerte o suicidio.

—Pero el hecho de que hubiera ese automóvil aquí… Todo ello parece algo raro. Lo quiero aclarar.

—Si te dijera todo lo que sé, seguiría siendo todo ello muy raro.

—¿Quién es tu cliente? ¿Para quién trabajas?

Negué con la cabeza.

—Espérame aquí —dijo Sellers.

Sus pesados pies pisaron la grava del camino, cuando se dirigió de nuevo a la oficina del albergue. En cinco minutos salió, doblando un papel. Subió al coche de la policía.

—¡Bien! —dijo—. Ahora daremos otro paseíto.

Esta vez nos dirigimos hacia San Robles.

El número 6285 de Orange Avenue era un edificio construido después de la guerra, que fue erigido con los materiales que había disponibles y la mano de obra que quiso trabajar. Era una casa, tipo «Monterrey», bastante atractiva por su parte exterior, pero sus constructores se enfrentaron con un problema de coste, por palmo cuadrado, y trataron de que los palmos cuadrados fuesen los menos posibles.

Hacía quince años, el lugar habría sido el modelo de un arquitecto, una casa en miniatura, usada para una pequeña oficina de una empresa constructora de chalets, o una casa de muñecas de tamaño natural. Ahora contenía dos dormitorios y un cuarto de baño; doce mil setecientos ochenta y cinco dólares.

Pasamos por un pequeño portal, en la valla que rodeaba el diminuto jardín.

Sellers llamó al timbre.

La mujer que salió a abrir la puerta había estado llorando hasta que se dio cuenta que el llorar no le serviría de nada. Ahora se hallaba en aquel estado de aturdimiento del que intenta ajustarse a toda una nueva serie de circunstancias sobre las cuales no había contado.

—¿Conoce a ese hombre? —le preguntó Sellers.

La mujer negó con la cabeza.

—Lamento ser un intruso —dijo Sellers—. Pero deseamos entrar.

La señora Fulton se apartó a un lado, manteniendo la puerta abierta, para que pasáramos.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Sellers.

—Una de las vecinas vino y se los llevó a su casa —dijo—. Creo que es mejor que no estén en casa, con la gente que ha venido y todo el revuelo.

—Sí, creo que sí —dijo Sellers—. No estaremos mucho rato.

Se sentó en una cómoda silla, cruzó las piernas, se estiró la americana poniendo los pulgares en los sobacos del chaleco y dijo:

—No quiero evasivas. ¿Está segura de no haber visto antes a ese hombre?

La mujer me miró de nuevo y volvió a negar con la cabeza.

—¿No le alquiló usted para seguir a su esposo?

—¡No! ¡Santo cielo, no! ¡Ni por un momento pensé que ocurriera nada malo!

—¿Creía usted que su esposo estaba trabajando en el despacho?

—No en el despacho, pero sí en alguna parte.

—¿Parecía estar atento con usted, estas dos semanas últimas, como lo fue anteriormente?

—Sí… incluso más. Precisamente hace pocos días, cuando Dover llegó a casa, pensaba lo afortunada que era. Me alababa por mi aspecto… y… bien… creo que fue ayer. Parece como si hiciera siglos.

Sellers me miró.

—¿Qué hay del seguro? —pregunté yo.

Sellers volvió a mirarme y dijo:

—¿Qué te propones, Inteligencia Suprema?

—Nada —le dije—. Sólo que tú te estás ahí, removiendo los sentimientos de esa señora y yo pensé que ya sería hora de emprender algo constructivo para variar.

—Bueno, yo cuidaré de *pensar* lo que hay que hacer.

—Hace pocos meses le convencí para hacerse un seguro —dijo Irene Fulton—. Del modo como ha ido subiendo el coste de la vida… no podía ahorrar nada… es decir, no lo suficiente. Le hice hacer algo que nos proporcionara un poco de protección: quince mil dólares para cada niño para pagarles los estudios y diez mil para mí.

—Está bien —dijo Sellers.

—¿Cuánto tiempo hace? —pregunté de nuevo.

—El otoño pasado… y telefoneé a la Compañía de Seguros, los cuales me dijeron que las pólizas no eran válidas en caso de suicidio antes de un año de la fecha de las pólizas. Se me devuelve la primera prima, y nada más. Y eso será todo cuanto me quedará.

—¿Y la casa? —preguntó Sellers.

—Es propiedad nuestra, pero está sometida a una gran hipoteca. Supongo que algo podríamos sacar de ella hasta liquidar la hipoteca. Pero eso requeriría tiempo… y tengo que vivir de un modo u otro. Y luego los niños…

Se detuvo unos momentos para reflexionar sobre la situación.

En sus ojos se reflejaba el más completo pánico.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a…? ¡Santo cielo…! ¡No habrá ingreso mensual alguno! ¡No habrá… no…!

—Tómelo con calma —le dijo Sellers.

—Esas pólizas —le pregunté—, ¿eran seguros de vida, directos?

—Sí. Estaba prevista la doble indemnización en caso de que algo le ocurriera. Ya sabe usted, en el caso de morir en un accidente de automóvil o algo parecido. Hasta que no se aseguró, por las noches me resultaba difícil conciliar el sueño, pensando lo que ocurriría a los niños y a mí si algo ocurría… bueno, cuando lo hizo me quitó un peso de encima… ¡y ahora resulta que no pagarán!

—Eso mismo —dijo Sellers—. En caso de suicidio, dentro del primer año de la fecha de la póliza, no pagan un céntimo.

Por unos momentos reinó el silencio. Luego, Sellers continuó:

—Lo siento muchísimo, señora Fulton, pero deberá usted venir conmigo, unos momentos. Tendremos que ir a ver a cierta persona.

—Está bien, si es que tenemos que ir —dijo. Su voz sonó como si se alegrara de la oportunidad de salir un momento.

—¿Puede usted dejar la casa sola?

—Sí. Cerraré con llave. Los niños están en casa de una vecina.

—Está bien —dijo Sellers—. Prepárese y vámonos.

Me miró con aire beligerante y dijo:

—Y puedo pasarme muy bien sin ninguno de tus comentarios por un ratito, Inteligencia Suprema.

—Por mí no hay inconveniente —respondí—. Ahora mismo puedo decirte que darás en hueso en este nuevo paso que vas a

emprender.

—No importan los comentarios —dijo con enojo—. No sé exactamente lo que voy a hacer contigo. Casi desearía que hubiese sido un asesinato. Así podría hacerte vestir el traje de presidiario.

No dije nada. Sellers no estaba de humor para discutir.

La señora Fulton se puso su abrigo y sombrero, se roció agua fría en los ojos, se puso un poco de maquillaje y se unió a nosotros.

Sellers nos llevó hasta el *Albergue del Valle*. Salió la mujer, miró a la señora Fulton y movió la cabeza negativamente.

—¿No? —preguntó Sellers.

—No —respondió aquélla—. La mujer que iba con él era más pequeña, una chiquilla menudita, bien formada, con pelo largo, pómulos elevados, ojos grandes, oscuros y labios muy carnosos.

—¿Está segura de no haberse equivocado, al no verla salir del coche? —le preguntó Sellers.

—No tenga cuidado —respondió la mujer—. Esa señora, bueno… ésa sabe dónde va. Es casada. La otra era más escurridiza, un tanto asustada. Había querido jugar un poco, pero no estaba acostumbrada a pasar la noche en los albergues para automovilistas.

—Creí haber entendido que usted dijo que era una bribonzuela —dijo Sellers.

—Bueno… digámoslo así. Era una pequeña hipócrita y estaba asustada por algo que tenía que suceder. Yo pensé que no fuese, tal vez, el verse enfrentada con tener que pasar toda la noche aquí. Lo ignoro. Pero era algo.

—¿Cómo sabe usted que esta señora es casada? —le preguntó Sellers.

—Lo puedo asegurar así que las veo. Esa señora está ya establecida. Ha dejado de pensar en ella misma. Tiene un hogar, un niño… probablemente un par…, pero aquella descocada de anoche aún no había logrado atrapar a su hombre y no pensaba en nadie más que en ella misma.

—Habla usted como una adivinadora del pensamiento —observó Sellers.

—Lo soy —contestó la mujer—. En este negocio hay que serlo.

—¿Qué edad tendría esa muchacha de anoche? —volvió a preguntar Sellers.

—Más joven que esa señora; mucho más joven.

—¿Más pequeña?

—Sí, más pequeña.

—¿Más ligera de peso?

—Muchísimo más.

Sellers lanzó un suspiro y puso el coche en marcha.

—Está bien —exclamó—. Así es como van las cosas. Hay que investigar todos estos detalles.

Mientras regresábamos a San Robles, le dije a Sellers, como por casualidad:

—¿A qué hora te imaginas que se hicieron los disparos, Frank?

—Alrededor de las diez y cuarto, es lo más aproximado que hemos podido determinar. Ya sabes cómo van las cosas en un caso como éste. Nadie presta atención al detalle de mirar la hora, y luego tienen que hacerlo, con el peligro de la inexactitud; pero fue alrededor de las diez y cuarto.

—¿Lo has comprobado con todos? —le pregunté.

—Sí —dijo con tono de fatiga.

—¿Y la señora Fulton?

—¿Qué ocurre con ella?

—¿Lo has comprobado?

—¿Qué es lo que se propone? —inquirió la señora Fulton.

Sellers me dirigió una mirada interrogadora.

—Anoche debió usted tener una fuerte impresión —dijo—. ¿Cuándo supo usted que su esposo había muerto, señora Fulton?

—Alrededor de la una de la madrugada. Llegó la Policía y me sacó de la cama.

—Es rudo un golpe así. Desde luego —le dije—, usted creía tener el seguro.

Eso debió ayudar a suavizar el golpe.

—Sí —confesó ella—. Pensaba que tenía el seguro, hasta que me puse al habla con el agente de seguros. Pero ¿qué se propone usted comprobando mis actos?

—Sólo deseaba saber dónde estaba usted —le dijo Sellers, sonriendo—. Lo único que hay es que ha emprendido el camino indirecto para saberlo.

—¿Dónde estaba yo? ¡Cómo! ¡Pues en casa, naturalmente!

—¿Había alguien más con usted?

—Claro que no. Mi esposo no estaba. Yo me encontraba allí con

los niños.

—¿Dónde estaban los niños?

—En la cama.

—Quiero decir a las diez y cuarto.

—A esa hora me refiero precisamente —contestó ella.

Sellers me miró; luego miró a la mujer y me volvió a mirar.

—Lam —me dijo—. A veces tienes algunas de las más peregrinas ideas.

—¿Verdad que sí?

—Está bien, señora Fulton —dijo Sellers—. Me duele tener que insistir y renovar su dolor, pero aunque sólo sea para dejar bien sentados todos los puntos, pudo usted muy bien haber salido de su casa, dirigiéndose al *Albergue del Valle*; encontrar allí a su esposo, hacer una escena y…

—¡Oh, basta! —le interrumpió la mujer.

—Y esa escena —siguió diciendo Sellers— pudo haber sido lo que obligó a su esposo a disparar contra su novia y suicidarse.

—No sea idiota.

—Hay algo raro en todo ello.

—En primer lugar —notó la mujer—, ¿cómo pude haber ido allá? No tenía el coche.

—¿Cómo sabemos que no lo tenía? Nos dijo que su esposo no estaba en casa, por haberse quedado trabajando y tenía su automóvil, pero… ¡vive Dios, Lam!, ¡creo que has acertado en algo! Dover Fulton no tenía el coche. Lo había dejado en su casa. Su esposa subió en él, aceleró hasta llegar al *Albergue del Valle*, hizo una escena y ésta concluyó a tiros, y ella temió volver en el coche. Luego…

La voz de Sellers, fue bajando hasta quedar callado.

—¿Es que se le agotan las ideas? —le preguntó la señora Fulton con ironía.

—No, precisamente ahora las voy adquiriendo —le contestó Sellers—. ¿Tiene usted manera alguna de demostrarnos dónde se hallaba ayer a las diez y cuarto? Del modo que sea.

Vaciló unos momentos, pero luego contestó:

—Sí, ciertamente que la tengo.

—¿Cuál es?

—Alrededor de las diez y cuarto me llamó un hombre por

teléfono —dijo— y me preguntó si mi esposo estaba en casa. Después dijo algo de una tal Lucille Hart, que se su ponía era mi hermana. Le dije que no tenía ninguna hermana. Luego colgó el receptor. Todo cuanto hay que hacer es buscar al hombre que me llamó y…

—¡Bonito lío! —dijo Sellers sarcásticamente—. Todo cuanto hay que hacer es buscar a un individuo, de entre tres o cuatro millones de abonados al teléfono, que están dentro de una distancia al alcance de este pueblo.

—Pues me parece que no sería muy difícil. Si ponía un anuncio en el periódico…

—Podríamos hacerlo, desde luego —le contestó Sellers—. ¿Se puso usted misma al aparato?

—Claro.

—¿Habló con ese hombre?

—Sí.

—¿Cree usted que él reconocería su voz?

—Debería, podría repetirlo todo. En todo caso, podría decir que alguna señora de edad estaba en mi dirección y respondió a su llamada. Eso, parece, bastaría para desbaratar esa loca teoría que alimenta usted.

Por unos momentos Sellers siguió conduciendo en silencio.

—¿Y cómo se imagina que llegué a casa, después de los disparos? —le preguntó la señora Fulton.

—Probablemente se hizo llevar por algún coche de los que pasaron por la carretera —le respondió Sellers—. Había usted cerrado el coche con llave y temía… ¡Eh, espere un momento! La tarjeta de Donald estaba allí y… ¿Dónde está su carterita para las monedas fraccionarias?

—Aquí, dentro de mi bolso.

—Déjemela ver.

Abrió su bolso y Sellers paró el coche de la Policía en la primera esquina. Examinó la carterita que Irene Fulton le entregó. Luego dijo pensativo:

—¡Eso no prueba nada!

—¡Ni usted tampoco! —saltó la señora Fulton y luego añadió rápidamente—: ¿Es que no hay bastante con todas las preocupaciones que tengo, para que necesite que vengan ustedes y

me causen más?

—Sí, supongo que sí —dijo Sellers y sacó el coche de la curva. Pero todo el camino hasta San Robles, estuvo con el ceño fruncido, mientras escudriñaba la carretera. No usó la sirena y conducía tan despacio que, un par de veces, temí que le echarían una multa, por obstruir el tráfico.

Tampoco la señora Fulton dijo nada. Estaba sentada, con su rostro duro, pálido y agotado, mirando ante sí a través del parabrisas. Estaba en compañía de sus pensamientos, y no eran precisamente unos pensamientos muy agradables.

Llegamos a la casita, en San Robles, y Sellers dijo:

—Me parece que daré un vistazo por el lugar. Puede enseñarme dónde estaban durmiendo los niños y dónde está colocado el teléfono.

Hice ademán de levantarme en el asiento posterior y Sellers volvióse hacia mí.

—¡Tú te quedas sentadito ahí mismo, Lam! —me dijo.

Me puse cómodo y encendí un cigarrillo.

Sellers estuvo unos diez minutos ausente. Cuando volvió, en su boca tenía un cigarrillo, el cual aparecía masticado hasta haber quedado convertido en una piltrafa.

Se sentó al volante, cerró la portezuela con un gran golpe, se volvió hacia mí y dijo:

—¡Maldita sea, Lam! ¡Hay veces en que te haría tragar tus dientes de un puñetazo!

—¿Por qué? —le pregunté, con el aire más inocente que pude adoptar.

—¡Que me aspen si lo sé —dijo Sellers, irritado— y eso es lo que me molesta más de todo!

capítulo siete

SELLERS puso la sirena en marcha cuando estaba a medio camino de la ciudad y empezamos a correr de nuevo.

—Puedes llevarme a mi oficina —le dije, con cierto desasosiego.

—Todavía no he concluido contigo.

—¿Adónde vamos ahora?

—Ya lo verás —me contestó, y apretó aún más el acelerador.

Pasamos chirriando por entre el tráfico del domingo, y nos paramos ante el Hotel Beaverbrook.

Mientras entrábamos, un agente de paisano hizo un saludo con la cabeza a Sellers.

Éste se dirigió hacia él y le preguntó:

—¿Qué hace? ¿Está en su habitación?

El hombre asintió.

—¿Solo?

—Eso mismo.

—¿Telefonea?

—Solamente al servicio del hotel.

—¿Qué está haciendo?

—Emborrachándose.

—Eso me conviene —dijo Sellers.

Movió la cabeza en mi dirección y dijo:

—Ven conmigo, Lam.

Nos dirigimos al ascensor y descendimos en el piso undécimo. Sellers ya sabía el camino. Anduvo por el corredor y llamó fuertemente con los nudillos en la puerta de la habitación número 1110.

—¿Quién es? —dijo una voz, desde detrás de la puerta.

—Vamos —dijo Sellers con impaciencia—, ¡abra usted!

Dentro de la habitación se oyó alguien que andaba y luego la

puerta fue abierta por un hombre alto y delgado, pero con anchos hombros, el estómago liso y un aire, en el modo de llevar sus ropas, que denotaba que sabía que era apuesto. Tenía cabello oscuro, ondulado; boca ancha y firme, con ojos grises, muy espaciados, y su cutis estaba curtido, teniendo un color de bronce oscuro.

Había estado bebiendo y sus ojos aparecían rojos. Si todo el tono rojizo era producido por la bebida, no se podía descifrar a primera vista.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. El apreciable sargento Sellers. ¡El bueno del Departamento de Homicidios en persona! ¡Pase, Sellers, pase! ¿Quién es ése que viene con usted?

Sellers no había esperado la invitación de entrar. Se abrió paso hacia la habitación, y yo le seguí.

Con el pie Sellers cerró la puerta.

—¿Conoce a ese tipo? —preguntó.

El hombre me miró de pies a cabeza y movió la cabeza en sentido negativo.

—¿Quién es? —preguntó a su vez.

—Donald Lam, un detective privado.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Él nada… yo sí.

—¿Qué quiere usted?

—Quiero saber lo que pueda acerca de él.

—Pues pregúnteselo a otro.

—¿Por qué no nos presentas? —intervine yo.

—Soy Stanwick Carlton —dijo el hombre.

—¡Oh! —exclamé.

Sellers se adentró en la habitación y se sentó en la silla más cómoda de todas las que había en ella.

Le alargué la mano a Carlton y le dije:

—Me alegro de conocerle, señor Carlton.

—¿Cómo dijo que se llamaba usted?

—Donald Lam.

Nos estrechamos la mano.

—Siéntese y beba algo, Lam —dijo Carlton—. Es lo mejor que puede hacer, ya que no hay otra cosa que hacer. Los muchachos se portan muy bien conmigo. Me dicen que haga lo que quiera, que vaya a cualquier parte que se me antoje, sólo que no debo salir de

la ciudad. Cada vez que salgo de este maldito hotel, algún policía me sigue por dondequiera que voy.

—No sabe usted apreciar cuando la suerte le sonríe, Carlton —me dijo Sellers.

—Puede que no, pero podría pasarme con un poquito menos de buena suerte, si es a esto a lo que usted llama tener suerte.

—Podría estar tras de unas rejas —le dijo Sellers.

—¿Por qué motivo?

Sellers no pudo pensar una respuesta a aquella pregunta.

—Soy objeto de la curiosidad morbosa —nos comunicó Carlton —. Soy el esposo de una bribona; una bribona que quedó atrapada en las redes de su propio enredo amoroso ilegal y resultó muerta. ¿Es usted casado, Lam?

—No.

—Pues beba, en este caso. No se case. Se lía usted totalmente con alguien. Ese alguien es su propia vida. Y luego, la primera noticia que recibe usted es que la matan en un albergue para automovilistas. Beba. ¿Qué quiere tomar? ¿Bourbón y ginebra? ¿*Whisky* escocés y soda? ¿Cerveza de jengibre y *whisky* de centeno? O…

—*Whisky* con soda —le dije.

Carlton se dirigió hacia el aparador y le dijo a Sellers:

—Usted no puede beber: está de servicio. Ésa es su mala suerte.

Vertió licor en unos vasos con mano algo vacilante.

—De todos modos —dijo— ese tipo es civilizado. Bebe *whisky* escocés y soda.

—*Pudo* usted haber alquilado a ese hombre para vigilar a su esposa —le dijo Sellers.

—Es verdad —proclamó Carlton—. Claro que pude haberlo hecho. Hay muchas cosas que pude haber hecho. Estoy en el piso once. Podría hacerme un paracaídas con una sábana y saltar por la ventana. ¿Quieren ver cómo lo hago?

Sellers no dijo nada.

Carlton se sonrió y dijo:

—¿Cuál es su especialidad en el oficio, Lam?

—No hay especialidad —le dije—. Ese viejo sabueso de ahí me ha cogido por su cuenta y me lleva con él, para que la gente me vea. Cree que va a descubrir algo.

—Y puede que lo consiga —replicó Sellers, mirando al *whisky* con ojos hambrientos.

—¿Por qué no cedes y te muestras humano, Sellers? —le pregunté—. Al fin y al cabo no puedes estar de servicio veinticuatro horas cada día. Y en lo que se refiere a esta investigación ya estás listo.

—¿Quién dice que estoy listo?

—Yo. Te has encontrado de bruces con un muro de ladrillo.

Carlton bebió el contenido de su vaso y dijo con acento algo embriagado:

—No quiero inspirar lástima a nadie. Lo que quiero es que me dejen solo. Ignoro por qué diablos vine a California, de todos modos. Me sentía solo. Quería ver a mi esposa. Y la vi… tendida sobre una mesa de mármol, en el depósito —y continuó—: Todo el mundo lo sabe. Lo leen en los periódicos. Un asunto vulgar, sórdido, en un albergue para automovilistas. ¡Dios mío! No creo que ni tan siquiera fuese un lugar de primer orden. Está bien. Soy el hombre caído. Tengo que disponer lo de su entierro. Debo escuchar mientras algunas voces escondidas entonan *El fin de un día perfecto*, a los acordes del órgano. Desearía haber sido yo el que…

—¡Tómelo con calma! —le dije—. Nuestro amiguito de aquí tiene orejas muy grandes.

—Es verdad —dijo Carlton, volviéndose hacia Sellers—. Casi le había olvidado a usted.

—Algún día, Lam, voy a descuartizarte —dijo Sellers—, para ver qué es lo que te hace funcionar.

Se levantó dirigiéndose al aparador, vertió bourbón en un vaso y luego lo mezcló con cerveza de jengibre.

—¡Así me gusta! —dijo Carlton.

—¿Por qué diablos vino usted a California? —le preguntó Sellers.

—Le he dicho que quería ver a mi esposa. Me sentía solo.

—¿Por qué no ella avisó que llegaba para que le viniera a esperar?

—No lo sé. Me pareció como si tuviera un presentimiento de que algo ocurría, que se encontraba en algún lío —respondió Carlton.

Miró su vaso, se sonrió y dijo:

—El subconsciente. La vieja telepatía. Pensé que se hallaba en

algún apuro y necesitaba la ayuda de su esposo.

—¡Maldito sea! Vino aquí porque tenía un presentimiento —dijo Sellers—. Ha confesado que sospechaba de Dover Fulton. Empezó usted a vigilarle. Descubrió que estaba con su esposa. Les siguió hasta ese albergue de automovilistas. Irrumpió allí, les habló y les dijo que ya estaba listo; que en lo que se refería a Dover Fulton, como sea que le había quitado la esposa, ya se la podía quedar. Y se marchó de allí. Su esposa no sentía gran pasión por Fulton, a no ser como alguien con quien jugar de cuando en cuando. Ella le adoraba a usted. Pero le gustaba un poco la variación. Por eso al emprender sus vacaciones quiso jugar un poco. Se…

Carlton se levantó de la silla.

—¡Cállese ya! —le dijo—. ¡Cuidado con lo que dice! ¡Me da igual que sea o no policía! ¡Le voy a tirar esa bebida por la cara!

—Hágalo y quedará aplanado en el suelo, como si le hubiese pisoteado una apisonadora —le dijo Sellers.

Carlton vaciló un instante.

—Mantenga usted quietecita la lengua en su boca cuando hable de mi «Babe» —dijo al fin.

—Sea como fuese, usted se presentó allí, Carlton. Salta a la vista que lo hizo usted —siguió diciendo Sellers.

Carlton, temblando de rabia, dijo:

—¡Maldito sea! No nos confundamos, sargento. Si hubiese ido allí y la hubiera atrapado con aquel infame le habría dejado tan muerto que habría vuelto a…

—Y luego habría matado a su esposa —dijo Sellers.

En los ojos de Carlton había lágrimas.

—A «Babe», no —dijo—. Tal vez le hubiera pegado, o le habría amoratado un ojo, luego le habría dicho: «¡Vístete y vámonos a casa, bribonzuela!». Y cuando hubiéramos llegado a casa la habría amado… siempre la amé. ¡Ponga sus sucios pensamientos sobre otra cosa, pies planos!

—Está usted borracho —le dijo Sellers.

—Tiene toda la razón. Lo estoy —respondió Carlton—. ¿Le importa algo?

Sellers se puso en pie quedándose frente a frente con Carlton.

—¡Vaya con cuidado! —le dijo, con su inmensa mole haciendo parecer aún más delgado y frágil a Carlton—. Podría pegarle duro

de verdad y partirle en dos. Podría agarrarle por el pescuezo y darle una buena sacudida, hasta que todos sus dientes le cayesen al suelo, uno tras otro. Sé lo que siente usted y por esto me muestro condescendiente. Pero no abuse demasiado de ello.

—¿Que usted sabe lo que siento? —replicó Carlton con sarcasmo —. ¿Usted y quién más?

—Sólo quiero saber una cosa —le dijo Sellers—. ¿Contrató usted a ese tipo?

—¡No!

—¿Habló alguna vez con él?

—Es la primera vez que lo veo en mi vida.

Sellers se acabó el contenido de su vaso, lo dejó encima de la mesita y me dijo:

—¡Vamos, Lam!

—Quédese y háble me —me dijo Carlton—. Me siento solo. No se vaya.

Vi que instantáneamente se reflejaba la sospecha en los ojos de Sellers.

—Así no, Carlton —le dije, negando con la cabeza—. Ese polizonte está tratando de descubrir quién me alquiló. Si usted se porta como si quisiera hablarme a solas, le hará constar en la primera orden de detención.

—¿Quién le alquiló para hacer qué? —preguntó Carlton.

—Eso es lo que quiere saber Sellers, pero con toda seguridad. No lo olvide.

Carlton dio unos pasos atrás y cerró los ojos, como si me quisiera enfocar fijamente.

—¡Oiga! —dijo—; tal vez sí que desee hablar con usted, después de todo.

Me dirigí a la puerta, la abrí y salí al recibidor.

—Está bien, pues —gritó Carlton, tras de nosotros, con enojo—. Váyanse al diablo, si quieren, y veremos a quién le importa un bledo.

Sellers llegó al vestíbulo y cerró la puerta.

—Sigues llevando el asunto con la barbilla levantada, Frank —le dije—. ¿Por qué no te quedas en casa y lees la sección cómica del periódico? ¡Vaya modo endiablado de pasar el domingo!

—¿Verdad que sí? —dijo Sellers, hoscamente—. Y aún no he

concluido de pasarlo. Hay una cosa más que deseo investigar.

—¿Qué es?

—Ya lo verás.

Bajamos en el ascensor. Sellers llamó al agente de paisano, en el vestíbulo, y le dijo:

—Creo que eso es todo por hoy. Está que arde con tanto licor y podemos dejarle salir. Tal como van las cosas, no nos sirve para nada.

—¿Cuándo debo retirarme? —preguntó el agente.

—Ahora mismo —le dijo Sellers—. Ya puede usted entregar su informe. Es la hora de terminar el trabajo.

El agente de paisano sonrió y dijo:

—¡Qué suerte! Ahora mismo me voy. Había prometido llevar a mi esposa y al niño a la playa y me he visto enfrentado con las caras hoscas de mi familia desde que ayer le telefoneé diciendo que usted me había destacado para este trabajito.

—Bien —le dijo Sellers—. Pues vaya con ellos.

Me hizo seguirle hasta el coche de la Policía.

Esta vez nos dirigimos a un local para aparcar automóviles.

Sellers se dirigió al hombre que cuidaba de aquel lugar.

—¿Dover Fulton tiene un espacio alquilado aquí mensualmente, verdad?

—Sí, señor.

—¿Ha estado su coche aquí, anoche?

—Ayer por la tarde estaba. ¡Caramba! Qué lástima lo que le ha pasado. No tenía idea de que estuviese tan metido.

Sellers no le prestó atención.

—¿Qué hay del coche? ¿Quién lo cogió? ¿Fulton?

El hombre negó con la cabeza.

—Venga aquí y mire al que me acompaña —le dijo Sellers—. Sal, Lam.

Salí del coche.

—¿Ha visto a ese hombre alguna vez?

El hombre que estaba al cuidado de la estación de aparcamiento movió negativamente la cabeza.

—¿Qué hay del coche de Fulton? ¿Le entrega usted un recibo por él?

—A los inquilinos regulares, no. Les conocemos. Tienen sus

espacios asignados por orden numérico y pueden entrar y salir siempre que lo deseen. Usualmente dejan los coches cerrados con llave. No sé si Fulton guardó el suyo cerrado o no ayer. Fue la chica la que lo sacó.

—¿La chica? —preguntó Sellers, sorprendido.

—Sí. Supongo que fue la que encontraron en el albergue con él.

—¿Qué aspecto tenía?

—Lo ignoro. No la divisé muy bien; vi una muchacha menudita y vivaracha que entraba como si ya supiera dónde iba y, evidentemente, tenía las llaves del coche. La observé cómo lo sacaba. Del modo que actuó, entreteniéndose en la portezuela un instante, supuse que debía llevar la llave.

—¿Por qué no le dijo usted nada?

El encargado sonrió y meneó la cabeza.

—Con los clientes regulares no lo hacemos. Y menos con un tipo como Dover Fulton. Si él envió a una chica a por el coche, no había que hacerle ninguna pregunta, ni si tenía las llaves del coche.

—¿Cómo supo usted que no lo robaba?

—No lo hacen. Por lo menos en este distrito. Pero supe que todo estaba en orden. Tenía una de las tarjetas de Dover Fulton con un «Conforme» garrapateado en ella.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me la dio al salir. No la habría detenido, pero la muchacha me la tiró al pasar por mi lado.

—¡Veámosla!

—No sé dónde la puse. Supe que estaba conforme. ¡Espere! Creo que la metí en el fondo del cajón de la caja registradora. Ahora recuerdo que la puse allí —dijo el encargado.

Se fue y abrió la caja registradora, alzó el peso que sostenía los billetes en su lugar en el cajón del dinero y sacó una tarjeta de Dover Fulton. En su dorso había escrita la palabra «Conforme» y nada más.

Sellers la miró con ávidos ojos.

—¿Es ésa la letra de Fulton?

—Supongo que sí; es su tarjeta.

—Una tarjeta comercial. Las reparte a docenas.

El hombre se rió:

—Debió usted haber visto aquella muñequita.

—¿Pelirroja?

—Ignoro el color de su pelo. Puede que llevase sombrero puesto. Fueron sus ojos lo que observé… enormes ojos oscuros, del color de los dátiles maduros. Me parece que me puse a pensar en los dátiles, en las citas de amor y en la suerte que tenía Dover Fulton. ¡Suerte! Eso demuestra todo lo que sé de estas cosas. El pobre hombre estaba metido hasta el cuello y se hundía cada vez más.

—¡Oiga, espere un momento! —dijo Sellers—. No creo que ésa sea la muchacha que fue encontrada con él. ¿Conocería su foto si…?

—Su foto, puede que no. Pero a ella sí, con toda certeza.

—¿Y ese tipo no iba con ella? —le preguntó Sellers señalándome con el dedo.

El hombre volvió a negar con la cabeza.

—¿Miró cómo esa muchacha subía al coche? —preguntó Sellers.

—¡Vaya si la miré…! Y, créame usted, ¡había algo por ver!

—Es usted un viejo sátiro —le dijo Sellers.

—Creo que lo soy —reconoció el hombre, con compunción.

—¿Por qué no se vuelve usted un poco mayor?

—¡Diablos! ¡Ahí está el mal! ¡Que he envejecido! Mi esposa es como un zapato viejo. No la cambiaría por nada. Tiene unas formas como un saco de patatas, pero guisa como nadie en el mundo. Se apodera de mi jornal tan pronto como lo recibo y me arma unas broncas de mil demonios, con cierta frecuencia. Pero… ¡qué caramba, sargento! Un hombre necesita un poco de inspiración de cuando en cuando. Sólo mirar a una menudita como ésa…, tan esbelta como el cable engrasado de un indicador de velocidades… ¡maldito sea! No hace mucho tiempo que mi esposa era una danzarina. Solíamos salir y bailar toda la noche…

—No hace mucho tiempo —interrumpió Sellers con impaciencia —. Treinta y cinco años nada más.

El encargado frunció el ceño.

—No tanto, no tanto… veintidós… veintitrés… unos veinticuatro años, y…

—Está bien, está bien —dijo Sellers—. Entra en el coche, Lam.

Sellers estuvo pensativo todo el camino de regreso a mi oficina. Me dejó enfrente de la puerta, diciéndome:

—Ahí es donde yo irrumpí en tu domingo. Vete y vuelve a emprender el pacífico ritmo de tu vida, pero recuerda que te vigilo

sin perderte de vista. Si tratas de jugarme alguna treta en este asunto, te atraparé con tanta prontitud que la cabeza te dará vueltas. No me importa lo que diga Berta, pero yo te haré detener…

Bostecé y le dije:

—Oigo esa palabrería tan a menudo, que ya me parece los anuncios de la radio. ¿Por qué no le encargas a alguien que le ponga música…, como los avispados de la radio…, y tienes un disco comercial musical? Así no se cansaría el público.

Sellers me dirigió una mirada de enojo, dio un portazo con el coche y se alejó a todo gas.

capítulo ocho

LLAMÉ al timbre del piso de Berta.

Su agudo silbido descendió por el tubo neumático.

—¿Qué ocurre ahora?

—Soy Donald.

Berta gruñó algo y oprimió el botón que abría la puerta delantera.

Subí el tramo de escaleras, doblé a la izquierda y llamé con los nudillos en la puerta, a lo cual Berta me gritó, diciendo:

—¡Está abierta! ¡Entra ya!

Abrí la puerta y entré en el piso.

Berta había desplegado todo el típico esplendor de un domingo, con pijamas que le venían muy anchos, un batín, con el cabello peinado muy liso, hacia atrás, y unas trenzas que le colgaban por detrás de las orejas. La enorme silla poltrona, que ocupaba el centro de la habitación, era el punto central de una verdadera montaña de periódicos del domingo. En una mesita para café, al lado de la silla, había una cafetera eléctrica. Cerca se veía una taza, una compotera, una fuente con nata, y la azucarera; un inmenso cenicero estaba rebosante de colillas de cigarrillos y fósforos.

Al otro lado de la enorme silla había una mesita con un tostador eléctrico, un plato con rebanadas de pan, otro con mantequilla y un tercer plato con «*croissants*».

Era un ejemplo típico del modo como Berta pasaba los domingos. De vez en cuando, ponía una rebanada de pan en el tostador y la untaba con mantequilla, cuando quedaba bien doradita. Luego vertía más café, de la cafetera eléctrica —de un tamaño más que regular, ya que contenía dos litros— y le añadía grandes cantidades de nata y azúcar. Sorbía el café, mordisqueaba la tostada, leía y soltaba sus secos comentarios ante las noticias que

iba leyendo.

Berta me miró, por encima del hombro, con sus ojillos saltones brillándole de enojo.

—¡Qué diablos ocurre! —saltó, con ímpetu—. Frank Sellers ha acampado delante de mi puerta. Llegó poco después de haber telefoneado tú. ¿Qué idea lleva en el magín?

—Le di mi tarjetas a la muchacha —le dije.

—Eso es lo que supe —dijo Berta—. ¡Dios mío! ¡Y qué estúpido eres para ser detective!

—Me pareció una buena idea.

—Hay muchas cosas que lo parecen, cuando uno sale el sábado por la noche con una muchacha como ella.

—No puedo decirte si la dejó deliberadamente, para fastidiarme, o si fue por casualidad —añadí.

—¿Hay mucha diferencia? —preguntó Berta.

—Puede que sí.

—Deberías buscarte un buen nombre, cuando salgas de conquista. Por el hecho de no ser casado te imaginas que puedes ir repartiendo tarjetas. No acabo de entender por qué un tipo tan inteligente como tú puede llegar a ser tan perdidamente incauto —dijo Berta.

Esperé hasta que acabó de refunfuñar entre dientes, y luego le dije:

—Deseo saber algo del Club Cabanita.

—¿Qué es lo que deseas?

—Un poco de información privada —respondí—. Tú conoces al jefe de ceremonias de la casa, ¿no es verdad?

Sabía que iba sobre seguro, porque Berta los conocía a todos. En Berta había algo del productor de revistas, y, de un modo u otro, se las arreglaba para conocer a la mitad de los encargados de los clubs nocturnos de todo el país.

—Veamos —dijo Berta, pensativa—. Me parece que ahora está Bob Elgin allí.

—Quisiera hablar con él.

—Él no querrá hablar contigo.

—Puede que sí.

Berta lanzó un suspiro, y me dijo:

—Abre un cajón de aquel mueble, querido. Dame aquel librito

de notas, de cubiertas rojas que está encima de los cartones de tabaco. Ya que andas por ahí, será mejor que me tires un paquete de cigarrillos, además.

Le di el librito y el paquete.

—¿Qué es lo que busca Sellers? —dijo Berta—. ¿No se trata de otro suicidio más, de común acuerdo?

—Así parece —le repuse—. Sólo que hay algunas cosas que no encajan bien en el cuadro. A Sellers le tienen preocupado. Creo que ahora ya lo habrá dado todo por terminado, en los libros.

—Bien; si lo hace, no habrá más jaleo con ello, ¿no te parece?

—Ta vez.

—¿Qué diablos quieres insinuar? —preguntó Berta, sorprendida.

—Si un hombre ha llegado a un acuerdo sobre un suicidio en común, ¿por qué ha de fallar el primer tiro? —le dije.

Los ojillos agudos de Berta se avivaron con un interés avaricioso.

—¿Hay algo en todo eso para nosotros, Donald? —preguntó.

—No lo sé.

—Ven aquí siéntate. Ponte café o una bebida. ¿Qué quieres? ¿Café? ¿Cerveza? ¿O *whisky* con soda? Aquí tengo el café, pero tendrás que irte a buscar una taza. En la nevera hay soda.

—Tomaré una taza de café —le dije.

Fui a buscar una taza y un plato. Berta puso una rebanada de pan en el tostador, para mí, recorrió las páginas del pequeño librito de notas, y dijo:

—El teléfono del piso de Bob Elgin es éste: Cornwall 6-3481. ¿Por qué crees que le falló el primer tiro?

—No lo sé. Hubo tres disparos, con toda seguridad.

—¿El tercero fue a parar a una maleta?

—Eso mismo. Dentro del maletín de la mujer, cerca del asidor. Por algún tiempo, la Policía no pudo encontrar la bala. Se preguntaban dónde habría ido a parar el tercer disparo. Luego abrieron el maletín y encontraron por dónde había atravesado la bala, dejando un agujerito muy pulcro y quedando incrustada en las ropas.

—¿No atravesó el maletín?

—Casi la mitad.

—¿Qué hay en eso, para nosotros, encanto? ¿Cuál es el aspecto interesante?

—Tenía un seguro hecho por cuarenta mil dólares, con doble indemnización. Hacía menos de un año que había firmado la póliza. Si mató a la mujer y luego se mató él, el seguro es nulo. Pero si el hombre resultó muerto primero, ello demostraría que fue asesinado, y la Compañía de Seguros tendría que pagar ochenta mil dólares —le expliqué.

—Pero la pistola estaba en su mano —recordó Berta, con los ojos brillándole de codicia.

—Lo estaba, cuando encontraron los cadáveres. Alguien pudo haber desfigurado las pruebas… casi nada, la diferencia significaría ochenta mil dólares.

—La mujer recibió un disparo *detrás* de la cabeza —siguió pensando Berta, en voz alta.

—Efectivamente.

—No se lo podría haber hecho ella misma, ¿verdad?

—Probablemente, no.

—¡Eres el ser más exasperante del mundo! —exclamó Berta, indignada.

—Un bonito tanto por ciento sobre ochenta mil dólares sería una buena suma.

—A ver si te mueves en ese sentido, encanto —dijo Berta, enviándome una radiante sonrisa.

—Necesito que hagas un par de cosas, Berta —le dije—. Vete a ver a la viuda y procura que nos contrate para trabajarle este asunto.

—Supón que fue ella quien le mató…

—Hay dos niños. Si trabajáramos en beneficio de ellos, cualquier tribunal nos asignaría unos honorarios, si la persona encargada del cuidado de los niños nos contratara. Ahora esta persona es la madre.

—La envolveré en mis redes —aseguró Berta, con decisión.

—Ten siempre muy presente que pudo haber sido ella la autora de los disparos —le advertí—. Es la persona sobre quien lógicamente recaen las sospechas.

—Vaya, ¡maldita sea! —exclamó Berta, enojada—. No me hagas perder el tiempo construyendo castillos en la arena y derrumbándomelos después, de un soplo. ¿No hay nada que te haga pensar…?

—Lo único que hay es que yo llamé a la esposa por teléfono, preguntando dónde estaba su esposo. También le pregunté por su hermana. No consulté la hora, pero fue después de haber regresado a la ciudad y de haber comprobado el paradero de ese Durham en el Hotel de las Armas de Westchester. Hacía muy poco tiempo que se había marchado. Telefoneé a la esposa preguntando si tenía una hermana, y me dijo que no.

—Bueno, ¿y qué quieres decir con eso?

—Ella le dijo al sargento Sellers que la llamada fue precisamente alrededor de la hora en que la Policía calcula que se hicieron los disparos. Pero mi llamada debió ser, por lo menos, una hora y media más tarde.

—¿Qué se proponía al decir tal cosa?

—Tal vez intentara conseguir una coartada. Puede que estuviera dormida y no se fijara en la hora que era, en realidad.

—¿Piensas algo más?

—Muchísimo. El sargento Sellers creo que comparte algunos de mis pensamientos. No le gusta la idea de la llegada de Stanwick Carlton… el esposo que era engañado… desde Colorado, precisamente a tiempo de inscribirse en el hotel, dar una vuelta y salir, para ir a alguna parte, alrededor de la hora en que sonaron los disparos.

—Tampoco a mí me gusta eso —afirmó Berta—. ¡Espera, espera! ¡Sí que me gusta, y mucho! Si en realidad se tratara de un asesinato, para nosotros significaría muchísimo.

Asentí con la cabeza.

—¿En qué se basa la Policía para creer que fue suicidio?

—La puerta estaba cerrada por dentro —le dije—. Los cadáveres estaban tendidos en el suelo. No había señal de lucha. Fue con la propia pistola del hombre. Estaba sostenida por su mano, sin estar asida con fuerza, cuando la Policía los encontró.

—Me parece que te costará un endiablado trabajo el convencer a la Compañía para que pague ochenta mil dólares, si los hechos presentan este cariz —dijo Berta frunciendo el entrecejo.

Volví a asentir, con un gesto de la cabeza.

—¿La puerta estaba cerrada por dentro? —preguntó Berta pensativa.

—Eso mismo. La mujer encargada del albergue —tuvo que hacer

saltar la llave de la cerradura, con una llave maestra, antes de poder abrir la puerta; Creo que la ventana estaba abierta.

Berta volvió a fruncir el ceño. Lentamente, se veía invadida por una ola de decepción. Dijo al fin:

—No hay manera de que todo eso se sostenga, Donald. Míralo por donde quieras. La puerta estaba cerrada por dentro y la pistola era suya. Esto pone punto final al caso.

—Pero hubo tres disparos.

—Bien… debió fallar uno.

—¿Cuál?

—El primero, probablemente.

—La mujer recibió el disparo detrás de la cabeza, dije.

—¿Y qué?

—Muy bien. Supongamos que falló el primer disparo. ¿Qué sucede luego? —continuó—. ¿Acaso lo ves tú claro, querida Berta?

—¿Qué diablos sé yo? —saltó Berta—. Eres tú el que está deduciendo los hechos. Tú debes decirme qué más ocurrió.

—Si la mujer hubiese tenido la cabeza vuelta, al oír el ruido del disparo, la habría vuelto para ver qué ocurría, ¿no lo crees así? —le dije.

Berta asintió.

—En tal caso, de haber él disparado de nuevo, la habría tocado en la frente, mientras ella le miraba —continuó diciendo.

—La mujer le miró por espacio de un segundo, vio lo que él se proponía, y dio la vuelta para empezar a echar a correr. Tal vez tratara de llegar a la puerta. Él le disparó detrás de la cabeza —dijo Berta.

—¿Mientras ella corría?

—¿Por qué no?

—Si falló el primer tiro cuando ella estaba de pie, inmóvil, debió mejorar mucho su puntería, entre el primero y el segundo disparo, mientras ella corría —dije.

—Puede que la mujer le volviera la espalda, sabiendo que iba a disparar contra ella. Fue un suicidio convenido y no se sentía con valor para mirar a la pistola cara a cara, o puede que a él le faltara fuerza para dispararle en la frente.

—Eso no carece de lógica —comenté—, pero entonces, ¿por qué falló el primer disparo, y por qué lo falló por tanta distancia?

—¿Qué quieres decir «por tanta distancia»?

—Una mujer que está de pie tiene su cabeza a unos cinco pies sobre el nivel del suelo. Un maletín en el suelo no levanta más de dieciocho pulgadas. Si le disparaba a la cabeza y falló, y tocó el maletín…

—¡Ya lo veo! —exclamó Berta—. ¡Ya lo veo! —Sus ojillos parpadearon rápidamente. Dejó que en sus labios se dibujara una sonrisa—. Donald, —me dijo—, eres listo… A veces… muy listo. Bien, ¿qué puede hacer Berta para ayudarte?

—Podrías llamar a Bob Elgin y decirle que tu socio desea hablar con él. Dile que le agradecerías mucho que me diera hora para verle.

—Alárgame el teléfono —pidió Berta.

Se lo acerqué, marcó el número que deseaba y se quedó esperando, mientras sus ojillos saltones no cesaban de parpadear ante la multitud de cosas que cruzaban por su mente.

De pronto Berta colocó su mano sobre el micrófono del teléfono, alzó la mirada y dijo:

—¿Habrá diez billetes de los grandes para nosotros, encanto?

—Eso depende —le contesté—. Podría haber muchos.

Berta movió la cabeza, con un esto de complacencia.

—Así me gusta oírte hablar —dijo—; ya sabía que podía confiar en ti para…

Apartó la mano del micrófono y dijo:

—Hola… hola… ¿Eres Bob? Oye, Bob; soy Berta Cool… Escucha, Bob, ya sé que trabajas hasta muy tarde, pero, al fin y al cabo, ya es hora de que te levante alguien. También yo me acuesto tarde… Mira, Bob, deseo que me hagas un favor. Sé un buen chico y haz lo que Berta te pide.

Hubo un intervalo de silencio, durante el cual Berta frunció el ceño, mirando al teléfono, y luego aparentemente, interrumpió a su interlocutor, para decir:

—Oye, no seas así, Bob. He aquí de lo que se trata. Tengo un socio, Donald Lam, y está trabajando en un caso, tratando de encontrar a alguien que, al parecer, tuvo cierto contacto con el Club Cabanita. Mira, Bob, si le pudieras conceder, aunque sólo fuese media hora… sólo el tiempo preciso para hablar con él ahí… No, no, no es necesario que te vistas, quédate cómodo en casa, con tu

pijama. Sólo háblale un ratito, eso es todo… No, hombre, no; no está efectuando ningún trabajo que le pueda dar publicidad perjudicial al club donde trabajas… Te repito que sólo se trata de ayudar un poco a mi socio… Está bien, irá en seguida… ¿Todavía estás en la misma dirección? Gracias, Bob, querido. Berta te quiere más por hacer eso por ella.

—¡El muy perro! —exclamó Berta, después de haber colgado el aparato.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté.

—Lo hace a regañadientes —dijo Berta—, después de lo que yo hice por él.

—Pero ¿me va a recibir?

—Sí, te verá. Pero pudo haber sido un poco más amable —dijo Berta, con aire visiblemente resentido.

—¿Cuál es la dirección?

Berta cogió un trozo de papel, garrapateó una dirección en él, y dijo:

—Su cuarto es el número 825. Es uno de estos sitios donde es necesario hacerte anunciar. Centralita particular y demás zarandajas. Espera, y verás, la próxima vez que Bob Elgin quiera algo de mí.

—Puede que se haya molestado al verse turbado por el teléfono —le dije.

—Trató de esquivarnos —explicó Berta—. Imagínate el nene ése, queriendo esquivar a Berta Cool.

—A lo mejor deseaba volverse a echar en la cama, para dormir más.

—Pues ya es hora de que se levante. ¡He hecho muchas cosas para él! Tiene la obligación de servirme.

—¿Qué es lo que hiciste por él, Berta? Tal vez convendría que yo lo supiera.

—Le arreglé cierto asuntillo, una vez. ¡Y créeme que se necesitó maña para arreglarlo! Por poco pierdo mi licencia en aquella ocasión. Pero eso es algo que no necesitas saber. Será mejor que no lo sepas. Ahora, vete allí sin pérdida de tiempo, precioso.

—Está bien. Hay algo que puedes hacer, mientras me voy —le dije.

—¿Qué es?

—La Policía está concluyendo el caso —le expliqué—. Están dejando a todo el mundo, por falta de pruebas. Ahora bien: ese maletín, con la bala dentro, pertenecía a Minerva Carlton. Quiero que te adueñes de Stanwick Carlton y le persuadas de que, como esposo de la mujer fallecida, debería exigir de las autoridades la entrega de ese maletín. Cuando lo tenga en su poder, convéncele de que lo quieres tener algún tiempo, para reservarlo como prueba absolutamente necesaria.

—Ya comprendo —dijo Berta, brillándole los ojos.

—Stanwick Carlton es un hombretón, algo rudo, pero no lo es ni la mitad de lo que cree serlo. Le gustaría que alguien representara el papel de madre, a su lado —indiqué a Berta Cool.

—Le cogeré en mi regazo y dejaré que llore hasta desahogar su corazón —repuso ésta riendo de buena gana.

—Sé una madre para él —le recomendé—. No te importará hacer de madre, ¿verdad, querida?

—¡Diablos! —gritó Berta—. Si ello nos ha de proporcionar algún dinero, seré hasta su abuela, si es preciso.

capítulo nueve

LA casa de pisos había sido construida, originalmente, para satisfacer a aquellos que desean causar impresión. La fachada tenía un aspecto verdaderamente espléndido. Había un vestíbulo, muy ornamentado, con un mostrador y una centralita telefónica, para el servicio interior. Un empleado, de graves facciones, cuidaba de ambos e incluso había un muchacho, encargado del ascensor, que vestía librea azul, con entorchados de oro y la parte superior del edificio, bordado en el cuello y las bocamangas.

El empleado me miró cuando entré.

—El señor Elgin, por favor.

—¿Robert Elgin?

—El mismo.

—¿Le espera, caballero?

—Sí.

—¿Su nombre, caballero?

—Lam.

El empleado se volvió hacia la centralita, conectó una clavija en uno de los orificios y esperó un momento, hasta que la lucecita roja se apagó, luego dijo:

—Un tal señor Lam desea verle. Dice que le espera usted… Muchas gracias.

Sacó la clavija, se quitó los auriculares y dijo:

—Puede usted subir. Cuarto número 825.

El muchacho del ascensor me subió, paró el artefacto y me indicó la puerta del cuarto.

El lugar era tal y como yo esperaba que fuese; muy aparatoso y amplio, por delante, pero totalmente dividido en diminutas habitaciones, por dentro. Bob Elgin estaba de pie, en el umbral, vistiendo pijama y bata, tenía un aspecto de absoluto agotamiento.

No creo haber visto jamás a un hombre que pareciera tan cansado, pero no con la fatiga del agotamiento normal sino sencillamente una completa y total fatiga o debilidad, que le abarcaba a él, al ambiente que le rodeaba, a su vida y a su trabajo.

Un cigarrillo le colgaba negligentemente de los labios. Parecía como si la boca no tuviera la necesaria fuerza para sostener el cigarrillo elevado, sino que lo dejaba caer, en un ángulo que acentuaba la completa fatiga, el cansancio total, que expresaban sus facciones.

—Usted es Lam —dijo.

—Exacto —asentí, tendiéndole la mano.

—¿El socio de Berta Cool?

—El mismo.

Me dio una mano insensible e inerte. Por unos momentos pareció que los dedos me oprimían ligeramente, luego se volvió a sentir totalmente muerta.

Solté la mano, y Elgin dijo:

—Entre usted.

Técnicamente hablando, se trataba de un piso doble. Si el dormitorio podía juzgarse, a tenor del salón, era apenas lo bastante espacioso para contener una cama, un tocador y la puerta del cuarto de baño. El salón tenía un pequeño estante, con mesita para escribir, plegable, dos sillas y una mesa, una alfombra muy usada, cortinas de encaje, muy deterioradas, y unos cuantos cuadros. En un rincón se veía una mesita de miniatura para desayunar, una nevera eléctrica y una pequeña cocina eléctrica. Encima había un diminuto aparador.

En la fregadera se veían algunos platos sucios y encima de la mesita del salón vi dos vasos. El medio centímetro de agua que había en cada vaso pudo haber sido producida por los cubitos miel hielo, que se derritieron durante la noche. Los ceniceros aparecían llenos a rebosar de colillas y la ventana abierta no pudo eliminar del todo la pesada atmósfera de tabaco vapores de alcohol, que todavía impregnaban la habitación. En la mesa había un ejemplar de la revista *Variety*, y en el pequeño escritorio plegable había otro. Los periódicos del domingo, todavía por desdoblar, estaban también allí, como si Elgin los hubiera recogido después de haber contestado a la llamada de Berta Cool, pero hubiera decidido no leerlos.

Sin embargo, se había afeitado e iba peinado. Pelo negro, brillante, peinado totalmente recto hacia atrás.

—Siéntese —dijo—, considérese en su casa. Todo está algo revuelto. Anoche, antes de acostarnos, bebí un par de tragos.

Asentí con la cabeza, y me senté.

Debía tener alrededor de los cincuenta años, con las mejillas hundidas, tórax delgado, pero los hombros bastante anchos. Tenía grandes pómulos y sus negros ojos estaban muy separados. Tenía la costumbre de bajar los párpados sobre aquellos ojos, inclinando la cabeza hacia atrás y mirando a través de sus ojos entornados. Le daba la extraña expresión de no importarle un comino nada de lo que veía.

—Supongo que debe usted acostarse muy tarde —le dije, a guisa de introducción.

—Ya casi despunta el alba, cuando llego a casa. —La debilidad de su voz denotaba cuál era su opinión sobre aquella cuestión.

—Tengo entendido que ofrece usted un buen espectáculo en el Cabanita —le dije, para animarle a hablar.

Hizo un pequeño gesto de asco, chupó con avidez el cigarrillo, exhaló débiles espirales de azulado humo por la nariz, y se limitó a decir:

—Es un trabajo como otro.

—¿Es usted el propietario de aquello?

—Lo tengo arrendado.

—¿Tiene usted un comercio firme?

—Un negocio firme, no un comercio. ¿Es que quiere usted comprar la choza?

—No; sólo me interesaba saber de qué modo funciona.

—Vemos muchas caras parecidas —confesó Elgin—, pero un lugar así es cuestión de elevarlo, para que alcance una reputación. Yo actúo en un número que consiste en hablar muy deprisa, intercalando frases de doble sentido, pero con tanta rapidez que el público tarda un poco en darse cuenta de ello, pero yo sigo hablando, sin esperar a que se rían, hasta que les oigo empezar a soltar el trapo. Entonces me paro y aparento estar sorprendido y eso, por lo común, hace que el techo se venga abajo, de tantas carcajadas.

—¿Las mujeres gustan de ese género? —pregunté.

—Se lo tragan con anzuelo y todo.

—¿Las primeras risas proceden de las mujeres, por lo corriente?

—Las frases rápidas, de doble sentido, llegan antes a las mujeres —dijo—. Por lo general, alguna que sabe todas las respuestas, se echa a reír histéricamente. Entonces paro de hablar y la miro, sorprendido. Por aquel entonces, ya el chiste ha sido digerido por el resto del público, y empiezan a reírse todos. En los chistes que son algo más crudos, usualmente siempre hay algún tipo, con la voz chillona, que suelta la primera carcajada. Pero no le hago ningún caso; sigo hablando y me paro cuando empiezan las risas de todas partes… Es cuestión de saber fijar bien el tiempo. Lo principal es no pararse jamás el tiempo necesario para que el público se ponga al corriente. Algunos se sorprenderían si lo hiciera. Es preciso seguir hablando.

—¿Les gusta, eh?

—Ya le dije, lo devoran. Mujeres que le soltarían a uno un bofetón si tratara de decirles algo de un color subidito, en privado, se están allí sentadas, en primera fila, cenando y retorciéndose de risa al oír todo lo que les digo, que es tan aproximado a la línea prohibida como me es posible. ¿Y qué diablos quiere usted?

—Quería saber algo de una mujer.

—¡Oh Dios mío!

—¿Qué le ocurre?

—¡Hacerme levantar a estas horas por una mujer! ¡Vaya! Puedo darle el nombre y el número de teléfono de quinientas mujeres.

—¿Conoce usted muchas?

—Conozco a todas las profesionales de la ciudad.

—Ésta puede que no sea profesional. Hace poco que ha estado en el Cabanita.

—¿Qué ocurre con ella?

—Es una menudita… cálidos ojos, pelo rubio… muy pequeñita, pero perfectamente formada. Pómulos un poco altos, labios carnosos; con una mirada como de niña y…

Me interrumpió, haciendo un ademán con la mano, un ademán perezoso que partía de la muñeca, y que recordaba el de una foca, al alargar la cabeza para atrapar un pez.

—¿La conoce?

—¡Diablos! ¡Sí! Conozco cientos de ellas. Todas vienen allí.

Todas parecen iguales. Lo que usted me describe es un modelo, no una persona individual.

—Ésa es individual.

—Bueno, pero las tenemos a docenas. No creo que le pueda servir en esto. Tendrá que darse una vueltecita por allí, para verlo en persona.

—La que yo quiero decir es muy vivaracha; con una buena personalidad, individual en extremo —dije.

—¿Sabe cómo se llama?

—Sé el nombre que ella me dio: Lucille Hart.

—No la conozco.

—Creo que lo de «Lucille» puede ser verdad —añadí—. El «Hart» puede o no ser auténtico.

—Espere un momento, quiero pensar —me dijo.

Chupó de nuevo el cigarrillo, luego lo aplastó en el cenicero, que estaba lleno a rebosar. Observé que en él había tres colillas con señales de carmín de labios en sus extremos.

—Lucille… —dijo casi en un susurro.

Esperó un poco, con los ojos fijos en la descolorida alfombra, luego echó la cabeza hacia atrás, de modo que podía mirarme por encima de su nariz, con los ojos entornados:

—¿Qué le interesa a usted?

—Deseo dar con ella.

—Esto ya me lo figuro —dijo con sequedad—. ¿Asunto profesional o personal?

—Pongamos un poco de cada cosa.

—Cuénteme el aspecto personal de la cuestión.

—Me llevó a un albergue para automovilistas, luego me dijo que la esperara y allí me dejó plantado ridículamente.

Elgin bostezó.

En la habitación reinaba el silencio. Una mosca zumbaba, trazando soñolientos círculos en el aire, buscando un rayo de sol, pero no había ninguno.

Elgin cogió otro cigarrillo.

—¿Quiere fumar? —me dijo.

—No, gracias.

—¿Y cuál es el aspecto profesional?

—Lo ignoro. Podría estar mezclada en un caso que estoy

investigando.

—¿De qué clase?

—Suicidio; una cita de amor. El periódico lo trae —le dije, señalando con la mano hacia el periódico plegado sobre la mesita.

—Nunca leo esa clase de cosas —dijo Elgin—. Repaso las noticias del extranjero, luego me estudio las páginas deportivas, especialmente las dedicadas a las carreras de caballos. La mayor parte de las veces se puede captar un buen chiste, sobre carreras de caballos.

—¿No lee usted las páginas cómicas? —pregunté.

—¡Dios mío! ¡No! Cuando hay que ser un poco divertido tres veces cada noche, los siete días de la semana, no hay ni que pensar en alguien que intenta ser divertido todos los días, en una tira de dibujos cómicos. Yo tengo que ser divertido. Es un negocio. Simpatizo demasiado con él. ¿Qué más quiere usted saber?

—Suponga que esta Lucille vaya por su club. ¿Cómo podría encontrarla yo?

—Sólo yendo por allí. De todos modos, yo en su lugar, no haría preguntas.

—He aquí una caja de cerillas de Cabanita —dije, sacándola del bolsillo—. ¿Es éste el tipo más reciente que usan?

—Sí. No hemos usado jamás otro.

—En el interior de un paquete de cigarrillos que iba en compañía de estas cerillas, había algo doblado cuidadosamente —dije.

Saqué el trozo roto de cartulina, en cuyo dorso se leían las palabras: *Albergue del Valle*.

Bob Elgin lo miró.

—Ahora mírelo por delante —le indiqué—. Creo que esto puede ser de su club.

Elgin lo volvió, examinándolo y dijo:

—Yo también lo creo.

—Observará usted que en el trozo roto hay un sitio donde dice: «Consumición mínima, 5 dólares por persona». Encima, al otro extremo, aparecen las palabras: «A la Cabanita. Especial» —y seguí diciendo—: Eso parece como si hubiese sido roto de un «menú» de su club.

—Es verdad.

—¿Alguna idea?

—Ninguna.

—No me ayuda usted mucho.

—Estoy aquí; le he abierto la puerta; le estoy hablando; contesto a sus preguntas. Puede ser que esa Lucille de usted sea una cliente regular. O puede ser alguien que entrara por pura coincidencia. Lamento no poderle ser de más utilidad. No es porque no reconozca su descripción. Eso lo veo muy claro. Le dije antes que hay cien como ella, que responden a esa descripción.

—¿De dónde proceden todas ellas?

Se encogió de hombros y dijo:

—¿De dónde viene el polvo, cuando sopla el viento? —y luego dijo, bruscamente—: ¿Cuántos hombres conoce usted que tengan esposas realmente hermosas?

—¿Eso qué tiene que ver con nuestro asunto? —le interrogué.

Me respondió cínicamente.

—Una mujer hermosa no quiere pasar su vida encorvada sobre el cubo de fregar suelos. No hay ninguna mujer hermosa que se entusiasme zurciendo calcetines. No quieren hacer ninguna de estas cosas. Saben que les perjudicaría su belleza. Han aprendido a vivir para su belleza. Pasando de cierto límite, no la pueden conservar. Las afortunadas se convierten en actrices de la pantalla y las viudas de esposos acaudalados. Viven de pensiones y de aprovechar las oportunidades. Las que no tienen tanta suerte se dejan perder las pensiones. Tienen que vivir. Saben imponerse una gran disciplina, cuando se trata de vigilar su dieta. Las encontrará usted revoloteando por cualquier club nocturno, algunas veces acompañadas de un individuo, otras de otro, a veces por poco tiempo, sin acompañante. Son las del tipo de película, con caderas armoniosas, labios carnosos, la sonrisa pronta y los ojos atentos. Las odio.

Se abrió la puerta del dormitorio. Entró en el saloncito una rubia de película, de armoniosas formas, con una blusa muy bien cortada, de tela azul celeste, con un escote tan abierto que la forma de «V» casi llegaba al cinturón del pantalón; y sandalias que mostraban las uñas pintadas. Los pantalones habían sido cortados cruzando las caderas, de modo que cada movimiento seductor, el más ligero contoneo, se mostraba en toda su perfección.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo—. ¿Qué diablos ocurre por aquí?

Bob Elgin le hizo una inclinación.

—Querida —dijo—, permíteme que te presente al señor Lam. Es un detective privado.

—Mi esposa, señor Lam —dijo, volviéndose hacia mí.

Ella me recorrió con la mirada de sus ojos calculadores, empezando por mi rostro, descendiendo hasta mis pies, y subiendo de nuevo. Sus carnosos labios dibujaron una sonrisa y me alargó la mano:

—¿Cómo está usted, señor Lam? —me dijo.

Observé su mano izquierda. No lucía ninguna sortija.

—Querido —dijo marcando mucho las «r»—. ¿No vamos a tomar café?

—Sí, querida. En seguida traeré las tazas.

Se dirigió a la cocina, vertió agua en la cafetera, echó café y abrió la cocina eléctrica.

—Ya debías haberlo hecho hace rato —le dijo la rubia.

—Sí, querida.

La mujer me miró con sus fríos ojos grises, que resultaban descaradamente francos, al expresar su apreciación.

Cogió un cigarrillo del paquete, lo golpeó suavemente sobre el brazo del sillón, lo puso entre sus carnosos labios rojos e inclinó la cabeza, esperando que le diera lumbre.

Crucé la habitación, encendí un fósforo y lo acerqué al extremo del cigarrillo. Ella alargó su mano y la mantuvo encima de la mía, guiándome para aplicar la llama.

Retuvo su mano sobre la mía más tiempo del necesario.

Apagué el fósforo. Sus ojos encontraron los míos.

—Gracias —dijo, con voz gutural.

Volví a mi silla, y me senté.

En la cocina podía ver la espalda de Bob Elgin y oír el tintineo de las tazas y los platos. Bob Elgin dijo:

—¿Quiere tomar una taza de café con nosotros, Lam?

—No, gracias. He estado bebiendo café toda la mañana.

—¿Qué está usted buscando, señor Lam? —preguntó la rubia.

—Trataba de dar con una linda rubita.

—Son muchos los que buscan eso —me aseguró.

—Ésa es una miniatura; bajita, bien formada, pómulos altos, ojos

castaño oscuro, muy grandes, no más de cinco pies de estatura y puede que su nombre de pila sea Lucille.

Se quedó sentada, rígida, por unos momentos, luego miró hacia la cocina y preguntó:

—¿La conocemos, Bob?

—No —respondió Elgin.

—Lo siento; no le podemos ayudar —dijo la rubia.

—Pruebe con éste: Un hombre de unos treinta y cinco años, de unos cinco pies once pulgadas de estatura, nariz recta; buenas facciones; cabello oscuro, ojos grises, y eso, alrededor de los ochenta kilos; viste traje gris, cruzado, fuma cigarrillos con una boquilla de marfil labrado. ¿Le conocen? —dije con bastante rapidez.

Desde la cocina llegó el ruido de loza que se rompía.

—¿Qué ha sido eso? —dijo la rubia.

—Una taza, querida. Lo siento.

—Bob, tienes temblores; anoche bebiste demasiado.

Se oyó el ruido del agua al caer del grifo.

—¿Qué estás haciendo ahora? —le gritó la mujer.

—Lavo una taza. Rompí la última que quedaba limpia.

Ella se volvió hacia mí y me sonrió, con cierto cansancio.

—Ese hombre podría llamarse Tom —le observé.

—No le conocemos —dijo Elgin, desde la cocina.

—Lamento no poderle ayudar —repitió la rubia.

Esperé a que Elgin regresara de la cocina. Entonces desdoblé el periódico del domingo, que estaba encima del mueblecito escritorio; busqué la sección que daba cuenta del misterioso suicidio convenido en el *Albergue del Valle*.

Las fotos eran bastante claras.

—¿Conocen a esas personas? —pregunté.

De los labios de la mujer escapó una exclamación:

—¡Bob! —dijo impulsivamente—; ésa es la misma muchacha que se negó a que le tomaran una foto la semana pasada.

El codo de Elgin la tocó con tal ímpetu que pude ver cómo se movía la cabeza de la rubia.

—¿Qué muchacha? —preguntó Elgin.

La mujer dijo, vagamente:

—Ya sabes, aquella muchacha que vimos en el parque, cuando

paseábamos. Pero, ¿a ver?, ¡no!, me parece que no es ella. Por un momento creí que era la misma persona, pero decididamente, no lo es.

—¿Han visto a alguno de los dos por el Cabanita? —pregunté.

—No, en el Cabanita no —dijo la rubia, apresuradamente—. No les he visto en parte alguna. Por un momento, creí haber visto antes a la chica; algo en sus ojos. Íbamos por el parque. Esa muchacha estaba sentada en un banco y alguien tenía una máquina fotográfica. Ella no quería que le hicieran ninguna foto.

—¿Esta muchacha?

—No; estoy segura de que no era la misma. Lo pensé, a la primera impresión.

—¿Pasa usted muchos ratos en el Cabanita? —le pregunté a la mujer.

Ella asintió con la cabeza, mirando a Bob Elgin.

Éste dijo:

—Mi esposa interpreta una danza egipcia. Figura en el programa. El tiempo restante se mezcla con el público, para que la cosa no se desanime.

—Ya comprendo —dije.

Elgin me miró. La rubia sonrió.

—¿Algo más? —preguntó Elgin.

—Nada más —le dije—. Me ha ayudado usted mucho. Es decir, los dos. Berta se lo agradecerá muchísimo.

La rubia me estrechó la mano.

—Será mejor que se quede a tomar café en nuestra compañía —me invitó.

—No, gracias. Voy a probar de descansar un poco, el resto del día. Ya he trabajado bastante en mi tarea del sábado.

—Sí, así parece —dijo Elgin. Estaba leyendo el relato de la cita de amor, con suicidio convenido, en el periódico.

—¿De qué se trata, Bob? —preguntó la rubia con interés lánguido:

—El mismo asunto de siempre: suicidio-asesinato amoroso, en un albergue para automovilistas.

—¡Dios mío! —exclamó ella con su voz gutural—. ¿Por qué tienen que matarlas, los hombres?

—Porque las aman —aclaró Elgin.

El comentario de la rubia se resumió en una sola palabra.

—Bien, me voy —dije.

—Encantada de haberle visto —dijo la rubia—. Venga al club alguna vez, señor Lam. Me gustaría que viera mi danza.

—Gracias, lo haré.

Bob Elgin fue hasta la puerta conmigo. Le estreché la mano. Los descarados ojos apreciadores de la rubia se encontraron con los míos, por encima del hombro de Elgin.

Bajé en el ascensor y me dirigí al mostrador del empleado.

—¿Tiene usted algún piso vacante en perspectiva? —le dije.

—Ni uno —dijo.

Saqué mi billetero y cogí algunos billetes. Los empecé a contar.

—¿Ninguno? —pregunté.

Miró el dinero con codicia.

—¡Ninguno! ¡Caramba, sí que lo siento!

Estrujé el dinero entre mis dedos y le dije:

—Si pudiera recibir información por adelantado, sobre algún piso que estuviera a punto de desocuparse… yo…

—Aguarde un momento —dijo.

Se dirigió hacia la centralita telefónica.

Vi que la llamada procedía de las habitaciones de Bob Elgin.

—Un minuto, por favor —dijo—. ¿Qué número; tiene la bondad de repetírmelo? Está bien… sí, lo he anotado, Waverley 9-8765.

Lo anotó, marcó y al cabo de un momento dijo:

—Ahí está su número —hizo la conexión y volvió al mostrador.

—Me gustaría poderle ser de utilidad —me dijo—. Más adelante puede que sepa algo.

—Más adelante no me servirá de nada —le dije—. Estoy en un apuro.

Su boca casi se hizo agua al ver el billete que yo había colocado en la parte delantera visible.

—Yo… ¡caramba…!, pues no sé nada. Podría ponerme en contacto con algún amigo mío y…

—En realidad, tengo otro sitio… Creo que podré obtener un piso en otra casa, pero no es tan conveniente como ésta. Este lugar me gusta; está bien atendido.

—Tratamos de que lo esté.

Me senté un ratito a charlar con él hasta que terminó la

conferencia telefónica de Elgin. No hubo más llamadas y me marché.

capítulo diez

ERAN ya más de las nueve de la noche cuando logré localizar a la muchacha que tenía la concesión para hacer fotografías en el Club Cabanita. Se llamaba Bessie y vivía en un remolque que llevaba unido a su coche. Trabajaba en diversos clubs nocturnos, yendo del uno al otro en el remolque, que le servía también de laboratorio para revelar las fotos que tomaba. Ahora estaba en el «Pollo Rojo», un parador campestre, a unas tres millas de distancia del Cabanita. Estaba muy apartado de todo, y corría el rumor, que le había dado fama, de que allí se encontraban muchas cosas que en otro lugar no se podían ni soñar.

Entré y recorrí el lugar con la mirada. Resultó fácil descubrir a la chica con la cámara. Era un conjunto de dientes, que mostraba al sonreír, piernas, curvas y afabilidad.

Era domingo por la noche, y como sea que aquel lugar se hallaba muy adentrado en el distrito fabril, estaba bastante desierto; pero, así y todo, la chica de las fotos hizo cuatro pedidos. Después de haber tomado unas instantáneas, y cuando se disponía a salir, recogió un impermeable del guardarropa, lo echó sobre sus hombros y se precipitó hacia el remolque.

Me puse a su lado.

—¿Quiere vender algunas fotos? —le pregunté.

Me miró con el rabillo del ojo.

—¿Bañistas o algo así?

—Clientes —le aclaré.

—Claro que sí.

—La semana pasada tuvo usted un pequeño disgusto con una pareja, en el Cabanita —le recordé—. Se negaron a que les fotografiara. ¿Lo recuerda?

—¿Quién es usted?

—Me llamo Cash —le dije—. Mis padres me pusieron en la pila bautismal, *E. Pluribus Unum*, pero la gente me llama Cash, para abreviar. Mi «alias» es Long Green.

Me miró sonriéndome y dijo:

—Hubo un poco de jaleo con una de las fotos que tomé. Ahora estoy muy ocupada. ¿Cuándo puedo verle?

—Ahora mismo.

—Tengo que meter eso en el remolque y empezar a revelarlo —me dijo, indicando la máquina que llevaba en la mano.

—Soy un experto fotógrafo —le dije.

—Ya lo sé —me contestó—. Hay muchachos que saben hacer muchas cosas. Les gusta ir al laboratorio conmigo con sólo la luz roja encendida. En la oscuridad tienen todos cierta tendencia a…

—Yo no la tendré —le aseguré.

—¡Está bien! ¡Suba usted! —exclamó—. De cuando en cuando hay que exponerse.

Abrió la puerta del remolque. La seguí al interior. Cerró la puerta con llave y oprimió un botón. Casi al momento empezó a moverse el coche.

—Mi socio guía con mucha suavidad para que pueda terminar estas fotos antes de llegar al próximo club. Es mi trabajo. Las tengo que hacer a toda prisa —me explicó.

Colocó en posición un instrumento avisador, con esfera luminosa, apagó todas las luces y, por unos momentos, estuvimos allí, de pie, en la más completa oscuridad, salvo una muy débil claridad proporcionada por la lámpara roja, en un extremo del interior del remolque.

Al cabo de unos momentos, mis ojos, que se acostumbraron a la escasa luz roja, pudieron distinguir a la muchacha, moviéndose en la oscuridad, con sus manos que parecían borrones fugaces de movimiento eficiente.

—Debe usted tener mucho trabajo aun teniendo todos los ingredientes a punto —comenté.

—No está mal —me dijo—. Pongo todo esto en un tanque eléctrico, para revelar, y tan pronto como el indicador eléctrico me avisa…

El avisador eléctrico contribuyó a la escena, haciendo sonar un timbre en aquel preciso momento.

Levantó el contenido de una cubeta y lo puso en otra, diciendo:

—Ahora tenemos dos minutos de tiempo. Luego las pongo en un baño químico que elimina todo el «hipo» y después las lavamos en alcohol, las secamos, y mientras estoy en el club siguiente, mi socio, que conduce el coche, hace las copias. En cada película va un número.

—Dígame lo que ocurrió el sábado pasado.

—De cuando en cuando nos tropezamos con personas así. Ignoro por qué. Por lo corriente, jamás tomo una foto hasta que he recibido consentimiento, pero aquella pareja parecía ser de tan elevada categoría, que no pude resistir la tentación.

—¿Y qué ocurrió?

—Estaban sentados allí cenando. Muy callados, muy discretos. Como si llevasen mucho tiempo de casados. Por lo común, no malgasto el tiempo en ese tipo de parejas. Son los tipos alegres y los jóvenes más o menos libertinos… quienes desean tener una foto de la chica que les acompaña para podérsela enseñar a los amigos… los que me proporcionan mis ingresos. Algunas veces, una fiesta familiar.

—Continúe —le dije.

Mantenía la mirada fija en el reloj con la esfera luminosa.

—Alguien me dijo si quería tomar una foto de la pareja que estaba en la mesa. Creí que aquella persona les acompañaba. Creo que fui un poco descuidada. Le expliqué a mi cliente que era necesario hacer un mínimo de cuatro copias, a dólar cada una, y dio su conformidad. Dijo que la pareja celebraba una cena de aniversario y que le gustaría tener una foto, para regalársela más tarde. Me aseguró que correría con todos los gastos.

—¿Y qué ocurrió? —volví a preguntar.

—Me dirigí a la mesa. Sonreí y esperé a que miraran hacia mí. Entonces disparé la máquina. El hombre quiso saber para qué le había tomado aquella foto, y le dije que sería un obsequio que le harían, más tarde; que no le costaría un céntimo. La muchacha se excitó, y el hombre se enfureció por su causa, diciendo que él no había pedido que le tomaran ninguna foto. Le dije que sabía que era una amistad suya que se disponía a darle una sorpresa y de una cosa se pasó a la otra, y exigió la presencia del gerente del Cabanita.

—¿Quién es el gerente?

—Bob Elgin. Es maestro de ceremonias y dirige el negocio aquél. Vino y hubo una pequeña discusión. Le dije que todo había sido un error, que le daría le negativo y así lo podría destruir.

—¿Lo hizo?

—¡Quiá! ¡Me valía un pedido de cuatro dólares! —dijo Bessie—. ¿Cree usted que iba a tirar *aquel* negativo?

—¿Qué hizo, pues?

—Le di el siguiente negativo que había en la cámara. Lo saqué y tiré hacia arriba la tapa del de sito de las películas. Elgin cogió la película y la entregó a la muchacha, que estaba en la mesa y le preguntó si eso la satisfacía. Ella dijo que sí, y eso fue todo, en lo que se refiere a esa pareja.

—¿Y en lo que se refiere a usted?

—Encontré a mi cliente —dijo—. Le expliqué que el precio de las copias había subido a diez dólares cada una. Dijo que era demasiado caro. Me ofreció veinticinco dólares por las cuatro copias. Comprendí que era todo cuanto conseguiría sacar y le dije que se las enviaría por correo. No me atrevía a efectuar la entrega aquella misma noche.

—¿Y el negativo?

—Espere un momento, mientras pongo esas películas en el agua —me rogó.

Traspasó las películas de recipiente y oí cómo manaba agua de un grifo; luego destapó otro frasco y sentí el olor del alcohol. Remojó las películas cosa de un minuto, luego las sacó y las dejó tendidas en unos colgadores para que se secaran.

—Podría sacar cuatro copias más por otros veinticinco dólares —me dijo.

—¿Cuándo?

—Lo anotaré en primer lugar en la lista. Mi socio hará las copias mientras yo entro en este siguiente club.

El remolque se paró, quizá debido a un semáforo del tráfico. Ella levantó el brazo, encendió una lámpara, consultó un libro donde había gran cantidad de números anotados, abrió un cajón de un pequeño fichero y sacó un sobre que contenía un negativo.

Saqué dos billetes de diez dólares y uno de cinco y se los di.

—¿Cuándo las tendré?

—Así que termine de tomar instantáneas aquí —dijo—. ¿Quiere entrar en el club y ver cómo trabajo?

—No, gracias. Me quedaré aquí y veré cómo su socio saca las copias. ¿Puede decirme algo de la persona que le encargó las fotos?

—Una rubita muy mona —dijo—; bonita figura, pero muy pequeña.

De nuevo se puso en marcha el remolque, cosa de cinco minutos, y luego viró a un lado, cuando el coche salió de la carretera para entrar en un sendero cubierto de grava.

—Aquí es mi próxima parada —dijo—. ¿Está seguro de no querer venir conmigo?

—Sí. Esperaré.

La joven cogió su cámara y el maletín con las lámparas de repuesto para el reflector, se echó el impermeable a un lado, se estiró las medias, enderezándolas, y se arregló su escasa falda, diciendo:

—¿Qué aspecto tengo?

—¡Espléndido!

—Muchas gracias.

—¿Quién conduce el coche? —pregunté.

—Mi socio.

—¿Un amigo?

—No sea tonto. Es una muchacha… tan sencilla como la que más… pero muy buen chófer excelente fotógrafo. Un hombre querría serlo todo, él solito, tanto en el negocio como en mi vida privada. Nosotras dos nos entendemos muy bien. Compartimos los gastos de nuestra manutención y sostenimiento y nos partimos las ganancias, mitad por mitad.

Oí pasos en el exterior del remolque. Alguien probaba de abrir la puerta.

Mi amiga, desde el interior, dijo:

—Está bien, Elsie. Salgo en seguida.

Abrió la puerta.

La mujer que entró me miró con enojada desaprobación. Tenía el rostro enjuto, anguloso, con una boca firme y determinada y ojos duros, acerados.

—Todo está en orden, Elsie. Hemos hecho un trato comercial. Desea la foto número 54228. Cuatro copias… veinticinco dólares.

—Está bien —dijo Elsie—. Veo que vamos a hacer mucho dinero con ese negativo. Supongo que no lo querrás destruir.

—¡Claro que no!

—¿Cuándo tendré las cuatro copias? —insistí.

—En un momento —dijo Elsie.

—Hay cuatro negativos más en el baño para sacar copias. Cuatro de cada uno.

—Está bien, Bessie —respondió Elsie—. Las haré.

Bessie me dirigió una rápida mirada por encima del hombro. Luego, con la cámara en la mano y el impermeable abrochado, penetró en el círculo de blancas luces que rodeaba el edificio. Elsie se subió las mangas de su blusa y empezó a trabajar. Tiró hacia ella un aparato para sacar copias, lo conectó, colocó cinco negativos en un montoncito, otro montoncito de papel de copias y puso manos a la obra, deslizando los negativos dentro del aparato de sacar copias, sujetando el papel encima de ellos, cerrando bien el aparato, haciendo las exposiciones y sacando el papel, colocando las hojas expuestas en una pila aparte.

—¿Sabe algo de fotografía? —me preguntó.

—Un poco.

—¿Ha hecho nunca algo parecido?

—¿Quiere decir revelar y sacar copias?

—Sí.

—Algunas veces.

—Empiece a pasar aquella pila de papel por el revelador —me dijo—. Actúe muy rápidamente. No calcule el tiempo; limítese a vigilar la lucecita roja. Cuando las copias empiecen a verse, páselas, con la varilla, por esa vasija para lavarlas y por el «hipo». Es un revelador concentrado y actúa con mucha rapidez.

Empecé a hacer entrar las copias. Elsie me observaba con mirada experta, comprobando el tiempo que empleaba en mi trabajo. Cuando vio que sabía lo que me hacía, no me prestó más atención y empezó a sacar copias.

Al terminar su pila, yo había conseguido atraparla. Pasé las últimas copias y Elsie empezó a sacar las del fondo de dentro del baño de «hipo». Las roció con agua clara por espacio de un minuto, y luego las depositó dentro de un agua que contenía un producto químico que disolvía el «hipo», después las lavó de nuevo y las

colocó en el secador.

—¿Cuáles son las mías? —pregunté.

—Todas llevan un número. Ya se verá —me dijo—. ¿Qué hay de los veinticinco machacantes?

—Se los pagué a su amiga.

—Ella no me lo dijo.

—Cuando regrese se lo dirá.

—¡Está bien! —dijo—. ¡Tendrá usted que esperarla!

—De acuerdo —contesté.

Elsie vio que las copias ya estaban secas, luego cogió monturas fotográficas de la gran caja de cartón que estaba debajo del estante, en el cuarto oscuro, montó las fotos y volvió a encender las luces blancas.

Era un remolque muy bonito y limpio. Delante había una diminuta cocina; un dormitorio en la parte posterior, con dos camas gemelas. Era bastante grande para ser un remolque, pero todo estaba colocado de un modo notablemente compacto.

—Supongo que ustedes deben hacer su vida aquí —comenté.

—Claro, ¿por qué no? ¿Para qué íbamos a pasarnos el día trasladando las cosas arriba y abajo, a un cuarto, si aquí ya lo tenemos con ruedas?

—¿Tienen espacio alquilado en algún sitio para aparcar remolques?

—Eso mismo. Sólo que no es ningún espacio reservado para remolques, sino detrás de una residencia particular. Conducimos hasta allí, aparcamos debajo de un árbol, conectamos con la corriente eléctrica de la casa, dormimos hasta el mediodía, entonces desayunamos. Alrededor de las siete y media volvemos a comer, luego empezamos a trabajar, y, por lo general, seguimos trabajando hasta las tres de la madrugada.

—Parece un buen negocio —dije.

—Los negocios de los demás, siempre parecen buenos —se limitó a comentar, con sequedad—. ¿Ha leído el periódico de la noche?

—No.

—Será mejor que lo haga. Puede que tengamos que esperar bastante tiempo hasta que vuelva Bessie. Es un hacha consiguiendo fotos.

—Miremos las fotos —le dije.

—¡Alto ahí! ¡No confundamos! Todavía no sé si ha pagado los veinticinco dólares o no —dijo Elsie.

—No me las quiero llevar. Sólo deseo verlas —le aclaré.

Las fotos tenían una especie de neblina que les hacía parecer algo borrosas, pero teniendo en cuenta las circunstancias en que fueron tomadas, podían considerarse un buen trabajo. Y las monturas las realzaban mucho.

Una era de la pelirroja que ahora yacía sobre el mármol, en el depósito. La otra era de Tom Durham.

Pasaron más de veinte minutos antes de que regresara Bessie.

—Llevo todo un cargamento para ti, Elsie —dijo al entrar—. Empezaré a prepararlas, mientras tú nos llevas al siguiente club. Pero tendrás que terminarlas. Tengo nueve fotos para revelar y sacar copias.

—¿Quieres decir nueve pedidos diferentes?…

—Eso mismo.

—¡Caramba! —dijo Elsie, con acento de respeto—. ¡Y eso en domingo por la noche!

—Bromeé un poco con todo el mundo, hasta que todos parecieron ser amigos —dijo Bessie—. ¿Le diste sus fotos a ese hombre?

—¿Te dio él los veinticinco?

—¡Sí!

—¡Está bien! —dijo Elsie, alargándome las cuatro copias—. Aquí tiene usted las fotos.

—¿Qué hay de las cuatro copias anteriores que había hecho? ¿A quién se las dio usted?

—A la persona que las pidió, desde luego —respondió Bessie.

—¿Quiere usted decir a Lucille?

—Exacto… ¡Oiga! ¿La conoce usted?

—Sí.

—¿Qué tiene que ver en todo ello?

—Trato de obtener unas copias más y comprobar sobre lo sucedido. ¿No tendrá usted la dirección de Lucille, por casualidad? —dije.

—¿Y usted, por casualidad, no tendrá otros veinticinco dólares?

—¡Caramba! ¡Ustedes dos parecen andar siempre en busca del

lado de la tostada que está untado con la mantequilla! —exclamé.

—¿Qué es lo que buscan siempre los demás? —preguntó Bessie.

—¡Dígamelo a mí! —suspiré.

—Casi todo el mundo me da un dólar de propina —me dijo sonriendo—. Es decir, me pagan cinco dólares justos por las cuatro fotos. Algunos de los que se creen listos, tratan de añadirle cincuenta centavos o un dólar más, y desean que les pertenezcas.

—Todo lo que busco es una dirección —le dije.

—Dásela, Elsie —dijo la muchacha.

Elsie tendió la mano.

Le di otros dos billetes de diez dólares y uno de cinco, asustándome mentalmente al pensar en lo que ocurriría cuando Berta viera mi nota de gastos.

Elsie volvió a abrir el libro y me dio la siguiente dirección:

—Lucille Hollister, 1925, Mono Drive, en casa de la señora Arthur Marbury.

Elsie me preguntó, como sin quererlo:

—¿Tiene usted una tarjeta suya, señor?

—Sí —le dije.

Extendió la mano.

—Serán diez dólares.

—¡Eh! ¿Qué broma es ésa?

—Me imagino que la venderán por veinticinco dólares más a la siguiente persona que se presente. Deseo dejarles un beneficio de quince dólares solamente.

Las muchachas se miraron una a otra y se echaron a reír.

—Vamos, Elsie —dijo Bessie—. Pon el coche en marcha. Tengo que empezar a preparar esas fotos. Nos vamos a armar un lío. Parece como si fuésemos a matar a alguien esta noche. Tenemos que volver al «Pollo Rojo» y entregar esas fotos por valor de veinte dólares y luego regresar aquí a toda marcha. No podremos parar en el «Pozo Encantado».

—¡Está bien! Iré con ustedes y luego las dejaré —dije.

—Me gustaría que me hubiese dado su nombre —dijo Bessie con sinceridad.

—Ya lo sé.

Se echó a reír y me dijo:

—Es usted simpático. Ya que no nos quiere decir quién es, puede

ayudarme con esas fotos por el camino.

—¡Pero, con ambas manos! —dijo Elsie, con mucha sequedad.

capítulo once

COGÍ el coche de la agencia en el «Pollo Rojo».

Mientras me dirigía hacia Mono Drive, observé unos faros por el espejito retrovisor. Estaban bastante lejos, detrás de mí. Apreté un poco el acelerador y emprendí una buena marcha.

Los faros se mantuvieron detrás de mí exactamente a la misma distancia, en realidad demasiado lejos para estar persiguiéndome.

Hice que el coche cobrara más velocidad.

Por costumbre de conductor, miré el indicador de la gasolina en el tablero.

La manecilla me indicó que el depósito estaba vacío. No obstante, yo lo había llenado antes de dirigirme al «Pollo Rojo».

Claro que *pudo* haber sido que la válvula no funcionara bien. En todo caso, había llegado el momento de usar hasta la última gota de gasolina que me quedara, con toda la rapidez con que pasara por el carburador.

Apreté hasta el suelo el acelerador.

Me hallaba en un sector solitario de la carretera, que corría a través de la parte posterior de la ciudad. Se extendía cruzando un centro industrial, con unas cuantas fábricas desparramadas por los alrededores, y camiones que de vez en cuando cruzaban por la carretera; vastos solares sin edificar. Muy poco tráfico y demasiada oscuridad.

El coche de la agencia tosió y se quedó como muerto; se reanimó, por unos breves segundos, volvió a toser, carraspeó y esta vez se extinguió definitivamente.

Cuando se paró ya tenía la portezuela abierta. No se veía el menor tráfico por parte alguna de la carretera, pero detrás de mí aquellas luces firmes, persistentes, se iban acercando con un propósito definitivo.

Miré a mi alrededor y no me gustó nada lo que vi. A un lado había un edificio de una fábrica elevándose oscuro y silencioso, rodeado por una elevada valla que, a intervalos regulares, ostentaba el aviso de «Apartarse». Había un sendero lateral, con algunos vagones de carga estacionados allí. Más allá pude divisar un patio de almacenes, con una alta valla de madera tapando toda la vista de lo que había en su interior.

Naturalmente, lo lógico habría sido quedarse alrededor del coche y rogar a algún automóvil que pasara, que me empujara o remolcara hasta la estación de servicio más próxima.

No creí aconsejable hacer lo que parecía ser más lógico.

Busqué a mi alrededor, esperando encontrar un buen escondrijo.

Crucé la carretera y me encaramé a uno de los vagones cargados con cajas. Me escondí en los ejes de las ruedas.

Era un mal sitio para esconderse.

La luz de los faros trazaba arabescos con las sombras en la carretera. Luego, el coche que había venido persiguiéndome se detuvo. Oí que se abrían las portezuelas y se cerraban dando un gran golpe. Una voz de hombre, gritó:

—¡Eh! ¿Qué es lo que ocurre? ¿No necesita nada?

En el silencio de la noche podía oír el suave ruido del motor de su coche.

Una segunda voz, ésta de mujer, dijo:

—Anda por ahí, en algún sitio. Debe haberse quedado sin gasolina. Nos llevaba mucha delantera.

Yo permanecí inmóvil debajo del vagón. La pareja miró por los alrededores. Pude ver sus sombras y, de vez en cuando, les podía ver las piernas cuando andaban. Las del hombre eran recias y musculadas; la voz femenina se apoyaba sobre unas piernas que habrían servido como excelente anuncio para una marca de medias, pero su tono de voz era algo duro.

El hombre decía:

—¡Es la cosa más perra que me ha ocurrido jamás! Estaba delante de nosotros, ¿no es verdad, Babe?

—Sí. Debió de ser este coche. No puede haber ido demasiado lejos. ¿Qué te parecen aquellos vagones?

—¿Por qué diablos habría saltado de su automóvil, para arrastrarse hacia un vagón? —preguntó el hombre, irritado—.

Naturalmente, habría hecho lo que hace todo el mundo, al quedarse sin gasolina. Se habría sentado al lado del coche, esperando que llegara alguien. Cuando vio que llegaba nuestro coche, debió habernos hecho alguna señal en demanda de ayuda.

—Bien, pues no hizo lo que parecía más lógico —dijo la mujer, y luego añadió—: ¿Adivinas el por qué?

—No estábamos lo bastante cerca de él para que se asustara.

—Entonces todavía debe estar en el coche —dijo la mujer, con ironía.

Pude oír cómo el hombre trepaba a lo alto de los vagones de carga. Luego oí sus pasos, sobre el paso que había en los techos. La mujer siguió andando, mirando entre los vagones.

Salí de mi escondrijo manteniéndome en la sombra y eché a correr hacia los automóviles.

Oía el motor de su coche, que hacía un agradable y suave ruido, que me proporcionó un gran alivio.

—Empecemos a mirar debajo de los vagones; encima no está.

—Tiene que estar por ahí, en alguna parte —dijo la mujer con tono de enojo—. No ha podido trepar por una de estas vallas y… ¡Eh! ¡Ahí está!

El hombre se puso a gritar y ambos echaron a correr hacia mí.

Salté en su coche, cerré la portezuela y apreté el acelerador, poniendo el automóvil en marcha.

Casi había recorrido unas cincuenta yardas antes de ver una serie de puntitos luminosos, en la oscuridad, detrás de mí. De pronto la ventanilla posterior estalló, en mil grietas, y el espejito retrovisor quedó inutilizado.

Aflojé un poco la marcha, al llegar al primer cruce, viré a la izquierda y volví a girar a la derecha en el siguiente cruce. Me encontré en un distrito de residencias particulares y divisé un tranvía, antes de dejar el coche arrimado a la acera. Tomé la precaución de mirar el número de la matrícula y el nombre de la patente, que estaba pegada en el parabrisas.

El coche estaba a nombre de Samuel Lowry y la dirección era el número 968 de Rippling Avenue.

Me encaramé al tranvía y fui en él hasta que, en una esquina, vi un taxi libre. Salté del tranvía y cogí el taxi. Le di al chófer la dirección de Mono Drive, número 1810.

Cuando llegamos allí la casa estaba a oscuras, y el chófer quería esperar, por si yo me iba, pero le aseguré que mis amigos estaban al llegar, le pagué y, cuando se fue anduve una manzana y media, que me faltaba para llegar al número 1925.

Las casas de aquel barrio habían costado mucho dinero. No eran como las casas de los barrios extremadamente ricos, pero evidentemente pasaban del término medio. Era una urbanización reciente. Las casas eran modernas, con abundancia de cristal y, en su mayor parte, tenían planta baja y un solo piso, con curvas aerodinámicas, diseños atrevidos y patios interiores. No tenían piscina, pero poco les faltaba.

La casa que a mí me interesaba formaba una hermosa curva, que rodeaba el salón, luego el edificio se adentraba, hacia el garaje. Al otro lado se extendía una prolongada ala, que se alargaba, para proteger un patio interior.

Pensé echar un vistazo a aquel patio, antes de entrar.

Había un poco de césped, algunas plantas de adorno, y un bien recortado seto.

Anduve por el borde del seto, pasé más allá de las plantas, doblé por detrás del garaje y llegué al patio.

Deseé haber llevado una linterna, para encontrar el camino. Una parte del patio era de cemento, y en el resto se notaba que hacía muy poco tiempo que había sido plantado el césped. Pisé en el blando suelo antes de que me diera cuenta de dónde me hallaba, y volví hacia el cemento endurecido.

La casa estaba construida de modo que, en el patio, donde yo me hallaba, se disfrutaba de una absoluta independencia, en lo que se refería a los dormitorios que daban a esta ala del edificio. La muchacha que estaba de pie en el dormitorio iluminado, no se había molestado en cerrar los visillos de las ventanas.

Era una construcción de madera, con persianas de acero, y vidrieras con cristales, ventanas muy amplias, con los montantes de acero, que se abrían y cerraban con un solo movimiento de una manivela que había en la parte inferior. Era un dormitorio diseñado para procurar el máximo de luz y aire libre. Se podría haber asegurado la independencia de las miradas procedentes del exterior, corriendo cortinas por todo el lado que ocupaba el dormitorio, pero en aquel momento las cortinas estaban plegadas a un lado.

La rubia que estaba de pie ante el espejo, inspeccionando su figura, vestida en parte, con evidentes muestras de aprobación, era la misma que me había tomado por acompañante la noche anterior, y me llevó al albergue para automovilistas.

Vacilé un momento y luego decidí que ya era hora de hacer acto de presencia y seguí andando en dirección a la ventana.

Ella oyó mis pasos sobre el piso de cemento del patio, cuando estaba ya muy cerca del pequeño balcón que conducía al patio, sobre el cual se abrían las vidrieras. Levantó un espejo de mano. En él vio reflejada mi figura y dio rápidamente la vuelta, mirándome con los ojos muy abiertos. Pareció que iba a gritar y luego se contuvo.

Con mirada incrédula me miró cómo subía los cuatro peldaños de ladrillo que llevaban hasta el balconcito.

—¿Puedo entrar? —dije.

Sin poder pronunciar palabra, como si se hallara bajo el influjo de un trance hipnótico, abrió la vidriera.

—¿Cómo, cómo lograste dar conmigo?

—Me costó un poquito de trabajo. ¿Quieres hablarme?

—No.

—Ya me lo imaginé, pero creo que harías mejor en hacerlo.

—He… he pensado mucho en ti —empezó a decir y luego, de pronto, se llevó un dedo a los labios, haciéndome señal de que no alzara la voz—. Mi hermana puede oímos si hablamos demasiado alto —me explicó. Y luego, con una risita nerviosa, cogió un batín que estaba al pie de la cama y lo echó sobre sus hombros.

—Mucho me temo —dijo— que te estoy compensando en exhibición por todo lo que…

—¿Por todo lo que me arrebataste anoche? —la interrumpí.

—Sí —dijo, sonriéndome—. Me imagino que debiste pensar que era una muchacha sin escrúpulos.

—No se trata de lo que *yo* pienso, sino de lo que piensa la policía.

—¿La policía? ¿Qué tiene que ver la policía con aquello?

—Lo hiciste todo con mucho cuidado —le dije—. Fuiste al lugar donde Dover Fulton tenía el coche aparcado. Luego buscaste un tipo incauto. Me escogiste a mí. Me llevaste al *Albergue del Valle*. Sabías que yo daría el nombre de Dover Fulton, en el registro. Sabías que

Dover Fulton y Minerva Carlton estaban en una de las casitas. Fingiste estar bebida. Luego…

—Estaba borracha.

—¡Mientes! —exclamé.

Enrojeció.

—No seas tonta —le observé—. Ambos estábamos representando una comedia. Le diste cinco dólares al camarero para que te trajera cerveza de jengibre cada vez que le pidieras *whisky* con soda. Yo le di diez dólares para que me contara tu estratagema y me llevara lo mismo a mí, cada vez que yo le pidiera *whisky* y soda…

—¡Cómo…! Tú… tú…

—Exactamente —le dije, riendo.

Se sentó en el borde de la cama. De pronto se rió.

Me senté a su lado. Ella cogió una de mis manos.

—Donald, por favor, no te enfades —me dijo—. No era lo que tú crees que fue.

No dije una palabra.

Cruzó sus rodillas. El batín se deslizó por encima de su sedosa carne. No hizo ningún ademán para cubrirse de nuevo, sino que se quedó allí sentada, haciendo mover el pie, adelante y atrás, unas pulgadas cada vez, nerviosa, seductora, tratando de pensar con rapidez, con el batín deslizándose provocadoramente cada vez que movía el pie.

—Será mucho mejor para ti decir la verdad, ahora mismo —le advertí—, que cualquier mentira que puedas ir pensando. Sólo te queda tiempo para ensayar un poquito conmigo, y luego te verás hablando ante la policía.

—A la policía no, Donald.

—A la policía —repetí.

—Pero… ¿qué es lo que he hecho, para que me moleste la policía?

—Para empezar, has cometido un asesinato.

—¿Asesinato? —exclamó, y de pronto se cubrió los labios con la mano, como si quisiera volver atrás la palabra, al darse cuenta del tono con que había lanzado aquella exclamación.

—¡Donald, estás loco!

—Me dejaste en el albergue —le dije—. Saliste y rondaste por allí, hasta que diste con la casita que buscabas. Llamaste a la puerta.

Entraste y empezaste a hacer una escena. Dover Fulton sacó su revólver y te hizo un disparo. Tú…

—¡Estás loco, Donald! Absolutamente chiflado.

—Está bien —repuse—. Entonces, suponte que me lo cuentas todo.

—Muy bien. Lo haré —respondió—. Te diré la verdad. Me odiarás por ello. Y no quiero que me odies, Donald. Yo… me gustas, y yo…

—Lo sé —dije—. Otra escenita de seducción bien modulada. Tienes un cuerpecito encantador. Creo que te ha ayudado mucho. Te procura lo que quieres, en tu camino por la vida. Anoche me engañaste. Ahora quiero la verdad.

Alargué la mano, por encima de su cuerpo, y cogí el borde del batín. Ella se quedó sentada, sin moverse, esperando y sin resistirse. La cubrí con el batín y se lo doblé, por debajo de las piernas.

—No lo puedes resistir —dijo, riéndose.

—No —le dije.

—Eres un chico muy extraño.

—Lo supongo. Soy raro. Anticuado. De vez en cuando me gusta oír la verdad. Las piernas bonitas hacen ver confusas las cosas.

—Está bien —contestó—. Te voy a decir la verdad porque… porque… ¡vaya!, porque en este momento no se me ocurre ninguna mentira satisfactoria. Tu presencia turba mi ecuanimidad, tanto como mis piernas turban la tuya.

—Prosigue —le ordené—. Dispara mientras te sientas inclinada a hacerlo.

—Te lo contaré todo. Mi verdadero nombre es Lucille Hollister. Estuve casada. No me gustó. Tenía una pensión de mi esposo cuando nos separamos. Dispongo de dinero y también…

—No importan los datos biográficos —le dije—. Vayamos a lo que ocurrió anoche. Estás haciendo de manera que pase el tiempo. Eso me hace sospechar más aún. Si desearas decirme la verdad, irías directamente al asunto.

—Te estoy diciendo la verdad, Donald, pero quiero que me comprendas. Quiero que tú… Me gustas mucho más de lo que me ha gustado nadie desde hace tiempo. Tú… bueno… una se siente confiada contigo… Anoche te portaste maravillosamente…

—Basta de monsergas y empieza a hablar —la interrumpí.

—¡Pues eso es lo que trato de hacer! No te hablo porque sí… no es un pretexto.

Varió ligeramente su posición sobre la cama. Puso su mano sobre mi hombro. Sus ojos me miraban, suplicantes.

—Por favor, Donald —me dijo—. ¡Créeme!

—Dame algo que pueda creer —le contesté— y que sea pronto. La policía ya debe estar camino de esta casa.

—¡La policía! ¿Se dirigen aquí?

Asentí con la cabeza.

—¡Donald, no pueden hacerlo…! Tú no me harás esto.

—No se trata de lo que haga yo, sino de lo que tú misma te hiciste.

—Pero, Donald… ¿qué puedo hacer?

—En primer lugar, puedes contarme la verdad. Luego, *tal vez* pueda hacer algo por ti.

—Vas a pensar que soy muy mala —dijo, apenada.

No contesté.

—Está bien. Ahí va, pues —exclamó, decidiéndose—. Mi hermana es soltera. Se llama Rosalind Hart. Somos de Colorado. Hace tres o cuatro semanas que llegamos aquí, de visita. Mi hermana es cuatro años más joven que yo. Es una muchachita muy dulce. No suele… bueno… no frecuenta mucho con nadie. Es romántica, intensamente apasionada y se enamoró de Stanwick Carlton desde el primer instante en que le vio. Absolutamente loca por él. Tuvieron relaciones, algún tiempo. Fue el primer hombre en su vida, el primero que la despertó ante el hecho de que se había convertido en una mujercita. Le adora. Le adora demasiado… —se interrumpió un momento.

Luego continuó diciendo:

—Ya sabes lo que ocurre, Donald, cuando una chica se entrega verdaderamente a un hombre. Al cabo de poco tiempo, él se cansa de ella. No le gusta al hombre sentirse seguro de su conquista… el hombre desea tener que perseguir a sus mujeres. Tiene que luchar; lo debe encontrar difícil. No le gusta la sensación de que se lo dan todo bien envuelto, en un lindo paquetito, cada vez que él ofrece una oportunidad. Le gusta tener que pedirlo, con insistencia. Una chica lista, con mayor conocimiento de los hombres que el que tiene Rosalind, habría vuelto loco a Stanwick Carlton. Por algún tiempo

él estuvo enamorado perdido por ella, pero luego la encontró demasiado asequible, demasiado fácil. Traté de advertir a mi hermana, pero se rió de mí. Dijo que se casarían y vivirían felices, para siempre Ya sabes lo que ocurrió.

—¿Qué ocurrió?

—Al cabo de poco tiempo, él se cansó de ella. Siempre la veía allí, siempre adorándole, siempre dispuesta a obedecerle, incluso en sus más mínimos deseos. Ni siquiera miraba a ningún otro hombre, ni dejaba que los otros hombres la miraran a ella. No tuvo ni el sentido suficiente de hacerse de rogar.

—¿Y ahí fue cuando entró Minerva en escena?

—Eso mismo… Minerva. Ésa sí que era astuta, rápida y ardiente. No te engaño. Sé lo que me digo. Una mujer puede saber mucho acerca de otra.

—Está bien; tenía su historia y su práctica. ¿Qué más?

—Vino a Colorado. En un momento captó la situación y fue ella la que empezó a representar el interesante papel de inasequible.

—¿Y Stanwick Carlton se casó con ella inmediatamente?

—No seas tonto. No fue así. Se interesó por ella, y Minerva se limitó a alzar la barbilla, con desdén, mirándole por encima del hombro, y se alejó. Él aceptó el reto. Supongo que tenía intención de demostrarle a Minerva que podía mellar su escudo, si lo quería, y luego volver al lado de Rosalind. Pero cuando se dio cuenta, ya estaba colado hasta el cuello y se vio enfrentado con un matrimonio a toda prisa. No creo que el pobre hombre se diera perfecta cuenta de lo que ocurrió, hasta que despertó, legalmente casado, después de lo que los periódicos suelen llamar, en sus notas de sociedad, un noviazgo relámpago. ¡Un noviazgo relámpago! —añadió con sorna —. ¡Ya lo creo que lo fue! ¡Lo que pasó fue que el relámpago no lo disparó él!

—Continúa —le dije.

—Llevaban dos años de casados y yo sabía que Minerva acabaría volviendo a las andadas. Empecé a vigilarla. Vino aquí y fue a visitar a una antigua amiga suya, una muchacha llamada Bushnell. Pasaron unas vacaciones en la playa y… bueno… se divirtieron un poquito. Minerva regresó a Colorado. Esta vez, cuando supe que de nuevo visitaría California, preparé las cosas de modo que la pudiera seguir observando.

—¿Jugando a detectives, eh?

—Eso mismo. Y fue muy fácil, tremendamente fácil. Se puso en contacto con Dover Fulton tan pronto como llegó a la ciudad, y la primera noche que estuvo aquí cenó con otro hombre. Se ha visto con Fulton muy a menudo. La semana pasada fueron a aquel albergue y se inscribieron como marido y mujer. Se quedaron allí hasta poco después de medianoche. Luego ella le llevó a la ciudad. Él recogió su propio coche en el lugar donde lo tenía aparcado y se fue a su casa.

—Supongo que todas estas infidelidades matrimoniales debieron causarte asco —le observé.

—No seas tonto —me contestó—. Me encantaban. Me proporcionaban todos los triunfos de la baraja. Sólo me faltaba saber cómo jugarlos.

—¿Qué más?

—Pues anoche, cuando supe que iban al mismo albergue para automovilistas de la semana anterior, yo… pues… decidí que les pondría al descubierto y haría salir sus nombres en los periódicos.

—¿Y qué hiciste?

—Te escogí a ti. Te necesitaba para llevarme al albergue para automovilistas e inscribirnos a nombre de Dover Fulton y esposa, para ello procuré que llevaras el coche de Fulton. Luego salí y telefoneé a la policía, diciéndoles que el coche había sido robado. Sabía que lo primero que hace la policía en estos casos es comprobar en los albergues para automovilistas, ya que en ellos deben tener un libro de registro en el que han de anotar la marca del coche y el número de la matrícula. Sabía que la policía daría con el coche de Dover Fulton antes de medianoche.

—¿Y querías que me pescaran a mí como el que robó el coche?

—¡No seas niño! A ti no te quería ver en el cuadro por nada del mundo. Deseaba ir con alguien que fuese lo bastante listo, y lo bastante suspicaz, para que cuando yo le dejara plantado… bueno… pues sospechara algo y emprendiera la retirada a todo tren. Te vi cómo salías y te alejabas por la carretera.

»La policía localizaría el coche robado —siguió diciendo—, en el *Albergue del Valle*. Luego pensaba llamar a la señora Fulton por teléfono y decirle que no se dejara engañar por su esposo; que lo del robo del automóvil no era más que una comedia; que, en realidad,

había estado en el albergue inscribiéndose en compañía de aquella mujer por dos semanas consecutivas. El hecho de haberse recuperado el coche allí haría que su esposa fuese a comprobarlo y, por supuesto, la mujer encargada del albergue tendría que identificar a Dover Fulton como el que se había inscrito con el nombre de Stanwick Carlton.

—Y, desde luego, pensabas que Stanwick Carlton se enterara bien pronto de lo que había estado haciendo su esposa, ¿eh?

—¡Vaya que sí!

—Eres una monada, ¿verdad?

—No lo soy —dijo—. Soy una gatita; tengo uñas. Lucho por Rosalind. En realidad, Stanwick ama a Rosalind y siempre la ha querido. Esa Minerva se limitó a hacer acto de presencia y servirse un trozo de pastel. Vio un varón bastante aprovechable al cual podía hacerlo suyo empleando un poco de psicología aplicada. Aplicó la psicología. Rosalind era una dulce corderilla que no opuso la menor resistencia. Te digo que esa Minerva era una mujer que sabía todas las respuestas.

—Y después que te fuiste y me dejaste plantado, ¿oíste los disparos?

Por unos momentos, sus ojos se desviaron de los míos.

—¿Los oíste? —insistí.

Sus dedos apretaron mi brazo.

—¿Los oíste? —volví a repetir.

—Sí.

—¿Dónde estabas?

—En uno de los garajes. Esperé hasta que saliste de la casita. Luego decidí que pediría a un coche que pasara por la carretera que me llevara a la ciudad… y… y oí el ruido de los disparos.

—¿Pensaste lo que era?

—Pensé… sí, que eran disparos, pero si hubiese sabido de qué casita procedían, yo… bueno… habría… vaya, me parece que no, que no habría hecho nada.

—No —le dije—, creo que no habrías hecho nada. ¿Cuántos disparos oíste?

—Tres.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Eran las diez y siete minutos exactamente —dijo—. Lo sé porque miré mi reloj.

—¿Y luego qué más?

—Donald, voy a serte sincera. Me asusté. Me escondí. Vi unas personas que andaban alrededor de aquella casita después de los disparos y vi un coche que se alejaba. Luego traté de irme. Apenas podía andar. Mis rodillas me temblaban y se negaban a sostenerme.

—¿Qué más?

—Pedí a un coche si me quería llevar. Di la versión acostumbrada de haber salido con un hombre que me había dejado plantada haciéndome regresar a casa a pie. El hombre que guiaba el coche se mostró muy galante.

—¿Te trajo hasta aquí?

—¡No seas ingenuo, Donald! No deseaba dejar una pista tras de mí. Hice que me llevara a un hotel de la parte baja de la ciudad. Le dije que vivía allí. Luego, cuando se fue, cogí un taxi y vine aquí.

—Y supongo que le proporcionarías al hombre que te llevó una historia que estaría adornada con todos los detalles más espeluznantes.

—Naturalmente —me respondió—. Cuando un hombre recoge a una muchacha, a tales horas, por lo menos espera oír una buena historia.

—¿Por lo menos? —pregunté—. ¿Flirteó contigo?

—Claro que sí, Donald. No seas bobo. Soy atractiva y él se imaginó que yo había salido para divertirme, pero que no me gustó mi acompañante.

—¿Cómo fue que escribiste *Albergue del Valle* en el dorso de aquel «menú» y…?

—Donald, no lo hice yo.

—¿Hacer qué?

—No escribí aquello.

—Estaba en el paquete de cigarrillos que tú…

—Ya lo sé que estaba allí, pero yo no lo escribí, Donald.

—¿Quién fue?

—Si supiera esto, sabría muchas cosas. Trato de descubrirlo. Mira, Donald… No; no te lo voy a decir hasta… hasta que te conozca mejor.

—Eres un diablillo calculador, ¿eh? —le dije.

Se volvió en la cama, de modo que sus ojos quedaron clavados en los míos.

—Sí —murmuró. Esto diciendo, puso sus manos en mis mejillas, atrajo mi rostro hacia el suyo me besó.

Fue un beso digno de ser recordado. Duró un largo rato. Luego, súbitamente, me apartó.

—Ahora —me dijo—, ya lo sabes *todo*, ¿verdad?

En sus ojos brillaba un reto provocador.

—Sí —le contesté. Me puse en pie y me dirigí hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—Primero voy a telefonear a un amigo mío… al sargento Sellers. Está en la Brigada de Homicidios y cree que yo soy un embustero de marca mayor. Le dejaré hablar contigo.

—Donald, por ahí no puedes salir.

—¡Está bien! Entonces saldré por allí.

—No, no; tampoco por aquí. Mira, Donald, mi hermana está en la habitación de la parte delantera.

—¿Dónde está la señora Marbury?

—Esta noche ha salido. Donald, querido, por favor… dame una oportunidad. Iré… a cualquier parte.

—¿Qué quieres decir, a cualquier parte?

—Exactamente lo que he dicho. Si quieres retroceder veinticuatro horas las manecillas del reloj, por mí no hay inconveniente.

—¿Quieres decir…?

—¡Dios mío! ¿Es que voy a necesitar dibujarte un diagrama o algo parecido?

—Vístete pronto —le dije.

—Me apresuraré al momento —me respondió—. Mira, Donald. Entra en el dormitorio que hay en el extremo delantero del recibidor. Es el de mi hermana. Espérame allí. Iré tan pronto me haya vestido. Luego entraremos juntos y te presentaré a mi hermana. Le haré creer que has venido a buscarme para salir y que te hice entrar por la puerta lateral del patio. Está leyendo una novela y…

—Pero supón que deja de leer la novela y…

—No lo hará, Donald. Te encantará mi hermana. Es una

muchacha dulce e inocente. Su corazón ha quedado destrozado y lo único que hace es leer. Se pasa el día leyendo. No sale para nada. Se consume el corazón. Es una cosa patética, Donald. Cuando la veas reconocerás la verdad de cuanto te digo. No me reprocharás lo que hice. Y te… te demostrará que no soy mala, Donald. Palabra que lo haré. He pensado mucho en ti. Anoche no pude conciliar el sueño. No quería hacerte servir de… bueno, ya sabes, hacerlo del modo que lo hice.

Me cogió del brazo y me hizo salir de la habitación, señalándome hacia la puerta al final el corredor.

—Allí, Donald. Espérame. No tardaré en estar contigo.

Anduve unos pasos, esperé a que hubiera cerrado la puerta y luego me dirigí al final del corredor, bajando por un corto tramo de peldaños que había y atisbé a través del umbral de una puerta en forma de arco, con cortinas, dentro de un saloncito amueblado al estilo colonial.

En una cama turca había tendida una morena con un libro en la mano y un cigarrillo en los dedos. Leía con tanta atención que sus ojos parecían perforar las páginas. Aparentemente, no había nadie más en la casa.

Volví a la puerta que me había indicado Lucille. Era un dormitorio muy parecido al otro, excepto por las ventanas que daban al lado de la casa que miraba sobre la finca adjunta. Había una cortina tirada que ocultaba todas las ventanas de aquel lado.

Era el dormitorio de una muchacha, con utensilios de *toilette* esparcidos por encima del tocador, una cama muy bonita, una silla muy cómoda con una lámpara de pie al lado, una mesita con algunas revistas y un libro.

Me senté en la silla para esperar; luego recordé la señal del rojo de los labios en mi cara. Me dirigí al espejo, me saqué el pañuelo y borré la pegajosa mancha roja que se había extendido alrededor de mi boca.

Busqué un teléfono. En aquella habitación no había ninguno.

Volví a ponerme cómodo en la silla, miré una revista y luego cogí el libro.

Trataba de dos jóvenes que se amaban. Ojeé el volumen; luego me interesé y me puse a leerlo.

Empezaba como una historia dulzona más. Después entraba en

escena una mujer astuta y sin escrúpulos. El hombre se sentía confuso. Aquella mujer cogió entre sus redes al muchacho —que era un inexperto— y le fue despojando el alma de todo lo bueno e inocente que tenía. Pero lo que él sintió por la otra muchacha era algo tan inmensamente profundo, mucho más hondo, que la pasión carnal de ahora no le resultaba ni siquiera divertido. El libro había sido releído hasta que las cubiertas apenas si se sostenían. Estaba forrado con papel celofán. Habríase podido creer que era como la Biblia de la hermanita.

Me humedecí los labios; me sentí intranquilo unos momentos sin poder saber el motivo. Luego vi que era el sabor del carmín de los labios de Lucille que todavía estaba adherido a mis labios.

Saqué el pañuelo y me froté los labios con fuerza y volví a emprender la lectura del libro.

Me daba apenas cuenta de que pasaba el tiempo. Pensé que Lucille tardaba mucho en vestirse. De pronto se me ocurrió que pudo haber salido por la vidriera hacia el patio. No comprendí de qué le serviría. Ahora ya la había encontrado y sabía quién era. Su hermanita estaba sentada en la habitación delantera, leyendo una novela… todo cuanto tenía que hacer era llegarme hasta ella, presentarme, o podía salir por el otro camino, por el dormitorio de Lucille…

Se abrió la puerta. Alguien estaba de pie en el umbral.

—¡Vaya, ya era hora! —exclamé.

Oí un grito ahogado y alcé la mirada.

No era Lucille la que estaba de pie en el umbral, sino su hermana, la morenita.

Mirando su blanco rostro asustado, los enormes ojos negros, las mejillas hundidas, pude ver, por el parecido familiar, que era la hermana de Lucille. Era más joven que ella y parecía frágil y sensitiva. Sus ojos poseían una cualidad anímica y parecía dispuesta a repetir su grito.

Me puse en pie y le dije:

—Estoy esperando a Lucille. Se está vistiendo. Me dijo que la esperara aquí.

Eso la aplacó un poco.

—Pero, ¿cómo entró usted?

—Lucille me hizo entrar por la puerta lateral.

—¿Por la puerta *lateral*?

Asentí con la cabeza.

—No he oído nada.

—Estaba usted leyendo un libro —le dije— y parecía totalmente hipnotizada por su lectura.

—Leía, pero no estaba… bueno…

—Lucille me hizo callar con un gesto y me dijo que entrara aquí. Explicó que quería cambiarse —le conté.

—No puedo comprender que le hiciera entrar *aquí*. Ésta es mi habitación.

—Bueno, Lucille debería ya estar vestida ahora y dejaremos que cuide ella de las explicaciones —dije.

—¿Dónde está?

—Corredor abajo, en alguna parte —respondí, indicando el extremo del edificio, con un gesto vago—. Supongo que su habitación estará por allá.

Rosalind me miraba con ojos asustados, muy sorprendidos. No sabía si echar a correr, gritando, o ir andando por el corredor.

Hice ademán de ir hacia ella y aquello fue la espoleta. Casi voló por el corredor.

—¡Lucille! —gritaba—. ¡Lucille!

Se precipitó sobre la puerta del dormitorio de Lucille y la abrió quedándose quieta en el umbral.

—Está bien, Rosalind —le dije, sonriendo—. Dentro de poco ya me conocerá mejor.

Dio un paso dentro de la habitación y oí su grito, un grito agudo como un cuchillo afilado, del más absoluto e incontenible terror. Luego se puso a gritar con toda la potencia de su voz:

—¡Auxilio! ¡Policía! ¡Policía!

Todo el vecindario podía oírla.

Penetré en la habitación para poder mirar por encima de su hombro. Lucille se había quitado el batín.

Había sido estrangulada con una de sus propias medias. Se veía fuertemente anudada alrededor de su garganta y la muchacha estaba tendida en el suelo, muerta, con su cuerpecito gracioso y bello y su rostro enrojecido, amoratado y desfigurado.

—¡Policía! ¡Policía! ¡Asesinato! —siguió gritando Rosalind.

Oí un portazo y los pasos de un hombre corriendo sobre el

cemento.

Di rápidamente la vuelta, retrocedí por el corredor, bajé la media docena de peldaños hacia el saloncito, lo crucé, yendo a la puerta que había al otro lado, que daba al patio, salí al exterior, en plena noche y me dirigí hacia la acera.

Necesitaba mucho tiempo para poder reflexionar y no lo iba a conseguir en aquella casa y menos con la única historia que yo podía contar.

capítulo doce

ERA un tema espléndido para los periódicos.

Lo explicaban con todo lujo de detalles:

«La muchacha estaba de pie ante el espejo, vistiéndose, atenta solamente a causar el mejor efecto posible para una cita que tenía aquella noche. Hacía mucho calor. Las ventanas daban al patio, estaban abiertas y, debido a que aquel dormitorio no podía ser visto desde ninguna parte, la muchacha se había olvidado de correr las cortinas.

»Un loco peligroso había venido efectuando una serie de recorridos regulares por la vecindad. Miró a la ventana del dormitorio y vio a la muchacha a medio vestir ante el espejo.

»Se dirigió a través del patio, directamente hacia el dormitorio, pero pisó sobre la tierra blanda de una nueva extensión de césped que había sido plantado recientemente. La tierra fue bien regada por el jardinero aquella misma tarde y el hombre se hundió casi hasta los tobillos. Había dado unos pasos, luego volvió atrás, sobre sus pisadas y volvió a andar sobre el cemento. El piso de cemento conservaba huellas de sus pies sucios de barro.

»Subió la escalera de puntillas.

»La muchacha había estado allí de pie ante el espejo, en su ropa interior, embelleciéndose, pensando en los vestidos que iba a ponerse, aplicándose cremas faciales, polvos y carmín, y arreglándose las cejas y las pestañas.

»De pronto se sintió desasosegada, dándose cuenta de una presencia extraña detrás de ella. Había empezado a echar a correr.

»¡Era demasiado tarde!

»Una de sus propias medias de seda fue arrojada sobre su cabeza, enrollada a su garganta y retorcida con fuerza, una cruel e implacable rodilla se había clavado en su espalda entre sus omóplatos. Trató de gritar, pero no pudo emitir sonido alguno. La media fue apretando más, más y más.

»Hubo una lucha débil e inútil.

»Ahogándose, trató de luchar con los brazos y las piernas, pero la cruel rodilla, incrustada en su espalda, la aplastó contra el suelo. Unas musculosas y fuertes manos retorcieron la media de seda con mayor fuerza cada vez. Hubo unos movimientos convulsos y luego silencio.

»El silencio de la muerte.

»Y entonces el asesino la había vuelto boca arriba, se inclinó sobre ella y la besó. El carmín de sus labios, desdibujado y corrido alrededor de la boca, lo indicaba bien claramente. Era la historia de aquel último beso.

»El beso de la muerte».

Era algo ideal para las personas del género femenino, prontas a sollozar y las que gustaban de las emociones fuertes. Había retratos de la mujer, de su cadáver, en su leve vestimenta, desparramada en el suelo.

Y luego los periódicos iban más allá:

«El feroz asesino se fue a la habitación siguiente, el dormitorio de la hermana de la víctima. Penetró en aquella habitación, aparentemente en busca de otra presa, o tal vez esperando que la hermanita fuera a acostarse.

»Mientras estuvo allí, se enfrascó en la lectura de un libro.

»¡Un asesino con aficiones literarias!».

Era algo que ni a la medida ara causar honda sensación.

«Dio la casualidad de que el libro fue el favorito de Rosalind Hart y que siempre guardaba en su habitación. Estaba forrado con unas tapas de papel celofán y ocurrió que —sabiendo la Policía que el asesino había cogido aquel libro— pudieron empezar inmediatamente a trabajar en él, así que llegaron a la escena del crimen, y obtuvieron no tan sólo un espléndido surtido de huellas dactilares, sino, además, el perfil completo de toda la

mano del hombre que buscaban.

»La hermana de la víctima declaró que, al entrar en su dormitorio, el hombre que había estado leyendo el libro, se limpiaba los labios con un pañuelo, al parecer quitándose la marca del carmín, procedente de los labios de la muchacha muerta. El asesino quedó tan sorprendido de la entrada de la hermana, que dejó caer el pañuelo cuando se puso en pie de un salto. La Policía, que recuperó el pañuelo, hizo un análisis de las señales de carmín que en él aparecían y había demostrado en forma concluyente que aquel carmín procedía de la mujer asesinada. En el pañuelo aparecía asimismo la marca de una lavandería, que se veía algo gastada por el uso, por cuyo motivo, temporalmente, no podían seguirle la pista, pero esperaban poder reconstruirla y, de este modo, emplearla como un indicio más».

Leyendo los periódicos me sentí como si estuviera tambaleándome en el borde de un abismo con los pies sobre movedizas rocas y los ojos clavados en un profundo precipicio.

Me vino a la memoria el recuerdo de una vez —muchos años antes— en que fui invitado a visitar una penitenciaria del Estado, me enseñaron la cámara donde tenían lugar las ejecuciones; me mostraron el escotillón, en el suelo, que estaba debajo del patíbulo, un sencillo mecanismo que a primera vista parecía formar parte del suelo, pero que estaba equilibrado de tal forma que tan sólo requería el más leve toque sobre el botón correspondiente, para hacer que la pesada puerta de la trampa se abriera, hacia abajo, dando aquel extraño portazo, que producía un raro ruido que quedaba para siempre grabado en los oídos de todos aquellos que presenciaban una ejecución; un ruido reverberante, que conmovía el silencio, y que se fijaba indeleblemente en aquellos que lo oían. Un ruido que está de tal forma sincronizado, que los que miran la ejecución no oyen el escalofriante chasquido de los huesos del cuello del ajusticiado, cuando se estremece al extremo de la cuerda, y el nudo del verdugo detrás de sus orejas disloca las vértebras cervicales dejando suelta la columna vertebral y estirado el cuello, hasta que no es más ancho que el brazo de un hombre mientras la cuerda muerde en la temblorosa carne.

Me sentí como si estuviera de pie sobre una de estas inseguras

plataformas cuadradas, mientras un verdugo deslizaba un saco negro y una cuerda sobre mi rostro y lo apretaba alrededor de mi cuello.

Por pura fórmula, quise comprobar en el sitio donde guardábamos aparcado el coche de la agencia.

El coche número dos —el que llevaba cuando me quedé sin gasolina y lo abandoné al robar el otro coche— estaba en su sitio acostumbrado.

Encendí las baterías y comprobé el contenido del depósito de gasolina. Estaba lleno. El empleado no sabía cuándo fue aparcado durante la noche. Al abrir ya lo encontró allí.

No hice más preguntas.

Entré en la oficina con el periódico de la mañana bajo el brazo tratando de aparentar indiferencia.

Elsie Brand —mi secretaria— alzó la vista de la máquina de escribir, sonriéndome:

—¿Ha pasado un buen fin de semana? —me preguntó.

—¡Estupendo! —le respondí.

—Parece usted muy pimpante esta mañana.

—Me siento como con un millón de dólares —le aseguré—. Y usted parece una estrella de la pantalla. ¿Está Berta ahí?

—Y desea verle —me dijo, asintiendo con la cabeza.

—Estaré con ella, si alguien desea verme —le indiqué.

Entré en el despacho particular de Berta.

Me dirigió una mirada con sus brillantes ojillos y luego dio la vuelta en su silla giratoria. El mueble chirrió protestando del peso que debía soportar, mientras mi asociada me indicaba con un gesto de la mano que me sentara en la silla reservada para los clientes en un rincón de la habitación.

—Cierra la puerta con llave, querido.

Lo hice tal como me ordenó.

—¿Cómo vamos? ¿Qué has hecho en lo referente a obtener una buena parte de los ochenta mil dólares, Donald?

—¿Qué hay del maletín? —le pregunté a mi vez.

—Fuimos a ver a Carlton Stanwick; le dije que trataba de efectuar una especie de informe sobre el caso; que no creía que la teoría de la Policía fuese la mejor; que tal vez todo ello no fuese más que una especie de pantalla para cubrir algo mayor y peor.

—Por ejemplo, ¿qué?

—¡Dios mío! ¡No se lo dije! —exclamó Berta—. Me limité a hablar sólo en sentido general, todo el tiempo. El pobre diablo tenía el corazón destrozado. Le dejé que llorara con la cabeza apoyada en mi hombro y le empecé a atacar. Le dije que necesitaba el maletín. Me lo dio y me besó. ¡Dios mío, encanto, el angelito aquél me besó!

—Pero te llevaste el maletín —le dije, sintiéndome aliviado.

Berta se pasó el dorso de la mano por los labios y dijo:

—Sí, señor; tengo el maletín.

Me levanté y fui a mirarlo.

—¿Ha sido tocado desde que…?

—¿Qué diablos quieres que sepa yo? —me dijo, mirándome, airada—. Ya sabes lo que hace la Policía. Le pregunté a Stanwick Carlton si lo había mirado, y me dijo que no, que no podía soportarlo.

Abrí el maletín y dije:

—Desde luego, han sacado la bala. Ven a ver lo que piensas de eso, Berta.

—¿Lo qué pienso de ello? No es más que un maldito maletín.

—Puede que no dispongamos de mucho tiempo a trabajar con él —dije—. Tenemos que encontrar algo más, aparte del hecho de que no es más que un maletín. ¿Por qué fue disparado un tiro en su interior?

—Porque el hombre que disparaba a la mujer no la tocó y la bala dio en el maletín.

Empecé a sacar las prendas dobladas, colocándolas cuidadosamente sobre la mesa de Berta, poniéndolas juntas para que coincidiera el agujero producido por la bala, y que las atravesaba todas. Finalmente, cogí el mango de la pluma de encima de la mesa de Berta para pasarlo por los agujeros.

Había una blusa pulcramente doblada. El agujero de la bala trazaba un zig-zag, sin que encajara con ninguno de los dobleces que se marcaban en la prenda.

—Alguien volvió a plegar esta blusa —dije.

—Probablemente fue la Policía —observó Berta.

—Es un plegado muy pulcro —indiqué.

—Lo supongo.

—Vamos a tratar de volver a doblar esta blusa de modo que

coincidan todos los agujeros hechos por la bala —le propuse.

Probé media docena de plegados distintos. Con ninguno de ellos encajaban bien los agujeros.

Berta empezó a mostrarse interesada.

—¿De qué otro modo podríamos plegar esta blusa? —dije con impaciencia—. ¿Cómo la doblaría una mujer?

—¡Diablos…! Pues no lo sé —exclamó Berta—. Por lo general, me limito a ir tirando todo lo que debo llevarme dentro de la maleta, y entonces le echo mis noventa kilos encima y así consigo cerrar la tapa. Ya me conoces, querido. He pasado, hace ya muchos años, de la edad de la feminidad. No me importa lo que puedo parecer, con tal de saber que voy vestida.

—No tenemos mucho tiempo para dedicarle a eso, Berta —le dije.

—Ya lo has dicho dos veces. ¿Qué tiene que ver el tiempo con ello?

—Puede que tenga que ausentarme por cierto tiempo.

—¿Trabajando sobre este caso?

Asentí con la cabeza.

—Bueno; lo principal es que salgamos con la nuestra —comentó Berta—. Ya me conoces, querido, y sabes lo que pienso de las cosas. Con ochenta billetes de los grandes andando sueltos por ahí, con toda seguridad podremos reservarnos lo suficiente para…

—Para pagarle el ochenta por ciento de la suma al Gobierno —concluí.

Sabía que no me fallaría provocando una saludable reacción.

Berta se echó a temblar llevada por la intensa furia que ardía en su interior buscando en vano palabras para expresarla.

Volví a poner las prendas dentro del maletín, lo cerré y me lo llevé a mi despacho.

Elsie Brand me miró cuando entré, dejó de aporrear la máquina de escribir el tiempo suficiente para mirar el maletín y me preguntó:

—¿Se va a alguna parte?

—Es posible.

—¿No es un maletín de señora?

Asentí con la cabeza, diciéndole:

—Entre en mi despacho privado un minuto, Elsie, por favor.

Se levantó de la máquina de escribir y me siguió hasta el interior de mi despacho. Cerré la puerta con llave y le dije:

—Elsie, sólo disponemos de unos minutos. Tendremos que actuar a toda prisa. Usted es una mujer que ha ido a un albergue para automovilistas con su amante. Se ha cerrado la puerta. Se encuentra en la seguridad de un apartamento del albergue. ¿Qué haría usted?

Se ruborizó.

—No, no; ¡descienda de nuevo a la tierra! —le dije—. Empezaría quitándose la ropa. ¿Qué haría con las prendas?

—Desde luego, colgarlas.

—Mire este maletín. No haga caso del modo como ha sido puesta la ropa en su interior, porque todo ha sido revuelto y no estará como estaba, pero fijémonos en el orden en que aparecen las cosas —le dije, y continué—: A través de algunas aparece un orificio producido por una bala. Es un verdadero problema. ¿Puede usted plegarla de modo que los agujeros de la bala encajen, unos con otros, una vez la blusa ha sido doblada? Puede ver que la bala atravesó cuatro o cinco veces la tela.

—Debido a la forma como estaba plegada —me respondió.

—Pues dóblela usted tal como estaba, de nuevo —le dije.

Elsie tendió la blusa sobre mi pupitre, empezó a doblarla tratando de que los agujeros de la bala vinieran uno tras otro cuando estuviera plegada. No lo consiguió.

Volvió a estudiar la blusa con gran atención, levantó la parte donde los brazos entran en contacto con la blusa y la olió, la volvió a dejar sobre la mesa, trató de volverla a doblar, luego movió la cabeza con un gesto negativo y me dijo.

—Ese maletín no fue preparado con cuidado. ¡Su contenido tuvo que ser doblado así!

Lo colgó, doblándolo de un modo arrugado y desordenado, y luego, cogiendo la pluma de encima de mi mesa, como lo hiciera yo en el despacho de Berta, fue hurgando en él, hasta que logró tener todos los agujeros perfectamente alineados.

—¿Una mujer lo habría empaquetado de esa forma?

Negó con la cabeza y dijo:

—Es una blusa sucia. Había sido usada. Pero, así y todo, no lo habría empaquetado de un modo tan descuidado que…

—¡Un momento! ¿Qué quiere decir con que «había sido usada»?

—Que estaba sucia. Que la había llevado puesta varias veces.

—Si pensara usted asistir a una cita en un albergue con un joven a quien adora… en caso de que le faltara a su esposo… ¿pondría usted ropas sucias en el maletín?

—Desde luego, no. ¿Quiere decir que ese maletín fue todo cuanto llevaba?

—Eso mismo.

—¿Qué llevaba el hombre?

—Nada.

Elsie empezó a revolver por el interior del maletín, como haciendo inventario.

—Vuélvase de espaldas un momento —me dijo—. Eso será algo íntimo.

Lo hice, pero por encima del hombro le advertí:

—No es necesario que se muestre tan delicada con esto. La Policía ha manoseado todo cuanto hay en el maletín.

—Pero no ante mis ojos —me replicó.

Me dirigí hacia la ventana y fumé un pitillo.

—Vuelva usted —me llamó Elsie—. Creo que ésta es la blusa que llevaba puesta cuando… bueno, ya lo sabe; que llevaba cuando fue al albergue para automovilistas.

—También lo creo así, Elsie. No lo puedo demostrar, pero lo creo.

—Y cuando la dobló, tuvo que hacerlo así —terminó Elsie.

Vi cómo había doblado la prenda. Ahora todos los agujeros estaban en su línea debida. Pero la blusa estaba medio doblada, medio enrollada y apretada en un espacio pequeño.

—¿La habría usted doblado de ese modo? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Está bien. Me parece que ya tengo la respuesta. Ahora, Elsie, escúcheme: las cosas se van a poner muy difíciles y peligrosas.

—¿De qué modo? —preguntó.

—Se van a poner muy mal —repetí—. Yo me voy; estoy trabajando en un caso. Se trata de un caso tan importante, que ni siquiera voy a confiarle a usted dónde voy. Pero acuérdese de decirle a todo el mundo que esta mañana estuve aquí. No parecía tener prisa alguna y salí para trabajar en un caso…

Se abrió la puerta de golpe y Berta Cool, de pie en el umbral, estaba echando chispas, sofocada por la indignación.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—¡Vaya! —exclamó con dificultad—. ¡El maldito Banco ése! Les voy a cortar las orejas. El muy… pero, ¿qué diablos se creerán estar haciendo?

—¿Qué Banco? —pregunté—. ¿Y de qué se trata?

—El cheque que nos dio Claire Bushnell. Tienen la desfachatez de decirme que me lo van a cargar en cuenta; que lo aceptaron solamente a condición de que un cheque que Claire Bushnell había ingresado para su cobro resultase ser válido.

—¿Y no lo era?

—¡Eso es lo que dicen!

—¿Quién firmó el cheque depositado por Claire?

—¡No me lo quieren decir!

—Está bien, Berta —le dije—; yo me cuidaré de esto.

—¿Qué demonios se cree ese Banco? —exclamó Berta.

—No dejan de tener cierto derecho a ir sobre seguro —repuse.

—Bien… pero hacerme eso a mí. Ya verán… les… les…

—¿Tienes el dinero?

—Lo teníamos.

—¿Qué ha ocurrido, pues?

—Tratan de conseguir que mi Banco se lo gire, sacándolo de mi cuenta —me explicó Berta—. Se basan en la teoría de que, en conjunto, todo fue llevado igual que una operación de cobro. ¿Te imaginas eso?

—¿Dónde depositaste el cheque? ¿Fuiste al Banco contra el que estaba girado y lo cobraste?

—No seas tonto. Me fui a nuestro Banco. Les hice telefonear para saber si el cheque era válido. Lo miraron y dijeron que sí; por lo tanto, lo deposité. Basándose en aquella llamada telefónica, nuestro Banco nos concedió el crédito.

—¿Y luego qué?

—Pues que esta mañana, cuando el cheque iba a ser cancelado, vieron que la cuenta de Claire Bushnell había sido adeudada debido a un cheque que fue depositado por ella misma y que no era bueno. Donald, querido, no nos pueden hacer una cosa así.

—Si es que tú les hiciste cobrar el cheque por mediación de

nuestro Banco, tienen toda la razón. No tienen por qué negarlo, si no hay suficientes fondos para cubrir su importe.

—Pero por teléfono dijeron que el cheque era válido.

—Y lo era… el sábado por la mañana —traté de hacerle comprender—. Ahora estamos a lunes. La situación es distinta.

—¡Maldición! —estalló Berta—. ¡Vaya cosa endiablada! ¡Cuando ya hemos hecho casi todo el trabajo para la estafadora ésa!

—Veré lo que puedo hacer —le dije, para calmarla—. No dejes que nadie sepa en qué estoy trabajando. No te atrevas a dar a nadie la menor indicación de dónde crees que se me puede hallar. Todo este asunto está cargado de dinamita y tengo que ir con las máximas precauciones.

—No diré nada a nadie —prometió Berta—. Pero a ver si pillas a la Bushnell ésa. En alguna parte debe tener dinero. Tiene que haber algunas sortijas o algo que pueda empeñar. Además, está esa tía rica. ¡Que le vaya a sacar dinero a la tía!

—¿Quieres decir que haga pagar a la tía el precio de seguir a su amiguito?

—No me importa un bledo lo que tengas que hacer —dijo Berta —. ¡Queremos que ese cheque sea válido! ¡Doscientos dólares! ¡No podemos dejar que se nos escapen de los dedos!

—Tengo que ver algunas cosas antes de poderme dedicar a defender nuestros intereses en ese asunto. Le dices a todo el mundo que estoy trabajando en un caso de los corrientes y que esperas que esté de vuelta en el momento menos pensado.

—¿Qué es lo que te trae tan preocupado esta mañana?

—No estoy preocupado… ni nervioso —dije—. Trato de disponer bien todos los hilos de este caso, antes de…

—¿Antes de qué? —preguntó Berta.

—Antes de que la Policía empiece a quererle seguir la pista a esa bala que atravesó el maletín.

—Estás loco —me dijo—. Aquel otro asunto está ya listo, excepto, tal vez, lo relativo al seguro. No te olvides de ello, Donald. ¡Ochenta de los grandes!

—Mantén tu mente fija en esos ochenta mil dólares, Berta —le aconsejé—. Recuerda que lo principal es esa póliza de seguro.

—Pero que ello no te ofusque hasta el extremo de olvidarte de ese cheque de doscientos dólares —me replicó Berta—. No me

gustaría empezar a permitir que esos Bancos nos hicieran trastadas de esta clase, querido. Me siento tan furiosamente loca que podría ponerle mantequilla y azúcar a un puñado de tachuelas y devorarlas para desayuno. Cuida de ello, simpático, pero no permitas que aquella endiablada chica te haga desviar de tus propósitos con sus encantos.

—¿En serio? —le dije, sonriendo.

—¡No! —chilló Berta—. Y no bromees, Donald. Es una cosa muy seria. Sabes muy bien que no hay encantos femeninos en el mundo entero que valgan doscientos dólares.

Y Berta se fue dando un portazo tremendo.

—Puede que Berta y Claire Bushnell opinen de un modo distinto, relativo al valor de los encantos —murmuré.

Elsie Brand levantó la mirada.

—¿Y usted? —preguntó.

—No soy un entendido —contesté.

Los ojos de Elsie Brand permanecieron extrañamente bajos.

Al cabo de unos momentos, me dijo:

—¿Leyó usted el periódico esta mañana, señor Lam?

Con la cabeza, hice un esto afirmativo.

—¿Acerca del asesinato de la bella rubita, la que encontraron estrangulada con una media? —insistió.

—Sí; ¿por qué?

Se echó a reír y dijo:

—Francamente: parece exactamente como si le estuvieran describiendo a usted. ¡Cielo santo! Cuando lo leí pensé que algo había en ello que era vagamente familiar y me pregunté si, tal vez, conocería yo a ese asesino; luego lo volví a leer y vi que era una descripción que se ajustaba perfectamente a usted. Y me hizo reír. Sirve para demostrar la poca confianza que deben merecer estas cosas.

—¡Vaya que sí! —le dije, emprendiendo el camino hacia la puerta ya un tanto molesto y preocupado.

—¿Volverá usted? —preguntó.

—¡Oh, sí! Regresaré —le grité por encima del hombro.

Cogí un taxi hasta un bar que había en la manzana anterior en Verónica Way, luego retrocedí, a pie, hasta el número 1624.

Volví a interpretar con el timbre la sinfonía que me dio

resultado el día anterior.

La voz de Claire Bushnell llegó por el tubo neumático.

—¿Quién es?

—Lam —respondí.

—¡Oh…! No le puedo recibir ahora.

—¿Por qué no?

—Me estoy levantando. Me acosté tarde.

—Échese una bata encima y ábrame. Es importante —le dije.

Pareció vacilar unos momentos, pero luego oí cómo hacía funcionar el dispositivo eléctrico que abría la puerta de la entrada.

La abrí y subí.

La puerta del piso de Claire Bushnell estaba ligeramente entornada. La abrí del todo y entré.

Su voz me llamó desde el dormitorio:

—Siéntese y póngase cómodo. Salgo dentro de unos minutos.

—No sea tan prudente —le dije—. Póngase una bata y salga. Necesito hablar con usted.

Abrió un poco la puerta de su dormitorio.

—¿Quién es prudente? —preguntó—. ¡Porque usted lo diga! Lo único que quiero es ponerme un poco presentable. ¿No sabe usted que una mujer parece muy fea cuando se levanta por la mañana?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —le pregunté.

—Pruebe de seguir un curso por correspondencia —me contestó, cerrando con un portazo.

Me senté y esperé.

Pasaron quince minutos antes de que saliera —y llevaba zapatillas y un vaporoso «*négligée*»—, pero se había peinado el cabello, se maquilló y en sus labios lucía un perfilado carmín.

—A decir verdad, se presenta usted en los momentos más inoportunos.

La miré con atención y le dije:

—Lo que hace usted es adornar la fachada.

—¿Qué quiere decir?

—Que no necesita aplicarse sus pinturas de guerra. Podría dejarse caer de la cama y ganar un premio de belleza.

—Veo que sabe usted mucho de esto. ¿Qué le parece un poco de café?

—Acepto.

Abrió una puerta, dejando al descubierto una diminuta cocina empotrada en un armario interior, un pequeño fogón de gas, unos estantes, platos y una nevera eléctrica minúscula.

—No le puedo ofrecer gran cosa más. No acostumbro comer mucho para desayunar.

—Está bien. Ya he desayunado. He aceptado para mostrarme sociable.

—¿Qué le trae por aquí tan de mañana?

—El cheque que nos dio —le respondí.

—¿Los doscientos dólares?

—Sí.

—¿Qué ocurre con ellos?

—No los pagan.

—¿No los pagan?

Estaba llenando la cafetera. Dio la vuelta, todavía con la lata de café en la mano.

—¿De qué me habla?

—Que no los pagan.

—¡Cómo! ¡Ese cheque era tan bueno como el oro!

—Parece haber una ligera diferencia de criterio —le dije—. El Banco opina de otro modo. Al parecer, usted ingresó un cheque y sobre él extendió el que nos dio a nosotros. El cheque que ingresó usted no era válido.

—¡Donald, eso es absurdo! Aquel cheque era perfectamente válido.

—Telefonee a su Banco si no me cree —le dije.

Lentamente depositó la lata del café sobre la mesa, cual si se sintiera aturdida, murmurando:

—¡Vaya contratiempo! ¡Jamás pensé que pudiera ocurrir eso!

—Berta Cool está que arde —dije al cabo de unos momentos.

—¡Lo supongo!

—¿Qué puede hacer para ponerlo en claro? —le pregunté.

—Nada, por ahora. Supongo que no podré hacer nada —respondió, mirándome con aire preocupado.

—¿No puede sacar dinero?

—Ni un centavo.

—Debe usted tener *algún* dinero en el Banco.

—Y si no lo tengo, ¿qué?

—Y algunas cosas que podría vender o empeñar.

—Pero no voy a hacerlo.

—Parece como si su querida tiíta no fuese tan importante para usted, como lo era el sábado, ¿verdad?

—Cállese. Siéntese y espere el café.

—¿De quién era el cheque? Me refiero al que no es válido.

—¿Qué prefiere usted —me preguntó—, esperar el café o que le eche de casa?

—Esperar el café —dije sin vacilar.

Echó agua en la cafetera, encendió la cocina de gas; sacó un tostador eléctrico, desenvolvió medio pan, abrió la diminuta nevera y sacó un paquetito de «Nucoa».

—¿Ha leído el periódico? —le pregunté.

—Todavía no —me respondió.

Le alargué el periódico de la mañana, diciéndole:

—Podría enterarse de las noticias mientras el café se va colando.

—¡Oh! Prefiero hablar con usted —me dijo—. Puedo leer el periódico a cualquier hora. Es usted… es interesante, y se va a dedicar a sonsacarme algo, ¿verdad?

—Ya lo he hecho —le repuse.

Abrió el periódico, miró los titulares, repasó la primera página, pasó brevemente por encima del relato del asesinato y lo volvió, mirando la última página, a las fotos de la muchacha, tendida en el suelo de su dormitorio, con las escasas prendas que llevaba puestas.

—¡Qué cosa tan terrible! —exclamó.

—¿Qué cosa?

—¡Que una muchacha sea estrangulada de esa manera!

No le contesté.

—Probablemente algún loco asesino —dijo, estremeciéndose—. Me repugna pensar en cosas así.

Saqué mi pitillera del bolsillo.

—¿Quiere fumar?

—Sí, por favor.

Cogió un cigarrillo y me guió la mano con las puntas de sus dedos, mientras le sostenía el fósforo. Luego encendí uno y me dirigí hacia la ventana, mirando fuera.

Bruscamente di la vuelta.

Había abierto el periódico en la página deportiva y estaba

leyendo las noticias de las carreras de caballos.

Me volví de nuevo hacia la ventana.

Oí el ruido del periódico cuando lo dobló.

—¿Le gusta el panorama? —me preguntó.

—Sí, no está mal.

—Me alegra saberlo —dijo—; algunos prefieren un escenario más animado.

—Esta mañana se muestra usted mucho más cordial que ayer —le observé.

—Puede ser que me guste usted más.

—Tal vez.

—Puede ser que me sienta mejor.

—Tal vez.

—Puede ser que usted se imagine que soy más bonita.

—Tal vez.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¿Es que no quiere discutir conmigo?

—No. Eso lo dejo para Berta.

—¡Está bien! Ya me entenderé con Berta.

—Pudiera ser que se viera usted obligada a emplear otro tono, si Berta le denuncia por haberle dado un cheque para el cual no había fondos suficientes.

—Cuando di el cheque tenía fondos suficientes. No es culpa mía si algo ocurrió.

—No es así, según dice el Banco. Dicen que se limitaron a aceptar el cheque que usted les dio para su cobro; que usted no tenía ningún derecho a girar contra él hasta después de haber sido cobrado e ingresado antes en su cuenta.

—Cuando deposité el cheque no me dijeron nada de eso. Lo aceptaron y me lo anotaron en el librito de cobros y pagos. Se lo puedo enseñar.

—Déjeme echarle un vistazo.

Vaciló unos momentos, luego se levantó y se dirigió al dormitorio.

Al cabo de un instante volvió con su *négligée* revoloteando a su alrededor. Me alargó un pequeño librito de cobros y pagos, de los que proporcionan los Bancos, lo abrió, con su esmaltada uña me indicó el último depósito, un sencillo crédito de quinientos dólares,

con las iniciales del hombre que había efectuado el asiento en el libro.

Cogí el dedo y lo hice apartar un poco, mirando el resto de la página.

Había entradas de doscientos cincuenta dólares, con mucha regularidad; una cada mes.

De pronto se dio cuenta de lo que hacía, y me arrebató el librito de un tirón.

—Una pensión —le dije—. Supongo que la perderá si vuelve a contraer matrimonio.

Sus ojos llameaban.

—¡Es el hombre más impertinente y entrometido que jamás he conocido!

—Esa pensión suya —seguí diciendo— es suficiente para que pueda vivir una chica, si es económica. Podría probar el matrimonio de conseguir una pensión más espléndida la próxima vez.

—Algún día voy a abofetearle, Donald Lam —me dijo.

—¡No lo haga! —le advertí—. Tales cosas hacen salir el hombre primitivo que hay dentro de mí. Le podría contestar con un puñetazo.

—¡El hombre primitivo dentro de usted! —dijo con ironía—. ¡No tiene usted nada de primitivo!

—¿Todavía piensa en aquella apuesta de diez dólares que hicimos? Si podía lograr que yo tratara de flirtear con usted, ingresaría diez dólares más en el librito este mes.

Su rostro mostró un cambio de expresión.

—Había olvidado aquella apuesta —dijo, y al cabo de unos instantes, añadió—: Siento haberla hecho.

—Yo también.

—¿Quiere considerarla —dijo con voz gutural— como terminada, Donald? ¿Olvidarla?

—No —le respondí—. Necesito los diez pavos.

—¡Cómo…! —empezó, pero luego se echó a reír—. Tiene usted una buena posición, ¿verdad?

—Ninguna posición. Trabajo —le contesté.

—Y no deja nunca que el placer se mezcle con el negocio, ¿no es eso?

—Exactamente.

—No estoy muy segura de que me gusten las personas así.

—Puede echarme a la calle cuando haya terminado mi café —le dije.

—Lo haré así mismo.

El café empezó a estar listo y puso dos rebanadas de pan en el tostador. No probé la tostada, pero me tomé dos tazas de café en la intimidad del pequeño saloncito. Mientras comía, sus ojos me iban estudiando.

—Me gustaría saber la verdad, Claire.

—No le he mentido.

—Me dijo que creía que aquel hombre trataba de venderle algo a su tía, acciones o cosa parecida.

—Temía que pudiera ser algo así.

—Y que temía que planeara casarse con ella y servirse un buen trozo de pastel.

—Sí, eso temía.

—Pero no se desprendió usted de doscientos dólares para saber algo de él, sólo por ese motivo.

No me respondió.

—Dejemos de irnos por las ramas, Claire —le dije, al ver que no me contestaba.

—Es usted el que se va por las ramas haciendo toda clase de alocadas suposiciones, tratando de descubrir algo que ocurrió, torturando su imaginación y…

—Mire, Claire —le interrumpí—. Vamos a ser francos entre nosotros. Puede que tenga usted alguna oportunidad de heredar dinero de su tía. No creo que se trate de una fortuna tan enorme como usted nos dio a entender, y dudo que haya tanto dinero como le dijo a Berta Cool que había.

—¿Y qué? Eso es asunto mío.

—Lo es, hasta cierto punto —contesté—. Pero cuando entró usted en nuestra oficina, empezó a hablar de que quería que se siguiera a un hombre para poder saber quién era. Era un individuo que visitaba a su tía. Nos dio una buena historia referente a *por qué* quería usted que le siguiéramos. Pero es una historia que no tiene mucho sentido, en varios aspectos. Luego Berta le fijó un precio de doscientos dólares. Para una muchacha de su posición, eso era mucho dinero. Usted no trató de regatear; no trató de conseguir un

precio más reducido. Lo pagó sin chistar.

Me detuve unos momentos para ver si decía algo, pero ante su silencio, continué diciéndole:

—Ahora resulta que no tiene tanto dinero en su cuenta del Banco como se imaginaba tener. Había un cheque de quinientos dólares que usted estaba segura de que fue depositado el sábado. Eso debió ser antes de haber ido a ver a Berta Cool, ya que ésta no perdió tiempo en enviar su cheque al Banco y su Banco le dijo que el cheque era válido, que tenía depositados los fondos suficientes.

Y seguí diciendo:

—Pero ahora, la posición que adopta su Banco es la de que aceptó el cheque para su cobro y, temporalmente, acreditó cuenta con su importe, pero cuando vieron que el cheque no era válido, se encontraron con que le habían adeudado a su cuenta quinientos dólares, lo cual hacía que su cheque no fuese tampoco válido.

—¡Dios mío! —exclamó, por fin—. ¡No deja usted de repetir lo mismo una y otra vez! ¿Y qué ocurre si todo es verdad?

—La deducción resulta muy clara —le contesté—. El cheque que usted creyó que era bueno, pero que ahora se da cuenta de que no puede cobrar, no era un cheque corriente. Era, meramente, una operación comercial normal. De haber usted pensado que el cheque de quinientos dólares que había ingresado en su cuenta era perfectamente válido, al llegar yo esta mañana y decirle que no lo era, bajo circunstancias normales habría insistido en repetir que daría las oportunas instrucciones para el cobro de los quinientos dólares y entonces satisfaría nuestro cheque de doscientos. El motivo de que no lo haga así es que sabe usted que, por una razón u otra, de pronto ha resultado totalmente inútil el tratar de cobrar el cheque de quinientos dólares.

—Muy bien. ¿Y qué ocurre si ése es el caso? Sucede con mucha frecuencia que alguien acepta un cheque que luego resulta no ser válido; que han sido estafados.

—Usted no fue estafada —le dije—. Aceptó usted un cheque que era tan bueno como si fuese de oro y la razón de que ahora no sea válido no es que no haya fondos suficientes para cubrirlo. Es debido a que el Banco ha descubierto que la persona que firmó el cheque ha muerto.

Mientras le hablaba levantó la taza de café para llevársela a los

labios. Ahora la bajó, dejándola de nuevo en el platillo y mirándome sin poder decir una palabra.

—En otras palabras —continué—; el cheque de quinientos dólares fue un cheque que le dio Minerva Carlton. Aquel sábado por la mañana, Minerva Carlton vino a verla, antes de que usted fuese a la agencia. Le dijo que deseaba descubrir quién era ese hombre que visitaba a su tía Amelia, y Minerva le dijo que le daba un cheque de quinientos dólares que podía usted destinar a los gastos necesarios, que debía usted ir a nuestra oficina, darnos un gran relato sobre por qué deseaba usted saber quién era ese hombre y todo lo relativo a su persona, y le dio aquel cheque para que pudiera usted pagar los gastos iniciales. La señora Carlton sabía muy bien que no podía presentarse en nuestra oficina con un cuento incapaz de resistir un análisis frío y sereno, sin despertar sospechas. Pero sabía que usted sí podía hacerlo. Lo más probable es que su tía no tenga intención de dejarle un céntimo, ni usted lo espera recibir de ella. Pero imaginó aquel relato para que pareciera plausible y nos decidiéramos a trabajar en el caso. El cheque de doscientos dólares que le dio a Berta no significaba absolutamente nada para usted, porque le iba a traspasar el gasto a Minerva. Ahora, ¿qué le parece si me cuenta el resto de este asunto?

—En verdad, tiene usted una imaginación muy fértil, ¿no es cierto? —me dijo, con ironía.

—Será mejor que me lo cuente todo —le dije—. De lo contrario, tendré que pasar mi informe a la Policía.

—¿Y qué puede hacer la Policía? —preguntó Claire Bushnell, con desprecio.

—La Policía puede pasar una citación a su Banco. Descubrirán todo lo referente a ese cheque de quinientos dólares; quién se lo dio a usted y luego la citarán a declarar ante el Tribunal Superior.

Jugueteaba con el asa de su taza de café, con los ojos bajos.

—No tengo todo el día de tiempo para esperar —le dije.

—Deme un cigarrillo, Donald —dijo lanzando un suspiro.

Le di un cigarrillo y le encendí el fósforo. Aspiró una buena bocanada de humo, lo expulsó, estudió pensativamente la lumbre de su cigarrillo, como si tratara de hallar algún modo de salir de la situación y luego dijo:

—Está bien, Donald. Usted gana.

—Dígamelo todo.

—Minerva y yo éramos muy buenas amigas. Solíamos ir juntas a muchos sitios. Acudíamos a citas. Nos comprendíamos perfectamente y nos divertíamos en gran escala. A Minerva no le importaban gran cosa los hombres, pero acostumbrábamos aceptar algunas invitaciones según lo que se presentaba. Nos gustaba mucho la aventura, a las dos.

—¿Eso fue mientras estaba aquí y trabajaba con Dover Fulton?

—Eso mismo. Era su secretaria.

—¿Y luego, qué más?

—Minerva se cansó de ser una respetable ama de casa —siguió diciendo Claire—. Sabía muy bien que sus días de poder ir por todas partes, divirtiéndose y jugando, se acababan; pero le gustaba tener con quién hablar de los tiempos pasados. Solía venirme a visitar y nos sentábamos charlábamos hasta las tantas de la madrugada, recordando y comentando las aventuras que habíamos tenido. Luego Minerva tuvo unas vacaciones y decidió que las pasaría conmigo en la playa. Deseaba descender al nivel del mar, porque la altura de Colorado le estaba alterando los nervios. Vino a visitarme y nos fuimos juntas a la playa.

—¿Y empezaron a corretear de nuevo?

—No sea tan tonto —me dijo—. Flirteamos un poco, y nada más. Minerva estaba casada. Lo tenía todo, posición social, dinero, una buena casa, criados, todo cuanto necesitaba en el mundo. No creo que fuese demasiado feliz. Minerva gustaba de las risas y el movimiento, y el brillo de las luces, y disfrutaba teniendo personas a su alrededor que la admiraran. También le gustaba la variedad, pero se daba cuenta de que tenía que irse apaciguando más pronto o más tarde. Debía portarse como una señora de su casa; eso era todo.

—Pero ¿las piropeaban o las seguían?

—¿Cuándo?

—En la playa.

—¿Quiere decir a mí?

—No, a las dos.

—Claro que sí. Jamás he conocido a un hombre que no acabase piropeándome o flirteando conmigo.

—¿Y qué hacía Minerva?

—Los iba esquivando, jugando con ellos un poquito. Teníamos acompañantes. Tuvimos compañeros de natación y hubo uno que estaba totalmente chiflado por nosotras, es decir, por Minerva, pero de nada le sirvió al pobre.

—Minerva se retrató con la cabeza apoyada sobre su pecho desnudo —le dije.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Vi las fotos —le dije.

—Donald Lam, ¿me robó aquellas fotos? ¡Claro que lo hizo! Las busqué por todas partes sin poder pensar dónde las había dejado. ¡Vaya…! ¡Usted… yo…!

—Naturalmente que cogí las fotos. Usted me las escondía —confesé.

—No me gusta eso.

—Ahora ya pasó todo. No nos apartemos del tema principal. ¿Sospechó Stanwick Carlton lo que ocurría en esas vacaciones en la playa?

—Le repito que no ocurría nada. Atontamos a un par de bobos y eso fue todo.

—¿Uno de ellos era Torn Durham?

—Jamás vi a ese hombre que usted dice se llamaba Tom Durham, excepto la vez en que me hallaba en casa de tía Amelia y él entró… Y como le dije, tía Amelia no me presentó.

—Entonces, ¿por qué quería Minerva que le siguieran?

—No quería que le siguieran. Quería que descubrieran quién era y qué relación tenía con tía Amelia.

—¿Cómo supo ella que conocía a su tía Amelia?

—No sé nada de ello, Donald, sinceramente. Minerva Carlton vino a verme el sábado por la mañana. Mientras estuvo aquí, se puso en contacto conmigo dos o tres veces. Aquel día parecía tener un pequeño aire de triunfo, como si hubiera algo que la preocupara, pero sobre lo cual ella tuviera cierta ventaja. Estaba muy excitada. Me dio un cheque por quinientos dólares y me dijo que quería que yo me presentase en su oficina y le contratara para saber quién era un hombre cuyas señas me daría, y todo lo referente al mismo, pero que no debía darse cuenta de que se le vigilaba o investigaba sus actos. Dijo que aquel hombre conocía a tía Amelia y eso fue lo primero que supe de él. Una vez me lo hubo descrito, adiviné que

era el mismo hombre que yo había visto en casa de tía Amelia.

—¿Y no sabe usted lo que él quería de su tía Amelia?

—¡Le he dicho que no! Minerva me dijo que estaría allí a las cuatro.

—¿No sabe usted si trataba de venderle acciones, o casarse con ella, o…?

—No lo sé. Para mí, bien pudo haber sido un agente de seguros de vida. Le proporcioné a usted los datos necesarios para que pudiera empezar a trabajar y, caso de ocurrir algo, no hubiera habido la menor pista que pudiera llevar hasta Minerva. Tenía una gran ansiedad sobre este punto. Dijo que si ocurría algo y la cosa se descubría de un modo u otro, debía prepararlo todo de forma que solamente pudiera parecer complicada yo en el asunto. Jamás debía haber la posibilidad de llegar a descubrirla a ella como iniciadora de las pesquisas.

—Y todo este tiempo Minerva le estuvo ocultando algo a usted —le dije.

—¿Qué quiere decir? —me preguntó, sorprendida.

—Estaba teniendo su gran asunto amoroso con Dover Fulton y jamás dejó que usted lo supiera.

—Eso es lo que no puedo comprender, Donald —dijo Claire—. Estoy casi segura de que Minerva me lo habría dicho si… bueno, si hubiera habido algo parecido. No tenía necesidad alguna de ocultármelo. Lo sabía. Sencillamente, no puedo comprender esa aventura con Fulton.

—¿Dónde estaba usted, el sábado por la noche, alrededor de las diez? —le pregunté, de pronto.

—Estaba… salí.

—¿Con una amiga?

—No le importa nada.

—¿Un amigo?

—Pregúnteselo a un guardia.

—Espero que podrá probar una coartada —le dije.

—¿Una coartada? ¿Qué quiere decir?

—Es la hora en que se cometió el asesinato.

—¿Qué asesinato? ¿De qué me habla? Ese asesinato se cometió anoche.

—Sí.

—¿Se refiere al asesinato de la media?

—Yo *no*.

—¿Qué quiere decir, que no se refiere a ese asesinato?

—Le estoy hablando del asesinato de Minerva Carlton —contesté.

—¿Esperaba que me mostrara muy sorprendida? —me interrogó.

—No —contesté.

—Sé positivamente que no fue un suicidio —replicó—. Minerva no era de este tipo. Minerva no se mataría a sí misma, y no creo que Dover Fulton significara absolutamente nada para ella desde el punto de vista emocional. Sé que le admiraba y respetaba, pero sé también que, más allá de las bromas corrientes en una oficina, Dover Fulton jamás intentó obtener nada de ella en todo el tiempo que trabajó para él.

—¿Estaba Dover enamorado de ella?

—Eso es lo que no puedo comprender. No lo creo. Minerva y yo éramos íntimas amigas. No creo que me hubiera ocultado nada.

—¿Quiere usted decir que la conocía *tan* bien?

—Desde luego.

—En caso de que alguien pregunte por mí, dígales que he venido y me he marchado —le dije.

—¿Es que le buscará alguien, Donald?

—Probablemente.

—¿De su oficina?

—Tal vez.

—¿Qué va a hacer su socio con el cheque que le di?

—Es posible que se lo cobre de su piel.

—Donald, yo ya se lo he explicado todo ahora. Puede ver claramente que no es culpa mía.

—Si hallara usted alguna explicación que le compensara a Berta Cool de la pérdida de doscientos dólares, podría usted ser capaz de hacer creer que la explosión de la bomba atómica no fue más que un hipo.

Habiendo dejado esa idea en su pensamiento, me fui, para liarme con mis propias preocupaciones.

capítulo trece

TENÍA otra diligencia por efectuar.

Bob Elgin había llamado al teléfono Waverley 9-8765. La dirección que había en la patente del coche que me siguió la noche anterior era la siguiente: Sam Lowry, 986, Rippling Avenue.

Era una probabilidad de uno entre ciento, pero dio resultado.

Busqué el nombre de Lowry en el listín. No tenía teléfono. Miré el número Waverley 9-8765. Era un teléfono público de una casa de pisos y la dirección era 986, Rippling Avenue.

Me dirigí allá. Era una última y desesperada oportunidad y el tiempo apremiaba. Cuando las dos muchachas del remolque-laboratorio fotográfico despertaran por la mañana y leyeran el periódico, recordarían la dirección que me habían dado, con toda seguridad. Después de ello, no me restaba más que el tiempo que Frank Sellers tardara en tender una tupida red para apresarme.

La dirección en Rippling Avenue resultó ser una vulgar casa de pisos y las tarjetas en el vestíbulo me indicaron que Lowry ocupaba un apartamento en el segundo piso.

Toqué el timbre.

Tardó bastante tiempo en producir efecto alguno. Luego una voz de hombre gritó, desde la escalera.

—¿Quién es?

—Un mensaje para usted —le contesté, gritando.

El dispositivo electrónico abrió el cierre de la puerta y yo entré y subí por la escalera.

El individuo que estaba de pie en el rellano era un hombre macizo, de anchos hombros y de unos veintiocho o veintinueve años. Parecía capaz de cuidar de sí mismo en cualquier circunstancia. Poseía el cuello grueso y recio que, por lo general,

caracteriza a los luchadores o boxeadores. Su negro cabello aparecía desarreglado. Llevaba pantalón y zapatillas y la chaqueta de un pijama. Su nariz fue rota, y, al cicatrizarse, le dio un aspecto aplanado al rostro. Aspecto mongólico, pero en su sonrisa había algo perezoso, aunque de buen carácter.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó.

Cerré la puerta detrás de mí y le dije:

—Siento haberle hecho levantar.

—¡Oh! ¡No importa! Por lo corriente, me levanto a esta misma hora. ¿Qué ocurre? ¿De quién es el mensaje?

—El mensaje —le dije—, procede de mí.

La sonrisa de campechanía desapareció de sus labios. Se quedó de pie, con los pies separados, obstruyendo la salida a la escalera. Sus hombros se quedaron inmóviles, en una especie de sólida hostilidad.

—No creo que me vaya a gustar eso, amigo —me dijo.

—Me llamo Donald Lam —le informé.

Arrugó la frente, como si tratara de recordar dónde había oído antes aquel nombre.

Le refresqué la memoria.

—Anoche jugó usted al escondite conmigo.

De pronto su rostro se iluminó. Sonrió, y al hacerlo mostró un hueco donde un par de dientes habían sido desalojados de un puñetazo, en el lado izquierdo de su mandíbula superior.

—Vaya, vaya, vaya —dijo—; de modo que así van las cosas. Entre y tome asiento.

Se hizo a un lado y extendió la mano.

Se la estreché. El apretón me hizo crujir los huesos.

—¿Ha encontrado su coche sin novedad? —me preguntó.

—De primera —le contesté.

—Pusimos un poco de gasolina en el depósito y vimos dónde lo aparcaba usted. Se lo dejé en el sitio de costumbre, para que lo encontrara esta mañana. Tuve que dejar las llaves en la portezuela, pero pensé que nadie lo robaría —me dijo.

—No; estaba allí sin novedad.

—¿Qué hizo usted con mi coche? —preguntó, sin grandes aspavientos.

—Lo dejé aparcado al lado de la vía de un tranvía. Me imaginé

que daría cuenta de que fue robado.

—Debe usted creer que soy un mal sujeto —me dijo, frunciendo un poco el ceño—. ¡Diablos! Yo no habría hecho eso con usted.

Abrió la marcha hacia su piso.

—Traté de llamarle por teléfono, pero nadie contestó. Tengo el número, Waverley, 9-8765.

—¡Qué diablos va a tener! Pero ¿cómo lo obtuvo?

—O, tengo manera de conseguir informaciones de esta clase.

—Es un teléfono público, al final del vestíbulo —dijo sonriendo —. Corrientemente no se puede llamar a menos que dé la casualidad de que haya alguien en la cabina, pero el portero de esta casa tiene su apartamento al lado mismo de la cabina. Es un buen tipo. Si está levantado, y anda por ahí, contesta y luego llama a quien sea que pidan al aparato. Si no está levantado, le deja que llame.

—¿Qué habría hecho si me hubiera cogido anoche? —le pregunté.

—Le habría dado un masaje con un paquete de cinco dedos — me dijo sonriendo—. Puede que hubiese alterado algo el contorno de su cara, dependiendo de si se hubiese mostrado usted difícil o no.

—¿Y qué va a hacer esta mañana? —quise preguntar.

—¡Diablos! Le invitaré a una taza de café. ¿Qué le parece? He estado leyendo el periódico en la cama, y ahora estoy hambriento.

—Acabo de tomar tres desayunos y dos tazas de café, extras, además de lo que me dé usted.

—Bueno. Quédese por ahí, como si estuviera en su casa. Puede que necesite recibir una confirmación antes de poderle dejar marchar. Parece un buen chico.

—¿Qué pasaba anoche?

—Ya lo sabe usted.

—No; lo ignoro —le aseguré.

—Bien, pues debería saberlo.

Se movía con graciosa facilidad. Puso un pote para el café, en el fuego.

Metió la cabeza por la puerta del dormitorio y gritó:

—¡Eh, Babe!

La voz soñolienta de una mujer respondió:

—¿Qué pasa?

—No lo adivinarías nunca —le dijo Lowry—. Ponte visible y sal.

Oí el ruido de pasos en el suelo. Se abrió la puerta del dormitorio. Una preciosa pelirroja, pequeñita y avispada, se quedó en el umbral. Llevaba un albornoz que evidentemente pertenecía a Lowry. Las mangas estaban dobladas unas seis u ocho pulgadas. El albornoz estaba enrollado alrededor de su cuerpo por lo menos una vez y media y colgaba por el suelo.

—Mírale bien —dijo Lowry—. Ése es el tipo que se nos escapó anoche, dejándonos plantados; el que se nos escurrió entre los vagones de ferrocarril.

—¡Vaya! ¡Eso sí que es una sorpresa! —dijo la pelirroja—. ¿Y nos viene a visitar por la mañana?

—Así es.

—¿Qué es lo que quiere?

—Que me maten si lo sé. Lávate los dientes querida, y quítate el sueño de tus ojos. Tomaremos el desayuno y charlaremos, mientras.

—Está bien —respondió ella, y cerró la puerta con un portazo. Un momento después oí que corría el agua en el cuarto de baño.

—Linda chiquilla —dijo Lowry.

—En verdad que lo es —asentí.

—¡Diablos! No la ha visto bien. Espere a que se quite el albornoz. Está bien distribuida, además. Un diablillo encantador. Seductora como la que más. ¿Cómo quiere que le sirva los huevos?

—He tomado ya tres desayunos, gracias.

—Es verdad. Ya me lo dijo. Tengo que tomar buenos desayunos. Se necesita alimento para mantenerme en marcha. Es una chica deliciosa, pero no vale mucho para cocinar.

—¿Por qué no le enseña?

—¡Oh! Lo haré, un día de éstos, pero no es que me importe mucho.

Desenvolvió unas lonchas de jamón, las tiró en una sartén sobre la cocina y dijo:

—Debo felicitarle. Es usted un hombre que piensa con mucha rapidez.

—No tanto —dije—. Tuve suerte.

—Me mostré demasiado al descubierto —reconoció Lowry—. Fue una estupidez por parte mía. No me imaginé que nos jugaría

usted una treta como aquélla. ¿Dónde estaba? ¿Debajo de los ejes?

—Eso mismo. Debajo de los ejes de un vagón de carga.

—¡Vaya, pero debió pensarlo muy rápidamente! El modo como se quedó sin gasolina, y mis faros reflejados, en su espejo retrovisor, y fue usted muy listo. Debió echar a correr hacia el vagón en el mismo instante en que se le paró el coche.

—¿Qué quería?

—¡Diablos, ya sabía usted lo que quería! Quería las fotos. Y deseaba darle unos cuantos azotes de propina. Lo suficiente para enseñarle que no es prudente meter la nariz en las cosas que no nos importan.

—¿Por qué? —pregunté.

—Hombre, verá… —dijo, mientras graduaba la llama de la cocina de gas, hasta la altura deseada—; eso es cuestión de ética profesional. Será mejor que hable de ello con otra persona.

—Me gustaría hablar de ello con usted. ¿Por qué le dijo Bob Elgin que me persiguiera?

—Oiga, no me ponga jeroglíficos, amigo. Es muy temprano y aún no he desayunado, y me disgusta tenerle que sacudir con el estómago vacío.

—Por mí no hay inconveniente —dije—. Conseguí lo que quería.

—Me imaginé que lo había conseguido usted a estas horas, o de lo contrario no habría aparecido por aquí. No es tan tonto. En realidad, es usted listo. ¿Para qué quería aquello?

—Estoy investigando un asunto relacionado con una póliza de seguros.

—¿Qué tiene que ver la foto de un par de amantes con ese asunto?

—Podría tener mucho que ver.

—Bueno, me lo puede ir explicando mientras como.

El jamón empezó a chisporrotear y le dio la vuelta con un tenedor. Se abrió la puerta del baño y salió la pelirroja. Llevaba un pantaloncito muy ajustado y un jersey.

—Fíjese —dijo Lowry, con orgullo—. ¿Qué le dije?

Asentí con la cabeza.

—Ahora cuídate del jamón, querida —dijo Lowry—. Mientras, entraré en el baño.

Se dirigió a la cocina de gas, me envió una sonrisa, luego se

volvió de espaldas y ajustó la llama debajo de la sartén.

Lowry gritó por encima del hombro:

—No es necesario que toques el fuego. Está como debe estar.

No le hizo el menor caso, pero se inclinó para poder ver la llama, debajo de la sartén.

—¿Se fija en lo que le dije? —me gritó Lowry desde la puerta del baño—. ¡Tiene una figura espléndida! ¡Mírela, ahora que está agachada!

—¡Cállate ya! —le dijo ella, con un tono de voz que denotaba que no estaba disgustada en lo más mínimo, sino todo lo contrario.

Lowry cerró la puerta del cuarto de baño.

Ella graduó el fuego según le pareció mejor, luego dio la vuelta y me sonrió.

—Es usted simpático —me dijo.

—Trato de serlo —le respondí.

—Me alegro de que no le halláramos anoche. A veces Sam se pone demasiado rudo. No sabe lo fuerte que es, en realidad.

—Me lo puedo imaginar —le contesté.

Se alisó el jersey, me miró y sonrió.

—¿Cómo está el tiempo?

—Espléndido.

—¿Hace sol?

—Sin una nube.

—¿Hará calor?

—No lo creo.

—Mire esa mesita —me dijo, mostrándome una mesa muy bonita, sumamente pulida, que parecía algo desplazada en aquella habitación—. ¿No es una preciosidad?

—Vaya que sí.

—Sam me la regaló en mi cumpleaños. Es de madera de pino, de Oregón. Apuesto a que jamás vio nada tan pulido.

—Es verdad.

Tendió un grueso fieltro sobre ella, y luego puso un mantel.

—Es usted como de la casa —me explicó sonriendo—. Va a desayunar en ella.

—Me complace, sólo que ya he…

—Lo sé, pero tomará café con nosotros.

La observé cómo se movía por la habitación. Era una linda

muñequita y lo sabía. Le gustaba saber que la miraba.

—¿De modo que consiguió lo que usted quería? —me preguntó.

—Ya lo creo.

—Fue usted muy listo, de veras. Sam se echó a reír cuando vio lo que había hecho.

Dio una vuelta más al jamón.

—¿Cómo querrá los huevos? —preguntó.

—Para mí, ninguno, gracias. No podría tragar nada.

—¿Qué le parecen unas noticias?

—Le, puedo dar el periódico de la mañana y… —dije.

—¡Bah! —exclamó la pelirroja—. Demasiado trabajo, leer. Oigámoslas…

Se dirigió a un mueblecito auxiliar y conectó la radio, cogiendo un programa que, al parecer, llevaba ya unos dos o tres minutos en el aire, cuando ella lo captó.

—Lo pondré alto, para que Sam pueda oírlo desde el cuarto de baño —me explicó, dándole la vuelta al botón que graduaba el volumen.

El locutor había terminado su comentario sobre la situación exterior, trató de al nos problemas corrientes de carácter obrero y luego empezaron a dar las noticias locales.

Era un aparato muy pequeño, pero tenía una buena recepción y la voz del locutor se oyó muy clara al decir:

> *«El último boletín sobre el asesinato de Lucille Hollister…, que anoche fue estrangulada con una media, por un loco asesino…, constituye un tributo a la capacidad del sargento Frank Sellers, de la Patrulla de Homicidios.*
>
> *»El detective Sellers…, siguiendo un impulso personal…, se dedicó a investigar las actividades de un detective particular, quien se sabe que trabajaba en un caso en el cual la misma señora Hollister tenía cierto interés, todavía no revelado.*
>
> *»Hace solamente unos momentos que la Policía ha podido anunciar, y ello con positiva certeza, que el asesino a quien están buscando fue un detective privado, llamado Donald Lam, el cuál, junto con su socio B. Cool, realiza operaciones como investigador privado, bajo la razón social de Cool & Lam. No tan sólo la hermana de la muchacha asesinada identificó de forma positiva*

por medio de fotografías a Donald Lam, como el hombre a quien vio en su dormitorio ayer por la noche inmediatamente después de haber sido cometido el asesinato, sino que las huellas dactilares dejadas en la cubierta de papel celofán del libro que el intruso leía, han sido identificadas como pertenecientes a Donald Lam.

»Además, la propietaria de un albergue para automovilistas acaba de identificar a la muchacha muerta como la joven que apareció en compañía de Donald Lam en su albergue, cuando el detective…, inscribiéndose con el nombre de Dover Fulton y esposa…, alquiló una de las casitas.

»El sargento Sellers, modestamente, rechazó los honores por un trabajo poco frecuente de averiguación. La pista se presentó, dijo, cuando al comprobar la descripción de la chica asesinada, vio que coincidía casi exactamente con la descripción que le había sido dada de la joven que se inscribió en el albergue con el nombre de la señora de Dover Fulton. Sabiendo que esa joven había estado relacionada con el detective privado, el sargento Sellers efectuó un rápido viaje al albergue para automovilistas, se hizo acompañar por la mujer que lo dirige y la llevó al depósito, donde identificó el cadáver sin la menor duda. Al instante el sargento Sellers empezó a interrogar a Rosalind Hart, hermana de la muchacha asesinada, con el fin de asegurarse de que pudiese haber sido Donald Lam el intruso a quien viera esperando en su dormitorio. Al comentar sobre los motivos del crimen, el sargento Sellers nos ha dicho hoy: "Lam siempre ha sido excepcionalmente brillante, pero ha habido cierta sospecha sobre si era del todo normal. Su socio ha confirmado que, mientras las mujeres parecían sentirse atraídas por Lam, y casi invariablemente trataban de insinuarse con él, Lam a veces se mostraba muy frío, hasta rayar con la indiferencia.

»La Policía todavía no ha preparado una descripción para ser radiada, pero en nuestro próximo programa de noticias, dentro de una hora, ayudaremos a la Policía radiando una descripción detallada del sospechoso. Mientras, la Policía está dando la voz de alarma a todos los coches que patrullan y vigilan todas las salidas de la ciudad. Sellers está seguro de que Lam será detenido dentro de pocas horas; "De todos modos —anuncio con severidad

y lo repito—, es un hecho bien establecido al decir que ahora el hombre está desesperado, y a menos que se logre sorprenderle, con gran mayoría de fuerzas, probablemente dará trabajo al intentar detenerle"».

Luego la voz del locutor empezó a hablar de otro tema y la pelirroja, con mucha calma, fue a cerrar la radio.

Sam Lowry salió del cuarto de baño despacio, limpiándose la cara, sucia de la crema de afeitar, con una toalla humedecida.

—Vaya —dijo—; eso sí que es algo.

Encendí un cigarrillo.

—¿Qué hacemos? —preguntó la pelirroja.

—¿Tiene algún arma? —me preguntó Lowry.

—No —le respondí.

—¿Es usted culpable del asesinato?

—No.

—¿Cómo fue que dejó sus huellas dactilares allí?

—Lo explicaré cuando llegue el momento oportuno y adecuado.

—Me parece que ya va siendo hora de que lo haga, ahora mismo —dijo Lowry.

Se movió, de modo que quedó entre la puerta y yo.

—¡Sam Lowry! —chilló la muchacha—. ¡No me dejes en la línea de fuego…! ¿Tienes tu pistola?

—No la necesito —dijo Lowry.

Seguí fumando mi cigarrillo.

—Voy a llamar a la Policía —dijo la muchacha.

—Espera un poco, espera un poco —le dijo Lowry—. ¿Quieres hacer el favor de ser un poco más lista?

—¿Qué ocurre?

—Va a haber una recompensa por ese pájaro si no le han atrapado mañana por la mañana —dijo Sam—. Supón que se esfuma sin dejar rastro. Ya sabes lo que ocurre con esos locos sexuales. La Policía da la alarma y toda la ciudad en peso ofrece una recompensa.

La pelirroja me miró con aversión y dijo:

—¡Y parece usted un muchacho tan normal! ¿Cómo diablos le pudo hacer *eso* a una mujer? ¿Qué satisfacción consigue de una cosa tan…?

—Cállate —dijo Lowry—. Se me está ocurriendo una idea. ¡Póngase en pie, Lam!

Se acercó pisando ligeramente sobre las plantas de sus pies, moviendo los hombros de un lado al otro.

—Ahora no intente hacer nada, amiguito —me dijo—. Limítese a no hacer nada. Estese de pie y vuélvase de espaldas.

Me puse en pie y me volví. Pasó sus manos por mis bolsillos con mucho cuidado y dijo:

—¿Qué te parece esto, Babe? Me está diciendo la verdad. El pobre diablo, realmente, no tiene ni una pistola encima.

Me senté en la silla.

—¡No dejes a ese hombre aquí, solo conmigo ni por un solo segundo! —exclamó la muchacha.

Low asintió con la cabeza inspeccionándome con ojos de entendido que le brillaban desde sus altos pómulos que habían sido hinchados permanentemente por el impacto de muchos puños que contra ellos toparon en el curso de su carrera pugilística.

—Yo no la maté —dije.

—Lo sé —dijo Lowry, riéndose—. Ella le besó y luego de pronto, se sintió poseída de un impulso irresistible y cogió una de sus medias, la enrolló alrededor de su cuello y se estranguló. Usted la miró con espantosa fascinación, impotente para detenerla. Ya me imagino lo que fue, amiguito.

—Si dejas que ese hombre se acerque a mí, Sam Lowry, te mataré a ti —dijo la pelirroja con los ojos desorbitados.

—No te preocupes, Babe —le respondió Lowry—; no se acercará a ti. Vigila el jamón. Lo estás quemando todo.

—Hazte tú la comida —le dijo ella—. Yo no puedo…

—Vete a freír el jamón —le ordenó Sam—. Voy a vigilar a ese pájaro. Si no me lo fríes bien, me marcharé dejándote sola con él.

La amenaza fue bastante. Cogió un tenedor sacó el jamón de la sartén.

—Ahora vierte un poco de agua, algo de leche y harina, y hazme un poco de salsa espesa —dijo Lowry.

—Ya sé cómo lo tengo que hacer. Bastantes veces lo he hecho.

—Está bien. No voy a discutir, pero date prisa.

La muchacha hizo la salsa. Lowry se relamió sus gruesos labios y dijo:

—Creo que voy a sacar algo de todo esto, Lam. No me equivoco.

—Si me retiene usted, cuando finalmente me entregue a la Policía, les contaré cómo me retuvo aquí —le dije.

—Su palabra no va a tener valor alguno, ahora —me respondió echándose a reír—. Tratará de decirle a la Policía que no mató usted a la muchacha y que sus huellas digitales seguirán mostrándose en el dorso del libro. Las manchas de carmín estaban en su pañuelo. No creo que nada de lo que pueda decir a la Policía logre hacerle ningún bien. Puedo efectuar una buena operación y creo que voy a cobrar mis buenos dólares.

—Bueno, no te imagines que me vas a dejar aquí con él —dijo la muchacha—; yo…

—Cállate, Babe. Tengo que pensar con mucha atención. ¿Para qué quería esas fotos, Lam?

—Trabajaba en un caso.

—¿Qué clase de caso?

—¡Oh! ¡Nada más que uno de esos pactos de amor! Un asesinato y suicidio.

—¿El que ocurrió en el albergue para automovilistas? —preguntó la muchacha.

Asentí con la cabeza.

Me miraba con sus redondos ojos, muy abiertos. Dijo:

—¿La muchacha fue al albergue con usted y se registraron como marido y mujer?

—Eso es lo que dice la Policía.

—Quiso usted llevarla allí de modo que… —dijo—. Quería acercarse a ella para atarle una media alrededor del cuello y…

—Cállate, Babe. Pon la salsa en el plato y lava la sartén, luego échale algunos huevos. ¿Seguro que no quiere tomar nada, Lam?

Negué con la cabeza.

—Está bien. Sólo cuatro huevos, Babe.

—No tengo hambre ya —dijo aquélla—. Me siento mal del estómago.

—Echa esos huevos en la sartén —dijo Lowry con tono amenazador, yendo hacia ella.

La muchacha se calló y empezó a freír los huevos.

—Eso va a requerir un poco de cálculo —dijo Lowry pensativamente.

—Si te imaginas que vas a dar un paso fuera de esta habitación mientras él está aquí, estás loco —dijo Babe.

—Eso es lo que me inquieta —confesó Lowry—. El modo de darle la vuelta a la cuestión. Deseo ponerme en contacto con Bob Elgin, pero… no quiero que le encuentre aquí.

Por unos momentos hubo silencio. Luego Lowry dijo:

—Si te daba la pistola a ti, Babe, le podrías tener encañonado. Sentada ahí mismo y…

—Te digo que no me quedaré en esta habitación cuando tú no estés en ella. No me importa cuántas pistolas me des.

Lowry trató de pensar otra vez en todos los aspectos del asunto.

—Podría usted unirse conmigo, Lowry, y sacar mucho dinero —le dije.

—¿De qué modo?

—¿Por qué no pone un poco de entendimiento? Toda la vida no querrá ser un matón de club nocturno, ¿verdad? —insistí.

—No es lo que uno quiere en este mundo lo que le engorda, sino lo que consigue —repuso Lowry sentenciosamente.

—Tal vez usted y yo podríamos unir nuestros intereses.

La muchacha puso el desayuno encima de la mesa. Lowry empezó a comer.

—Ándate con cuidado y vigílale bien —advirtió Babe con indignación dirigiéndose a Lowry—. Es muy listo. En el momento en que vea que empiezas a hacer el menor trato con él, me alejo de tu vida con tanta velocidad que sólo oirás el ruido que haré al cruzar la puerta como una exhalación.

—¿Cuál es el trato? —me preguntó Lowry.

—Se juegan ochenta mil dólares de una póliza de seguros —le dije—. La Compañía preferiría pagar la prima de todo un año y quedar lista con ello. Les dolería muchísimo tener que pagar ochenta mil dólares.

—¿A quién no le sabría mal? —intercaló Lowry, embuchando jamón en grandes cantidades.

—Pero yo les voy a fastidiar —le seguí explicando—. Estaba trabajando en este aspecto del caso. Fui a ver a la muchacha, pero se vestía. Me dijo que esperara en la otra habitación mientras se acababa de vestir. Alguien me siguió. Creo que fue usted.

—Él no —saltó la muchacha—. No nos puede colgar ese muerto.

Estuve con él todo el rato, desde que nos robó usted el coche. Tuvimos que hacer parar a un automovilista que pasó, nos dio algo de gasolina para su coche, lo condujimos a la ciudad, lo aparcamos y luego tuvimos que coger un taxi.

—¿Alguien más sabía aquella dirección? —dije.

—¿Qué dirección?

—La dirección de la muchacha. La que fue asesinada.

Lowry se echó a reír.

—¡Buena historia la que tiene! Veamos ahora cómo funciona. Entró en la habitación de la muchacha y ella se estaba vistiendo, ¿es así?

—Eso mismo.

—¿Y le besó a usted, estando sin vestir?

Afirmé con la cabeza.

—¿Y luego usted se sintió demasiado prudente para esperarse allí sentado a que acabara de vestirse y ella se avergonzó de tenerle allí y le hizo marcharse al dormitorio de su hermana?

—Créalo o no, así fue —le dije.

Se echó a reír.

—¿Qué opinarías tú de una chica así, Babe? —preguntó a la pelirroja.

—A mí no me metas en eso —declaró la muchacha—. ¡Cuando pienso en los riesgos que corre una chica! ¡Caramba, pensar en esa pobre criatura!

—Voy a cambiar de pensamiento y tomaré algunos huevos, al fin y al cabo. No se molesten. Los freiré yo —dije.

Empecé a dirigirme a la cocina.

—Quédese sentado en su sitio —dijo Lowry—, y no se mueva. Babe, si quiere un par de huevos, prepáraselos tú.

Ella puso mala cara y dijo, casi lloriqueando:

—No quiero cocinar para un asesino. ¿Por qué no le dejas que los fría él mismo?

—Le vino hambre con demasiada rapidez —dijo Lowry con ojos en los que le brillaba la astucia—. Quería freírlos él. Deja que coja la sartén, llena de grasa hirviente y ya sabes lo que podría ocurrir. La arrojaría a mis ojos y luego, ¿qué ocurriría de ti?

—¡Oh, oh! —exclamó ella horrorizada.

—Se vuelve suspicaz, ¿eh? —le dije.

—Tiene mucha razón. Me siento suspicaz —respondió Lowry sonriendo—. Ya he tenido una experiencia con usted. Es muy listo.

La pelirroja se levantó y frió un par de huevos. Me quedé allí sentado, viendo cómo chisporroteaban en la sartén. No los frió muy bien. En el fondo había demasiada corteza y muchas burbujas cocidas en los lados, de modo que no eran más que una mezcla repugnante flotando en grasa.

—Quita la pimienta de la mesa, querida —dijo Lowry.

—Quiero pimienta en los huevos fritos —protesté.

—Ya se la echaré yo —dijo Lowry—. Si pone usted las manos en la pimienta y encuentra el modo de abrir el tapón, cogerá un buen puñado y me lo tirará a los ojos.

»Y no alargue la mano para coger ese café —me advirtió, cuando hice ademán de coger la cafetera—. ¡Yo lo verteré! No; tampoco lo verteré yo. ¡Babe, tú serás la que ponga el café!

Lowry movió su silla unos cuantos pies atrás y dijo:

—No haga el menor movimiento, Lam. No trate de hacer ningún truco de los suyos. Volveré en seguida.

Pasó a la otra habitación, dejando la puerta abierta y momentos después regresó, llevando un revólver.

—Ahora —dijo— eso le quitará cualquier idea que pueda tener de echarme café hirviente a la cara.

Tragué los grasientos huevos fritos, tomé alguna tostada y bebí el café. Éste era bastante bueno, pero me costó trabajo tragar el alimento.

Lowry me observó mientras comía, se rió.

—Tiene que tragar dos veces con cada bocado —dijo.

—¿Qué es esto? —le pregunté—. ¿Es que trata de criticar el estilo de cocinar de Babe? No creo que se me ofrezcan muchas oportunidades de poder contemporizar, haga lo que haga.

Me vigiló mientras bebí la segunda taza de café después de haber terminado de comer los huevos.

—Quédese sentado en esa silla —dijo—. Pase lo que pase, no se mueva de esa silla. ¿Lo comprende?

—Me va de perlas. Iba a ayudar a su esposa con los platos.

—¡Su esposa! —exclamó la pelirroja, y luego se echó a reír.

—Está bien, Babe. Déjalo correr —espetó Lowry.

—¿Por qué supone que vine a verle esta mañana, Lowry? —

pregunté.

—Que me maten si lo sé.

—He hecho un trato con Elgin. Andan ochenta billetes de los grandes en juego. Solamente vamos a pescar parte de ellos, pero es un buen bocado. Creo que Elgin trabajará de firme, con muchas ganas… a menos que trate de eliminarle a usted. Pero no haría una cosa así ¿verdad?

Lowry me miró con ojos en los que brillaba una fría sospecha.

—¿Qué diablos quiere decir, eliminarme a mí, ahora?

—Sólo se lo he preguntado.

—¿Qué demonios voy a saber yo lo que hará?

Nos quedamos sentados sin decir nada. La pelirroja puso agua en la fregadera. Ambos nos quedamos mirando los movimientos de la muchacha mientras cogía los platos de la fregadera, llena de agua con jabón, los rociaba con agua del grifo y los ponía en el platero.

Consulté mi reloj pulsera y dije:

—¡Caramba! Me extraña que no haya sabido noticias de Elgin. Creí que estaría aquí.

—¿Le dijo *él* que estaría aquí?

—Se lo conté todo y le confié que necesitaba un hombre que pudiera cuidar de todo en caso de que se pusieran algo tercos. Le dije cuál sería su parte. Me dio su nombre y dirección. Le observé que trató usted de verme antes y se echó a reír y dijo: «La gente a quienes Sam quiere ver, nunca quieren que él les vea», o algo parecido. He olvidado exactamente lo que dijo. Le indiqué que vendría aquí. Pensé, ciertamente, que, o bien le hallaría aquí, o se pondría en contacto conmigo.

Hubo otro período de silencio.

—¿No supone usted que nos pueda engañar a los dos, verdad? —le dije.

—¡Diablos! No soy su socio —exclamó Lowry—. Soy el matón de su club.

—En este negocio se suponía casi con seguridad que entraría usted.

—¿Cuánto dijo que andaba en juego?

—Ochenta mil pavos.

—¿Cómo es eso?

—Coja el periódico de ayer —le dije—. Imagíneselo usted

mismo. Dover Fulton fue hallado muerto. Si se suicidó, sus pólizas no tienen valor alguno, porque todavía no hace un año que las firmó. No recibe nada más que la devolución de la prima del primer año. Si no se hubiese suicidado, las pólizas encierran una cláusula relativa a su doble valor. La cantidad fijada en las pólizas es de cuarenta mil dólares; dos veces cuarenta, son ochenta.

—¡Ochenta mil dólares! —dijo Lowry, y se humedeció los labios con la lengua.

—Nuestra comisión en eso sería de unos veinte mil —le expliqué —. Su parte le permitiría establecer un negocio por su cuenta y comprar algunos magníficos trapos para la pelirroja. Podría hacer películas, si tuviera el necesario apoyo.

—Creo que me eliminaría si… —exclamó la rubia, indignada.

—Cállate, Babe —ordenó Sam—. Quiero pensar.

En el período de calma que siguió podía oírse el *tic-tac* del pequeño despertador. La pelirroja acabó de lavar los platos y colgó el paño de enjugarlos.

Alargué mi taza de café y ella la volvió a llenar con el café espeso y negro que quedó en el fondo de la cafetera.

—Caliéntaselo, Babe —dijo Lowry.

—Está bien así —le aseguré—. Me gusta tal como está.

Estaba sentado, sosteniendo la taza de café sobre la mesa.

De pronto Lowry exclamó:

—Tengo que telefonear a Bob Elgin, querida.

—No irás a dejarme aquí sola con él.

—Mira, chiquilla. Te dejaré la pistola. Te sientas al otro lado de la habitación, fuera del paso. Si se mueve, dale lo suyo. Tienes todo el derecho del mundo a hacerlo. Es un asesino, la Policía le busca y él trata de huir. Si ocurre algo y disparas, recuerda siempre que yo bajé a llamar a la Policía.

—No quiero quedarme sola con él.

—Es la única manera —dijo Lowry—. Tengo que telefonear.

—Deja que llame yo.

Se echó a reír, diciendo:

—Ya sabes lo que diría Bob si se enterara de que estabas aquí.

—¿Y qué vas a hacer si sube?

—Te irás un ratito.

—Me iré ahora mismo.

—No, hasta que yo no haya llamado por teléfono. Tienes que vigilar a ese tipo.

—Te digo que no quiero quedarme sola con este asesino.

—Pero escucha, querida: te sientas aquí, al lado de la puerta que da al recibidor. Si hace el menor movimiento, tú disparas. No es que esté muy lejos yo. Sólo estaré en el vestíbulo. Puedo oírte gritar. Estaré de vuelta en un santiamén. Si tienes que disparar no tengas miedo. ¡Déjalo bien lleno de plomo!

—Desearía hacerlo de todos modos —dijo ella—. Cuando pienso en aquella muchacha, con su lindo cuerpecito y… te digo que me da náuseas.

—Desde luego, puede ser que Bob no haya pensado eliminarle a usted del reparto, pero imagine que ésa era su intención —le dije a Lowry.

—Debería de haberlo pensado algo menos —exclamó Sam Lowry.

—Del modo como yo me lo imaginé, Bob Elgin sabía bastante del plan para estar enterado del trato que hicieron en el albergue. Él sabía quién salió y…

—¡Eh! ¡Oiga un momento! —me interrumpió—. No irá a decir mal de Bob, ¿verdad? Dirige un salón muy decente. No deja que ronden por allí ninguno de los numerosos indeseables que hay en otros sitios. Alguna chica, de cuando en cuando, puede que pesque algún pez gordo, pero eso es todo.

—Bien —dije—; pero se portó como si supiera todo lo relativo a este asunto y dijo que usted y yo podíamos hacer el trabajo. Tal vez le conté demasiadas cosas.

—Coge la pistola, nenita —dijo Lowry a Babe—. Yo me voy a llamar a Elgin.

—No creo que haya motivo alguno para llamarle, por ahora. Hasta el momento todo lo que has oído no ha sido más que palabrería —dijo la muchacha con firmeza.

Pude ver que Sam se dejaba impresionar por aquellas palabras de su amiga. Volvió a sentarse en su silla.

—Me imagino que ese tipo no es sino un embustero de marca. Y no tiene nada más que decirnos que sea verdad —añadió.

—¿Qué esperaban ustedes? —pregunté—. ¿Juegos de manos o programas de televisión? Me gustaría saberlo.

—¿Qué es lo que nos tiene que decir? —preguntó la muchacha —. ¿Por qué no habla claro de una vez?

—¡Está bien! ¡Lo haré! —le dije—. Tom Durham y Bob Elgin dirigen una banda. Ignoro a qué se dedica cada uno de ellos y no me importa. Desconozco qué papel representaba Durham en todo ese lío que arranca del llamado suicidio convenido, del sábado por la noche; pero sí sé que encajan en el cuadro, en un sitio u otro. Tengo la posibilidad de rescatar y aún quedarme con buena parte de ellos… la bonita suma de ochenta mil dólares. Bob Elgin estaba también interesado en ellos. Me dijo que viniera aquí… ¡diablos!, ¡no sé qué pensar…! Podría estar engañándonos a los dos. Me repugna quedarme aquí sentado y aguardar la azotaina.

—Va usted a estarse sentado por muchos sitios y por mucho tiempo —dijo Lowry.

—No, si puedo evitarlo. Voy a conseguir una buena parte de los ochenta mil y con ellos me libraré de la acusación de asesinato de esa desdichada Hollister.

—¿Está tratando de decirnos que no lo hizo usted?

—¡Claro que no lo hice!

—Voy a llamar a Bob, y esta vez va en serio. ¡Tú coge la pistola, Babe! —exclamó Lowry decidido.

Le dio el arma a la muchacha. Ésta tomó posiciones entre mi persona y la puerta.

—Dejaré la puerta abierta —dijo Lowry.

Echó un vistazo para abarcar toda la situación, le hizo un ademán tranquilizador con la cabeza a la muchacha y salió por la puerta.

—No se mueva —me dijo—. Creo que, realmente, me gustaría el gatillo, ¡bestia inmunda! ¡Y tan buen chico que parecía, además!

—Le dije que no tuve nada que ver con el asesinato. Por lo menos no fue un asesinato motivado por instintos sexuales.

—Tenía señales de carmín de los labios de la muchacha en su pañuelo.

—Me besó.

—¿Qué hacía usted en su dormitorio?

—Hablaba con ella.

—No estaba vestida.

—Ella me invitó a entrar.

—Eso no parece muy admisible.

Alargué la mano, cogí la taza de café, dejé que me resbalara y el líquido se extendió por encima del mantel.

La reacción instintiva fue demasiado fuerte. Se levantó de la silla como si la hubieran disparado.

—¡Estúpido idiota! —gritó—. ¡Póngale algo debajo para que no manche la mesa!

Saqué un pañuelo de mi bolsillo haciendo inútiles y torpes esfuerzos para detener los efectos del estropicio.

—¡No, no! —gritó la muchacha—. ¡Debajo del mantel! ¡Pronto! ¡Antes de que llegue a la mesa!

Cruzó la habitación volando y cuando estuvo al otro lado de la mesa, la volqué con todo lo que contenía sobre la muchacha, me estiré por encima de la mesa derribada, agarré la mano que sostenía la pistola, le torcí la muñeca, se la quité y le dije:

—¡Ni un grito! ¡Ni una palabra! ¡Por la salida trasera! ¡Rápido!

Estaba tan pálida que el maquillaje parecía ser una mancha de color naranja en cada mejilla.

—¡Salga por la parte posterior! —le repetí, añadiendo—: ¿Quiere ver una media enrollada en su garganta, tan blanca y delicada? ¿Una hermosa media que irá privándola del aire lentamente…? ¡Oh! ¡Qué bella estaría al morir estrangulada, parecería…! —esto último lo dije en el tono más tétrico que pude conseguir.

Pero fue suficiente. Empezó a querer gritar. Apreté mi mano sobre su boca y le dije:

—Una sola palabra que salga de sus labios y le envuelvo la garganta con una media. Vaya a la salida posterior, ¡pronto!

Temblaba violentamente, con un temblor convulso y aterrorizado.

Aparté mi mano de su boca y le di unas palmaditas en el hombro, diciéndole:

—¡Vamos, Babe! No tengo valor para seguir torturándola de esa manera. Lléveme a la salida posterior. No sé nada en absoluto del asesinato de la pobre Lucille Hollister.

—No… No me… —estrangule. Haré… todo… todo lo que quiera. Yo…

—No sea tonta —le dije—. Jamás estrangulé a nadie en mi vida,

pero deseo salir de aquí cuanto antes y quiero que venga conmigo para que no eche a correr hacia el vestíbulo llamando a Sam. Vamos, ahora, sin perder más tiempo.

Me abrió el paso a través de una puerta posterior pasando por un porche trasero, cerrado con una tela metálica. Bajamos los primeros peldaños y nuestros pies resonaron sobre la madera. Escondí la pistola en mi americana.

A medio camino dije:

—Ahora ya puede volverse, Babe. Me sabe mal haberla tenido que asustar así, pero necesitaba salir. No conté con el programa de noticias de la radio, ni que hablaran cuando usted la conectó.

—¿No me va a… llevar con usted…? ¿No me hará nada…? ¿No me estrangulará…? —dijo, con el aliento entrecortado.

Me eché a reír y le dije:

—¡Olvídelo! Vea, aquí tiene la pistola —la abrí, le quité los cartuchos y le di el arma vacía y los cartuchos sueltos—. No pruebe de disparar hasta que haya metido los cartuchos dentro —le dije—. Y cuando lo haya logrado, ya pensará de otro modo. No hay necesidad de llamar la atención y hacer que salga su nombre en los periódicos. Después de todo, a Bob Elgin no le gustaría si se enterara que está usted aquí. ¡Adiós, Babe!

Pareció vacilar unos instantes, luego sus labios dibujaron una media sonrisa.

—¡Adiós! —me dijo—. Me parece que es usted muy listo… y no es un mal tipo, después de todo.

Bajé corriendo el resto de los peldaños. Miré hacia atrás y vi que sostenía la pistola sin hacer ningún esfuerzo por cargarla.

capítulo catorce

AL cabo de treinta minutos de haber escapado del piso de Lowry, a estaba tocando mi sinfonía en el timbre de la puerta de Claire Bushnell.

Me dejó entrar.

—¡Ya estoy de vuelta! —le dije.

—Así lo veo. En verdad que entra y sale usted muy a menudo, ¿no le parece?

—¡Ah, ah! ¿Ha visto la última edición del periódico?

Negó con la cabeza.

—¿Ha hablado con alguien?

Volvió a negar con la cabeza y dijo:

—Me he estado arreglando las uñas.

—Está bien, Claire —añadí—. Trabajo para usted. Y me va a ocultar ahora…

—¿Qué quiere decir?

—Hay alguien que me busca. No deseo verle. Quiero quedarme aquí —le expliqué.

—¿Por cuánto tiempo?

—Lo que queda de día. Tal vez la noche.

—¡Vaya! ¡Eso sí que se llama mudarse en toda regla!

—¿Usted cree?

—No puede pasar a noche aquí.

—¿Por qué no?

—Hay otros inquilinos. No estaría muy bien.

—No estaría del todo mal, si no me viesen —repliqué.

No pudo encontrar respuesta a mi réplica.

Se dirigió a la ventana y estuvo mirando un ratito al exterior, luego volvió su rostro hacia mí. Asintió:

—Donald, lo sé.

—¿Sabe qué?

—Oí la radio.

Me moví quedando entre ella y la puerta.

—¿Y qué va a hacer ahora?

Vino hacia mí, mirándome con una mirada firme y serena.

—Usted no lo hizo.

—Gracias —le dije con toda sinceridad.

—¿Por qué quiere esconderse, Donald?

—Deseo aclararlo todo antes de que me atrapen. Si dan conmigo, iré a parar a una celda y quedaré incomunicado sin fianza. Desde el interior de una celda no puedo hacer nada.

—¿Y si no le cogen?

—Puede que consiga aclarar las cosas.

—Aquí, en mi piso, no las podrá aclarar, Donald.

—Podría ser mi punto de partida y cuando tuviera la oportunidad de probar algo, me hallaría en situación de poderme mover. En una celda no me podría mover mucho.

—¿Y cómo voy a saber yo que no me despertaré con una media enrollada en mi garganta?

—Lo sabe usted muy bien; y sabe que no será así.

Se acercó más a mí. Puso sus manos en mis hombros.

—Donald… ¡míreme!

Busqué su mirada. Me dijo:

—Dígame lo que ocurrió con aquella… la otra muchacha.

—Rondé por la casa en plan de reconocimiento. La encontré al fin en el dormitorio que daba a la parte trasera. No estaban echadas las cortinas de las ventanas. Las vidrieras estaban abiertas. Hacía calor. Se vestía. Me vio. Entré. Creo que se asustó un poco.

—¿De usted?

—Había hecho algo de lo que estaba asustada. Sabía algo que no quería que yo descubriese.

—¿Qué hizo entonces la muchacha?

—Probó fingirse vampiresa. No sé, *pudo* haber sido sincera. Luego me dijo que la aguardara en la otra habitación, que me sentara y la esperara. Lo hice así.

—¿Y la otra habitación era el dormitorio de la hermana?

—Eso mismo.

—¿Por qué no esperó usted a que llegara la Policía?

—Porque entonces habría ido a parar a la cárcel y no me habría sido posible tener la oportunidad de aclarar las cosas.

—¿No lo pudo haber aclarado la Policía?

—No lo creo.

—¿Comprende que al huir se coloca en una situación que no le brindará *ninguna* oportunidad de nada?

—De todos modos, no tengo oportunidad alguna —exclamé—. O logro aclararlo todo o me cae encima una sentencia de muerte por asesinato. Y eso no es todo. Removerán hasta dar con todos los asesinatos de este tipo que se han cometido en los últimos cinco años, y me los van a cargar todos a mí, también. Tratarán de escribir una solución a todo el repugnante asunto y harán un monstruo de mí.

—¿Y cree poder aclarar algo si logra una oportunidad?

—Existe una buena probabilidad de que lo consiga. Es precisamente la oportunidad que debo aprovechar.

—¿Cómo lo puede aclarar, Donald?

Me dirigí hacia una silla y me senté. Ella pareció vacilar un instante, luego se acercó y se sentó delante de mí.

—Me gusta usted —dijo—. Voy a correr el albur. Es decir, *creo* que correré el albur, pero quiero que empiece a contármelo todo. Quiero los hechos.

—Empezó con Tom Durham —le dije—. Usted quería que investigara datos sobre él. Vino a nuestra oficina con una bonita historia relativa a los motivos por los cuales deseaba que le siguiéramos los pasos. Pero no era la verdadera historia. Le quería tener vigilado porque Minerva Carlton deseaba saber datos sobre él.

—Ya le conté eso.

—¿Cómo supo Minerva que Durham iba a ver a su tía?

—Lo ignoro.

—No creo que Tom Durham tratara de casarse con su tía —le dije.

—Sería un estúpido si lo hiciera.

—Ni creo que tratara de venderle ninguna acción.

—Bien; pero, en realidad, algo debía querer de ella.

—Creo que Tom Durham es un chantajista —afirmé asintiendo con un gesto de cabeza—. Me imagino que Tom Durham hacía a su tía víctima de un chantaje. Fije su mente en ese aspecto de la

cuestión y dígame de qué modo la podía hacer víctima de un chantaje. ¿Qué podía saber de su tía aquel individuo?

—¿Chantaje? ¿A tía Amelia? —preguntó Claire frunciendo el ceño.

—Eso mismo.

—Amelia no se dejaría estafar —dijo negando con la cabeza.

—En tal caso, trataba de estafarla mediante un chantaje.

—Ella habría llamado a la Policía.

—No lo creo. Me parece que las muestras indican que él sabía algo de ella, o creía saberlo.

—No tengo la menor idea de lo que pudo haber sido.

—¿Es vulnerable su tía?

—Lo ignoro. No tiene que dar cuenta a nadie de sus actos.

—¿No hay nada en su pasado?

Claire negó con la cabeza.

—¿Qué sabe acerca de su difunto esposo?

—Nada. Su recuerdo no tiene ningún valor para mi tía. Le aburría.

—¿Obtuvo dinero de su último esposo?

—Si tengo que serle franca, Donald, lo ignoro. Siempre se ha mostrado completamente reservada en lo tocante a los intereses. Supongo que habría algo de dinero, pero no sé cuánto. Todo el capital que había está repartido en seguros en su mayor parte.

—¿Cómo murió su tío?

—Murió de repente. Algún envenenamiento por la comida, creo.

—Puede ser eso —apunté.

—Donald, ¿qué está diciendo?

—Pensaba en voz alta —le dije—. Estoy explorando las posibilidades.

¿Cuánto tiempo hace que murió?

—Tres o cuatro años.

—Creo que su tía está siendo objeto de un chantaje —repetí—. ¿Cuánto tiempo hace que tiene aquella doncella a su servicio?

—¿Susie?

—Sí.

—Muchos años.

—¿Susie estaba con ella cuando vivía su esposo?

—¡Oh, sí!

—¿A Susie le gustaba el esposo?

—Susie siempre ha sido muy fiel a tía Amelia. Existe una especie de extraño lazo entre las dos.

—Y la vida matrimonial de su tía Amelia, ¿no se destacó por su felicidad?

—Estoy segura de que no se lo puedo decir, Donald. No la he visto con demasiada frecuencia. Me irritaba y… bueno, así es como fue. Sé que tía Amelia siempre deseó estar libre. Esperaba poder añadir algún capítulo amoroso en su historia. Un poco de romance.

Me puse en pie, para mirar por las ventanas; encendí un cigarrillo, recorrí la habitación, por unos momentos, luego regresé y volví a sentarme en la silla.

—¿Por qué cree usted que mi tía era víctima de un chantaje?

—Porque creo que Tom Durham es un chantajista.

—Bueno… —dijo Claire Bushnell, pensativa—. No creo que le encontremos la salida. Claro que… Bien, ahora que recuerdo, hubo algo un poco peculiar en la muerte de mi tío. Es decir fue súbita y tía Amelia no pareció tener muchos de los síntomas de que él se quejaba. Recuerdo haberla oído decir que estuvo un poco enferma, pero, si quiere que le diga la verdad, no pensé mucho en todo aquello.

—Minerva Carlton también era víctima de un chantaje. Es decir, alguien la hacía tascar el freno. Me parece que era Tom Durham. Supongo que ella también descubrió que Tom trataba de jugarle una mala pasada a su tía Amelia. Debo suponer que Minerva deseaba saber todo lo que pudiera acerca de Tom, y debido al hecho de que Tom Durham estaba aprovechando el filón de dinero de su tía, ello le dio a Minerva la idea de obtener los servicios de un detective privado, para que realizara el trabajo, por mediación de usted.

—¿En qué se funda para decir que le parece que Minerva estaba siendo víctima de un chantaje?

—Todo parece indicarlo. Verá…

Sonó el timbre.

—Deje que llamen un ratito —le dije—. Pruebe de no responder.

Quien quiera que estuviese llamando imprimió un ritmo persistente y firme al timbre.

—¡Está bien! —dije al cabo de un ratito—. Vaya a ver quién es.

Si es que se trata de la Policía, tendrá que dejarles entrar. ¿Podrá usted mentir sobre si estoy aquí o no?

—Como un consumado truhán —dijo la muchacha, cogiendo las colillas de los cigarrillos que yo dejé en el cenicero, y con la punta del dedo poniéndoles pequeñas manchas de carmín en sus extremos.

Me eché a reír, diciendo:

—Debieron de cogerla en esa trampa, anteriormente.

—¿Qué trampa?

—La de tener colillas de cigarrillo en el cenicero, sin la señal del carmín de los labios.

—¿Le parece bonito pensar eso? —me dijo, haciendo un encantador mohín.

—Ni pizca —le respondí.

Se dirigió al tubo neumático.

La voz de Berta Cool llegó, por el tubo, atronadora.

—¡Soy Berta Cool; deseo verla *ahora* mismo…!

Claire Bushnell me miró, interrogadora.

—Espere un momento —le dije—. Dígale que está… ¡No, no importa! ¡Dígale que suba!

Claire oprimió el botón eléctrico que abría la puerta de entrada a la escalera.

—Ahora, ¿qué va a hacer; esconderse? —me preguntó.

—Estaré en el pequeño armario que hay detrás de la cama adosado a la pared. Dígale a Berta que no me ha visto.

—¡Está bien! —asintió.

Me dirigí a la puerta que tapaba la cama adosada a la pared, la abrí y pasé al interior, y Claire Bushnell cerró la puerta. Oí cómo sonaba el cierre automático.

Momentos después escuché la voz de Berta Cool.

—Hola, señorita Bushnell.

—Buenos días, señora Cool. ¿Qué la trae por aquí?

—Trabajamos en un caso para usted. ¿Lo recuerda?

—Claro que sí. Haga el favor de entrar y sentarse.

Oí cómo crujía el entarimado del suelo, con el peso de Berta al cruzarlo.

Luego se aposentó en una silla, que también gimió, y dijo:

—Su cheque resultó falso, querida.

—¿Qué quiere usted decir?

—El cheque que nos dio por valor de doscientos dólares. No era válido. ¡Maldito sea! Le dije a Donald que se lo comunicara. Pensé encontrarle aquí.

—Pero… ¡vaya! Tenía que ser válido. ¡Había dinero en mi cuenta del Banco!

—El Banco dice lo contrario. El Banco me informó de que un cheque que usted pensaba que estaba depositado, sólo fue aceptado para su cobro. Era un cheque sobre un Banco de otro Estado. No era válido, por lo cual adeudaron su cuenta.

—¡Ésa sí que es buena! ¡Me gusta su frescura! ¡Aquel cheque era tan bueno como si fuese en oro!

—¿De quién era aquel cheque?

—Temo no poderle contestar a esto, señora Cool. Pero tendré mucho gusto en ir con usted al Banco.

No podía ver la expresión del rostro de Claire Bushnell, pero el tono de su voz era perfecto. Era una excelente actriz. Pensando con la habilidad que había marcado con carmín las colillas de mis cigarrillos, empecé a preguntarme cuánta sería la experiencia que nuestra cliente habría tenido en el arte del engaño.

—Deseamos que nos pague el cheque —dijo Berta.

—¡Pero es que el cheque es bueno, señora Cool!

—El Banco dice que no.

—Bien, ya trataré de esto con el Banco.

—Me importa poco con quién trate de ello, o lo que tenga que decirme —dijo Berta con mucho calor—; pero antes de que me marche quiero algo que me salde la anotación de tinta roja que han hecho en nuestra cuenta del Banco, debido a haber depositado su cheque que no era válido.

—Bien, claro que yo… si la persona que me dio el cheque… bien… eso me *dejaría* en una posición que me colocaría en un apuro financiero.

—Se verá en muchos más apuros si no satisface el importe de ese cheque —le dijo secamente Berta Cool.

—Pues lo siento, señora Cool; pero no dispongo de nada.

—¡Claro que sí que tiene!

—¿Qué quiere usted decir?

—Sea formalita, querida —le dijo Berta—, y vaya a ver a su amiguito y…

—No tengo amiguito.

—Pues busque uno.

—Es que… yo… verá… yo…

—No ha visto a Donald Lam hoy, ¿verdad?

—No.

—¡Dios mío! —exclamó Berta—. ¡Vaya lío! La Policía está difundiendo por todo el país que es culpable de un asesinato. ¡El bribón!

—¿Un asesinato? —exclamó Claire Bushnell, a su vez.

—Eso mismo. Esa muchacha que fue estrangulada con una de sus propias medias, estando a medio vestir, en su dormitorio.

—¡Pero, si el señor Lam parecía un… bueno… jamás me habría imaginado una cosa *así* de él!

—Verá; yo no sé —dijo Berta con tono de sentencia—. Siempre me ha sido muy simpático, desde luego, pero hay algo que no funciona bien en él. Las mujeres se echan en sus brazos, pero él no reacciona como debería. Pensando en ello… recordando cosas pasadas… *empiezo* a preguntarme si…

—¡Pero, señora Cool! ¿Cómo puede decir tal cosa de su socio?

—No lo sé —respondió Berta—. Me limito a hablar.

—¿No trabajaron ustedes juntos en una serie de casos?

—Ciertamente.

—Bien, ¿y no puede decir cómo actuó en su trabajo?

—¡Diablos! —exclamó Berta, impaciente—. Nuestro convenio fue una sociedad comercial. Pero no viví en la intimidad con él.

—No es eso lo que quiero decir —repuso Claire Bushnell.

—Bueno. Tal vez me precipité en contestarle, porque creí que era eso lo que quería decir —se excusó Berta—. De modo que no le ha visto, ¿eh?

—No… ¿Ha estado usted en su oficina, señora Cool?

—Un instante —dijo Berta—. Tuve que ir a San Robles por un trabajo. Dejé la radio conectada, leyeron las noticias y oí lo de Donald. Volví a la oficina y todos lo habían escuchado. Las muchachas sufrían ataques de histerismo.

—¿Qué muchachas?

—Las secretarias —respondió Berta—. Esa Elsie Brand, la secretaria particular de Donald, parecía desatadamente loca. Tenía el rostro blanco. Estaba indignada. Dijo que apostaría su vida a que

Donald era absolutamente inocente; añadió que le compraría una docena de medias y apagaría las luces cada vez que estuviera a solas con él.

Claire Bushnell aprovechó la oportunidad para reírse un poco de mí. Dijo, pensativamente:

—Bueno, claro está que *hay* algo raro. Ayer hablé con el señor Lam. Entró en mi piso y me cogió en unos momentos no muy adecuados.

Sonó el timbre con insistencia, de forma muy estridente, y siguió llamando. Claire Bushnell se dirigió al tubo. La oí decir:

—¿Quién es? —luego hubo un prolongado silencio.

—Bien, ¿quién era? —preguntó Berta con impaciencia—. ¡Dios mío! ¡Está pálida como una sábana!

—Un hombre llamado Sellers —dijo Claire—. El sargento Sellers, de la Policía.

—Será Frank —dijo Berta—. Es un buen chico. De la Brigada de Homicidios. ¿Qué diablos debe querer por aquí?

Me senté con mucha rigidez, estando atento a lo que iba a escuchar. Momentos después oí el ruido de los nudillos de Sellers, al llamar imperativamente a la puerta del piso. Claire fue a abrirle. Sellers dijo:

—¿Es usted Claire Bushnell?

—La misma.

—¡Hola, Frank! —le saludó Berta.

—¡Hola, Berta! —exclamó Sellers—. Me ha sabido mal tenerlo que hacer, pero así es como se presentan las cosas.

—¡Está bien! No te echo la culpa, Frank —dijo Berta—. Si lo que oí por la radio es cierto, supongo que el muy bribón será atrapado y la va a pagar. Me imagino que eso debió ser lo que ocurría. Uno de esos cerebros desarrollados en exceso. Siempre tenía un aire algo reservado.

—¿Jamás tuvo relaciones normales con mujeres? —preguntó Sellers.

—¿Cómo demonios quiere que lo sepa? —preguntó Berta de un modo teatral—. Las mujeres se desmayan solitas, ante él… Por ejemplo, fíjense en esa secretaria que tiene. Está loca por él, y Donald la trata como si fuese su hermana pequeña. Sus ojos se iluminan, como los faros de un coche, cada vez que él entra en la

oficina. Con aquellos ojos le sigue por todas partes. Donald ni siquiera parece darse cuenta de ello. Pero siempre ha sido amable y simpático con ella, tratándola con el mayor respeto y cariño. Se peleó conmigo para aumentarle el sueldo y hacerle el trabajo más fácil.

—Síntomas típicos —dijo Sellers, con toda la definitiva conclusión de un psicoanalista *amateur*—. ¡Vaya! Debía haberlo olido hace mucho tiempo.

—¿Puedo saber de *qué* están hablando? —preguntó Claire Bushnell.

—De Donald Lam, el socio de la señora Cool —le aclaró Sellers —. Es un asesino… un asesino sexual. ¿Qué sabe usted de él?

—Pues, que le conozco —respondió Claire.

—Dejemos de andar por las ramas. ¿Dónde está?

—¿Qué quiere usted decir?

—Ya sabe lo que quiero decir —repuso Sellers—. Le tiene ahí, escondido.

—Pero… ¿Qué es lo que se ha creído usted? —exclamó Claire Bushnell, con indignación.

—¡Vamos, vamos! —dijo Sellers—. Estaba seguro de que, cuando la cosa se difundiera, Donald no sería tan tonto como para dejarse ver por su oficina. Sabía que iría a algún sitio, donde creyera que nadie lo buscaría, y llamaría a Berta por teléfono para que viniera a reunirse con él, de modo que me limité a vigilar a Berta, sin apartarme mucho de su oficina. Cuando se dirigió hacia aquí, la seguí. Adiviné que venía aquí para verse con Donald Lam. O bien está ya aquí, o vendrá dentro de poco, para hablar con Berta Cool.

—Estás loco, Frank —dijo Berta—. No he hablado con Donald. Ni siquiera sé dónde diablos estará el bandido ése.

—No me engañas ni un tantito así, Berta —respondió Sellers—. Puede que pienses que es un asesino, y puede que no, pero lleváis negocios entre los dos, y es más que seguro que tú no dejarás que le encierren hasta que hayas tenido una oportunidad de saber todo lo que él pueda decirte sobre el caso en el que estaba trabajando, de modo que tú lo puedas continuar y sacar algún dinero de él.

—No es una mala idea; de haber sabido dónde encontrarle, lo habría hecho —comentó Berta—. Vine aquí porque esta damita nos

dio un cheque de doscientos dólares que se esfumó en el aire.

—Sí, ya lo sé —dijo Sellers, sin dejarse convencer—. Pero, de todos modos, daré un vistazo por ahí.

—Mira lo que gustes —le dijo Berta Cool—. Si quieres hacer una apuesta, me juego lo que quieras que no lo encuentras, por la sencilla razón de que no está aquí.

—¿Qué quieres jugarte? —preguntó Sellers.

—¡Cincuenta pavos! —respondió rápidamente Berta—. ¡Vamos! ¿Aceptas?

Pude comprender que eso preocupaba a Sellers. Vaciló un minuto y luego dijo:

—No me juego nada, pero voy a mirar de todos modos.

—¡No puede usted mirar en mi habitación! —dijo Claire Bushnell.

—¡Ah, ah! —exclamó Sellers—. ¡He ahí la pista!

—Bueno, pero no puede usted. No tiene la orden de registro y, además, ¿cómo sé yo que es usted Policía?

—Berta sabe que soy agente —dijo Sellers—. ¿Por qué no quiere que registre su habitación, hermanita?

—Porque es mi habitación. No me gusta la idea de que la Policía se meta ahí, como Pedro por su casa, cada vez que se les ocurra tal cosa.

—¿Todavía deseas hacer la apuesta? —le preguntó Sellers a Berta.

Hubo un largo intervalo de silencio. Luego Berta dijo, vacilante:

—Apuesto diez dólares.

—Sube hasta veinticinco —le instó Sellers.

—No; diez —dijo Berta—. Es el límite.

—Has rebajado cuarenta pavos.

—Es que tú has variado el ritmo —le dijo Berta.

—Está bien —exclamó Sellers—. Te juego los diez dólares. Apártese de mi camino, hermanita. ¿Qué hay detrás de esa puerta?

Pude oír cómo Claire luchaba con Sellers, el cual se limitó a reír.

—¡Maldito sea! —jadeaba la muchacha—. No puede hacer esto… Usted…

—Apártese, hermanita, apártese —le decía Sellers.

Sonó la cerradura de la puerta. Se abrió ésta, y la cama adosada a la pared me empujó a un lado.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo Sellers, complacido—. Ya tenemos a la primera víbora fuera de su escondrijo. Sal pronto, Lam.

Entré en la habitación.

Berta se puso en pie de un salto, echando llamas por los ojos.

—¡Maldito perro! —me gritó—. ¡Me has costado diez pavos!

Frank Sellers echó atrás su cabeza y se rió con todas sus fuerzas.

—¡Eso es bueno! —dijo, entre carcajadas—. ¡Eso sí que es bueno!

—Ingrato, desagradecido… —la voz de Berta quedó ahogada por la emoción.

—Está bien, Claire —le dije—. Lamento haber subido la escalera. Debió usted salir a telefonear o a comprar algo. La puerta estaba abierta. Entré y esperé que llegara y entonces empezó a sonar el timbre de la puerta. No sabía quién era, y por ello me deslicé ahí y cerré la puerta.

—En tal caso, llegaste aquí antes que Berta —dijo Sellers.

—Eso mismo —contesté.

Sellers dejó de reírse. Se fue hacia la puerta y me dijo:

—Enséñame cómo lo hiciste para cerrar este cerrojo una vez dentro de la habitación, Lam.

Supe que me había cogido. En la parte interior de la puerta no había pomo alguno.

Sellers se rió y dijo:

—Ya basta con eso. Alárgame las muñecas, Donald. En seguida.

—Espera un minuto, Frank. Quiero terminar con ese…

—Dame las muñecas —ordenó, pero esta vez en su voz sonaba el timbre de una brutal autoridad.

Conocía aquel tono de voz. También conocía aquel brillo de sus ojos. Extendí mis muñecas y Sellers me puso las esposas, luego me registró, por si llevaba algún arma, y me dijo:

—Está bien. Ahora siéntate. Si tienes algo que decir, ya puedes empezar a hacerlo. Estás detenido. Se te acusa del asesinato de Lucille Hollister. Todo cuanto digas, puede ser utilizado en contra tuya. Ahora háblame hasta que se te caiga la maldita cabeza, si quieres.

—Yo no la maté —dije.

—Sí, ya lo sé. Tú entraste allí y la hallaste muerta y te embadurnaste de carmín alrededor de tu boca y luego fuiste al

dormitorio de la otra chiquilla, a esperarla. Jamás lo habría creído de ti, Donald. Siempre pensé que eras un tipo muy raro, pero no que lo eras tanto.

—Volvamos al comienzo de este asunto, Sellers —le dije.

—¡Tonterías! —repuso Sellers, pero luego añadió apresuradamente—: Está bien. Sigue hablando.

—Todo cuanto vas a oír será, para ti, algo que me acusará aún más. Pero te ruego que me des una oportunidad. Libra tu mente de todo prejuicio. Olvídate de que eres un policía y veamos lo que sale de todo eso.

—Tú das la fiesta —me dijo Sellers—. Continúa y sirve los refrescos.

—Adentrémonos en la historia del hecho, Sellers —le dije—. Lucille Hollister estaba loca por su hermanita Rosalind. Ésta amaba a Stanwick Carlton. La esposa de éste se ve que corrió lo suyo. Por lo menos, eso pensaba Lucille. Deseaba echar a perder el matrimonio de Stanwick Carlton.

—¿Quién te dijo todo esto? —preguntó Sellers.

—Lucille.

—¿Cuándo?

—Precisamente antes de morir.

Los ojos de Sellers brillaron, como los de un cazador que descubre un rastro reciente.

—¿De modo que confiesas que estuviste en su dormitorio con ella antes de que muriera?

Le miré directamente a los ojos y le dije:

—¡Sí!

—¿Por qué la mataste, Donald? ¿Fue un asesinato pasional?

—No seas idiota —exclamé—. En primer lugar, yo no la maté. En segundo, no fue un asesinato pasional. Alguien la mató para evitar que hablara.

—¿Acerca de qué?

—Eso es lo que trato de explicarte; lo que intento descubrir.

—Continúa —dijo Sellers, y luego, dirigiéndose hacia Claire Bushnell, añadió—: Usted oyó cómo confesaba estar con ella antes de que muriera, ¿verdad?

Claire Bushnell, con el rostro blanco, tenso, asintió con la cabeza.

—Eso da cuenta de Lucille Hollister —dije—. Se dedicaba a seguir a Minerva Carlton, pero esta vez Minerva Carlton no jugaba.

—Ya comprendo —dijo Sellers con ironía—. Se fue a aquel albergue con Dover Fulton, sólo porque quería enseñarle a jugar a la «canasta», pero se quitó la blusa para que no se arrugaran las mangas.

—Minerva Carlton quería jugar una partida muy seria —dije—. Vino a ver a Claire Bushnell, aquí, y le dio un cheque de quinientos dólares, con instrucciones referente a lo que debía hacer Claire. Tenía que ir a contratar los servicios de Berta Cool, para tratar de descubrir todo lo posible acerca de un hombre que solía visitar a la tía de Claire Bushnell.

Sellers miró a Claire.

La muchacha asintió con la cabeza.

Ahora, por fin, sintiéndose interesado, Sellers me dijo:

—Continúa, Lam. ¿Qué más?

—Me cuidé yo del trabajo —seguí diciendo—. Ese hombre resultó hospedarse en el Hotel de las Armas, de Westchester. Estaba inscrito bajo el nombre de Tom Durham… Ahora bien, ¿por qué supones que Minerva Carlton estaba interesada en hacerle seguir?

—Pues, no lo sé, ¡caramba! —dijo Sellers—. No adivino el pensamiento.

—Cuando Lucille Hollister fue al albergue para automovilistas, conmigo, abrió el bolso sacó un paquete de cigarrillos y fósforos. Dejó los cigarrillos y los fósforos sobre una mesa de aquel rincón. Los fósforos eran del club «Cabanita».

—¿Y qué? —preguntó, Sellers.

—Y cuando sacó aquel paquete de cigarrillos —seguí explicando —, se olvidó por completo que lo había usado como escondrijo de un pequeño trocito de papel. Fue desgarrado de un «menú» del club de Cabanita, y sobre él se había escrito: *Albergue del Valle*.

—¿Y allí fue donde te llevó Lucille Hollister? —preguntó Sellers.

—Exacto.

—Donde se suicidaron Dover Fulton y Minerva Carlton, ¿verdad?

—Donde fueron asesinados —corregí.

—¡Vaya, vaya! ¡La partida va aumentando! —dijo Sellers—. ¿Quieres decir que fueron asesinados con la puerta cerrada por

dentro?

—Eso mismo.

—Sigue hablando —ordenó Sellers—. Puede ser que te detengamos, acusado de dos asesinatos más, por si acaso no te podemos condenar por el primero.

—La puerta estaba cerrada por dentro, muy bien —dije—, pero… ¿quién sabe *cuándo* fue cerrada con llave por dentro?

—¿Qué es lo que insinúas?

—Se hicieron varios disparos —añadí.

—Es verdad. Uno en el maletín. Otro sobre Dover Fulton, y el último sobre Minerva Carlton.

—Lo cual suman cuatro —dije.

—¿Cuatro? —saltó Sellers—. Oye, ¿estás loco? Son tres.

—¡Cuatro!

—¿Qué pretendes ahora? ¿Empezar una discusión? —me dijo Sellers, de mal talante.

—¿Cuántos cartuchos se dispararon con la pistola de Dover Fulton?

—Tres.

—Sólo quedaron dos cartuchos cargados.

—Bueno… Eso es porque solía llevarla con un espacio vacío en el cilindro, debajo del gatillo. Muchas personas lo hacen, porque es más seguro.

—De modo que había un espacio vacío, tres cartuchos disparados y dos llenos, en la pistola de Dover Fulton.

—Eso mismo.

—Se dispararon cuatro cartuchos —afirmé.

Sellers empezó a mirarme con cierto aire de respeto.

—Claro que sí, Lam —dijo—. *Podrías* estar en lo cierto. ¿Qué más sabes acerca de esto?

—Me limito a sumar dos y dos —repuse.

—Y hacer que sumen cuatro —dijo Sellers, riéndose de su propio chiste.

—Eso es: y hacer que sumen cuatro —le dije—. Si Dover Fulton hubiera disparado la pistola en un suicidio convenido, ¿cómo habría podido disparar contra el maletín?

—Pudo haber disparado contra la muchacha y fallar el primer tiro.

—¿Fallar por tanta distancia? El maletín estaba en el suelo.

—¡Diablos! —dijo Sellers—. Ella pudo haber estado inclinada sobre el maletín, preparándose a meter algo en su interior, y él decidió que la sorprendería.

—Eso me gusta —dije—. La muchacha está inclinada sobre el maletín, arrodillada en el suelo, preparándose para abrirlo. Dover Fulton detrás de su cabeza. La va a coger de sorpresa.

—¡Bueno…! —admitió Sellers—. Pudo haber sido así.

—Está bien. Supongamos que figuró el elemento sorpresa. ¿Qué habría ocurrido? ¿Qué habría hecho la muchacha? —le dije.

—Pues, naturalmente, ponerse en pie de un salto.

—Y volverse de cara a él —añadí.

—Bien, ¿qué?

—En tal caso el segundo disparo habría dado en la parte delantera de su cabeza.

—Pero no forzosamente. Se volvió para encararse con él. Entonces se dio cuenta de lo que ocurría y empezó a correr.

—¿Y luego le disparó, tocándole la parte posterior de la cabeza?

—Exactamente.

—En dos palabras: le falla el disparo, cuando la tiene quieta y arrodillada y él está de pie, detrás mismo de la joven. Pero cuando la muchacha se levanta y echa a correr, entonces él acierta un tiro soberbio; un perfecto ojo de buey.

Sellers se rascó la cabeza, diciendo:

—¡Al diablo, ya! Ignoro lo que sucedió, pero esto es una explicación.

—Una explicación que no explica nada —dije—. Te diré lo que ocurrió: en aquella habitación se hicieron tres disparos. La persona que estuvo allí sabía que debía justificar tres disparos. No se encontraba en situación para hacerlo, por eso cogió la pistola y el maletín. Los sacó al exterior, lo bastante lejos para que no se oyera la detonación. Y disparó una bala sobre el maletín. Volvió a traer el maletín a la casita, lo dejó allí, colocó la pistola en la mano de Dover Fulton, cerró la puerta con llave, desde el interior, y salió de la habitación por la ventana.

—No te entiendo —dijo Sellers—. ¿Para qué se tomó tanta molestia? ¿Por qué lo hizo?

—Porque tenía que justificar el tercer disparo; la tercera bala.

Tuvo que ponerla en el maletín.

—Pero eso suman *cuatro* balas, tal como lo dices ahora —dijo Sellers.

—Exactamente.

—¿Y por qué tuvo que disparar una cuarta bala, para justificar la tercera?

—Porque —terminé— llevaba la tercera bala sobre su cuerpo.

Por espacio de cuatro o cinco segundos, Sellers me miró, parpadeándole los ojos, tratando de digerir la idea. Luego dijo:

—Es una teoría, nada más. Sólo una teoría… pero es una teoría.

—Es mucho más que una teoría —le dije—. ¿Dónde estaban las ropas de la mujer, cuando hallaste los cadáveres?

—Parte estaba puesta sobre la mujer y parte estaba… ¡veamos!, creo que el resto estaba en el maletín.

—Eso lo confirma —dije—. Una mujer que se desnuda en un albergue, en un fin de semana, no se quitaría su blusa, la enrollaría y la pondría apretada dentro del maletín. El asesino sintió pánico y metió la blusa, revuelta, dentro del maletín, de cualquier forma, y luego lo cerró.

—Pareces saber mucho de todo esto —dijo Sellers, y después añadió, significativamente—: Claro. Deberías saberlo. Estabas allí, acampado en el albergue en aquella hora.

Pareció reflexionar sobre todo aquello y estalló de pronto:

—¡Voto a tal! ¡Ahora empezamos a ir a alguna parte! Quiero que ustedes recuerden cada palabra de las que está diciendo ese individuo. Estaba allí, a la misma hora. Si fue un asesinato, él lo hizo.

—No fui yo —le dije—. Por la sencilla razón de que no llevo aquella tercera bala en mi cuerpo. Echa una mirada a las fotos que muestran el interior de aquella habitación donde encontraron los cadáveres. Fíjate en las toallas que cuelgan del toallero.

—¿Qué ocurre con ellas?

—Una toalla de baño. Dos toallas para las manos.

—¿Y bien?

—El equipo normal son dos toallas de baño y dos para las manos. ¿Qué le sucedió a la otra toalla de baño?

—Pues no lo sé —exclamó Sellers—. No es mi trabajo el ir repasando la lista de la lavandera.

—El asesino resultó herido, y se enrolló una de las toallas de baño alrededor de la herida, para detener la sangre. Probablemente no sangró mucho, pero la toalla de baño fue usada para este fin.

—Es una teoría muy arriesgada, Lam. Muy alocada. Una teoría muy vaga —me dijo Sellers.

—Cierto que lo es. Pero merece la pena investigarla.

—Tienes razón al decir que vale la pena investigarla —intervino Berta Cool—. Piensa en lo que significa para la Compañía de Seguros, Frank.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Sellers.

—Suicidio dentro de un año; las pólizas no tienen valor alguno —dijo Berta, con codicia—. Muerte, *sin* ser por suicidio: las pólizas valen cuarenta mil dólares; muerte por accidente, dobla el valor de las pólizas, lo cual significa ochenta mil dólares.

Sellers lanzó un silbido.

—Estamos trabajando en eso… es decir, estoy trabajando en el asunto —dijo Berta.

—Sigue —me rogó Sellers—. Continúa hablando, Donald Lam.

—No se trató de ningún asunto amoroso, ni mucho menos —seguí diciendo—. Minerva Carlton estaba siendo víctima de un chantaje. El chantajista quería una suma muy crecida, demasiado para que ella la pudiera pagar. Si no pagaba, él la amenazaba con irle al esposo con el soplo.

—Si es que le hacían un chantaje, probablemente debió ser en este sentido —convino Sellers.

—La muchacha decidió jugarle una pasada al chantajista —dije —. Se dirigió a Dover Fulton. Había sido su antiguo patrón. Le gustaba. Puede que alguna vez se mostrara dulce con él: no lo sé. Pero, sea como fuere, le fue a ver y arreglaron las cosas de modo que Dover Fulton se hiciera pasar por esposo de Minerva Carlton. El chantajista no había visto nunca a Stanwick Carlton. Fulton representó su papel y puede que dijera: «¿Y qué? Mi mujer ha sido indiscreta, pero yo la perdono». Se besaron e hicieron las paces delante del chantajista, y Fulton, representando el papel de Stanwick Carlton, le dijo: «¡Y ahora, largo de aquí!».

—Podría ser —admitió Sellers, después de reflexionar un momento—. Necesitarías pruebas.

—¡Trataba de obtenerlas cuando me pusiste esto! —le dije,

extendiendo mis manos esposadas.

—¡Claro que te las puse! —dijo Sellers—. Fuiste cogido con las manos tintas en sangre, en un asesinato.

—Yo no la maté.

—Pues no debiste huir, amiguito. Ya sabes lo que ocurre cuando se trata de huir. Creíste que podrías largarte y quedar tan tranquilo. No pensaste que alguien que te hubiera visto podría identificarte. Pero dio la casualidad de que seguí una corazonada que me llevó a buen camino. Recordé la descripción de la rubia, que tú me hiciste, la cual coincidía absolutamente con la de la muchacha asesinada. Me fui…

—Sí, lo sé —le interrumpí—. Lo han dicho todo por la radio.

—Y examiné el libro —me dijo Sellers, mirándome con ojos llameantes—. Y tus huellas digitales estaban por toda la cubierta de papel.

—Claro —dijo—. Como que estuve allí leyendo.

—Es la segunda vez que lo ha confesado —observó Sellers a Berta Cool y a Claire Bushnell—. ¡Recuérdenlo!

—Existen muy buenos motivos para creer que el chantaje…, sea lo que fuera lo que lo motivaba…, se centraba alrededor del club Cabanita. Ya sabes lo que ocurre en estos lugares. Los juerguistas concurren allí, siempre que pueden, y también los indeseables. De cuando en cuando algún tipo… muy listo, con buena memoria y retentiva para las facciones… se entera de quién es el que está pasando un buen ratito. Si da la coincidencia de que se trata de un hombre casado y que no sea de la ciudad o de alguien que vive en la ciudad, pero se divierte un poco el fin de semana, los chantajistas los examinan. En casi todos estos lugares hay chantajistas que van rondando, al acecho de posibles víctimas, o en otras palabras: numerosos chantajistas concurren a estos lugares y se dedican a mirar a la multitud, tratando de captar el número de matrícula de los coches o algo que pueda traducirse en efectivo metálico. Por lo corriente es un trabajo muy delicado y que se basa en meras suposiciones, pero estoy seguro de que este chantaje tiene su eje en el club Cabanita. Creo que Tom Durham anda metido en él y me figuro que Bob Elgin sabe quién es Tom Durham y dónde se le puede encontrar. Estaba hospedado en el Hotel de las Armas, de Westchester. Se marchó de allí la noche del asesinato. Entonces creí

que fue debido a que se dio cuenta de que le seguía. Pero ahora veo que fue porque sabía que iba a haber tiros. Me gustaría echarle el guante. Podríamos hallar una bala del 0,32 escondida en alguna parte de su anatomía.

—Está bien. Lo tendré presente y veré lo que se puede hacer —me dijo Sellers.

—Empecé a rondar por los alrededores del Cabanita anoche —dije—. Y obtuve algunas de las fotos que se habían tomado en su interior. A alguien no le gustó aquello. Trataron de cogerme. Escapé muy justito de recibir una buena tunda. Tenía algunas fotos y una dirección. La dirección era la de la rubia que fue asesinada anoche. Fui allí para comprobar, para saber quién había en aquella dirección. Lo encontré. Alguien me debió seguir o supo que me dirigía hacia allí.

—Eso es lo que *tú* dices —observó Sellers.

—Y por eso —concluí— es por lo que quiero aclarar todo este asunto. Es mi única oportunidad de salir bien librado. Vayámonos a ver a la tía de Claire Bushnell antes de que haya tenido tiempo de urdir una buena historia. Estaba siendo víctima de un chantaje. Creo que el chantajista mantendrá el contacto con ella, probablemente por teléfono. No creo que Tom Durham haga grandes caminatas hoy, ya que creo que tiene una bala del 0,32 incrustada en alguna parte. Todo cuanto tienes que hacer es pararte cerca de la casa de Amelia Jasper, de camino hacia el cuartel general, y darle una buena sesión de interrogatorio.

—Sí, y perder mi licencia por hacerlo —me dijo Sellers, burlón —. ¿Qué te imaginas que soy? Un estúpido que se va a presentar de improviso en casa de la tía rica de alguien y decirle: «Escuche, señora: ¿está siendo usted víctima de un chantaje?».

—Eso lo vas a dejar de mi cuenta. No quería pedir que lo hicieras tú. Todo cuanto tienes que hacer es sentarte y escuchar —le advertí.

Sellers reflexionó, luego movió la cabeza negativamente y dijo:

—Eso es un truco. Vamos al cuartel general.

Y añadió sonriendo:

—He pescado a un asesino. No está mal, para un día de trabajo. ¡Vamos!

Berta intervino:

—Por lo que más quieras, Frank. Dame una oportunidad a mí. Estás echando a rodar mi sociedad y lo ensucias todo con una publicidad grandiosa que me va a costar lo mío. Estoy sobre la pista de un asunto en el que se juegan ochenta mil dólares. Si lo que dice Donald es verdad, existe la posibilidad para mí de echarle un zarpazo a la Compañía de Seguros y ganarme un poco de dinero, contante y sonante.

Frank Sellers vaciló. Por fin me dijo:

—Si resulta que me traicionas con esto, te…

—¿Desde cuándo hay alguien que te engañe? —preguntó Berta.

Sellers me miró con el ceño fruncido.

—No se trata de ti, Berta. Es ese tipo. Nunca sabes lo que estará imaginando.

Tendí mis manos esposadas y dije con sorna:

—¡Sí! ¡Parece que soy muy listo!

—Podríamos darte una parte, Frank, si… —dijo Berta.

—No seas tonta —le interrumpí—. Frank no piensa en el dinero.

Sellers me dirigió una mirada de agradecimiento.

—Tienes la oportunidad de aclarar el asesinato del *Albergue del Valle*. Vas a tener ocasión de ponerte todo un penacho de plumas honoríficas en tu sombrero. Vas a poder deshacer una banda de chantajistas y podrás demostrar que Lucille Hollister fue asesinada de verdad; por qué fue asesinada y quién lo hizo —le dije.

—Serían muchos los que dirían que la respuesta a lo último que has dicho la tengo aquí mismo, ahora —me dijo Sellers, pero en su tono no había la nota de absoluta convicción que había tenido antes.

—Y —seguí diciendo—, en San Robles hay una viuda con dos niños. Esas criaturas tienen que crecer, deben ir a la escuela. Deben poder seguir una carrera, si es que quieren abrirse verdadero paso en el mundo. Hoy en día se necesita educación, y la educación cuesta mucho dinero. Hay una mujer allí que desconoce de dónde le vendrá su próximo centavo. Ahora bien, si lo hicieras todo a mi modo y le podíamos ofrecer ochenta mil dólares…

—Bien, tú lo has dicho —exclamó Sellers—. Vamos allá.

Todos nos pusimos en pie y yo dije:

—¿Qué hay de esas esposas?

—Déjalas donde están —aconsejó Sellers, sonriendo—. No te

acuerdes de ellas. Puedes andar muy bien si mantienes las manos delante de ti apoyadas en el cinturón.

—Podría hacer eso mucho más bien si me las quitaras.

—¿Bien a quién? —saltó irónico.

—Lo malo contigo es que tienes la mente de un policía. Vamos, en marcha.

Nos apretujamos en el ascensor, bajando hasta la planta baja, y luego subimos al coche de Frank Sellers.

—¿Qué dirección? —preguntó Sellers.

—Korreander, 266 —respondió Claire.

Sellers aceleró el coche.

—Será mejor que uses la sirena —le advertí.

Sellers me envió una mirada furibunda y se dedicó a prestar atención al volante.

Aminoró la velocidad del coche hasta unas prudentes treinta millas por hora antes de llegar a la manzana de Korreander donde empezaba la numeración de los 200, luego se paró ante la casa de estuco blanco.

Salimos todos y subimos los peldaños del porche. Sellers llamó al timbre.

Susie, la doncella con las articulaciones sueltas, vino con deliberada calma por el corredor. Abrió la puerta y por un momento pensé que iba a retroceder al ver a Frank Sellers. Luego dejó que su rostro quedara petrificado en unos rasgos inexpresivos de indiferencia marmórea.

—¡Hola, Susie! —le dijo Claire—. ¿Está tía Amelia en casa?

La criada vaciló.

Frank Sellers apartó su americana y dejó al descubierto su placa de agente.

—¿Está en casa? —preguntó.

—Sí.

—Vamos —dijo Sellers, y se abrió paso sin esperar que anunciaran su visita.

Susie le miró con ojos que despedían llamas, pero se quedó donde fue empujada a un lado, impotente. Antes de que llegáramos al salón, su presencia de ánimo volvió a dar señales de vida, y gritó, con tono agudo:

—¡Señora Jasper! ¡Claire y la Policía vienen a verla!

Sellers, cogiéndome del brazo con una mano abrió la puerta con su mano izquierda y entramos en el salón.

Amelia Jasper alzó la mirada, desde su silla de ruedas, y nos bañó con su más atractiva sonrisa.

—¿Cómo están? —dijo—. Hagan el favor de sentarse. ¡Hola, Claire, encanto! ¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

—Bueno, como sea que no puedo levantarme, tú harás las veces de ama de casa, Claire. Esta ciática otra vez. Reminiscencias de aquel espantoso accidente de automóvil. Desearía poder hacer algo para vencer el dolor. He tomado aspirinas hasta sentirme mareada… Pero, siéntese, por favor. Discúlpeme si parezco algo desvaída. ¡He tomado tantísima droga!

Sus ojos se medio cerraron, luego pareció rehacerse un poco y alzó los párpados.

Nos sentamos y entonces se dio cuenta de las esposas.

—¡Pero señor Lam! —dijo y añadió luego—: Seguramente no estará usted… ¿Por qué…?

Susie Irwin, la doncella, acabó la frase desde el umbral:

—Lo oí en la radio, señora. No quería decirle nada. Es el que mató a esa Lucille Hollister, anoche. ¿Recuerda que lo leyó en el periódico? ¿El asesinato de la media?

—¡Donald Lam la mató! —exclamó Amelia Jasper, con voz incrédula—. Pero… si yo pensé que era tan simpático. Pero… ¿por qué?… ¿Y le traen aquí?

—Para tratar de aclarar un par de aspectos del caso —terció el sargento Sellers, en tono de disculpa.

—No quiero a ese hombre en mi casa. No quiero estar cerca de él. Lo leí en el periódico… los espantosos y nauseabundos detalles… lo siento… pero yo no…

—Dos preguntas nada más, tía Amelia —dijo Claire—. Sólo un par de cosas que la Policía desea aclarar. Si contestas rápidamente a las preguntas, se irán más pronto.

—Bien; no les quiero aquí en modo alguno —dijo Amelia Jasper —. ¿Y qué preguntas puedo contestar yo? Sólo vi una vez a ese hombre, cuando…

El sargento Sellers la interrumpió diciendo:

—Queremos saber algo referente a un hombre llamado Durham.

—¿Qué quieren de él? —exclamó Amelia Jasper de un modo súbito.

—Creíamos que podía haber cierta relación entre él y ese tipo, Lam.

—Pues, ciertamente, no la hay —dijo Amelia Jasper—. El señor Durham es un joven muy simpático.

—¿Hace mucho tiempo que no le ha visto? —pregunté.

Me miró con ojos llameantes y repuso:

—No tengo por qué contestar a sus preguntas.

—El motivo de mi pregunta es porque creo que Durham puede estar mezclado con algo que ocurrió en el *Albergue del Valle* —le dije, prescindiendo de su negativa.

Ella alzó la barbilla y no hizo el menor caso de mis palabras.

—Además —continué—, creo que es un chantajista.

—¡Un chantajista! —dijo con desprecio.

—¿La ha hecho víctima de un chantaje? —le pregunté.

No hizo el menor caso de la pregunta.

—¿Lo ha hecho? —preguntó Sellers bruscamente.

—No veo por qué tengo que contestar a una serie de preguntas relacionadas con mis asuntos personales ante un hombre que pertenece al más bajo tipo de asesinos, un hombre que trató de insinuarse en esta misma casa fingiendo ser un escritor que me iba a ayudar a conseguir una satisfacción en mi reclamación contra la Compañía de Seguros. ¡Santo cielo! ¡Cada vez me maravillo más de que no me hayan encontrado tendida en el suelo con una media alrededor del cuello!

—¿Trató de hacerle un chantaje ese Durham? —le interrumpí.

No me hizo caso.

—¿Sí o no? —intervino Sellers.

—Ignoro qué será lo que les ha sugerido esta idea.

—Si no la hacía víctima de un chantaje, ¿qué era lo que quería? Vamos, no perdamos el tiempo. Dé una respuesta directa. ¿Qué hacía aquí ese hombre?

—Teníamos algunos negocios de los cuales hablábamos con frecuencia —contestó.

—¿Qué tipo de negocios? —contesté.

—Una mina —me respondió.

—¿Qué clase de mina?

—Una mina de plomo.

—¿Situada dónde?

—En Colorado.

—¿Está segura de que era una mina de plomo? —pregunté, y logré dirigirle una sonrisa de triunfo.

Esa sonrisa la trastornó. Pensó que había caído en una trampa.

—Bueno —dijo—; había plomo en ella mezclado con oro.

—Bien. ¿Con qué piensa hacer dinero, con el plomo o con el oro?

—Lo ignoro. No me documenté hasta este extremo. No profundicé mucho en el asunto.

—Así, ¿no estaba usted interesada en hacer una inversión?

—No.

—Entonces, ¿por qué veía a Durham con tanta frecuencia? ¿Por qué volvía aquí? ¿Por qué…?

—No voy a tolerar que me interrogue de esa manera en mi propia casa —exclamó, indignada—. ¡Eso es ultrajante! ¡Sargento, voy a dar parte de su comportamiento al permitir esto…!

Sellers se movió intranquilo en su silla.

—¡Es usted una bestia horrible! —dijo Amelia Jasper volviéndose hacia mí. Luego, se dirigió a Sellers, estremeciéndose —: Una dulce muchachita como aquélla y en el mismo instante en que le ponía sus manitas en la cara para atraer su rostro y poderle besar, y él…

—¡Un momento! —grité—. ¿Cómo sabe usted que puso sus manos en mi cara para que pudiera besarme?

—Lo dijeron por la radio.

—No es verdad. No lo dijeron. ¿Cómo lo sabe usted? Y tampoco lo trae el periódico.

Me incliné hacia delante en mi silla para buscar su mirada.

—No lo sé —dijo—; ya les he dicho que tomé tanta droga que…

—Yo se lo dije a usted —dijo Susie Irwin—. Yo lo oí por la radio.

—¿Y cómo fue que lo oyó por la radio? —dije—. ¿Dónde estaba escondido el locutor? ¿Cómo supo él de qué modo fui besado?

—Supongo que la Policía daría la información. No lo sé. Probablemente tendrán algunos testigos.

—Es verdad —dijo Amelia Jasper—. Susie me lo dijo.

Me volví a sentar cómodamente en la silla y murmuré:

—Eso lo aclara todo. Fui un estúpido.

—¿*Qué* es lo que aclara *qué*? —dijo Sellers, irritado—. Y en lo que se refiere a ser un estúpido, soy yo el que merezco ese calificativo, por dejarme engañar con tus artimañas.

—Pero, ¿es que no lo comprendes ahora? —le dije.

—¿Comprender el qué?

—Durham era un chantajista, de acuerdo; pero no era él el cerebro director de la banda, y no hacía ningún chantaje a esa mujer. Haz venir a un médico aquí y échale un vistazo al dolor ciático de esa mujer y verás que es causado por una bala del calibre 0,32.

Amelia Jasper se puso a gritar enojada:

—¡Saquen a ese hombre de aquí! ¡Lo exijo!

—¡Vamos! —apremié—; llama a un médico.

—¡Estás chiflado! No puedes hacer cosas de esta índole, Lam. Estás hablando para ver si logras salvarte tú.

—No seas bobo —le dije—. Ahora puedes verlo todo muy claro. Ese súbito rebrote de la ciática es debido al hecho de que el primer disparo que se hizo en el *Albergue del Valle* se incrustó en su cadera.

—¡Sargento! —dijo Amelia Jasper con su rostro cubierto por una máscara furiosa—; exijo que salgan todos de mi casa inmediatamente. He aguantado todos los insultos que he podido resistir. Susie, quieres ir al teléfono y llamar a la Policía si esos señores no…

—Lo siento —se disculpó Frank Sellers—. Vamos, Lam. Con tu mente superior me has metido en un endiablado asunto; una situación muy desagradable. Ponte en marcha. Eso es lo que se saca por tratar de daros una oportunidad a Berta y a ti.

Me zarandeó hasta hacerme perder el equilibrio y, sin darme cuenta, alargué las manos para sostenerme. El acero de las esposas me cortó la muñeca, dejándomela insensible de tanto dolor.

—Espero que nos disculpará, señora Jasper, por favor —dijo Sellers—. Sólo trataba de aclarar el caso.

—Ábreles la puerta, Susie —ordenó la señora Jasper.

La doncella empezó a andar por el corredor.

Me volví a Sellers y vociferé:

—¡Maldito estúpido! ¿No puedes ver ahora lo que ocurrió?

Ella…

Sellers me dio un golpe en la boca.

—¡Cállate! —me dijo secamente.

Me arrastró por el corredor. Claire Bushnell lloraba.

Berta Cool venía en la retaguardia. Susie estaba de pie, triunfalmente, al lado de la puerta abierta.

Volví la cabeza y dije con tono implorante:

—¡Berta!

Sellers me dio un cachete tan fuerte en la cabeza que por poco me rompe la nuca.

Pero en aquel breve momento pude ver que Berta Cool volvía hacia atrás.

Estábamos a medio camino de la puerta delantera cuando llegó un grito procedente del salón. Luego se oyó el ruido de una silla al ser volcada, rumor de lucha, otro grito, y la voz de Amelia Jasper que pedía auxilio.

La voz de Berta Cool decía:

—¡Eso lo aclara todo! ¡Maldita embustera! Estate quieta o te rompo el pescuezo… ¡Frank, vuelve aquí…!

Sellers vaciló sólo un momento, luego me hizo dar la vuelta y me arrastró corriendo por el corredor.

La silla de ruedas estaba derribada a un lado de la habitación. En el suelo se veía un vendaje manchado de sangre. Berta estaba tranquilamente sentada sobre la espalda de Amelia Jasper y agarrándole una pierna con una presión de zarpa de hierro.

Con la otra pierna, Amelia Jasper daba patadas, chillando y pidiendo auxilio.

Sellers gritó:

—¡No puedes hacer esto, Berta! ¡No lo puedes hacer!

Sellers agarró a Berta por los hombros.

—¡Un cuerno no puedo! —dijo Berta hoscamente—. Ya lo he hecho. Mira el orificio de la bala.

—Déjala levantar, Berta. ¡No puedes hacer esto!

—¡Te digo que ya lo he hecho! —exclamó.

De nuevo Sellers trató de levantar a Berta cogiéndola por los hombros.

Ella le dio un empujón tal que le hizo perder el equilibrio y por unos momentos osciló vacilante tratando de recuperarlo.

En el umbral estaba en pie Susie Irwin, la doncella, con una cara grave y decidida, con aspecto que no dejaba lugar a dudas sosteniendo en su mano un revólver de azulado acero.

—¡Manos arriba todo el mundo! —dijo.

El decidido propósito que se adivinaba en el tono de su voz penetró como un cuchillo afilado en la mente de todos.

—Usted también, sargento. ¡Levante las manos! —le dijo Susie.

Sellers se volvió con demasiada rapidez y Susie Irwin apretó el gatillo. La habitación se llenó de ensordecedor ruido, y Sellers, aturdido, miró la sangre que manaba de su malparada mano derecha.

La cruda realidad de la situación se grabó en todos los presentes. Susie Irwin no bromeaba.

Amelia Jasper logró ponerse en pie con gran esfuerzo.

—Vamos, Amelia —le dijo Susie.

Amelia corrió como pudo, con una sola pierna, y se veía que cada movimiento le causaba una verdadera tortura.

Sellers trató de sacarse la pistola con la mano izquierda. No lo consiguió. Berta Cool se puso en pie, y echó a correr con todo su ímpetu hacia el corredor, como un tanque entrando en tromba.

Susie Irwin se detuvo en la puerta delantera, dio la vuelta y apuntó resueltamente.

Adelanté mi pie y pude hacer la zancadilla a Berta Cool. Cayó con un estrépito tal que hizo retemblar todo el edificio. En aquel instante Susie apretó el gatillo y la bala pasó silbando por el aire, en el mismo nivel donde el amplio tórax de Berta Cool la habría recibido de no haberla hecho caer yo.

La puerta delantera se cerró con un portazo.

Se oyó el ruido de un motor.

El sargento Sellers le gritó a Berta:

—¡Sácame mi pistola de la funda, a la derecha y pónmela en mi mano izquierda!

Claire Bushnell fue la que lo hizo. Sellers, con la pistola en su mano izquierda, se lanzó hacia la puerta delantera.

Llegó a tiempo de ver la parte posterior de su coche de la Policía doblando por la esquina con grandes chirridos de los neumáticos.

Se quedó allí, de pie, furioso, aturdido y blasfemando. Se volvió hacia mí.

—Eres responsable de esto. Seré el hazmerreír de…

—¡Cállate ya! —le dije—. Quítame estas esposas y empieza a radiar una alarma general a todos los coches. Estás a punto de ser ascendido y ¡eres demasiado idiota para darte cuenta de ello!

capítulo quince

FRANK Sellers me miró de reojo y torpemente enrolló un pañuelo alrededor de su mano derecha usándolo como un torniquete para detenerla hemorragia.

—¡Eso es todo cuanto salgo ganando por escucharte! —me dijo con acento feroz.

—¿Qué es?

—Una mujer me ha cogido como un incauto para zurrarme; me hace un disparo y se escapa con mi coche de la Policía. ¡Soy un espectáculo digno de ser contemplado!

—Mira si puedes encontrar una toalla para vendarle el brazo, Berta —dije mirando a mi compañera.

—Estoy bien —dijo Sellers—. Ya cuidaré de mí. Busca un taxi, Berta, y nos iremos al cuartel general. ¡Maldición! ¡Seré el hazmerreír de todo el departamento! ¡Herido y burlado por una mujer!

—Trata de encontrar una toalla de baño, Berta —insistí.

—¡Una toalla de baño! —exclamó aquélla—. No es necesario vendarle el brazo; sólo atarle algo tal como lo lleva ahora. Ese pañuelo va de primera. Parará la hemorragia y…

—Ya que te empeñas en que lo diga con todas sus letras, ¡a ver si encuentras una toalla de baño que tenga el nombre del *Albergue del Valle* bordado en un extremo! —tuve que decirle al fin.

—¡Está bien! ¿Por qué no lo dijiste antes? —gritó Berta Cool.

—¡Te lo digo ahora! —repuse.

—¿Vas a buscar un taxi o no? ¡Demonio! ¡Tendré que ir yo mismo! —gritó Sellers, furioso.

Se dirigió al teléfono, cogió el receptor, lo dejó sobre la mesita, marcó un número con la mano izquierda y luego volvió a coger el receptor, diciendo:

—Aquí el sargento Frank Sellers de la Policía. Estoy en el número 226 de Korreander y deseo un taxi al momento. Hará el favor de venir volando, ¿verdad?

Esperó unos momentos para que le confirmaran la dirección, lanzó un gruñido y colgó el receptor dando un fuerte golpe.

Berta, que se había metido en el interior de la casa, iba dando portazos detrás de sí. Claire Bushnell, atemorizada, pero deseando ayudar, se movía alrededor del sargento Sellers.

—¿Puedo echarle un vistazo a la mano? —preguntó.

—Afortunadamente —le confirmó Sellers— creo que dejó sanos la mayor parte de los huesos, excepto el dedo pulgar. Ése está un poco malparado —se volvió a mí, y dijo—: Voy a deteneros a los dos, a Berta y a ti por esto, Lam.

Berta me hizo perder el equilibrio, o de lo contrario habría…

—Probablemente, Berta te salvó la vida —le interrumpí.

Me miró como si quisiera rebanarme la cabeza con la mirada.

Oímos los pasos de Berta, que venía con rapidez por el corredor. Entró en el salón mostrando triunfalmente una toalla de baño manchada de sangre, con las palabras *Albergue del Valle*, bordadas en hilo rojo.

—Aquí está, encanto —espetó—. La encontré en un cesto para la ropa sucia en el cuarto de baño. La mujer ésa fue bastante descuidada al tirarla con la ropa sucia.

—Estaba muy segura de que nadie vendría a buscarla aquí —le dije—. Envuélvela en un trozo de papel, querida. Antes será mejor que pongas tus iniciales en ella con la estilográfica para que puedas certificar dónde la encontraste.

Sellers dijo:

—No os preocupéis. Si hay alguna prueba yo me haré cargo de ella.

—No queremos que pongas tu sangre en ella, sargento. Estás sangrando de esa herida en tu mano. Deseamos conservar la sangre que hay en esa toalla como prueba —le repliqué.

—No voy a caer en ninguna más de tus estratagemas, Donald —me dijo—. Vendrás al cuartel general. Quedarás detenido. Eso es lo que debí hacer contigo en primer lugar. Y luego voy a saldar una cuentecita con esas dos mujeres.

—¡Ya lo creo! —dije—. Los periodistas estarán a tu alrededor

como un enjambre de moscas. Querrán saber todos los detalles del modo como la mujer te hirió.

—Está bien. Se lo diré.

—Berta te salvó la vida —continué—. Te empujó sacándote de la línea de fuego.

—¿De qué demonios me estás hablando?

—Del modo como Berta te salvó la vida —repetí—. Y si es que crees que vas a parecer muy bonito en letra de molde…

—¡Berta no me salvó la vida! —gritó—. Me dio un empujón que me hizo perder el equilibrio cuando aquella tía del rostro de palo me disparó. Berta, si vuelves a poner tus manos sobre mi persona otra vez, no me importará que seas una mujer o no. ¡Te abriré la mandíbula de un puñetazo!

—Pruébalo —dijo Berta en son de guerra, y añadió luego—, es decir, si te sientes capaz de hacerlo.

—Está bien, Frank —dije—, si es que lo quieres tomar a las malas. Vamos a poner las cartas sobre la mesa. Ahora te vas al cuartel general y te verás metido en el peor embrollo de tu vida. Me has arrestado, pero no puedes detenerme.

—¡Porque tú lo digas!

—Por un corto tiempo, tal vez —repuse—; pero ahora ya hay pruebas suficientes para que un abogado me pueda conseguir la libertad.

—No lo veo así —dijo Sellers—. Has descubierto que Amelia Jasper tiene una herida de bala en su muslo… ¿y qué?

—Está bien; todavía no tienes pruebas en contra de ella —le respondí—. Pero tampoco las tienes en contra mía… ahora no.

—¡Claro que las tengo!

—No, Frank; no las tienes. El hecho de que esa mujer relatara el modo como la muchacha me puso las manos en el rostro, demuestra que sabe lo que ocurrió. Estaba mirando desde el exterior de la ventana.

—Pero la muchacha, ¿puso las manos en tu cara?

—Sí, Frank.

Eso dio que pensar a Sellers.

—Ahora ha quedado bien demostrado que Amelia Jasper estuvo en el *Albergue del Valle*. Le estaría poniendo el bocado a Minerva Carlton. Ésta se hallaba en un apuro. Alguien sabía determinados

hechos que ella no quería que llegasen a conocimiento de su esposo. Por eso quiso probar de desvirtuar los hechos. Le rogó a Dover Fulton que representara el papel de su esposo.

—Todo eso ya lo dijiste antes.

—Algo debió ocurrir —seguí diciendo—. He aquí lo que ocurrió, probablemente. Dover Fulton sacó su pistola. Ambas mujeres, Amelia y Susie, estaban allí. Una de ellas le debió encañonar y Amelia Jasper dio la vuelta poniéndose de espaldas para irse. Susie, la doncella del rostro enjuto, probablemente le dio a Fulton en la cabeza con algo contundente. Entonces, de un modo convulsivo, apretó el gatillo de la pistola y la bala penetró en la cadera de la señora Jasper. Minerva Carlton hizo ademán de emprender la huida. Susie recogió el revólver y le metió una bala en la parte posterior de la cabeza. Entonces ya todos estaban comprometidos para poderse salir como si tal cosa. Mataron a Dover Fulton y decidieron darle la apariencia de un asesinato y suicidio. Pero tenían que justificar otro disparo extra. Finalmente, idearon la estratagema de meter el tiro sobrante en el maletín. Estaba en el suelo abierto. Probablemente la blusa se hallaba encima de todas las demás prendas. Minerva Carlton se llevó la ropa necesaria para dar la sensación de que con su esposo no deseaba mostrarse demasiado cargada de ropas en un sitio como aquél. Amelia Jasper agarró una toalla de baño y la enrolló alrededor de su pierna para detener la hemorragia. Cerró el maletín, y para poderlo hacer, se limitó a arrugar la blusa que había sido dejada descuidadamente encima de las demás ropas que en él había. Salieron de allí, anduvieron cosa de una milla carretera abajo, perforaron el maletín, sacaron un cartucho vacío de la pistola de modo que diera la sensación de que Dover Fulton llevaba la pistola con un cartucho vacío debajo del gatillo y luego regresaron al albergue, dejaron el maletín en su sitio, cerraron la puerta con llave desde el interior, se deslizaron por la ventana y se marcharon.

—Estoy tan harto de escuchar tus teorías que ni siquiera tengo nada que replicarte —dijo Sellers con aire de gran fatiga.

—Eso no es una teoría —le dije—. Es lo que ocurrió. Te lo digo porque será la entrevista que concederé a los chicos de la Prensa.

—Dásela, y que te emplumen.

—Quiere decir que has emprendido el camino con el pie

izquierdo. En vez de resolver realmente el asesinato de Lucille Hollister, lo has enredado todo de un modo atroz y has dejado que una mujer te pegue un tiro en la mano y te robe tu coche. Naturalmente, esto no dejará de colocarte en la posición preferente para ganar el premio al más bobo del pueblo. Cuando poses para las instantáneas de la Prensa, a podrás ir viendo los titulares: *¡Mujer sospechosa hiere a un oficial?, le roba el automóvil y huye con él!*

Frank Sellers pensó profundamente mis palabras. Se imaginó un retrato tal como iba a aparecer en la Prensa y no lo encontró de su gusto.

—Ahora estás metido en este asunto hasta un punto tal —le seguí diciendo—, que tienes que aclararlo todo. Emplea media hora en mi compañía y…

—¡Está bien! —dijo fatigosamente—. Veamos qué ocurre. Tienes algún plan loco en perspectiva. Veamos de qué se trata. Por lo menos, escucharé.

—¡Sácame esas malditas esposas y…! —le dije.

—¡Por nada del mundo! —exclamó con refinamiento.

—Vamos a ver si hacemos servir la cabeza de una vez. Ese hombre…, Tom Durham…, estaba mezclado en todo ello. Lo sabemos porque Minerva Carlton deseaba conocer pormenores acerca de él. Era el hombre enlace o contacto. O debió serlo. Ahora bien, Amelia Jasper y Susie, su doncella, están complicadas en ello, primeramente por un chantaje y después por asesinato. Puede que lo nieguen todo y logren que las dejen en libertad, pero antes de hacerlo, detendrán a Tom Durham, que también anda metido en el asunto. Y, a menos que me equivoque mucho, le proporcionarán a Durham una historia para que nos la cuente. Y cuando la haya dicho, las dos mujeres sincronizarán sus relatos, las dos se mostrarán unánimes en su contenido, apelarán a la caballerosidad de un jurado americano y condenarán a Durham por asesinato en primer grado.

—¡Hablas, hablas y hablas y no haces más que hablar! —dijo Sellers por fin—. ¿Dónde diablos estará el taxi ése?

Como si el taxi hubiese estado esperando que le dieran la salida, en aquel momento se oyó la bocina en la parte delantera de la casa. Sellers se puso en pie con mucha fatiga y dijo:

—¡Atención todos! ¡Nos vamos!

Apretó los dedos de su mano izquierda en mi brazo mientras me decía:

—¡En marcha, tipo listo!

Me detuve un momento, lo suficiente para decirle:

—Por mí ya está bien, si es así como quieres jugar tus cartas. Pero de ser un poco más listo, podrías regresar al cuartel general guiando tu propio coche de la Policía con el asesinato de Lucille Hollister puesto en claro y el doble asesinato del *Albergue del Valle* totalmente aclarado.

Me pareció que se aflojaba un poco la tensión de sus dedos.

—Además —añadí—, tienes tu pistola. La puedes sostener con tu mano izquierda. Si trato de escaparme, te autorizo para que me taladres. Sácamelas esposas y te llevaré donde está Tom Durham.

El taxi volvió a hacer sonar la bocina.

—Y al lugar donde ha sido aparcado tu coche de la Policía —concluí.

—Mira, si es que sabes tantas cosas, vas a empezar por llevarme al sitio donde está mi coche de la Policía —me dijo Sellers—. Los brazaletes te sientan muy bien. Trata de jugarme la más mínima treta y te vas a tragar tus dientes… Una de vosotras, chicas, id a decirle al chófer que no toque más el claxon.

Claire Bushnell corrió a avisar al chófer.

—Tom Durham se despidió del Hotel de las Armas de Westchester a eso de las once —le dije a Frank—, precisamente a la hora en que pudo haber estado de vuelta de su expedición al *Albergue del Valle*. Es una hora algo rara para salir de un hotel. Los buenos trenes ya han salido todos en aquella hora. Los aviones nocturnos empiezan a despegar; pero Durham no entró en ninguno de los pequeños autocares que llevan al aeropuerto. Tampoco cogió un taxi. El botones dice que pagó su cuenta en la ventanilla del cajero y luego el mismo muchacho sacó la maleta hasta la puerta delantera. El portero recuerda haber visto al muchacho poner la maleta en el suelo. Vio a Durham fugazmente, luego ayudó a buscar un taxi para unos individuos, y cuando se volvió, Durham había desaparecido.

—Debió dirigirse a otra salida y coger un taxi —dijo Sellers.

—No creo que hiciera tal cosa —objeté.

—¿Dónde crees que se dirigió?

—Vamos a hacer un trato —le propuse—. Si tu coche se encuentra aparcado alrededor del Hotel de las Armas de Westchester, ¿me quitarás las esposas y me concederás una oportunidad?

Sellers vaciló. Pude comprender que la idea de perder su coche le preocupaba muy de veras.

—Recuérdalo. Te llevaré allí donde está aparcado tu coche y… —dije.

—Vamos a ver cómo trabajas y me devuelves el coche —me dijo —. Cuando me hayas encontrado el coche, entonces puedes seguir hablando. ¡Me repugna tener que dar cuenta del robo de ese automóvil!

—¡Está bien! —dije—. ¡Vámonos!

Nos dirigimos al taxi que esperaba.

—Al Hotel de las Armas de Westchester —ordené al chófer—, y cuando llegue allí, dé la vuelta despacio por una plaza que se extiende delante de unas dos manzanas de longitud, hasta que yo le diga que pare.

capítulo dieciséis

A DOS manzanas de distancia del Hotel de las Armas de Westchester, encontramos aparcado el coche de Frank Sellers al lado de una boca de agua para incendios.

La exclamación de satisfacción que exhaló Sellers fue una clara demostración del peso que se había quitado de encima.

—¡Pare aquí mismo! —le dijo al chófer del taxi.

El taxista arrimó el coche a la acera y paró.

Sellers abrió la puerta con su mano sana, se dirigió al coche de la Policía, vio que tenía las llaves en la portezuela, cerró el contacto, sacó las llaves, las depositó en su bolsillo, sonrió y regresó al taxi.

—Berta —dijo Sellers alzando su mano herida de modo que no corriera el riesgo de chocar con ella contra la portezuela del taxi—, las llaves de esas esposas están en el bolsillo derecho de mi chaleco.

Berta le desabrochó la americana y buscó las llaves.

Sellers hizo una mueca de dolor cuando la presión de la americana le hizo mover la mano herida.

Berta colocó las llaves en el cierre de mis esposas y me las sacó.

—¡Tenlo bien entendido, Lam! —me advirtió Sellers—. ¡Estás todavía arrestado! Sólo te doy una oportunidad.

—¿Quién me va a pagar? —preguntó el taxista.

—Ellos —le respondió Sellers.

Bastará decir, para ilustrar el estado mental de Berta en aquellos momentos, que rápidamente abrió su bolso, sacó los sesenta centavos que se le debían al chófer del taxi y le añadió quince centavos de propina.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sellers—. ¿Esperamos a que regresen?

—No van a regresar —le dije—. Son lo bastante listos para saber

que el modo más rápido para ser atrapados es ir conduciendo un coche de la Policía robado.

—Está bien. ¿Qué más? —interrogó Sellers impaciente.

—Tú ven conmigo —le dije.

Sellers frunció el ceño, vaciló, casi se negó a seguirme —en su primer impulso—; pero luego se puso a mi lado siguiendo mis pasos.

—¡Nada de bromitas! —me advirtió.

Nos dirigimos al Hotel de las Armas de Westchester sin pronunciar una palabra.

—No irás a creer sinceramente que viven aquí, ¿verdad? —preguntó Sellers.

—Se ven atrapados; están desesperados; tratan de *huir*. Cuando Tom Durham liquidó su cuenta con el hotel, también *él* tenía prisa y *trataba* de huir. Desaparecieron él y su maleta. Pudieron haberse esfumado en el aire de la misma manera. Estamos enfrentándonos con una banda de chantajistas, constituida en forma regular y organizada. No se trata de un caso aislado de chantaje. Forma parte de un plan más extenso.

—¡Está bien! ¡Vamos al grano! —dijo Sellers.

—Ven por aquí —le indiqué.

Abrí la puerta del salón-bar.

El encargado estaba de pie en el centro de la habitación, desde donde podía divisar tanto la puerta que daba al vestíbulo del hotel como la puerta que comunicaba con la calle.

Se acercó a nosotros haciendo una reverencia. Luego descubrió la mano vendada de Sellers y en aquel instante, como un relámpago, le vino a la memoria el recuerdo de haberme visto.

—Creo que me recuerda, ¿verdad? —pregunté.

Fingió no recordar.

—Me dio un poco de agua con una aceituna dentro y me lo cobró como un combinado —dije, para refrescarle la memoria.

—¿Dónde están las pruebas? —me replicó.

—Supongo que en la cloaca —respondí.

—¡Es usted tonto de remate! —me dijo. Sus ojos estaban clavados, como fascinados, en el vendaje manchado de sangre que veía alrededor de la mano derecha de Sellers.

—¡Está bien! Vamos a pedir un trago y quiero que éste de hoy

sea mejor que los otros.

Me dirigí a un pequeño palco que había en un extremo. Nos sentamos todos. Sellers, muy contra su voluntad.

El encargado se esfumó.

—¡Sígale, Claire, pronto! —dije en voz baja—. Si se dirige a un teléfono, trate de vigilarle y fíjese en el número que marca.

Claire Bushnell se deslizó fuera de la silla y con aspecto indiferente, como le corresponde a una muchacha modesta que anda en busca del tocador, empezó a seguirle los pasos al encargado.

—¿Crees que él también está metido en ello? —preguntó Sellers con escepticismo.

—Por esta vecindad ocurrió algo cuando trataba de seguir a Tom Durham —respondí—. Y, lo que es más, Dover Fulton y Minerva Carlton estuvieron aquí a tomar unos combinados precisamente antes de salir para dirigirse al *Albergue del Valle*.

—Ése es un hilo muy tenue para pretender ligar una conclusión con él —indicó Sellers, enojado.

—Pero lo bastante recio para devolverte tu coche —le dije.

No pudo contestar nada a una verdad tan manifiesta.

—Supuse que estaría o bien aquí, o en el Cabanita. Escogí este lugar primeramente, porque está más cerca y era ideal, y más fácil, para desprenderse del coche; pero no estoy muy seguro de si encontraremos la respuesta a todo lo que nos interesa ahora o en el Club Cabanita.

Sellers movió su mano e hizo una mueca de dolor. La hinchazón y el entumecimiento empezaban a disminuir y las partículas de hueso en su aplastado pulgar le herían en lo más vivo cada vez que movía el codo.

Berta le observaba con simpatía.

—Harías mejor en tragarte una buena dosis de algo fuertecito —le dijo.

—Me parece que estás en lo cierto esta vez —dijo Sellers—. ¿Dónde está ese camarero?

—Yo le buscaré —me ofrecí—. ¿Qué quieres tomar?

—¡Un coñac doble! —me dijo Sellers y apoyó su cabeza contra el respaldo tapizado. De pronto su rostro se puso pálido y se le cerraron los ojos. En las comisuras de su boca se dibujaba un rictus

de dolor.

Salí del palco y apenas había dado media docena de pasos, cuando Sellers abrió los ojos y se enderezó súbitamente.

—¡Eh! —gritó—. ¡Tú no! Puede ir Berta. Tú vuelve aquí.

En alguna parte se oyó gritar a una mujer.

Fue un grito muy peculiar, algo sofocado, que pareció proceder de la parte trasera del bar.

Me dirigí hacia allí. El camarero me dijo:

—Usted no puede entrar ahí.

Descubrí una puerta abierta y un tramo de escaleras. Emprendí la carrera. El camarero me cogió, agarrándome por detrás de la americana. Me volví, le di un puntapié en la rodilla y cuando se aflojó su presión, eché a correr escaleras abajo. El camarero tuvo la suficiente presencia de ánimo para cerrar la puerta tras de mí, de modo que cualquier ruido que se produjera debajo no fuese oído desde el bar.

Llegué a una habitación de un sótano, como una especie de almacén. Por todas partes había apiladas cajas de licores y estantes con botellas de vino.

No se veía rastro de Claire Bushnell.

El encargado del bar estaba a punto de desaparecer a través de una puerta abierta en el extremo distante de la habitación. Me vio y en su rostro apareció una expresión furiosa.

—¿Qué quiere usted? —me preguntó.

—¿Dónde está la muchacha que gritó?

—No lo sé. Echó a correr escaleras arriba. Esto es privado. ¡Váyase!

—¿Dónde va usted? —pregunté.

Oyó el ruido de pasos en la parte alta de la escalera y dijo de pronto:

—Por lo que a mí se refiere, eso es un asalto. Voy a defenderme.

Su mano se escondió debajo de su americana.

Cogí una botella de champaña por el cuello y se la tiré.

La botella no dio en su cabeza, pero fue a parar contra el muro de cemento. El líquido, al salir disparado de la botella rota, inundó su cara y le hizo parpadear insistentemente.

Conservó la mano derecha debajo del faldón de su americana. Con la mano izquierda se limpiaba los ojos, enfurecido.

Atravesé la habitación de un salto, me eché encima de él.

Detrás de mí oí el estrépito de una puerta al ser abierta a puntapiés y el ruido de fuertes pisadas en los peldaños.

El encargado del bar, de pronto, pareció variar de actitud. Sacó su mano derecha de debajo de la americana.

El sargento Sellers y Berta Cool llegaron por la escalera.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —preguntó Sellers con el rostro blanco como la cera.

—¿Dónde está la mujer? —pregunté.

—Se fue por la escalera —respondió el encargado.

Claire Bushnell sacó el rostro cubierto de telarañas de detrás de un tonel de vino.

—¡Mentira! —exclamó, indignada—. Iba a ver dónde se metía ese tipo y, al verme, echó a correr hacia mí y yo me escondí detrás de ese tonel.

—¡Oiga! ¿Qué es eso? —preguntó el encargado—. Voy a formular una protesta en la comisaría. Afortunadamente no ha habido disparos. Creí que era un atraco. Iba a defenderme, sargento. Le voy a hacer responsable de esto.

Sellers se quedó tenso como un corredor de maratón al tratar de estar dispuesto a la primera señal para emprender la carrera. Se adelantó lentamente y me dijo:

—¡Lam! Ya he aguantado bastante tus estupideces.

Di una rápida vuelta, pasé por debajo del encargado del bar y me precipité por la puerta abierta.

Oí cómo Sellers aullaba furioso:

—¡Cogedle!

Tras de mí se oían fuertes pisadas.

Oí que el encargado gritaba:

—¡No puede entrar ahí! —luego añadió—: ¡Ya le atraparé!

Me encontré en un lugar que había sido dispuesto como habitación, al parecer para un portero o empleado del hotel. El mobiliario era barato y sucio, pero olía a tabaco recién fumado y un cigarrillo que había en un cenicero, todavía despedía una delgada columna de humo.

—Me agaché para mirar debajo de la cama.

Vi unas faldas, una pierna de mujer y me encontré con la furiosa mirada de los ojos de Amelia Jasper.

Un ligero ruido me hizo alzar la cabeza.

Tom Durham estaba levantando un palo; Aparté mi cabeza de la trayectoria del golpe y le agarré el pie. El palo dio en mi hombro dejándolo entumecido. Durham cayó al suelo conmigo y rodamos repetidamente uno encima del otro por el piso.

Amelia Jasper salió penosamente de debajo de la cama y me cogió por el cabello. El encargado del bar me dio de puntapiés y entonces fue cuando Berta se lanzó al ataque cual un toro enfurecido.

Oí que el sargento Sellers gritaba:

—¡Parad! ¡Deteneos todos!

Luego divisé la musculosa pierna de Berta, sentí cómo su pie asaba rozando junto a mi cabeza, y daba de lleno en la mandíbula de Durham al mismo tiempo que gritaba en un paroxismo de furor:

—¡Eso es lo peor de todo con estas modas modernas! ¡Hay que liarse con unos cuantos metros de tela cada vez que una tiene necesidad de darle una patada al rostro de un perro sarnoso!

capítulo diecisiete

BERTA Cool me miró con disgusto cuando entré en la oficina.

—¿Dónde diablos te habías metido? —me interrogó.

—Atando unos cuantos cabos sueltos —le respondí.

—¡Qué cabos ni qué niño muerto! —saltó Berta muy enojada—. Has estado con esa mocita, Claire Bushnell, arrullándoos y diciéndoos ternezas. Está convencida de que eres un héroe.

—Pensé que sería mejor para Sellers si los periodistas no me podían encontrar para hacerme una entrevista —le dije.

—Ya sabía que estabas enamorándote de ella como un loco perdido —dijo Berta lanzando un bufido.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Estabas en lo cierto en toda la línea, encanto —me explicó Berta—. El encargado del bar tenía arrendada una habitación en el sótano del hotel que en principio fue construida para el portero. Iba junto con su arriendo del bar. Era uno de los de la banda de chantajistas. Parece que también Bob Elgin estaba metido en ello, además. Ya sabes lo que ocurre en esos clubs nocturnos. Hay la posibilidad de efectuar un buen chantaje de cuando en cuando si se está atento a observar la concurrencia. No estaban dispuestos a encargarse de los trabajos realmente sucios, pero Amelia Jasper sí. Así se ha ganado la vida desde hace cinco años.

»Lo raro es el modo como ella empezó a acosar a Minerva Carlton. Parece que Claire Bushnell hizo algunas confidencias relacionadas con lo mucho que se habían divertido las dos juntas en la playa. Creía estar divirtiendo a su tía Amelia. Ésta la instaba para que hablara más y más, hasta que pudo captar los hechos principales y…

—¿Ha confesado alguien? —pregunté—. ¿Ha conseguido Sellers alguna confesión?

—¡Que si la ha conseguido! —exclamó Berta con un brillo de admiración en sus ojos—. ¡Debiste haber visto cómo trabajaba ese chico! ¡Y sólo con una mano sana! Pero cogió un trozo de manguera de caucho y zurró de lo lindo a aquellos pájaros.

—¿Quién cantó?

—Por raro que parezca —dijo Berta— fue el hombre el primero en ceder.

—¿Tom Durham?

—Sí.

—Está bien. ¿Cuál era el plan completo?

—Le estaban sacando todo lo que podían a Minerva Carlton. La amenazaron con decírselo a su esposo. Tom Durham la encontró en el Club Cabanita. Minerva le dijo que el sábado por la noche estaría en el *Albergue del Valle* y pagaría lo que le pedían. Escribió la dirección en un trozo de cartulina del «menú». Lucille se las arregló para ser colocada en el mismo palco cuando aquéllos se marcharon y cogió el «menú». La primera vez no comparecieron a la cita a cobrar; supongo que tendrían cierto recelo. La señora Carlton repitió la siguiente semana. Consiguió que Dover Fulton se hiciera pasar por Stanwick Carlton, su esposo. Al hacer acto de presencia los chantajistas, se rió de ellos, les dijo que su esposo lo sabía todo por su propia boca y que le perdonaba su «indiscreción»; que llegó inesperadamente de Colorado y ella se lo había confesado todo porque no tuvo más remedio que hacerlo. Parecía radiante de felicidad. Hubo alguna discusión, y Durham, muy enfurecido al ver que se le evaporaba el negocio, trató de darle un puñetazo a Fulton. Éste sacó su pistola, disparó, erró el tiro y la bala fue a herir la parte posterior de Amelia Jasper. Antes de que pudiera volver a disparar, le fue arrebatada la pistola. Fulton cometió el error de arriesgarse demasiado. Trató de apoderarse del arma y Durham le metió una bala directamente en medio de los ojos. Minerva Carlton se volvió y empezó a echar a correr y Durham le dio detrás de la cabeza. Tiene puntería.

—¿Y el maletín?

—Como tú dijiste. Sabían que tenían que justificar la tercera bala.

—¿Y qué se sabe de Lucille Hollister?

—Deseaban eliminarla. Había visto a los chantajistas y les

observaba. Estaba vigilando la casa en donde vivía, tratando de apoderarse de ella cuando saliera. Irrumpiste tú en la escena y las dos mujeres te siguieron hacia la parte posterior del edificio. Más tarde, entraron en el dormitorio.

—¿Quieres decir Amelia Jasper y Susie?

—Eso mismo. ¡Dios mío, qué estúpido eres! ¿Es que no puedes mirar hacia atrás ni una sola vez y darte cuenta si te siguen dos principiantes?

—No, cuando hay una muchacha que se está quitando la ropa ante una ventana —le respondí.

Berta dio un suspiro y movió la cabeza.

—¡Eso es lo que se saca por tener un socio del género masculino! ¡Te voy a comprar un par de gafas ahumadas!

—Harías bien —asentí. Luego pregunté—: ¿Me seguían en serio?

—No. Estaban vigilando la casa.

—Lo sé. Pero cuando me vieron fueron tras de mí.

—Exacto. Tenían miedo de Lucille. No sabían hasta dónde conocía sus tretas, ni el interés exacto que tenía en el asunto. Pensaban que se trataba de una muchacha detective. Desde luego, descubrieron, al leer lo del *Albergue del Valle* en el periódico, que tú estuviste allí, acompañado de una mujer. Leyeron su descripción. Sabían que Lucille había venido rondando por los clubs y los bares donde ellos actuaban. Ignoraban lo que ella quería saber. Estaban lo bastante cerca para poder oír toda la conversación entre la muchacha y tú, a través de la ventana abierta. Firmó su sentencia de muerte cuando te dijo que vio a unas personas rondando por la casita del albergue en la que habían sido asesinados Minerva Carlton y Dover Fulton, después de haber disparado los tres tiros.

Elsie Brand, la secretaria, llamó a la puerta y dijo:

—Ha llegado el inspector de la Compañía de Seguros. Desea hablar con Donald Lam.

Una beatífica sonrisa endulzó las facciones de Berta Cool.

—¡Haz pasar al caballero aquí, donde los dos podremos actuar sobre él a la vez! —dijo lentamente, paladeando las palabras.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.